

EL SÉPTIMO CIRCULO

**EL
ABOMINABLE
HOMBRE
DE NIEVE**

POR
NICHOLAS BLAKE



EMECÉ EDITORES, S. A. / BUENOS AIRES

Lectulandia

El ingenioso Nigel Strangeways, protagonista de «La bestia debe morir» y de «Los toneles de la muerte», es llamado al condado de Essex por su prima Clarisa Cavendish para dilucidar la singular conducta de un gato perteneciente al señor Hereward Restorick, todo bigote y corrección. Tal es el prelude de una serie de misteriosos acontecimientos que involucran una mujer ahorcada y un cadáver oculto en el interior de una estatua de nieve.

Quienes conozcan a Nicholas Blake, quienes hayan frecuentado su obra delicada y alucinante, darán crédito a nuestra aseveración de que en este libro se combinan los finos toques del artista, el acierto del observador y la afortunada destreza de un maestro de la angustia y de la sorpresa.

Lectulandia

Nicholas Blake

El abominable hombre de nieve

Nigel Strangeways - 7

El Séptimo Círculo - 46

ePub r1.0

Titivillus 20.05.2018

Título original: *The Case of the Abominable Snowman*

Nicholas Blake, 1941

Traducción: M. D. A. de Derisbourg

El séptimo círculo n.º 46

Portada de José Bonomi

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

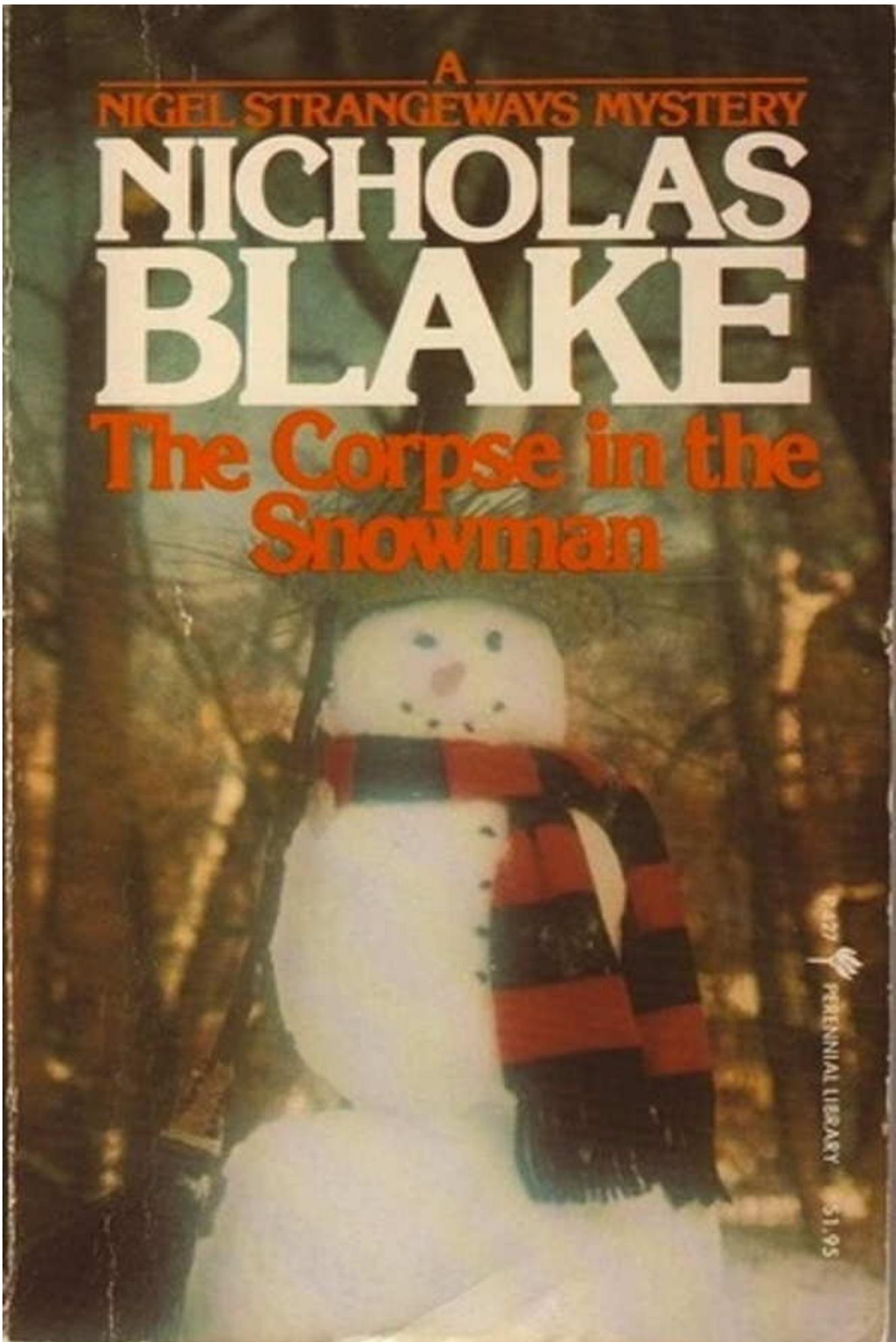
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
NIGEL STRANGEWAYS MYSTERY
**NICHOLAS
BLAKE**
The Corpse in the
Snowman



EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**



NOTICIA

Nicholas Blake es el poeta Cecil Day Lewis (n. 1904). Desciende, por línea materna, de Oliver Goldsmith. Se educó en Oxford. Bajo su verdadero nombre ha publicado las siguientes obras: Poesía: Transitional Poem, From Feathers to Iron, The Magnetic Mountain, Overtures to Death, Poems in Wartime; teatro: Noah and the Waters; novela: Child of Mis Fortune; crítica: A Hope for Poetry, Poetry for You. En colaboración con L. A. G. Strong ha compilado A New Anthology of Modern Verse. Ha traducido también, en verso inglés, las Geórgicas de Virgilio.

Según Francis Scarfe, Transitional Poem inicia el movimiento llamado de la “Liberación de la Poesía”. Trátase de una de las más tardías manifestaciones del futurismo.

Bajo el seudónimo de “Nicholas Blake” ha publicado las novelas policiales: The Beast Must Die^[1], There’s Trouble Brewing^[2], A Question of Proof^[3], Thou Shell of Death^[4], The Head of the Traveller^[5], Malice in Wonderland, The Smiler with the Knife, Minute for Murder. John Strachey afirma: “Cuando condesciende a Nicholas Blake escribe aun mejor que cuando ‘se da por entero a la literatura’, como Day Lewis”. Según Howard Haycraft, “es de los pocos escritores que concilian la excelencia literaria con el arte de urdir misterios perfectos. Trátase de un maestro del género policial”.



CAPÍTULO PRIMERO

¡Ah, si yo fuera un grotesco rey de nieve!

SHAKESPEARE

HABÍAN cesado las intensas heladas de 1940 y se iniciaban los grandes deshielos. Cerca de dos meses estuvieron las tierras llanas de los alrededores de Easterham Manor sumidas bajo la monótona capa de nieve que, semejante a una hechicera, había convertido en extrañas y silenciosas formas hasta los postes más familiares de la región. Mirando a través de los empañados cristales de la ventana de su cuarto, Juanito y Priscila Restorick podían contemplar cómo el pueblo de Easterham, distante kilómetro y medio, despertaba gradualmente de su níveo arrobamiento. En aquel país de campos llanos, batidos por el viento, y de caminos sin setos, solamente las casas se oponían al azote constante de las tempestades de nieve. Easterham había quedado casi sepultado por los aludes. Cuantas veces los hombres cavaron pasajes entre sus corrales y la única calle del pueblo, la nieve volvió a obstruirlos. Hoy, Easterham parecía más bien una serie de excavaciones, a medio terminar, en un desierto blanco. La nieve, que ya se deslizaba por los tejados rojos de las casas y se convertía en un fangal amarillento allí por donde la gente pisaba, o que caía a gotas de los olmos de la parroquia, muy fina ya en las parcelas, empezaba a dejar al descubierto el pueblo que los niños conocían.

Mas no interesaba mucho a Juanito y Priscila el aspecto del pueblo. Ellos miraban de hito en hito al muñeco de nieve que, allá, bajo su ventana, habían hecho días antes en el prado.

—Están *liquidando* a la reina Victoria —murmuró Juanito, que tenía el don de aprender las palabras altisonantes que oía decir a los mayores y que aplicaba después a su manera. Dijo esto *sotto voce*, sabedor de que a su padre le contrariaba; seguramente sucedería lo que con “ramera”, “sanguinaria” y otras de éstas que Shakespeare y los mayores pueden decir, pero no los niños. En todo caso, Guillermo Dykes, un amigo de su madre que estaba de huésped en la casa, dijo aquella palabra un día en la merienda, y su padre había entornado los ojos —gesto muy familiar para Juanito— como queriendo expresar que no se debía hablar así delante de los niños.

—Están *liquidando* a la reina Victoria —murmuró de nuevo Juanito saboreando

alegremente la frase al mismo tiempo que contemplaba cómo se desprendía un trozo del muñeco.

—A la reina Victoria la están *desinfectando* —exclamó Priscila para no quedarse atrás, mientras borraba con sus dedos la señal empañada que había dejado en los cristales su nariz chatita.

—¡Qué tontuela eres! —le dijo su hermano con cariño—. Desinfectar es lo que hacen cuando te cubren con gas de mostaza. Si no, te salen en seguida grandes y sangrientas ampollas.

—No digas esa palabra.

—¿Y por qué no? Tía Isabel siempre la estaba diciendo.

—Pero ella era mayor. Además, ha muerto.

—Yo no veo que eso cambie las cosas. Oye, ratita, ¿no crees tú que lo que le ha pasado a tía Isabel es muy raro?

—¿Raro? ¿Qué quieres decir, ratón?

—Pues eso de tener policías en casa y de verlos a todos andar como locos.

—No, no andan así. Se sientan todos como si... como si estuvieran esperando el tren. Sí —prosiguió diciendo la niña—, hacen como cuando nos vamos a pasar fuera las vacaciones de verano. Se sientan, se levantan, corren de acá para allá, todos tienen demasiado que hacer como para jugar con nosotros. Y nunca se sabe si te van a tratar bien o te van a romper la cabeza de un golpe.

—Pero los policías no vienen por acá cuando nos vamos de vacaciones.

—A mí me gusta el señor Strangeways. Para mí es el mejor policía.

—El señor Strangeways no es policía, tonta de remate, sino un detective privado.

—¿Qué es eso?

—Es... pues, eso que te digo: un detective privado... como Sherlock Holmes, que se pone una barba postiza y pesca al criminal en su cueva siempre que la policía le pierde la pista.

—¿Y por qué no puede pescar al criminal en su cueva sin ponerse barbas? A mí no me gustan las barbas. El doctor Bogan me hace cosquillas al besarme.

—No seas boba. Se pone una barba postiza cuando... Mira, ésta es una de las cosas que comprenderás cuando seas mayor.

—Yo no he visto nunca al señor Strangeways con barba postiza. Y, de todos modos, soy tan mayor como tú, mellizo-ratón.

—Tú naciste diez minutos después que yo.

—Pero las mujeres siempre representan más edad que los hombres. Eso todo el mundo lo sabe.

—¡Naranjas de la China! Tú no eres una mujer; eres una nenita.

—No imites a Eunice Ainsley, que es una vampiresa presumida.

—No, no lo es. Ella nos ayudó, a tío Andrés y a nosotros, a hacer el muñeco de nieve.

—Sí, sí lo es; tiene las uñas coloradas y los dientes blancos y muy afilados.

—Para comerte mejor con ellos. Tía Isabel se pintaba de rojo las uñas de las manos y también las de los pies. Yo se los vi la noche que entró en el cuarto.

—¿Qué noche? —preguntó Priscila.

—La noche que murió y se fué al cielo. Entró, me miró y se fué creyendo que yo estaba dormido. Tenía la cara tan blanca como la muerte. La pude ver a la luz de la luna. Parecía estar helada, como el muñeco de nieve.

—Sería su espíritu.

—No seas boba —volvió a repetir Juanito aunque no tan fuerte—. ¿Cómo iba a ser su espíritu si todavía no estaba muerta?

—Pues... no sería la primera vez que un fantasma anduviese por esta casa.

—¿De qué estás hablando?

—Es un secreto. El otro día les oí decir a papá y al señor Strangeways que... ¡chitón!, alguien viene.

Hereward Restorick, el padre de los mellizos, entró en el cuarto. Era un perfecto caballero de capa y espada, hacendado y militar retirado, cuyo rubio y arqueado bigote, al estilo de la Caballería, recordaba el de sus antepasados sajones. Los Restorick de Easterham son más antiguos que el registro del Gran Catastro^[6]. Hereward echó una mirada intranquila a la habitación; parecía un oficial pasando revista a sus hombres, pero con el pensamiento en otro lugar.

—¿Qué desorden es éste? —preguntó señalando un montón de juguetes que había en el suelo.

Juanito hizo un pucherito, como preparándose para una riña; pero su hermana Priscila, echándose atrás sus negros rizados con un gesto independiente y triunfador, heredado de su madre norteamericana, dijo con mucho aplomo:

—Estábamos arreglando el armario de los juguetes, papá.

—¿Arreglándolo? ¡Hum! Bueno, que termine Juanito con eso, y tú ven a dar tu clase de música.

Debido a la gran cantidad de nieve y a la cuarentena impuesta por el sarampión, los niños no habían ido al colegio; de modo que sus padres les daban algunas lecciones en casa. Hereward Restorick, con gran sorpresa para quienes admiraban en su persona al deportista genuino, poseía un raro talento para el piano.

Priscila corrió hacia su padre, y cogiéndolo por la mano, lo arrastró con ímpetu hacia la puerta. Al salir, Hereward miró a su hijo, que ya estaba otra vez asomado a la ventana.

—Vamos, muchacho, arregla todo eso y no te quedes en Babia toda la mañana —le dijo con cariño, pero con cierto tono de impaciencia que hizo enderezar al chico.

—Es que... estábamos viendo cómo se derretía el muñeco de nieve.

—Muy bien. Pero no te preocupes, que aún estará ahí cuando hayas terminado de arreglar los juguetes. Y esa escopeta tuya, ¿está cargada?

—Cuando tío Andrés me la dió me dijo que podía tirarle desde la ventana a los pájaros.

—Lo que yo te pregunto es si está cargada.

—Pero es que tengo que tenerla lista por si de repente veo un pájaro y...

—Ya te he dicho antes, que nunca dejes cargada una escopeta, ¿no es cierto? Tienes diez años y es hora de que aprendas a ser prudente con las armas de fuego. Vamos, dispárala ahora delante de mí, no sea que te vayas a olvidar luego.

Juanito hizo lo que se le mandaba. Era niño valiente, pero sabía que no era sensato provocar la terrible cólera que la menor insubordinación despertaba en su padre. Había comprendido por instinto que si bien su padre era, por lo general, hombre paciente y cariñoso, tenía un genio temible cuando se le provocaba. Últimamente algo había cambiado en él; de esto estaba seguro. Ese cambio formaba para él como una parte del que se había operado en el ambiente de la casa desde la muerte de la tía Isabel; el aturullamiento general, que para el niño comprendía también su ausencia del colegio; aquellas idas y venidas de los policías; el reventar de los caños helados y las conversaciones apagadas de los mayores, que se callaban repentinamente en cuanto él o Priscila se asomaban por la puerta. En una palabra, el desorden de una casa donde todo había marchado siempre con la misma facilidad que un motor de ocho cilindros.

Después de dejar su escopeta de aire comprimido en un rincón, Juanito volvió a la ventana, la abrió y se asomó. Por todas partes se veía cómo avanzaba el deshielo; en la nieve que caía de las siemprevivas, detrás del campo de tenis; en el viento húmedo y suave que acariciaba el rostro con tanta dulzura; y, sobre todo, en aquella música del agua al correr por los canales y el río, cuya pequeña cascada resonaba en el fondo del jardín. Todo el vasto panorama que contemplaban sus ojos estaba desheliéndose.

Únicamente el muñeco de nieve parecía resistir a la disolución general. Su exterior iba tornándose granoso y picado. Su tosca figura, que aún conservaba parte de la forma que le dieron sus creadores y la nieve que había en torno de él, pisoteada por muchos pies, trajeron a la memoria de Juanito el recuerdo de cómo lo habían hecho y de lo que él había soñado. Se puso a recordar los incidentes de aquella tarde, pocas semanas antes, cuando su tío Andrés, el señor Strangorays, Priscila y él pusieron manos a la obra. También estaba allí la gran crítica, Eunice Ainsley, con unos guantes colorados de lana y botas forradas de piel, diciendo muchas sandeces que él no comprendía. Trajo incluso una silla de la cocina para sentarse, pero el tío Andrés bien pronto la tiró al suelo haciéndola rodar por la nieve. Eunice Ainsley se rió mucho, mas Juanito tuvo la impresión de que la broma no le había hecho tanta gracia como ella pretendía demostrar. Luego el tío Andrés puso la silla para sentar en ella al muñeco de nieve, y dijo que era un trono y que el muñeco de nieve sería la reina Victoria. Eunice Ainsley dijo algo muy vulgar, como que a la reina le saldrían hemorroides si se sentaba allí con tanto frío. Los niños arrastraron grandes bolas de nieve que el tío Andrés fué colocando y modelando hasta formar un busto de la reina, tal como Juanito lo tenía pintado en su libro de lectura. Luego le metieron unas monedas en las cavidades del rostro, a guisa de ojos. Eunice Ainsley sacó del armario

de los disfraces un viejo sombrero con velo de viuda para ponérselo en la cabeza; pero, vaya a saber por qué motivo, su padre no aprobó aquel adorno cuando vino a ver la obra, y tuvieron que guardar el sombrero en su sitio.

Juanito sentía una rara complacencia mientras contemplaba el muñeco de nieve. Parecíale ser Dios mirándolo desde el cielo y ordenándole que se derritiera. Una de las monedas se desprendió silenciosamente del hueco del ojo.

—Es la obra del Señor, maravillosa para nosotros —murmuró el niño como soñando. De pronto deseó que se le rasgara la cabeza, y al punto apareció la grieta—. Ratita, mira, la reina Victoria se está rajando —gritó el chico olvidando que su hermana no estaba en la habitación.

Luego volvió a recordar el sueño que tuvo una semana antes, todavía tan extraordinariamente vívido para él. Había soñado que se despertaba a media noche e iba a la ventana. Era una noche sin luna, resplandeciente de estrellas. A pocos kilómetros de allí los proyectores de las defensas exteriores brillaban en el espacio formando una compacta barrera de luz. En el prado, a sus pies, veía la centelleante y burda figura del muñeco de nieve. Pero, en su sueño, aparecía y desaparecía, como si (según pensó él a la mañana siguiente) alguien paseara por delante, o como si estuviese haciendo otro muñeco de nieve. Mas a la mañana siguiente la reina Victoria estaba allí sola, sin un consorte; algo más abultada y más llena de arrugas, quizá porque durante la noche había caído mucha nieve, pero aún conservaba el mismo aspecto de majestad.

No le contó este sueño a nadie más que a Priscila, pero con la alegría por el regalo que le hizo el tío Andrés —una escopeta de aire comprimido— lo había olvidado momentáneamente. Sin embargo, esta mañana, en que no asomaban en el prado los pajaritos, porque el deshielo les había hecho retornar a sus costumbres invernales, le pareció por un instante que estaba viviendo el sueño. Era muy raro que no le asustase nada, reflexionaba él; antes, al contrario, le intrigaba, le excitaba como si una parte de su persona estuviese en el prado, mientras la otra observaba desde la ventana.

Al cesar la música del piano que tocaba Priscila en el salón, reinó un gran silencio, únicamente alterado por el suave murmullo de la nieve al derretirse. El potro de Juanito, que estaba fuera, se encabritó y salió corriendo hasta la valla de la dehesa levantando un torbellino de nieve. Priscila subía corriendo por la escalera, mientras que a su madre, calzada con galochas, se la veía hablando con el jardinero. Entonces Juanito recordó que quería preguntarle algo a su hermana.

—Oye, dime —le dijo a la niña cuando estuvo a su lado—, ¿qué era todo ese jaleo acerca de un fantasma?

—Yo les oí hablar de eso. De todas maneras, Scribbles vió al fantasma, según dice mamá.

—Los gatos no ven fantasmas.

—Pero Scribbles es una gata muy lista.

—Scribbles es una vieja sucia y desobediente. Dime, ¿dónde lo vió?

—En el cuarto del obispo. Eso fué lo que pude oír, porque se callaron en cuanto vieron que yo escuchaba. Sí, y alguien dijo que era muy curioso ver cómo Scribbles se tiraba contra la pared.

—¿Que Scribbles se tiraba contra la pared? Vamos, ratita, no les hagas caso porque andan todos locos. Ven a ver a la reina Victoria. Ella también anda medio loca, porque se le está rajando la cabeza.

Uno junto al otro, los niños se asomaron a la ventana. Mientras miraban al muñeco de nieve, la grieta que tenía en la cabeza iba agrandándose. Un trozo de nieve se desprendió de la cara. Aquella cara debiera de haber desaparecido; pero no, aún estaba allí. El rechoncho muñeco de nieve tenía todavía cara: un rostro casi tan blanco como la nieve que lo estaba cubriendo, el rostro cadavérico de alguien que no debería de estar allí.

Juanito y Priscila se miraron aterrorizados. Llenos de espanto, huyeron de la habitación y bajaron la escalera corriendo.

—¡Papá!, ¡papá! —gritaba Juanito—. ¡Ven pronto! ¡Hay alguien dentro del muñeco de nieve! Es...



CAPÍTULO II

*Ingeniosa fantasía, nunca más grata
que cuando se pone al servicio de la equidad.*

COWPER

LA PRIMERA noticia que tuvo Nigel Strangeways de los macabros y trágicos sucesos que luego agrupó bajo la denominación de *El abominable hombre de nieve* la recibió pocas semanas antes de que dicho muñeco revelase su secreto, bajo la forma de una carta dirigida a su mujer, Georgia. El matrimonio estaba desayunando en su quinta de Devonshire, y ella le pasó la misiva a él después de leerla, con gesto divertido. La carta estaba escrita con caligrafía muy peculiar y delicada, en grueso papel de color crema, y franqueada en Dower House, Essex. Nigel comenzó a leer en alta voz:

Querida prima Georgia:

Sería un gran placer para una pobre vieja el que tú y tu marido vinieseis a visitarla. Como ya sabes, vivo apartada del mundo y me sería muy grato teneros a mi lado una semana, si es que podéis lanzaros a viajar en estos tiempos tan calamitosos que atravesamos. Comprendo las dificultades para aceptar mi invitación; pero, dejando a un lado el placer que me proporcionaría vuestra visita, tengo un pequeño problema que someter a tu marido, cuya fama ha llegado hasta mi retiro campestre. Para abreviar; el problema, asaz intrigante, se relaciona con una gata...

—Por favor —protestó Nigel—, yo no puedo ir hasta Essex para buscar una gata perdida.

—Sigue, sigue leyendo, que aún hay más de la gata.

Una gata —repitió Nigel— perteneciente a Hereward Restorick, de Easterham Manor. Supongo que no me tomarás por chiflada si declaro que en el proceder que observé en la gata había algo más de lo que los ojos pudieron ver, y aunque las costumbres de su raza no nos interesen, creo que

puede convertirse para nosotros en causa intrigante cuando el animal siembra el terror general al transformarse en un delirante derviche. Yo creo que, si bien estoy en el otoño de mi vida, no me flaquea tanto la cabeza como para atribuir a lo sobrenatural lo que seguramente puede resolver la razón. Ojalá que tu ingenioso marido quisiera opinar sobre mis propias observaciones, pues estoy segura de que aportaría *lux et tenebris* y aliviaría así la curiosidad o, mejor dicho, los peores temores de tu afectuosa prima.

CLARISA CAVENDISH

Cuando Nigel llegó al punto final de tan extraordinaria misiva le dijo a Georgia:

—Tienes en realidad unos parientes de lo más excéntricos que existen. ¿Quién es esta rara prima tuya del siglo XVIII?

—Hace muchísimos años que no la veo; desde que se fué a vivir a Easterham. Un tío abuelo mío le dejó una buena suma de dinero, y ella compró Dower House. Por esto trataron ellos de encerrarla en un manicomio.

—Querida Georgia, haz el favor de no hablar con misterios a estas horas de la mañana. ¿Por qué habían de encerrarla en un manicomio por haber comprado Dower House? Y ¿quiénes son ellos?

—Pues los primos que esperaban ser los herederos. Y no fué porque comprase la casa, sino por la forma tan extraña en que actuó después de comprarla.

—¿Qué es lo que hizo?

—Ya lo verás cuando estemos allí.

—No, Georgia, quiero saberlo ahora. El ingenioso Strangeways no va a ir hasta Essex, en estos tiempos de guerra, sólo para visitar a una vieja lunática y estudiar el caso de una gata que se transforma en un delirante derviche.

—Sí, el señor Strangeways irá. Clarisa no está loca. Por lo que yo recuerdo de ella verás que ha sido siempre persona perfectamente cuerda, y muy encantadora además. Si prefiere vivir como se vivía durante el reinado de Jorge III, y no como se vive en el de la reina Victoria (una manía que tienen muchas viejas), eso no quiere decir que tenga los tornillos flojos.

Y así concertaron el viaje. Pocos días después llegaron a Chichester, donde — como ya les había dicho Clarisa Cavendish en un telegrama— podrían tomar un coche para recorrer la última etapa de su viaje. Ellos no se habían precavido contra la severidad del tiempo en esta región, aunque en Devonshire ya era bastante riguroso. Un viento helado del Este los azotó al salir de la estación; la nieve se amontonaba por todas partes; bajo el cielo color de plomo toda clase de vida parecía estar en suspenso.

—¡Brrr! —exclamó Nigel—. Nos vamos a helar vivos antes de iniciar la caza del gato salvaje. Volvámonos a casa.

Incluso Georgia, cuya experiencia como exploradora debería de haberla

acostumbrado a semejantes rigores, sintió haber salido de su calentito hogar del Sudoeste. Por fin encontraron un conductor de taxi dispuesto a desafiar los peligros de la carretera de Easterham, y partieron. El trayecto de dieciséis kilómetros duró más de una hora, pues se atascaron en dos cunetas y por poco cayeron a un río, en una curva. Cuando tras penas y fatigas llegaron a Easterham, anochecía.

Dower House dominaba lo que debía de ser una aldea de verde colorido, si aquel manto de nieve no la hubiera desfigurado. Empero, no había podido borrar por completo el encanto de la casa de Clarisa Cavendish: un edificio de ladrillos rojos cuyas simétricas ventanas, chimenea, tejado muy en declive, alisadas vigas, pórtico y puerta de hierro labrado, cubiertos como estaban de nieve, conservaban aún —cual elegante mujer toda envuelta en pieles— la esencial prestancia de su belleza.

—¿Qué te dije? —murmuró Georgia—. Nadie que estuviese loco podría vivir en una casa perfecta como ésta.

Nigel dudó un poco de la lógica de esta observación. Pero en su cerebro, aterido, sólo cabía un pensamiento: cuán grande era aquella casa para hospedar a tan pequeña mujer. Porque Clarisa Cavendish, tal como él la vió cuando salió a recibirlos en el vestíbulo, era un maniquí, una miniatura de mujer, con el cabello blanco peinado muy en alto y un rostro que era un triunfo del arte o de la naturaleza.

—Esta nieve es terrible —observó Clarisa con una vocecita muy en armonía con su persona—. Debéis de estar muy cansados del viaje. Venid, que os llevaré a vuestro aposento para que podáis descansar. Luego tomaremos una taza de té, Georgia; porque Strangeways preferirá, sin duda alguna, una copa de clarete.

Nigel protestó diciendo que él no tomaba vino tinto a las cuatro de la tarde.

—Pues entonces la botella servirá para la cena —dijo Clarisa Cavendish; una respuesta cuyo significado pronto habría de comprender Nigel.

Después de tomar el té, la prima se ofreció a enseñarles la casa. Nigel, ya fascinado por los muchos objetos preciosos que veía en el salón: las sillas de Hepplewhite, un grabado de Bartolozzi, una serie de miniaturas hechas por Cosway, una rinconera con varios ejemplos soberbios de porcelana de Battersea, una vitrina llena de abanicos, juguetitos, cajas de rapé y otras chucherías de fino trabajo artístico, las cortinas de seda y la hermosa chimenea, aceptó gustoso.

La casa era desde luego muy grande, mucho más grande de lo que él se había figurado. Clarisa Cavendish, erguida su pequeña figura más tiesa que un garrote, iba delante guiándolos de habitación en habitación. Cada una tenía las magníficas proporciones de su época, y las luces eléctricas que Clarisa encendía haciendo que las arañas de cristal centelleasen como cascadas heladas no destruían esa impresión de hallarse en la época pasada. Las puertas de las habitaciones eran de caoba, y las paredes estaban pintadas con matices delicados en verde, amarillo, azul y gris tórtola.

—Precioso, precioso —repetía Nigel sin cesar—; estos aposentos son magníficos. —Mas tampoco dejaba de darse pellizcos para estar seguro de que no soñaba. A Georgia no se atrevía ni a mirarla, porque en cada habitación que entraban —excepto

el salón, un pequeño gabinete particular, el dormitorio de Clarisa Cavendish y el de ellos— no había ni un solo mueble, ni una cortina o alfombra adornando su exquisita simetría. Cuando volvieron al salón, Nigel no acertaba a dar con ningún comentario que, rindiendo justicia a la verdad, no hiriese la sensibilidad de la dueña de casa. Pero Georgia, con su acostumbrada oportunidad, lo sacó del apuro diciéndole a su prima:

—¿Por qué tienes todas esas habitaciones vacías, Clarisa?

—Pues, porque no puedo amueblarlas conforme al estilo que requieren, querida —fué la sensata respuesta—. Yo prefiero vivir en una sola parte de la casa bien arreglada, y no en toda ella mal puesta. Comprenderás que una vieja tiene derecho a sus manías.

—A mí me parece muy razonable —intervino Nigel—. Usted tiene una casa inmensa, de modo que puede ensancharse o estrecharse dentro de ella, según las fluctuaciones de su renta.

—Querido Strangeways —dijo Clarisa Cavendish—, creo que usted y yo vamos a entendernos a las mil maravillas.

—Podrías poner un hermoso piano en cada una de esas habitaciones vacías y traer a diez pianistas para que los tocasen a un mismo tiempo. La resonancia sería admirable con esos techos tan altos —dijo Georgia.

—Calla, prima. Yo detesto el piano. Encuentro que es un instrumento solamente bueno para que lo estudien las hijas de los comerciantes. La espineta me parece bien, lo mismo que el clavicordio; pero el piano se me antoja que tiene un sonido muy vulgar. Me extraña mucho que Restorick lo toque.

—¿Restorick?

—Sí, Hereward Restorick, el actual dueño de Easterham Manor. Esa propiedad ha pertenecido a la familia desde hace muchísimos años, y ellos fueron quienes edificaron Dower House.

—¡Hola, hola! ¿De manera que ése es el señor cuya gata nos ha reunido? Cuéntenos algo de esa gata, Clarisa.

—Después de cenar, Nigel. La historia de ese animal conviene referirla luego de haber hecho una buena digestión. Yo ya soy vieja y no puedo precipitarme.

Estando en su dormitorio, dos horas más tarde, mientras se vestía para la cena, Georgia le dijo a su marido:

—Espero que no habré cometido un error trayéndote aquí.

—Al contrario, querida. Te aseguro que no me hubiera perdido esto por nada en el mundo. Pero, ¿por qué es tu prima así?

—Ahora voy recordando las cosas. Clarisa fué una de las primeras bachilleres de Girton. Se hizo famosa como profesora de historia, y como el siglo XVIII era su curso se enfrascó en él. Luego tuvo una crisis neurótica por exceso de trabajo, y creo que también a causa de una decepción amorosa. Cuando se restableció, una parte de su ser habíase quedado en la era georgiana. Perdido su puesto de profesora, la pobre tuvo que ganarse la vida como institutriz, hasta que le llegó la herencia.

Un suave toque de campanas, semejante a las notas de una cajita de música, se oyó en la escalera. Georgia y Nigel bajaron para cenar. El tapizado blanco del gabinete hacía resaltar el rostro agraciado de Clarisa, cuyos ojos brillaban de satisfacción. Nigel no pudo menos de emocionarse al ver en esa anciana la inteligencia y el alegre albedrío de la joven que había sido. Pensar en ella como institutriz, a merced de bruscos o arrogantes señores, le causaba verdadero malestar.

Una mujer del pueblo, de aspecto muy curioso, vestida de uniforme, con su cofia almidonada y un corto delantal de muselina, servía la cena. La comida era excelente, pero las raciones parecían haberse calculado para el físico de Clarisa Cavendish: un trozo de lenguado para cada uno, amén de una pequeña lonja de *tournedos* y unas frituras.

—Tenemos que celebrar vuestra primera noche aquí —dijo la dueña de casa—. Ana, trae la botella de clarete.

Aquella botella era, por lo visto, la única de vino tinto que había en la despensa. Pero resultó ser un exquisito Château Beychevelle, y Nigel la felicitó por ello.

—Es un vino que a Enrique le gustaba mucho —dijo Clarisa Cavendish al mismo tiempo que en su rostro se dibujaba una emoción que Nigel no pudo definir—. Me perdonará que no lo acompañe con el vino y que beba champaña. Es lo único que tomo.

Ana llenó la mitad de la copa de su ama con el contenido de una botella abierta, seguramente, varios días antes. El champaña, sin burbujas, parecía agua estancada. Clarisa le agregó un poco de soda, y levantando su copa con mucha solemnidad dijo:

—Una copa de vino por usted, amigo Strangeways.

Fuera soplaba el huracán. La vieja casa resistía sus embates con la firmeza de una roca. Era una noche crudísima en el campo; caliente y confortable dentro de casa; una noche muy a propósito para contar historias de fantasmas. Como si leyera el pensamiento de sus huéspedes, Clarisa Cavendish, al guiarlos hacia el salón, dijo con el tono de voz de una profesora que quiere poner a prueba los conocimientos de su discípulo:

—Strangeways, desearía saber si usted cree en lo sobrenatural.



CAPÍTULO III

Un inofensivo y necesario gato.

SHAKESPEARE

—CREO que hay más cosas en el cielo y en la tierra.

—Vamos, señor —interrumpió Clarisa Cavendish golpeando la mesa con sus dedos ensortijados—. No quiero que eluda mi pregunta con citas poéticas.

—Pues bien; creo que aún no comprendemos de lleno las leyes de la naturaleza y que ésta puede hacer excepciones en sus propias leyes; pero que nosotros debemos procurar encontrar la manera de explicar razonablemente los fenómenos que nos rodean.

—Eso está mejor. De modo que si usted viese a un gato queriendo romperse la cabeza contra una pared, usted no supondría, en primer lugar, que estaba poseído por el demonio o que ataca a alguna aparición fantasmagórica solamente visible para él, sino que achacaría su frenesí a algún desorden interno.

—Los gatos rabian —sugirió Georgia con petulancia.

—Sí —añadió Nigel—. El animal padecería, tal vez, un ataque o bien sería víctima de un agudísimo dolor.

—Scribbles nunca tiene ataques —dijo Clarisa Cavendish con severidad—. Y pocos minutos después de su extraña exhibición cayó dormida.

—Me parece mejor que empiece usted por el principio —dijo Strangeways.

La anciana, poniéndose todavía más erguida, colocó las manos sobre su falda. A cada instante movía los dedos como si juguetease con un abanico. Por lo demás, nada de su persona se movió mientras narraba su extraña historia, excepto la boca y los negros y brillantes ojos.

—Mi historia comienza cuatro días antes de Navidad. Yo estaba tomando el té con Carlota Restorick, la mujer de Hereward. Es una... una norteamericana —Nigel adivinó que Clarisa Cavendish estuvo a punto de decir una “colonial”—, pero la encuentro bastante amable y tiene fama de ser mujer hermosa. Sabe Dios por qué se casaría con Restorick, un infeliz todo bigotes y apostura. Habiéndonos reunido los convidados, recayó la conversación sobre el tema de los fantasmas. Hay en la casa un cuarto, llamado el cuarto del obispo, donde dicen que aparecen fantasmas, e Isabel

Restorick propuso que nos reuniéramos allí una noche para acabar de una vez con ellos.

—¿Quién es Isabel Restorick? —preguntó Nigel.

—Una zangarilleja —repuso vivamente Clarisa—, hermana de Hereward; pero mucho menor que él y espantosamente libre. Si Hereward heredó la fortuna de los Restorick, Isabel ha heredado sus vicios. La educaron en los Estados Unidos, por supuesto; así que no podemos juzgarla con extrema severidad. Usted debe saber que Enrique Restorick, el padre de Hereward, fué nombrado agregado de la embajada en Washington; y como tuvo que vivir allá durante algunos años se vió en la necesidad de trasladarse con toda la familia, de modo que los niños sólo recibieron esa educación tan rudimentaria que se da en el país. Una verdadera lástima, porque Isabel y Andrés eran muy inteligentes.

—¿Andrés? ¿Otro hermano?

—Sí. Andrés era el hijo predilecto de Enrique, aunque Hereward fuese el heredero. Pero el chico desilusionó al padre; se hizo calavera y se aficionó a las malas compañías. Es un joven de buen fondo, en él no hay vicio, en realidad; a menos que sea un vicio no hacer caso de los sermones de su hermano mayor. Él e Isabel fueron siempre muy buenos camaradas.

—¿Estaba en la casa cuando la fiesta de Navidad?

—Sí. Los invitados eran: un tal señor Dykes, la última conquista de Isabel, escritor de novelas, persona muy aburrida y de origen plebeyo, y Eunice Ainsley, una indescrptible mujer frívola. ¡Ah!, se me olvidaba el doctor Bogan. Este doctor me temo que sea un charlatán, un verdadero matasanos.

—Parece curioso que semejante reunión de personas estuviese bajo un techo de tanto abolengo —comentó Georgia—. Una zangarilleja, un hacendado anglosajón, una norteamericana, un calavera, una frívola y un charlatán.

Clarisa Cavendish inclinó la cabeza. Sus dedos se agitaron nerviosos cayendo nuevamente sobre su falda.

—Enrique no lo hubiese permitido, pero Hereward es un hombre sin voluntad. Como Carlota quiera invitar a una persona, tiene que ser así. Ella es una *snoob* y cree que todo patito raro es un cisne. Bueno, la cuestión es que nos decidimos a estar en el cuarto del obispo la víspera de Navidad.

—¿Qué pensaban ustedes ver? —interrumpió Nigel.

—La historia que se cuenta de esa habitación es absurda. Dicen que estando el obispo de Eastchester en la casa, en el año 1609, lo encontraron muerto en ese cuarto. Ciertas personas mal intencionadas dijeron que el dueño de la casa lo había envenenado, y se armó un escándalo fenomenal. Pero el Restorick de aquella época afirmó que el obispo, un gordo vividor, había muerto a consecuencias de una indigestión de carne de venado. Yo no pongo en tela de juicio la veracidad de esta afirmación; pero, sea como fuere, lo cierto es que existe la creencia de que por la noche se oyen lamentos en ese cuarto, y que el obispo se aparece a los crédulos,

cubierto con un camisón de batista, apretándose el vientre y con lastimeros gemidos.

—Para ser una historia de fantasmas la encuentro bastante frívola —dijo Georgia.

—Media hora antes de medianoche, en la víspera de Navidad, fuimos, pues, todos al cuarto del obispo, convertido ahora en una pequeña biblioteca. Es una sala terriblemente fría, y Carlota Restorick mandó servir un ponche para reconfortarnos. Durante la cena se había bebido mucho vino, de manera que con esto y con el ponche, Isabel y Eunice Ainsley estaban casi borrachas. Recuerdo que Restorick reprendió a su hermana por sentarse sobre las rodillas del señor Dykes, y que ella le contestó que el obispo había hecho cosas peores en su vida. Su desfachatez originó una escena muy extraña y vulgar. Ella suele excitarse muchísimo algunas veces, y entonces parece un marimacho. Pero ¡cuán hermosa estaba! Bueno, en el furor de la pelea —aunque la que peleaba era Isabel, porque Restorick sólo procuraba calmarla — dieron las doce en el reloj. Andrés le dijo entonces: “Cállate ya, Isabelita, o el obispo desistirá de su visita”. Después de esto, se calmó; pero las palabras de Andrés parecieron impresionar al resto de la concurrencia. Estábamos sentados en una hilera de sillas a lo largo del muro frente a la chimenea. De pronto alguien dijo: "Miren a Scribbles”.

Clarisa hizo una pausa. Con aquel silencio, Georgia y Nigel pudieron oír los rugidos del huracán. Clarisa Cavendish se estremeció ligeramente y, al temblar su cuerpo, las perlas de su collar emitieron un sonido como el chasquido de los carámbanos; luego continuó hablando.

—La gata, que había estado lamiendo un platito de leche que le trajeron, se había puesto a maullar en forma rarísima. Parecía como si el animal fuese una máquina de reloj mohosa a la que alguien le estuviese dando cuerda. Acto seguido, se puso en medio del cuarto con las patas extrañamente rígidas y arqueó el lomo sin dejar de maullar como el mismísimo demonio. Todos nos quedamos mudos de asombro. Scribbles parecía estar clavada en el suelo. Empezó a agazaparse como un tigre, a arañar la alfombra con sus garras y a mirar fijamente el rincón opuesto de la sala. De pronto se lanza en aquella dirección. ¡Ojalá no lo hubiese visto! El animal se tiraba de cabeza contra la pared y rebotaba como una pelota de goma. Se arrojó tres o cuatro veces contra las paredes y los estantes de libros con ferocidad tan extraordinaria que creímos que se le iban a saltar los sesos. Los concurrentes se sobresaltaron bastante con tamaño espectáculo. Una de las mujeres, Eunice Ainsley, empezó a llorar y a chillar, y gritó excitadísima que la gata veía algo horrible, invisible para nosotros.

—Y usted, ¿qué pensó? —interrumpió Nigel.

—Yo pensé que la gata no estaba asustada, sino que se divertía a su manera.

Este comentario, dicho con la voz fina y entrecortada de Clarisa, hizo que a Georgia se le helara la sangre.

—Poco después —continuó diciendo Clarisa— Scribbles pareció cansarse de aquellos raros asaltos y volvió al centro de la sala. De repente comenzó a perseguir su propio rabo girando como un derviche loco o una perinola; luego se acurrucó en el

suelo y se echó a dormir.

Hubo un largo silencio. Nigel bajó la mirada no queriendo encontrarse con la de la anciana. Georgia jugueteaba con su boquilla de fumar sin saber qué decir.

—¿Por qué nos ha contado usted todo eso? —preguntó por fin Nigel levantando la vista.

Los brillantes ojos de Clarisa sostuvieron la mirada de Strangeways. Había en ellos una excitación que él no pudo sondear. Aquellos ojos también parecían esperar algo de él, y cual buena maestra, que por instinto hace que el mismo discípulo conteste a su pregunta, dijo:

—Primero dígame usted lo que opina del incidente.

—Yo creo o que la gata estaba viendo un fantasma o que no lo veía. De haber sido un fantasma se hubiera asustado y arqueado el lomo, pero no hubiera hecho aquella serie de asaltos. Además, hemos convenido en dejar a un lado lo sobrenatural hasta estar seguros de no poder hallar una explicación razonable del caso. La actitud del animal... ¿Qué edad tiene?

—Tres años —dijo Clarisa.

—... nos impide atribuirle a una mera conducta gatuna. Supongamos que le hubiesen administrado una droga, porque usted dice que acababa de tomar un plato de leche. Yo no sé qué clase de droga puede producir semejantes síntomas sin causar luego otros efectos más graves. Por lo tanto, suponiendo que alguien pusiese una droga en la leche, o le administrase una inyección antes de que empezara la sesión de ustedes, ¿por qué lo hizo? Para asustarlos a todos: ésta parece ser la única respuesta posible. Una broma y nada más. O para asustar a alguien muy de veras.

—Lo sucedido me parece hartamente complicado y cruel para una simple broma —dijo Georgia—. Si el bromista se hubiera disfrazado con un camisón de batista y hubiese aparecido gimiendo y apretándose el vientre..., pero al obispo fantasma parece que lo relegaron del todo.

Clarisa Cavendish asintió con la cabeza dando al mismo tiempo una palmadita de aprobación en el brazo de su butaca.

—Si la broma tenía por objetivo algo más serio —añadió Nigel—, si iba dirigida a cierta persona de la concurrencia, entonces quiere decir que la víctima había de comprender y asustarse más que los demás al contemplar la conducta de la gata. ¿Hubo alguien que se trastornase, además de la señorita Ainsley?

—¿Conoce usted bien a fondo el drama de Hamlet, señor Strangeways?

—Sí.

—¿Recuerda usted ese otro drama que se desarrolla dentro del mismo drama, cuando el rey mira a los actores y Hamlet mira al rey? En la víspera de Navidad no todos estábamos subyugados por las extravagancias de la gata. Yo miré por casualidad a un lado, y vi que Andrés Restorick observaba con mucha atención a otra persona de las que allí había.

—¿A quién?

—No se lo podría decir, porque las sillas formaban un semicírculo, y Andrés, sentado en el extremo izquierdo, miraba a alguien del otro extremo, que bien pudiera ser su hermana Isabel, el doctor Bogan o el señor Dykes.

—Usted tampoco estaba muy absorta con la comedia, ¿eh?

—¡Qué pertinaz es usted! —exclamó ella con una coquetería que disimulaba mal su desconcierto—. Yo creo que aún estoy en mi sano juicio y que puedo servirme de mis ojos como guste.

—¿No me podría decir si alguno de esos tres le pareció a usted más alterado que los demás?

—No, no puedo pretender tanto. Isabel estaba con mucha murria, y creo que demasiado borracha para alarmarse. Dykes me hizo el efecto de que maldecía para sus adentros, y el doctor Bogan mantenía su actitud reservada.

—¿Ha habido alguna consecuencia desde entonces?

Clarisa Canvendish lo miró estupefacta, como si la palabra *consecuencia* no formase parte de su vocabulario.

—Usted hablaba en su carta de ciertos temores —persistió Nigel—. ¿Teme usted que en todo eso haya algo más que una simple alucinación gatuna?

La pobre vieja parecía no tener más ganas de hablar. En sus ojos leíase ahora una mirada vaga, incierta, pero dolorosa. Parecía perdida. Por último, levantóse de la silla, y apoyándose con fuerza en su bastón incrustado de marfil, dirigióse al otro extremo del saloncito; pasó un dedo sobre un grabado colgado en la pared y de espaldas a Nigel y a Georgia exclamó:

—Sí. *Tengo miedo*. En esa casa hay carroña. Yo no sé quién es, pero sé que lo que digo es cierto. Tengo... —la voz se le ahogó en la garganta—... tengo razones especiales para interesarme por esa familia, y muy particularmente por Isabel y Andrés. Mis razones no tienen nada que ver con esto, así que le ruego me permita no hablar más de ellos. Lo que sí *puedo* decir es que preferiría encontrarme con Satanás y todos los demonios antes que con la persona, sea quien fuere, que está haciendo esas cosas en Easterham Manor.

—Ya comprendo —repuso Nigel con dulzura—. Usted desea que yo...

Clarisa Cavendish se volvió y apuntando a su huésped con el bastón, dijo con voz tan cortante que Nigel se enderezó en la silla:

—Yo quiero que usted descubra lo que pasa. Quiero que averigüe qué es lo que hace el doctor Bogan en esa casa, porque lo considero un pájaro de cuenta. Quiero saber de qué tiene miedo Hereward Restorick y qué era lo que le preocupaba a su hermano Andrés aquella noche en que no le hacía caso alguno a la gata, sino que miraba fijamente a una persona de las que estaban en el cuarto del obispo. Y quiero —añadió con voz casi imperceptible— que haga usted lo posible por salvar a Isabel de la condenación.

Dicho esto, volvió a sentarse y miró a Nigel con ansiedad.

—¿Siguen todos allí?

—Van y vienen. Ahora están todos en la casa y probablemente se quedarán allí, pues los caminos están muy embarrados en invierno.

—Pero usted sabe que yo no tengo autoridad para...

—Eso ya lo he arreglado. Existe, a mi entender, una sociedad que se dedica a las investigaciones psíquicas. Usted es, desde ahora, un miembro de dicha sociedad a quien yo he invitado a mi casa para que pueda estudiar el caso de la gata en el cuarto del obispo. Ya está todo arreglado.

—Es que yo no entiendo ni jota sobre investigación psíquica.

—No importa. Ya he comprado algunos libros que tratan de dicha materia. Écheles un vistazo mañana, porque los Restorick nos han invitado a cenar.

Nigel se quedó boquiabierto ante aquella voluntad dominante que demostraba Clarisa. Él hubiera querido sentir más indiferencia después de haber escuchado el relato de aquellos extraordinarios sucesos, pero se impresionó contra su voluntad. Además, Clarisa le había inspirado una gran curiosidad y un impaciente deseo de conocer a fondo los caracteres que ella no hizo más que bosquejar.

—¿Qué clase de doctor es ese señor Bogan?

—Doctor en medicina. Pero le aseguro que no quisiera tener que tomar ninguno de sus remedios.

—¿Sabe usted quién lo invitó a la casa?

—Isabel. Esa chica lleva allí a muchas personas indeseables.

—Entonces, ¿ella viene aquí con mucha frecuencia?

—Sí. Me temo que ande muy descarriada, pero Hereward no puede prohibirle que vaya a su casa.

Las contestaciones de Clarisa Cavendish no eran muy reveladoras, por lo que Nigel atacó de nuevo.

—¿No se dieron entonces explicaciones sobre el proceder de la gata? ¿No hubo nadie que examinara el platillo donde había comido?

—Yo no sé lo que ellos comentarían después. El día del suceso, Hereward se encargó de disolver la reunión. Es uno de esos hombres que prefieren ignorar lo que no alcanzan a comprender, y de los que hacen un montón de cien colchones antes que buscar el guisante que les molesta. En cuanto al plato, no sé si lo examinaron.

—Usted dice que el doctor Bogan e Isabel se pusieron a conversar en voz baja, después del incidente. ¿Oyó usted algo?

—Palabras no pude oír porque soy un poquito sorda; pero como también soy bastante experta en la lectura labial me parece que el doctor Bogan le dijo a Isabel; “*Stick it, E*”^[7]; pero no presté mucha atención. Y ahora creo que hemos conversado bastante. Permitidme que me retire. Si deseáis tomar una taza de chocolate antes de acostaros pedídsela a Ana; y creed que me siento muy feliz al teneros en mi casa.

La anciana se levantó con exquisita dignidad, besó a Georgia, ofreció a Nigel su fina y ensortijada mano, y, apoyándose en su bastón, se fué a la cama.



CAPÍTULO IV

A todos ellos los cubría una sombra y un temor.

THOMAS HOOD

CUANDO al anochecer del día siguiente descendieron del coche que Hereward Restorick había mandado para buscarlos, Easterham Manor apareció ante ellos como una mole más oscura en las tinieblas. Nigel tuvo que rendirse y creer lo que le dijo Clarisa: que la casa había sido construida durante el reinado de Isabel y muy poco restaurada desde entonces. Pero la reina virgen y sus súbditos —pensaba él— nunca tuvieron que soportar tan terrible oscurecimiento. El coche se retiró haciendo chirriar las cadenas alrededor de sus llantas, mientras que un ligero vapor de nieve indicaba el camino seguido por las ruedas invisibles. Abrióse la puerta principal de la casa. Easterham Manor pertenecía, por lo visto, a esa categoría de mansiones cuya puerta principal se abre sin necesidad de tocar la campanilla. Nigel apretó el brazo de Georgia al cruzar el umbral; el mayordomo cerró la puerta en seguida.

Una doncella condujo a Clarisa y a Georgia arriba para que se despojasen de sus prendas de abrigo. Esto supondría para Clarisa una tarea formidable, pues aunque el amable anfitrión mandó un coche para sus convidados y el trayecto de una casa a otra era cortísimo, ella se había equipado como si fuese a emprender una expedición al Polo. Llevaba puesto un gorro, un abrigo de pieles, un chaquetón de cuero sobre su vestido de noche, y seis o siete enaguas debajo de él.

Mientras las señoras se preparaban, Nigel pudo examinar tranquilamente el vestíbulo, donde se había quedado solo. Era una sala grande y estaba tan caliente como un horno (“Esposa norteamericana; calefacción central; dinero en abundancia”, pensó Nigel); pero, por lo demás, de manifiesto estilo isabelino, con sus enormes arcas de roble y cedro; esteras de junco; candelabros de hierro y escudos de armas en las paredes. La clase de vestíbulo que Carlota Restorick hubiese descrito, diciendo con toda seguridad: “es monísimo”.

“Sí, probablemente lo diría”, pensó Nigel pocos minutos después, cuando la señora de Restorick, soberbiamente ataviada con un vestido recamado en oro, salió a recibirlos. A Strangeways le costó un verdadero esfuerzo no saludarla con el nombre de *Madame Rittenhouse*, porque era una perfecta imagen de la mesonera de *Animal*

Crackers.

—Encantada de verla por aquí, Clarisa —exclamó con una voz retumbante como un cencerro—. Y esta señora es la célebre Georgia Strangeways... Hereward, ¿no es verdad que siempre tuve deseos de conocerla?

Hereward Restorick asintió con la cabeza, se retorció los bigotes y murmuró unas palabras corteses.

—Mucho gusto —se le oyó decir—, distinguida señora. He leído sus novelas.

—¡Oh, cuán irritantes son los hombres! —exclamó su mujer en son de broma—. La señora de Strangeways no es novelista, Hereward; es la famosa exploradora, bien lo sabes. Sea bienvenida a Easterham Manor, señora. Yo creo que la investigación psíquica es algo interesantísimo. ¡Hereward, trae el jerez!, porque estos señores se mueren de frío. Y ahora, señora de Strangeways, voy a presentarle al señor Dykes, Guillermo Dykes, el popular novelista que ya conocerá de oídas. A buen seguro que tendrán muchas cosas en común por ser los dos tan inteligentes. Eunice, éste es el señor Strangeways, que viene para averiguarnos todo lo relacionado con nuestro fantasma. El señor Strangeways... la señorita Ainsley.

En ese mismo instante sonó el *gong*, retumbando poco menos que la campana mayor de una catedral y rivalizando pobremente con la voz estentórea de la dueña de casa. Dos hombres entraron en el vestíbulo; uno, esbelto, bronceado y con cierto aire de atleta; el otro, de color cetrino, cargado de espaldas y barbudo. Los presentaron como Andrés Restorick y el doctor Dionisio Bogan. Fué entonces cuando entre el murmullo confuso de la conversación, la voz de Clarisa, parecida al chasquido de los tímpanos, preguntó:

—¿Dónde está Isabel? ¿No nos acompañará esta noche?

El efecto causado por estas preguntas fué extraordinario. Todos enmudecieron en el acto. A Nigel se le pusieron los nervios de punta, como si Clarisa hubiese cometido una imperdonable imprudencia, y observó que algunos de los presentes se miraban de soslayo como queriendo sorprender unos en otros el efecto causado por las preguntas de Clarisa. Fué un momento en que todo pareció congelarse dentro del irrealismo inevitable de una pesadilla. Luego dijo Carlota:

—Lo sentimos mucho. Isabel no se encuentra bien. Acaba de sufrir uno de sus ataques y no le será posible acompañarnos esta noche. La pobre está apenadísima. ¿Cómo sigue, doctor Bogan?

—El pulso se mantiene un poquito alto, pero creo que se podrá levantar mañana. —La voz del doctor era tan suave como el aceite que calma las aguas bravías. Su respuesta hubiera debido de poner fin a lo incómodo de la situación, pero Clarisa Cavendish continuó diciendo:

—Bebe demasiados *cocktails*. Debería usted prohibírsele, doctor, pues minan el organismo.

“Esa observación es ultrajante, y más aún hecha por Clarisa —pensó Nigel—, siempre tan ceremoniosa”. Sin embargo, por la manera en que todos la escucharon

pudo advertir que gozaba en la casa de una confianza mayor que la supuesta por él. Aquellas palabras parecieron aflojar la tensión en vez de aumentarla, pero Nigel las consideró como verdadero despropósito. Algunos de los presentes sonrieron con benevolencia. Andrés Restorick dijo:

—Es usted incorregible, Clarisa. Creo que usted preferiría vernos a todos borrachos con jerez o tinto, antes que vernos probar un vasito de ginebra aguada.

—En mis tiempos —repuso ella con vivacidad— sólo bebía ginebra la gente baja. Costaba un penique el cuartillo, y era un dicho vulgar: “Borracho por un penique; y por dos, muerto de una borrachera”.

Nuevamente se sentía molesto Nigel. Era imprudente aquel “en mis tiempos” que se refería a doscientos años atrás, época de la que Clarisa Cavendish, con su vestido de flores y lentejuelas, era una estampa viva.

—¡A un penique el cuartillo! —exclamó la señorita Ainsley—. Eso era en aquella época. Pero yo creía que eran las hogazas de pan lo que se vendía por cuarterones.

Clarisa miró con el mayor desdén, a través de sus impertinentes, a la sulfurada e inquieta joven; pero no dijo nada. Dykes exclamó entonces:

—Por la manera en que hablan algunas personas, cualquiera pensaría que Isabel es dipsómana.

—Vamos, Dykes —intervino Hereward Restorick, retorciéndose los bigotes con más fuerza—. Me parece que nadie ha sugerido...

—Claro que no sugerimos nada. Aquí todos pretendemos ser perfectos caballeros, fingiendo no sentir el mal olor que hay en el cuarto.

—¡Qué diamante en bruto! —murmuró Carlota al oído de Georgia—. El infeliz tiene muchísimo talento y es honrado a carta cabal. ¡Pobrecito! Nació en el arroyo, pero lo que se llama verdaderamente nacer en el arroyo. Es algo admirable, ¿no le parece?

Georgia se salvó de emitir su opinión sobre el nacimiento milagroso del señor Dykes, porque el mayordomo anunció que la cena estaba servida. A Nigel lo sentaron junto a su anfitriona. Tenía a Dykes enfrente. El novelista, a quien ahora podía estudiar más a sus anchas, parecía un pez fuera del agua entre aquella sociedad; y no disimulaba su incompatibilidad. Su cabello, alisado con algún fijador aceitoso, le caía sobre la frente ancha; la tez ordinaria y el labio inferior saliente le daban un aspecto algo desagradable, si bien el conjunto veíase suavizado por los ojos expresivos y la voz de extraordinaria sonoridad. A Nigel le pareció que ni le avergonzaba su origen humilde, ni lo intimidaban, en manera alguna, los demás comensales. Fué algo notable la forma en que Dykes tomó la defensa de Isabel Restorick. ¿Estaría enamorado de ella? ¿Qué otra razón pudo haberlo hecho entrar en una sociedad tan diferente a la suya? Pero aún quedaba otra pregunta más misteriosa: ¿por qué había producido entre toda aquella gente una reacción tan distinta la mención a la ausencia de Isabel? Sí, en aquella mesa festiva estaba presente un espectro, completamente ajeno a las alucinaciones de la gata Scribbles.

Nigel poseía el don —más común entre las mujeres que entre los hombres— de poder tomar parte activa en una conversación prestando atención a otra parte. Ahora fijábase en los demás comensales, aunque conversaba libremente con la señora de Restorick. Una vez que pudo contemplarla sin pensar en *Madame Rittenhouse* la juzgó bastante mejor. Poseía ese *snobismo* positivo del norteamericano, mucho más agradable que su negativo modelo inglés, porque procede de un insaciable deseo de experiencia.

—Después de cenar iremos al cuarto del obispo —le decía ella—, porque estoy segura de que usted querrá reconstruir la escena del crimen.

Esto lo dijo con malicia y mirándolo de tal forma con sus hermosos ojos azules, que Nigel se desconcertó. “¿Qué querrá significar con eso? —pensaba él—. Y qué manera más extraña de hablar de la endiablada gata”.

—Temo no ser más que un aficionado, señora; de modo que no espere grandes cosas de mí y no se desilusione si fracaso en hacer comparecer a este fantasma.

—¡Ah!, sí, el fantasma. Supongo que todas y cada una de las antiguas familias de este país tienen el suyo... —se detuvo por un instante— o, por lo menos, su esqueleto.

—El del obispo debe de ser un esqueleto muy fuerte, por lo que dicen. Y usted, señora, ¿ha visto u oído algo en ese cuarto?

—No, a mí me causa espanto, yo no puedo ser psíquica. —Y volviendo la cabeza para que Dykes entrase en la conversación le preguntó—: Dígame, Guillermo, ¿cree usted en los fantasmas?

Nigel escuchó con un oído la sentenciosa respuesta del novelista, porque con el otro seguía la conversación del opuesto extremo de la mesa, donde estaban sentados Hereward Restorick, Andrés, Georgia y Clarisa. La observación hecha por Carlota sobre la “escena del crimen” debió de haber sobresaltado a alguno de ellos. Hereward y Georgia comentaban una novela policíaca que ambos habían leído. Andrés dijo a quema ropa:

—Lo malo que tienen las novelas policíacas es que eluden el verdadero problema.

—¿Qué entiende usted por verdadero problema? —preguntó Georgia.

—El problema del mal. Eso es lo único interesante en el crimen. Esos criminales comunes que roban porque encuentran que el robo es el método más fácil de ganarse la vida; que matan por un provecho cualquiera o por pura exasperación, no tienen interés. El criminal de casi todas las novelas policíacas suele ser todavía más insípido: por lo general, es un mero broche para conservar la unión de toda una intriga enredosa y ficticia; el personaje principal de un argumento sin pies ni cabeza. Pero ¿qué decir —aquí la voz tranquila de Andrés Restorick subió de tono y, en tal forma, que todos se pusieron a escucharlo— de la persona que se complace en el mal? ¿Del hombre o de la mujer cuya vida entera parece estar acechando la oportunidad para dañar o degradar a los otros?

Hubo un silencio terrible. Aquella frase de: “el hombre que se complace en el

mal” sumió a todos en un silencio sepulcral, como si Andrés hubiera sacado de su servilleta una cabeza de Gorgona. Nigel volvió a notar un estremecimiento general, un miedo mucho mayor del que las palabras de Andrés hubieran debido de producir; y no ya un mero temor, sino un pánico espantoso, como si fuera a suceder algo que todos esperaban. “¡Bah! —se dijo Strangeways—, me estoy poniendo peor que Scribbles”. Entonces Hereward le dijo a su hermano:

—Mira, Andrés, no digas tonterías. En la vida real no existe... gente así. Ten por cierto que en el peor de nosotros hay mucho de bueno.

—¿Y qué me dice usted de Hitler? —preguntó rápidamente la señorita Ainsley.

—Restorick tiene razón —intervino Guillermo Dykes—. Todo eso es muy novelesco. A esa clase de gente no la encontramos en la vida real. Los caracteres del ayuda de cámara y de la institutriz de la obra *Otra vuelta de tuerca* no existen.

Andrés Restorick insistió en su idea:

—Pues están ustedes muy equivocados. Yo he andado mucho por el mundo y les aseguro que me he tropezado con criaturas así. Para mayor precisión nombraré a tres. La primera, un chantajista norteamericano, en Constantinopla. La segunda, un sádico, perteneciente a las tropas escogidas de Breslau, el cual, viéndose en apuros una noche, me confió que vivía solamente por las torturas que le permitían infligir a los prisioneros.

Al llegar aquí Andrés se detuvo.

—¿Y cuál es la tercera? —preguntó Clarisa Cavendish con serenidad—. Porque está usted diciendo cosas espantosas para su manera de ser.

—La tercera —repuso Andrés Restorick deliberadamente, con una voz que a Nigel le pareció que salía de un abismo de dolor y gran azoramiento—, la tercera, ya que me lo pregunta, y a menos que yo me equivoque, la tenemos ahora en esta casa.

—Por favor, Andrés —exclamó Clarisa—. Es usted odioso. Le aseguro que se me ha puesto la piel de gallina.

—¡Oh Andrés; eres un malvado! —dijo Carlota entremetiéndose como un titán para salvar la situación—. Se te ocurren unas bromas harto pesadas. Ahora quieres aterrorizarnos para cuando luego tengamos nuestra pequeña investigación psíquica. Cállate y no nos pongas nerviosos, porque el señor Strangeways desea que todos asistamos con espíritu científico y tranquilo.

—Discúlpame, Carlota. Mi mente se lanzó a divagar como lo he hecho yo en mi vida, pero sí, sostengo que existen dichas personas. ¿Qué opina usted, doctor Bogan? Usted debe tener una gran experiencia de lo que digo.

El doctor, que había estado siguiendo el cambio de ideas con una mirada alerta y precavida, se acarició la barba. Sus ojos parecieron abstraerse, como si estuviera recordando algunos casos referentes a lo dicho.

—Me inclino a opinar como usted, Restorick; pero le aseguro que los de mi profesión no dirán lo mismo. Para nosotros no existe ni el bien ni el mal, sino únicamente la salud o la enfermedad. Nosotros nunca juzgamos a los demás. Sin

embargo, yo creo que existen cerebros incurablemente enfermos, que viven, como usted dice, únicamente para el mal.

Al llegar a este punto, la dueña de casa puso fin a la mórbida discusión llevándose a las señoras. Cuando los caballeros se quedaron solos, Nigel pudo contemplarlo todo más a sus anchas. El comedor era lo bastante amplio como para poder llamarlo salón para banquetes; al fondo había un estrado para los músicos. La mesa estaba alumbrada con lámparas eléctricas, colocadas sobre pesados candelabros de hierro. Varios troncos ardían en la chimenea.

—Esta antigua casa debe de ser magnífica —le dijo con finura a Hereward Restorick.

—Me gustaría enseñársela. Tiene algo de madriguera de conejos. Venga mañana por la mañana con su mujer, y así también conocerán a los niños.

Nigel no se podía imaginar a la escultural Carlota con hijos; pero aceptó la invitación, añadiendo que volverían muy gustosos para conocer a los pequeños.

—Y yo digo, Strangeways —prosiguió Hereward más bien como un melancólico perro de aguas pescado en alguna trapacería—, que la investigación suya de esta noche... mi mujer tiene mucha confianza en ella, por otra parte, yo... quiero decir que todos están excitados... con esta guerra... comprende usted que... y no queremos que las mujeres del pueblo se asusten, por eso digo que... dígame, ¿qué le parece a usted?

Strangeways dedujo de todas estas frases entrecortadas que su anfitrión quería que se efectuase la investigación psíquica, pero salvando su responsabilidad. Nigel hubiera accedido gustoso a los deseos de Restorick, máxime por haber sorprendido cierta mirada escéptica en los ojos del doctor Bogan; una mirada que presagiaba un mal para los impostores. Sin embargo, la situación en Easterham Manor era tan misteriosa que la curiosidad ganó la partida y le dijo a Hereward que pensaba hacer lo propuesto, ya que la señora de la casa se lo había pedido. Todo sería muy sencillo y se limitaría a examinar los hechos.

Una hora después entraban todos en el cuarto del obispo. Era muy poco atrayente, oscuro y frío a pesar del fuego que ardía en la chimenea. Estantes de libros se alineaban delante de las paredes, a cierta distancia unos de otros, llenos de volúmenes deteriorados, con cubiertas de piel, y de periódicos del siglo XIX, todos encuadernados por serie. El techo era tan bajo que Nigel tuvo que encorvarse para no chocar contra algunas de las vigas más gruesas. Frías corrientes de aire corrían como ratones por el suelo y se subían por los tobillos arriba.

Nada de esto hizo cambiar los modales de Carlota. Levantándose de su asiento con las manos cruzadas sobre su pecho macizo y con una expresión de éxtasis anticipado en el rostro, anunció a los circunstantes su placer en presentarles al señor Strangeways, el célebre experto en investigaciones psíquicas, que iba a revelar, con la ayuda de todos, el misterio del cuarto del obispo.

El efecto combinado de este anuncio y del cuarto en que estaban hizo que la

sangre de Nigel ardiera y se congelara alternativamente en sus venas. Sin embargo, acometió la empresa fingiendo no haber visto un guiño significativo en los ojos de su mujer y evitando encontrarse con la mirada del doctor Bogan. Empezó diciendo que la señora de Restorick había exagerado sus credenciales, puesto que él no era más que un simple aficionado a la investigación psíquica. El episodio de la víspera de Navidad lo había intrigado, y a propósito, ¿dónde estaba Scribbles?

Carlota Restorick dijo, sonrojándose, que con la excitación del momento se había olvidado por completo de mandar traer la gata. Habló por el teléfono interno. Nigel casi esperaba ver entrar al mayordomo llevando a Scribbles en una bandeja; pero la gata apareció en brazos de una sirvienta, la cual se horrorizó tanto al verse en el cuarto de los fantasmas, que dejando caer su preciosa carga al suelo (donde inmediatamente se enroscó y se echó a dormir a los pies de Nigel), huyó escaleras abajo.

Mientras tanto, Nigel, juzgando que lo más sencillo para ocultar su propia ignorancia era pedirle a cada uno de los presentes que hiciera un relato del episodio de Scribbles, se puso a escucharlos.

Muy poca variación ofrecieron los testigos. Eunice Ainsley, temblando desde su rubia cabeza hasta sus delicados pies, aseguró que había visto pasar, a lo largo del muro contra el cual la gata se golpeaba, una sombra fantástica. “Autosugestión”, murmuró el doctor Bogan quitándole a Nigel la palabra de la boca. Andrés Restorick hizo un bello relato sobre el proceder de Scribbles; un relato que tuvo que ser de *segunda mano*, si —como había dicho Clarisa Cavendish— en aquella víspera de Navidad, más que al agente del terror había estado observando los efectos que éste causaba. Hereward Restorick hizo una sinopsis insulsa de la historia del cuarto del obispo. Todos parecían algo aplanados y avergonzados por las fuertes emociones que sintieron en aquel día famoso. Nigel tuvo la impresión de que faltaba algo de vital importancia: tal vez la presencia de la ausente Isabel Restorick.

—De manera que lo sucedido fué eso. Ahora tenemos que considerar la posibilidad de que todo fuese un engaño. ¿A quién se le ocurrió realizar la experiencia?

—A Isabel —dijo Carlota Restorick. Y señalando con el dedo a su cuñado, le dijo—: Andrés, ¿no ha sido ésta una broma tuya y de Isabel? Sois los dos tan picaros...

—Pues esta vez soy inocente —repuso Andrés con afable sonrisa.

—Pero, ¡demonios! —exclamó Hereward—, no es posible hacer que un animal se comporte como lo hizo Scribbles. Fué algo extraordinario... pavoroso. —Toda la concurrencia se estremeció ligeramente, y Hereward añadió—: Yo no quiero decir que haya *algo* en todo eso. El animal comería alguna cosa y se sentiría enfermo.

—¿Quién le sirvió a Scribbles el plato de leche? —preguntó Nigel.

Tras un momento de indecisión general Dykes dijo:

—Fué Isabel.

—Pero eso es completamente absurdo —repuso la señorita Ainsley—. Isabel

nunca pudo haberlo hecho, porque detesta los animales.

—No importa. Yo la vi —afirmó Dykes.

—Quizás alguien le pidió que lo hiciera —dijo Strangeways paseando su mirada inquisitoria sobre los convidados. Pero todos menearon la cabeza negativamente o permanecieron quietos.

—Bueno, entonces tendré que preguntárselo a ella misma.

—¡Rayos y truenos!, ¿pero esto es una indagación policíaca? Siempre tienen que echar a Isabel la culpa de todo.

—No te sulfures tanto, Dykes —le dijo Eunice Ainsley con malicia—. Tú crees que Isabel es un ángel porque te ha enamorado. Yo te podría decir...

—Calla, infame —le gritó Guillermo.

La escena que se sucedió parecía increíble. Estalló como una tormenta repentina en un cielo azul. Nigel se quedó perplejo, pues el huracán que ya soplaba durante la cena no le había hecho pensar en que llegaría a convertirse en tamaña tempestad. Los nervios parecían estar tan tensos en aquella casa que la menor incidencia provocaba un escándalo. La señora de Restorick supo conservar su compostura y apaciguó los ánimos conduciéndolos a todos abajo, donde se sirvieron las últimas copas de coñac. El chófer de Hereward llevó a Dower House a Clarisa y a sus primos. Nigel y Georgia habían quedado invitados para volver temprano, a la mañana siguiente.

Media hora después, el matrimonio cambió impresiones en su dormitorio.

—Mira, querido, ojalá no hubiésemos venido. Esto no me gusta ni pizca. Te aseguro que jamás me he sentido tan asustada.

Estas palabras eran extrañas en labios de Georgia, quien se había enfrentado con más peligros, en sus treinta y cinco años de existencia, que los que se encuentran la mayoría de los hombres en su vida entera.

—¿Qué es lo que más te ha asustado?

—Andrés Restorick, cuando dijo que en la casa había una persona que “vivía para el mal”. Esa persona era uno de sus tres ejemplos, de modo que hablaba en serio, y no en broma.

—Eso mismo pensé yo.

—Clarisa debe de saberlo todo. Eso del episodio de la gata no ha sido más que una excusa para traerte aquí.

—¿A quién se referiría Andrés? ¿Te parece que a Isabel? ¿Qué fué lo que me dijo ayer Clarisa? “Quiero que haga usted lo posible por salvar a Isabel de la condenación”. Yo creo que esto es algo superior a mis fuerzas.

—¿Notaste la impresión general cuando Clarisa preguntó si Isabel no iba a acompañarnos? Todos se miraron de un modo muy raro.

—Sí. Esto me hace pensar que cada uno tiene un secreto de ella y que procuraba saber a hurtadillas si los demás lo sabían. Quiero decir que cuando varias personas poseen un secreto en común, su reacción protectora es evitar encontrarse con la mirada.

—Entonces no cabe la menor duda de que a Isabel la alejaron de nosotros por una conspiración común. Debe ser una chica extraordinaria. Cada vez que la nombraban esta noche no faltaba quien se exaltase o guardara una actitud extraña.

—Yo creo que las suposiciones no servirán para nada hasta que sepamos algo más de los antecedentes. ¿Estará Isabel en condiciones de que yo pueda verla mañana? Me intriga saber qué clase de tratamiento o de cura le hace el doctor Bogan.

Nigel había de ver a Isabel Restorick al día siguiente, pero en circunstancias muy distintas a las que él podía imaginarse. Cuando se presentaron en Easterham Manor a la mañana siguiente, luego de caminar luchando con la nieve, el mayordomo les abrió la puerta. Su cara pálida y regordeta temblaba como un flan; con voz llena de angustia les dijo:

—La señora me ha ordenado que los conduzca a su aposento ¡Ay, señor, ha sucedido algo espantoso! La señorita Isabel... —La voz le falló.

—¿Está peor? —preguntó Georgia.

—Ha muerto, señora. Emilia la ha encontrado muerta esta mañana.

—Lo siento mucho. No nos pudimos figurar que estuviese tan enferma. Seguramente no querrán que... haga el favor de decirles a los señores...

—La señora me encargó mucho que lo hiciera pasar, señor Strangeways, porque... porque... la señorita Isabel se... se ha... ahorcado.



CAPÍTULO V

Un cuello creado por Dios, no para ser estrangulado por un cordel.

A. E. HOUSMAN

MIENTRAS aguardaban a la señora de Restorick, Nigel se puso a recordar otro caso ocurrido años atrás: el de una jovencita irlandesa que se había matado en otro país. Al principio sabía él tan poco de aquella Judit como sabía ahora de Isabel. Judit fué un rostro que él conoció en una vieja fotografía. Isabel le era más desconocida aún; sólo sabía de ella lo poco que Clarisa Cavendish les había dicho dos días antes: que la chica había heredado los vicios de la familia de Restorick y que era una belleza. Por último, la noche anterior, cada vez que pronunciaron su nombre tuvo lugar una reacción violenta muy curiosa.

Carlota Restorick apareció por fin. La impresión y la pena la despojaban de sus pequeños artificios verbales y le dejaban una dignidad serena que impresionó mucho a Nigel. Mirando aquel rostro fatigado, se le ocurrió que ella era la que más a pecho había tomado la tragedia ocurrida en su casa. Georgia procuró expresarle sus sentimientos. Carlota la escuchó con una tranquilidad tal que parecía ficticia. Luego le dijo a Nigel:

—Señor Strangeways, tengo que pedirle un favor, aunque dejándolo en libertad para negármelo. Un favor... y una confesión. Anoche estuvo usted aquí porque yo le hice venir con un pretexto falso. Clarisa me había dicho que usted era detective particular y por eso le rogué que lo invitase a pasar unos días en Dower House. El episodio del cuarto del obispo me pareció la mejor excusa. Pero esté seguro de que tan sólo Clarisa y yo sabemos quién es usted.

—¿Temía usted que sucediera algo?

—No lo sé. He pasado grandes angustias... pero ya hablaremos de eso luego. Lo que ahora le pido es que —y sus manos apretaron con tal fuerza el respaldo de la silla, que los nudillos se le pusieron blancos— suba y vea a Isabel. Nada más. Sé, con certeza, que allí hay algo anormal, pero no puedo advertir qué es. Luego venga y dígame lo que opina. Quizás en estas semanas pasadas me haya estado figurando cosas..., pero todo estaba tan revuelto que yo...

Carlota hablaba sin coherencia, y volviéndose de repente hacia Georgia le preguntó:

—¿Le molestaría quedarse con los niños un ratito? Sería una gran amabilidad de su parte, porque la institutriz de Priscila está de vacaciones; los niños no quieren a la señorita Eunice y yo no quiero que anden solos por la casa.

Georgia aceptó de muy buen grado. Carlota mandó llamar a su marido y luego acompañó arriba a Georgia. Después vino Restorick para conducir a Nigel a la alcoba de Isabel. Por el camino se disculpó —vagamente y con cierta ridiculez— por las molestias que le estaban ocasionando a Nigel. Hereward parecía mucho más perturbado que su mujer, como si no tuviese más que su rancio abolengo para oponer a la tragedia.

—Supongo que habrá mandado llamar a la policía —le dijo Strangeways.

Hereward se detuvo, mientras que una expresión de angustia se pintó en su cara.

—Sí, ya avisé, y temo que se arme un escándalo espantoso. Usted ya sabe lo que son los pueblos. Todo es motivo de escándalo y de chismografías. Claro que mi amigo Dixon, el comisario, hará todo lo posible por ocultarlo. Dixon es una buena persona. Cuidado con la cabeza al pasar por esta puerta.

El piso alto de la casa era efectivamente, como había dicho Restorick, una madriguera. Pequeños y tortuosos corredores muy oscuros le hacían perder a uno toda orientación. Las puertas eran muy bajas, y había escalones para subir o bajar donde menos se esperase.

—¿Ha mandado llamar al médico?

—No, no lo he creído necesario, ya que tenemos en casa al doctor Bogan, y él mismo se ocupaba de Isabel.

Diciendo esto miró a Nigel con unos ojos que decían más claramente que si hablara: “¡Maldita situación la mía! ¿Para qué se habrá empeñado Carlota en meter a este desconocido en nuestras cosas?”. Nigel, adivinando su embarazo, procuró ayudarle diciéndole:

—Un tío mío es subcomisario de New Scotland Yard, y yo tengo cierta experiencia de estas cosas. Quizá pueda serle útil.

—Muy bien, es usted muy amable. Bueno..., ya llegamos. Andrés dijo que no tocásemos absolutamente nada. Esto... aquí le dejo a usted. Robins, nuestro agente, no tardará en llegar. Había salido cuando lo llamé. Es algo difícil caminar con tantísima nieve. —Y hablando así, Hereward Restorick abrió una puerta y se retiró de la escena con mucha premura.

Aquella escena era tal vez la más impresionante que Nigel había presenciado en su vida; porque todo —incluso el personaje central— parecía descartar la suposición de una tragedia. El cuarto era muy alegre, con el techo más alto que la mayoría de los otros de la casa; las paredes estaban decoradas con un papel con bonitas flores pintadas y preciosas cortinas del mismo estilo. Habían abierto las persianas, de manera que el reflejo de la nieve inundaba el cuarto con un resplandor sobrenatural.

Sobre las sillas había ropa de color esparcida; en medio del suelo una zapatilla roja atraía la vista. Los espejos de la mesa del tocador reflejaban toda una serie de frascos de perfume y artículos de belleza. Un agradable olor, como de alguna esencia de madera de sándalo, llenaba el ambiente. Aquel cuarto bien podía ser el cuarto de una jovencita que respirase inocencia y pureza de corazón.

Isabel Restorick, que pendía de una viga, en el centro de la habitación, con un cordel fino enroscado con dos vueltas alrededor del cuello, parecía ser todavía jovencita. Hallábase completamente desnuda. Su cuerpo tenía —incluso muerto— una perfección vernal que hacía contener la respiración. Brillando a la luz de la nieve, las uñas rojizas de los pies quedaban tan cerca del suelo que parecía estar apoyada sobre las puntas. Su cuerpo desafiaba el ojo del hombre, y lo humillaba. Nigel comprendió los estragos que habría causado aquella joven de haber seguido viviendo.

Pero Isabel Restorick era toda una mujer, no una muchachita. Su rostro daba fe de ello. Aunque algo desencajado por la muerte que había tenido, reflejaba una paz muy grande y cierta sonrisa. En sus facciones leíase la experiencia de la vida. Pequeñas arrugas ensombrecían los ojos, y la piel de las sienes parecía frágil y cansada. Nigel se quedó tan fascinado por la belleza y la incuriosa presentación de la mujer muerta, que lo más raro de toda ella por poco se le pasa por alto. La cara estaba pintada. Una vez que se dió buena cuenta de ello, no hizo más que darle vueltas en su cabeza. Estaba pintada por completo, aunque no a la perfección: el lápiz labial no seguía bien las líneas de la boca. Bueno, después de todo, no era de esperar que la mano fuese lo bastante firme en aquel momento. Este detalle pareció revelar mucho de Isabel; era extraordinario que se hubiese estado embelleciendo para su encuentro con la muerte.

Pero quizá no lo había hecho y, posiblemente, no se había quitado la pintura anterior. ¿Y para qué había de hacerlo, si tenía la intención de suicidarse? Nigel decidió que, de todas maneras, el detalle no tenía importancia. Por un momento había perdido su presencia de ánimo al contemplar aquella preciosa cara artificial, con el oscuro cabello caído en desorden y la cabeza inclinada sobre un cuerpo que pudo haber sido el de una joven inocente.

Hereward había dicho que no habían tocado absolutamente nada. Luego, no había dejado escrito ningún mensaje de adiós, a menos que Hereward, en su espantoso horror al escándalo, hubiese encontrado uno y hubiera decidido destruirlo. “Hereward, o alguna otra persona interesada”, pensó Nigel, “pues una carta póstuma de Isabel podría, fácilmente, inculpar a más de uno”. De todos modos, no era la primera vez que un suicida se elimina sin dejar carta alguna. Y quizá fuera por su índole de mujer frívola por lo que Isabel se había ahorcado desnuda; quería, así, lucir su belleza hasta el fin. Nigel no podía hacer nada más hasta que consiguiera descubrir otros hechos. Salió del cuarto y bajó por la escalera.

Al aproximarse al aposento de Carlota vió a su marido en el vestíbulo de la planta baja conversando con un policía que procuraba, furtivamente, sacudirse de las botas los copos de nieve. Si Hereward estaba tan preocupado por persuadir al comisario

para que ocultase lo sucedido, era preciso que se metiera en el bolsillo al agente del pueblo. ¿Y el doctor Bogan? ¿Había que sellarle los labios también a él? Nigel comprendió que Restorick tenía un rudo trabajo ante sí. Pero, después de todo, él no creía que hubiese algo que ocultar, salvo el suicidio de una hermana locuela. ¿Es que Hereward quería hacerlo pasar como un accidente?

Carlota Restorick estaba sentada en su mesa de escribir. Al ver a Nigel se apresuró a decirle:

—Tiene usted una mujer encantadora. Los niños ya están loquitos con ella. Y ahora, siéntese y dígame qué es lo que usted piensa de todo esto.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas, señora?

—Claro que sí; pregunte.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Emilia, la doncella que se ocupaba de atender a la pobre Isabel. Ella fué a despertarla esta mañana a las nueve, porque a Isabel le gustaba levantarse tarde, y la encontró como usted la ha visto. Nosotros la oímos gritar.

—¿Qué hicieron? ¿Corrieron todos arriba?

—Subimos, Hereward, Andrés y yo. Entonces vimos lo que había pasado. Yo quise bajar a la pobre chica, pero Andrés dijo que no se tocara nada en el cuarto.

—¿No dejó Isabel ninguna carta de adiós?

—No. Por lo menos hasta ahora no hemos encontrado nada. Bien podría estar guardada en alguna parte. Pensamos que sería mejor no abrir nada hasta que llegara la policía.

—¿Se aseguraron ustedes en seguida de que estaba muerta?

—¡Oh señor Strangeways!, eso lo estábamos viendo. Pero Andrés hizo que Hereward llamase al doctor Bogan.

—¿Estaba la puerta del cuarto cerrada cuando Emilia entró?

—No lo sé. Ella debe de tener su propia llave. ¿Quiere que la llame?

La doncella vino temblorosa y con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Dijo que la puerta estaba cerrada, que no tocó nada en el cuarto porque no se hubiera atrevido a hacerlo aunque le hubiesen ofrecido un centenar de libras.

—Y las persianas ¿estaban abiertas o cerradas? —preguntó Nigel.

Emilia respondió que estaba demasiado aterrorizada para observar ese detalle.

—Estaban cerradas —dijo la señora—. Nosotros vimos a Isabel con la luz que entraba por la puerta. Luego Andrés las abrió de par en par.

—Entonces el cuarto estaba bastante oscuro. Quiero decir, que las luces eléctricas no estarían encendidas cuando ustedes entraron.

Carlota y Emilia convinieron en que estaban apagadas.

—Diga, Emilia, ¿a qué hora vió usted por última vez a la señorita?

—A las diez de la noche, señor. Subí para atenderla antes de acostarse.

—¡Ah!, ¿no estaba acostada? Me pareció haber oído que anoche no se encontraba bien.

Rápidamente la señora de Restorick le dirigió una mirada de advertencia.

—Isabel no se sentía dispuesta para acompañarnos a cenar anoche. No guardó cama durante el día; pero estuvo retirada en su cuarto, sin salir para nada. El doctor Bogan dispuso que no sufriera el menor cambio de temperatura.

—Ahora comprendo. ¿Y usted la ayudó a acostarse, Emilia? Observé que no retiró usted la ropa de la señorita.

—Ella me dijo que no lo hiciera, señor.

Nigel arqueó las cejas.

—¿Recuerda usted con toda precisión las palabras que le dijo?

—Sí, señor. La señorita me dijo: “No te ocupes de mi ropa esta noche. Anda, vete ya, querida”. Y, naturalmente, yo me fui abajo, pero aquello me pareció raro, pues la señorita Isabel siempre quiso que su ropa se ordenara cuidadosamente.

—¿Le pareció a usted que estaba cansada, deprimida?

Emilia reflexionó un instante.

—Pues... mire, señor, eso también es curioso si se considera lo que la pobre señorita pensaba hacer. No me pareció que estuviera triste, sino algo excitada.

—¿Y ésa fué la última vez que usted la vió... hasta esta mañana? ¿Tenía puesto su camisón de dormir cuando usted la dejó?

—Sí, señor. Ella se estaba arreglando la cara delante del espejo, con el camisón y el peinador puestos.

Los ojos de Strangeways brillaron de repente; su voz hizo sobresaltar a la doncella cuando le preguntó:

—¿Arreglándose la cara? ¿Quiere usted decir que se estaba pintando?

—¡Oh, no, señor! Se había quitado la pintura y se estaba poniendo una crema. Eso lo hacía todas las noches.

—Muy bien —dijo Strangeways al cabo de una pausa—. Y ahora, Emilia, ¿sería usted capaz de guardar un secreto?

—Por supuesto, señor. ¿Qué es lo que...?

—Yo quiero que no le diga a nadie, pero a nadie, ¿comprende?, lo que hemos estado hablando.

La doncella empeñó su palabra y se fué. Nigel sentía que los ojos de Carlota lo estaban escrutando. Se levantó; se dirigió a la repisa de la chimenea y se puso a jugar con la figurita de un pez. Estaba absorto con una idea.

—Me parece que comprendo demasiado bien el giro que toman sus pensamientos —murmuró Carlota—. Pero eso no es posible, señor Strangeways. Usted debe estar equivocado.

—¿Conocía usted mucho a Isabel? ¿Era usted su confidente? ¿Tenía usted algún motivo para pensar que llegaría a suicidarse?

—Yo no la conocía mucho. La admiraba porque era una criatura preciosa y tan llena de vida; ahora que también me parece que ninguna mujer —Carlota recalcó la palabra— podría haber llegado a conocerla bien. Quiero ser franca con usted, y ya

usted mismo lo adivinará. Isabel era una mujer hecha para el hombre. Algunas de nosotras somos así, otras no. Nunca me hizo confidencias. Además, la veíamos bastante poco. Claro que ella siempre tenía aquí su cuarto listo, pero era muy excéntrica y reservada. Venía y se marchaba a su antojo. Contaba con su propia renta, heredada del padre, y se pasaba la mayor parte de su vida en Londres o viajando.

—¿Usted no sospechó nunca que llegaría a darse muerte?

—En estos últimos tiempos había estado muy anormal y nerviosa.

—¿Hace mucho?

—Lo notamos más en esta última visita. Llegó la víspera de Navidad.

—¿Cuál era su enfermedad?

Carlota pareció algo confundida.

—Es mejor que se lo pregunte al doctor Bogan.

—Lo haré. ¿Es su médico? ¿Hace mucho tiempo que está aquí? ¿Lo conocía usted de antes?

—No sé mucho sobre él. Isabel tenía por costumbre traer a las personas que le agradaban. Creo que era amigo de ella, a quien le hizo consultas profesionales. Bogan es un especialista de Londres, y se ha pasado aquí todos los fines de semana desde que vino Isabel.

—Y los demás convidados, ¿están todos aquí desde la víspera de Navidad?

—Andrés llegó una semana antes que los otros. Guillermo Dykes y Eunice Ainsley vinieron el mismo día que Isabel. Pensaban quedarse unos quince días; pero ahora...

—¿Se conocían ya todos ellos?

Carlota Restorick levantóse de su silla y avanzó hacia Nigel. Su rostro conservaba toda su entereza, pero no trataba de disimular su angustia.

—Señor Strangeways —le dijo—; todas estas preguntas tuyas... No pretendamos engañarnos uno al otro. Usted no cree que mi cuñada se haya suicidado.

Nigel la miró sin pestañear y le dijo:

—Usted ha visto el cuerpo. La cara está arreglada. Emilia nos ha dicho que Isabel se estaba quitando la pintura cuando ella la dejó. Emilia dice que parecía estar excitada. ¿Puede usted creer que Isabel, que cualquier mujer, iba a quitarse la pintura y *maquillarse de nuevo* precisamente antes de ahorcarse?

—Creo que es mejor que hable de una vez —murmuró Carlota apretando nerviosa el anaquel de su escritorio.

—Isabel estaba *excitada*, no deprimida. Quería que Emilia se marchase pronto del cuarto porque esperaba alguna visita en cualquier momento. Por eso le dijo que no se entretuviese ordenando la ropa. Empezó a quitarse la pintura para despistar a Emilia y para que no adivinase que esperaba a alguien. Cuando ustedes la encontraron esta mañana su rostro estaba arreglado y su cuerpo desnudo. Sólo cabe una explicación. Isabel *esperaba* una visita anoche. *Alguien* entró a verla... un amante. Y ese *alguien* la mató.



CAPÍTULO VI

*En este mundo hay peores ocupaciones
que la de tomarle el pulso a una mujer.*

STERNE

POCOS minutos después Hereward Restorick hizo que Nigel interrogase a los demás miembros de la casa. Reprodújose la misma parodia de la noche anterior; todos fingieron el mismo embarazo y la misma afectación.

Carlota Restorick presentó a Strangeways con el mismo gesto ceremonioso con que lo hizo en el cuarto del obispo. Nigel sentíase muy poco menos turbado que la noche anterior, por la situación en que se hallaba. Carlota había convenido en que nadie sospechara la terrible interpretación que Strangeways daba de la muerte de Isabel; por eso lo presentó ahora como amigo suyo, entendido en esas cuestiones, que no tenía inconveniente en prestar su ayuda en cuanto le fuera posible.

—El señor Strangeways parece ser hombre de grandes aptitudes —murmuró Andrés cuando Carlota se calló—. Primero nos lo presentan como investigador psíquico; luego como amigo y ahora como experto en asuntos policíacos.

Hereward se removió en la silla mirando a su hermano. Eunice Ainsley miraba a Nigel de hito en hito con la boca semiabierta y mientras se daba tirones del labio inferior con los dedos manchados de nicotina. El doctor Bogan, con los ojos clavados en el suelo, se mesaba la barba. A Nigel le pareció que Guillermo Dykes era quien había sentido más el golpe, porque se había ensimismado en su dolor, y de pie junto a la ventana, miraba hacia lo lejos mientras que gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas. Los otros pretendían no darse cuenta de ello.

“De manera que Guillermo estaba enamorado de Isabel —pensó Nigel—; ahora no cabe la menor duda”. Mas, apartando su atención del novelista, se dirigió a los presentes hablando en términos generales.

—Supongo que no me considerarán un intruso. La policía vendrá a hacer un interrogatorio y conviene que estén preparados. Aquí no se trata de forjar una historia, sino de tener bien presentes los hechos principales.

Nigel hizo una pausa lo bastante prolongada como para darse cuenta de la poca fe que le prestaron todos a este preámbulo. Después añadió:

—En primer lugar, ¿alguno de ustedes sospechaba que podría suceder lo que ocurrió? ¿Le oyó decir alguien a Isabel que pensaba suicidarse? ¿Existía algún motivo para que lo hiciera?

A estas preguntas siguió un silencio sepulcral. Hereward Restorick, creyéndose obligado a arrostrar el lance, dijo por fin:

—A mí nunca me lo pareció..., pero desde luego, Isabel estaba... quiero decir que era...

—... una chica neurótica —interrumpió Andrés, en tono tan cortante que incluso Nigel se sobresaltó y lo miró extrañado. El fino y bronceado rostro de Andrés parecía tan gélido como la nieve del campo. Sus palabras, semejantes al tronco principal que se quita de un montón de leños, lo pusieron todo en movimiento.

—Isabel fué lo que el mundo hizo de ella. Vivía en un ambiente corrompido y no pudo evitar el contagio. Pero su corazón era bueno; sí, lo digo yo: en el fondo de su corazón era inocente. Y ha demostrado tener muchísimo valor para eliminarse así. Yo no lo comprendo.

Guillermo Dykes parecía hablar consigo mismo. Su voz baja y ronca era la de un hombre que habla dormido. Cuando hubo hablado pareció como si despertase de un sueño. Miró a su alrededor como atontado y dándose cuenta de que las lágrimas le corrían por las mejillas se las enjugó con la manga. Hubo un corto silencio. Luego Eunice Ainsley dijo:

—Bueno..., pues yo recuerdo que hace una semana Isabel le dijo al señor Dykes que a ella le era imposible sobrellevar esa vida. Pero, claro, siempre supo hacerles creer a los hombres que lo blanco era negro.

—Vamos, chica, estás sobreexcitada —le dijo con firmeza la señora de Restorick.

—¿Es cierto eso, Dykes? —preguntó Andrés.

—Lo que la señorita Eunice oye escuchando por las cerraduras de las puertas no puede calificarse de testimonio veraz. Pero, sí, señor; Isabel me dijo eso.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no...? —Hereward tartamudeó hasta callarse.

—Eso no tiene importancia —afirmó Dykes con terquedad.

—¿Que no tiene importancia? —preguntó Andrés—. Seguramente que la policía o el señor Strangeways lo juzgarán en otra forma.

—No, señor, no tiene importancia; porque cuando Isabel me dijo que a ella le era imposible sobrellevar esa vida no se refería al suicidio, sino al matrimonio.

—¿Al matrimonio? —A juzgar por la voz de Carlota era la primera vez que se decía semejante cosa.

—Sí, Isabel se iba a casar conmigo —dijo Dykes irguiendo la cabeza como si los desafiara a todos.

—¿A casarse contigo? ¿Que Isabel iba a casarse contigo? —preguntó Eunice Ainsley con voz chillona e incrédula.

Dykes se acobardó un poquito, pero mantuvo su aspecto retador.

“¿Estará diciendo la verdad? —pensaba Nigel—. ¿O bien defiende la buena

reputación de Isabel aun a costa de hacerse pasar por ridículo? Esto parece lo más probable”. Nigel se representó en su mente aquel delicado y voluptuoso cuerpo, colgado allá arriba, junto a la rústica persona del novelista. Hereward Restorick estaba diciendo:

—Bueno..., entonces habrá sido un golpe terrible para usted, Dykes. No tenía la menor idea de que el viento soplara en esa dirección. Esto es muy desagradable para todos nosotros. ¡Pobre Isabel!

—Pues ahora que nosotros hemos aclarado el asunto, dirijámonos a otra persona. Quizás el doctor Bogan pueda decirnos algo —intervino Andrés.

La mirada del doctor fué abandonando lentamente el suelo para fijarse en Andrés. La expresión de sus ojos era melancólica y reservada. A Nigel se le ocurrió que el doctor debería de ser especialista de señoras; puesto que sus ojos melancólicos impresionarían sus sentimientos maternos y su gran reserva haría brotar en cada una de ellas la curiosidad de Pandora.

—¿Decirles algo? —repitió el doctor con calma.

—Sí —continuó Andrés—. ¿Consideraba usted a Isabel como el tipo de la mujer suicida?

—No me inclino a creer que exista eso que llama usted *tipo suicida*. Ahora, si lo que me pregunta es si noté ayer en la señorita de Restorick los síntomas que por lo general llevan a una persona al suicidio, tendría que contestar afirmativamente.

—¿Quiere usted decir que Isabel estaba enferma, física y mentalmente? —preguntó Nigel—. ¿O sólo por su enfermedad mental la atendía usted?

—Ahora sí que hemos puesto las manos sobre brasas ardiendo —dijo Andrés—. Sepamos de una vez *cuál* era la enfermedad de Isabel; o para decirlo en otra forma, ¿qué clase de doctor es este señor Bogan?

Nigel recordó al momento que esa misma pregunta se la había hecho Clarisa Cavendish. El doctor Bogan pareció incomodarse por el tono agresivo de Andrés, y dijo con voz pausada:

—Soy especialista en enfermedades nerviosas de la mujer.

—¡Ya, ya! —exclamó Andrés con el mayor desdén—. Una profesión muy lucrativa. ¿Recuerda lo que dijo Laurence Sterne? “En este mundo hay peores ocupaciones que la de tomarle el pulso a una mujer”.

—Andrés, por favor, el doctor Bogan está de huésped en mi casa, no lo olvides —le dijo Carlota.

—Sí. Eso es una falta de educación —añadió su marido—. Tenemos que trabajar juntos y sin recriminar a nadie.

—Comprendo perfectamente la actitud de su hermano —dijo el doctor Bogan con suavidad y firmeza—. Me tiene antipatía porque recelaba de su hermana. Le ha disgustado mi presencia en esta casa debido a la influencia que yo ejercía profesionalmente sobre Isabel. Pero todo eso es una reacción normal por su parte.

—¿Retrocedemos un poquito? —sugirió Strangeways—. Si usted, doctor, tiene la

bondad de precisar la clase de enfermedad de su paciente y explicar mejor eso que ha dicho con respecto a que ayer notó en ella los síntomas que por lo general llevan al suicidio, tal vez se esclarezca todo el asunto.

El doctor Bogan reflexionó un instante. Luego dijo:

—La señorita Restorick, además de ser amiga mía, me consultaba profesionalmente. No quería que se supiese la causa de su enfermedad nerviosa, pues de lo contrario ella misma se lo hubiera dicho a sus hermanos. Por lo tanto, violaría el secreto profesional y el de la amistad si divulgo lo que no quiso decir ni a su propia familia. En cuanto a...

—Un momento, doctor —le interrumpió Nigel—. ¿Era usted un *viejo* amigo de la señorita Restorick? ¿La conoció usted en los Estados Unidos?

Esta vez fué el doctor quien se quedó perplejo, como revelaba la expresión de los ojos.

—¿En los Estados Unidos?

—Usted es norteamericano, ¿verdad? —persistió Nigel—. Su manera de hablar...

—He vivido mucho tiempo allí —dijo el doctor—. Pero no soy ciudadano yanqui. Mi ascendencia familiar es irlandesa e italiana. No, señor Strangeways, los Estados Unidos son un país inmenso, y yo no conocí a la señorita Restorick cuando su familia vivía allí. De esto hace unos diez o quince años, recuérdelo bien.

—Ya, ya. Bueno, pero quizá pueda usted decirnos algo más concreto sobre la inclinación suicida de su enferma, y esto sin violar su secreto profesional.

—A mi entender el suicidio ocurre solamente cuando el deseo de vivir pierde su... ¿cómo diré?... su fuerza, ante la voluntad de morir.

—Muy lógico. Decoraciones de Sigmund Freud —murmuró Andrés, pero lo bastante alto para que el doctor lo oyese.

—Eso le parecerá lógico a una inteligencia superficial, Restorick. El tipo suicida o la tendencia suicida no existen. Lo que sí existe es la guerra constante entre la vida y la muerte; una guerra que siempre terminará con la victoria de la muerte, pero en la que algunas veces las fuerzas positivas se entregan al enemigo antes de que la lucha haya terminado.

El doctor Bogan se atrajo la atención de todos, más bien por el acento de su voz y su actitud que por sus palabras. Incluso Andrés lo miraba con precavido respeto.

—Isabel —continuó el doctor— era mujer muy impulsiva, capaz de desconcertar a la gente con el análisis de sus palabras. Ella misma me brindó anoche una ocasión. Cuando fui a verla, justo antes de cenar, dijo algo que debió de haberme revelado lo que tenía en su mente.

—Pero si eso es lo que estamos... lo que Strangeways quiere saber —interrumpió Hereward Restorick—. ¿Quiere usted decir que estaba deprimida, que pensaba en...?

—Que pensaba en el suicidio; sí, ahora lo comprendo. Pero no estaba deprimida. Me pareció más bien excitada, y me dijo: “Dionisio, supongo que te alegrarás de verte libre de una de tus mujeres histéricas”. Pensé que se refería al buen resultado de

mi tratamiento, y ésa fué mi equivocación.

—¿Daba buenos resultados su tratamiento? —preguntó Nigel.

—Me parece que sí. Por lo menos físicamente. Pero yo no me di cuenta de la fuerza que había adquirido en ella el deseo de morir. Esa vieja frase de que no le queda a uno interés por la vida significa mucho más de lo que pensamos.

—¿Pero no se iba a casar?

Un ligerísimo encogimiento de hombros rechazó la pregunta de Carlota.

—Disculpe, señora, si le digo que Isabel vivía en un estado sumamente febril, y que cuando el fuego dió la primera señal de querer apagarse ya estaba lista para la muerte. Su estado nervioso la predispuso al acto. Pero, en realidad, fué el vacío de la vida, y la certeza de que la experiencia futura no sería más que la repetición en serie del pasado, lo que le dió a la voluntad de morir el acceso a la ciudadela.

—¡No! —gritó Dykes—. ¡No, eso no es verdad! Ella *tenía algo nuevo* por delante..., algo distinto de lo conocido..., una vida mejor. Lo que es a mí no me engaña usted con toda esa charla altisonante de deseos de vivir y voluntad de morir. Yo le digo que ella...

El doctor Bogan había levantado la mano con gesto apaciguador y negativo. Pero fué la entrada del mayordomo lo que hizo que Guillermo se callase de pronto. El hombre se acercó a Hereward, inclinó la cabeza con mucha solemnidad y susurró algo al oído de su señor.

—El comisario ha llegado —dijo Hereward Restorick levantándose—. Habrá que suspender el resto de la discusión. Supongo que querrá hablar con usted, Bogan. Y usted, señor Strangeways, ¿quiere hacer el favor de acompañarnos?

El mayor Dixon había venido junto con un inspector de policía, alto y calvo, llamado Phillips, que parecía haber nacido y pasado la vida en una granja. Ambos hombres trataron a Hereward con la mayor deferencia. Hechas las presentaciones oportunas, el grupo subió por la escalera. El policía que custodiaba el aposento de Isabel los saludó y les abrió la puerta.

—¡Santo Dios! —exclamó Dixon, sonrojándose furioso al ver lo que había en el cuarto—. ¡Santo Dios! Pero si está... ¡Qué asunto más chocante, Restorick!

“Chocante para él en más de un sentido”, pensó Nigel. Isabel había querido ser tan sensacional en su muerte como en su vida. En los labios rojos de la joven ahorcada parecía dibujarse una sonrisa burlona.

—Andrés dijo que no se tocara nada; por eso no la bajamos. El doctor Bogan se aseguró de que ya no quedaba esperanza alguna —explicó Hereward.

—Cuando la encontramos así, haría por lo menos cinco horas que estaba muerta —afirmó el doctor.

—Bueno..., pues, entonces... —Dixon parecía desconcertado—. Phillips, llame a Robins y arreglen esto.

Mientras que los dos policías se entregaban a su trabajo, Dixon comenzó el interrogatorio de rutina, haciendo esfuerzos para no mirar aquel maravilloso cuerpo

colgado. ¿No había dejado la señorita ninguna carta para ellos? ¿Hizo sospechar que pensaba suicidarse? ¿Quién encontró el cuerpo, y cuándo? ¿Quién fué la última persona que la vió viva?

Phillips y Robins descolgaron el cuerpo, lo colocaron sobre la cama y lo cubrieron con una sábana.

Ya iban a soltar la cuerda anudada al cuello, cuando Nigel los atajó diciendo:

—Un momento, por favor. Antes de seguir adelante, permítanme hablar con el mayor Dixon.

Éste pareció sobresaltarse, pero el tono de voz de Nigel era tan dominante que por sí solo rechazaba cualquier objeción que él pudiera haberle hecho. Nigel lo llevó afuera, y al cerrar la puerta vió que Robins y Phillips se enderezaban y lo miraban boquiabiertos. Hereward y el doctor Bogan estaban igualmente sorprendidos. Esa escena del cuarto había de repetirse muchas veces durante las semanas siguientes, con ese mismo carácter de actividad en suspenso, ese mismo esperar inquieto de alguna nueva circunstancia.

Paseando con el mayor Dixon por el pasillo, Strangeways le repitió brevemente lo mismo que le había dicho antes a Carlota Restorick.

—De manera que ya ve usted, mayor, hay una gran probabilidad de que esto no sea suicidio. No me quiero meter en nada; pero me parece que se requiere una autopsia y el examen de esa cuerda al microscopio.

—¿La cuerda?

—Sí. Habrá observado que le da dos vueltas al cuello. Claro que eso lo pudo haber hecho ella misma. Pero también lo puede haber hecho un asesino para borrar con las señales de la doble ligadura cualquier contusión que él hiciera al asfixiarla hasta desvanecerla. Si el cuerpo fué izado metiendo la cuerda por la argolla que hay en la viga, el examen microscópico demostrará que las fibras corren en dirección contraria a la fuerza hecha al tirar. Habrá notado que hay cierta cantidad de cuerda atada alrededor de la argolla. Luego los nudos de la argolla o el cuello de la joven podrán revelarnos algo. Por eso me interpuse cuando vi que iban a deshacer el nudo. Si se hubiera hecho así, se hubiese frustrado la acción de bajar el cuerpo.

Nigel expuso todo esto con la mayor tranquilidad y firmeza de voz, mientras que el mayor Dixon lo miraba con creciente estupor.

—Lamento no haber oído bien su nombre —dijo el mayor cuando por fin se resolvió a hablar. A Nigel le hizo gracia esta salida, pues no era sino una forma delicada de decirle: “¿Pero quién diablos es usted para meterse en lo que no le importa?”.

—Soy Nigel Strangeways. Mi tío Juan es subcomisario de New Scotland Yard. Yo he trabajado bastante en estas cosas y por eso la señora de Restorick me pidió que interviniera en el caso.

—¡Cáspita!, esto va a armar un escándalo —dijo el mayor—. El suicidio ya era algo malo... pero un crimen... No quiero ni pensar en lo que dirá Restorick.

Luego miró a Nigel con ojos que parecían decirle: “¿No será mejor que olvidemos estos últimos momentos?”. Pero recobrando toda su entereza volvió al umbral de la puerta, se quedó indeciso como quien titubea antes de meterse en un baño helado, y finalmente entró en el cuarto y le dijo a Phillips:

—No desate la cuerda; córtela y envuélvala con cuidado para examinarla. Restorick, desearía decirle unas palabras. ¿Me permite primero que hablemos por teléfono?

—Desde luego. Pero...

—Robins, llame al doctor Anstruther y dígame que haga el favor de venir en seguida.

—¿El doctor Anstruther? ¿Para qué? —preguntó Restorick con un tono de voz tan autocrático que le reveló a Nigel su otra faz: la del influyente propietario y no el semioscuro marido de Carlota—. Le aseguro, Dixon, que el doctor Bogan, aquí presente, puede hacer todo lo que sea necesario: certificado de defunción, etcétera. Mi hermana era cliente de él. No sé por qué...

—Lo siento mucho, Restorick, pero han surgido una o dos complicaciones. —El mayor Dixon manteníase firme pese a la creciente cólera de Restorick. Dirigiéndose a Bogan le preguntó—: ¿La estaba usted atendiendo, doctor? ¿Qué clase de enfermedad era la suya?

—La señorita sufría un trastorno nervioso que tuve cierta dificultad en diagnosticar. No puedo revelar su causa —respondió secamente el doctor.

—Puede ser que se lo pregunten en el interrogatorio.

—Entonces tendré que reflexionar sobre el caso nuevamente.

Ninguno de los dos cedía un ápice de terreno. Nigel, de pie junto a la ventana, se volvió de repente y le preguntó:

—¿Y no podría usted decirnos qué clase de tratamiento le aplicaba?

—No tengo inconveniente. Le administraba drogas sedantes para aminorar sus ataques y un proceso de hipnosis para tratar de...

—¿Qué le hacía usted? —exclamó fuera de sí Hereward Restorick—. ¿Dice usted que estaba hipnotizando a mi hermana?

—La hipnosis es un tratamiento que se aplica frecuentemente en nuestros días. No tiene nada que ver con la magia.

—Es algo criminal —vociferó Restorick—. Si yo hubiera sabido lo que pasaba lo hubiera puesto a usted de patitas en la calle.

—La señorita quiso someterse al tratamiento por su propia voluntad.

Hereward Restorick miró a su alrededor, y cogiendo al mayor por el brazo, de tal manera que le hizo tambalearse, exclamó:

—¿La estaba hipnotizando! Eso es lo mismo que apoderarse de uno en cuerpo y alma. ¡Quién sabe si este canalla no la sugestionó para ordenarle después que... que se ahorcase!



CAPÍTULO VII

¡Oh Rosa marchita!...

BLAKE

AQUELLA escena entre Hereward Restorick y el doctor Bogan fué una de las muchas que tornaron a Easterham Manor muy semejante a un campo de batalla. La noche anterior a la muerte de Isabel ya Nigel oyó los rumores que presagiaban el conflicto. Ahora había estallado la guerra. Pero aquella guerra sería lo mismo que la que asolaba a Europa: una cuestión de largos períodos de aburrimiento salpicados por repentinos paréntesis de acción violenta.

Nigel y Georgia volvían a Dower House hollando la nieve. Los acompañaba Andrés Restorick, que iba al pueblo a comprar tabaco. Georgia habíase quedado encantada con los niños de Restorick, Juanito y Priscila, quienes la divertieron la mayor parte de la mañana, sin sospechar lo que pasaba en su casa.

—Creo que la señora de Restorick —comentó Georgia— exagera mucho al no querer decirles nada. Los niños tienen un don particular para oliscar lo que sucede a su alrededor, y éstos se dan cuenta de que ha pasado algo. No se afligirán mucho si les dicen la verdad poco a poco. Algunas madres modernas, de ésas que tratan a los niños como a personas mayores, ya les hubieran dicho todo bien clarito. Yo no soy partidaria de convertir a los niños en confidentes de uno; eso es plantearles problemas superiores a sus fuerzas, y demasiada responsabilidad.

—Pues yo me pregunto —dijo Andrés al cabo de una pausa— si conviene educar en una vida fácil a los niños. —Y diciendo esto le propinó un soberbio puntapié a la nieve—. Mírenos a nosotros. Tuvimos una infancia ideal. Padres buenos y cariñosos, sin ser demasiado indulgentes, una casa magnífica; una tradición familiar; buenas escuelas; vida de campo durante las vacaciones; viajes. Mi padre fué nombrado agregado de la embajada en Washington y nos llevó a todos consigo. Nosotros teníamos cuanto un niño puede desear. Y véanos ahora. Hereward, empeñado en labrar la tierra, metiéndose en los comités agrícolas de guerra y medio loco porque no le admiten de nuevo en su antiguo regimiento. Yo, una especie de vagabundo, el hueso de la familia, ni siquiera capaz de alcanzar la notoriedad romántica de un verdadero hijo pródigo. En cuanto a Isabel... —su voz titubeó un instante—, Isabel

colgada allí arriba como una chiva muerta.

—Usted la quería mucho, ¿no es verdad? —preguntó Georgia con dulzura.

La voz de Andrés adquirió un timbre de dolor salvaje al responder:

—Isabel fué la mujer galante más célebre, la criatura más hermosa que jamás... ¡Válgame Dios!, era mi hermana... No puedo juzgarla así; las palabras no significan nada; no es posible describirla; sólo un Shakespeare o un gran poeta podrían hacerlo. Nada hice por ella, y permití que llegara a ese fin.

El cuerpo esbelto y flexible de Andrés temblaba sin poder contenerse. Georgia le cogió el brazo sin decir palabra. Él no pareció notar el contacto.

—¿Cree usted que Isabel se mató? —le preguntó Nigel a quema ropa. Sus palabras no surtieron un efecto inmediato. Luego, Andrés se quedó como petrificado, y mirando fijamente a su interlocutor exclamó:

—Repita eso otra vez.

—¿Cree usted que Isabel se mató?

—Explíqueme lo que quiere decir —repuso Andrés dominando su incontenible furia.

—Yo creo que la han matado —opinó Nigel—, y que el asesino la colgó para hacerlo pasar como suicidio.

Strangeways sintió correr por su cuerpo la feroz mirada de Andrés, semejante a un viento que le abrasara las carnes. Los junquillos helados que rodeaban una laguna junto a la cual se habían detenido, chasqueaban sacudidos por el viento y rompían aquel perfecto silencio.

Nigel volvió a enumerar los puntos que ya le había expuesto a Carlota Restorick y terminó diciendo:

—A buen seguro que usted notó algo anormal en aquella escena del suicidio. Si no, ¿por qué se interpuso para que nadie tocara nada?

—¡Oh!, eso no fué más que una reacción automática. De esas cosas que uno hace porque está cansado de leerlas en las novelas policíacas. Hereward y los demás se quedaron perplejos. Alguien tenía que ocuparse, aunque sólo pensé en que no podía ser otra cosa más que un suicidio. —Miró de soslayo como solía hacerlo y prosiguió—: Mi primera impresión cuando la vi fué... No, no es posible, Isabel no ha podido hacerlo; no hubiera tomado semejante decisión. Lo cual quiere decir lo mismo, supongo.

—¿Temía usted que sucediera algo?

—¿Qué quiere decir? Sigamos andando. Hace muchísimo frío aquí, quietos junto a la laguna. ¿Por qué enseñará la tradición cristiana que el infierno es fuego? Debería ser frío, frío como este campo inmundo, frío como la malicia y como toda falta de caridad.

Nigel retomó el hilo de la conversación.

—Todos ustedes me parecieron muy excitados anoche. Por eso pregunto si temían que sucediera algo.

—Usted no conocía a Isabel. Estuvo enferma y rara, desde que vino esta vez. Y cuando estaba así, todo el mundo sufría las consecuencias. Era una persona que irradiaba vida, no una de esas que chupan la sangre a los demás. Cuando un instrumento delicado se descompone todos lo sienten. —Ya no hablaba, su voz rechinaba como los juncos que acababan de dejar atrás. “¡Oh Rosa marchita! ¿Quién profanó tu radiante lecho de púrpura?”.

—Entonces, ¿no esperaban que sucediese algo de particular?

—¿Se figura usted que si yo hubiese tenido la menor sospecha de que un solo cabello de su cabeza estaba en peligro, no...?

—¿Pues a *quién* aludía usted anoche? ¿Fué una mera ocurrencia suya hablar de “la persona que se complace en el mal”?

—¡Oh!, aquello fué solamente una broma —repuso Andrés con indiferencia—. Mucha verdad dicha en son de chanza.

—Temo que la policía le interrogue bastante sobre esa chanza, Restorick.

—Que lo haga. Yo he llevado una vida hartamente azarosa para temer a los uniformes azules.

—Tómelo como quiera —repuso Nigel golpeando con su bastón un poste indicador cubierto de nieve, situado a un lado del pueblo por el que iban entrando—. Essex tiene preciosos nombres urbanos. ¿Por qué odia tanto al doctor Bogan?

Andrés Restorick se rió, con esa especie de alegría espontánea del experto duelista al sentir el primer choque del arma de su adversario.

—No, no, Strangeways. No crea que me sorprende así. A mí me desagrada mucho el doctor Bogan porque lo juzgo un farsante presuntuoso, y pensé que no le estaba haciendo ningún bien a Isabel. Mas eso no quiere decir que yo suponga que él la mató.

Andrés saludó con el sombrero a Nigel, sonrió a Georgia y entró en la expendeduría de tabacos.

—¿Qué piensas de este hombre, Georgia?

Hizo ésta una pausa antes de contestar y dijo:

—Creo que si llega a descubrir antes que la policía quién mató a su hermana, habrá un segundo crimen en Easterham Manor.

—Es su manera de ser —añadió Nigel aceptando implícitamente los juicios de su mujer sobre el carácter humano.

—Su educación, su temperamento y la clase de vida que ha llevado lo inclinan a hacer justicia por su cuenta.

—Hereward también tiene algo de ese carácter.

—Sí. Pero la respetabilidad y las tradiciones de familia son sus principales fuentes de acción. Además, es un padre cariñoso; algo severo con el niño, pero ambas criaturas lo quieren mucho y él las trata muy bien.

—¿Qué me dices de Carlota?

—Es una mujer que me desconcierta. Se me antoja que la gran señora con aspecto

de hotelera tiene inteligencia clara, sencilla y realista. No sé cómo juega tan bien con sus dos personalidades. Creo que Hereward se casó con ella por razones pecuniarias; porque hoy en día se necesita mucho dinero para sostener una casa como la suya, sus campos y granjas. Yo diría que el matrimonio se lleva bastante bien; él no es de esos que ambicionan tener relaciones muy sentimentales; cada uno tiene sus propias ideas y persiste en ellas.

—A Hereward no debe de gustarle mucho la clase de gente que Carlota lleva a su casa: novelistas populares, hipnotizadores y mujeres como Eunice.

—¿Hipnotizadores?

—El doctor Bogan emplea la hipnosis en sus tratamientos. —Nigel describió la escena que tuvo lugar entre Hereward y el doctor—. Hereward es demasiado ingenuo. Confunde el hipnotismo con las prácticas misteriosas de las calles de mala nota, y se figura que es el arte nefasto de posesionarse de la víctima en cuerpo y alma. En el caso de Isabel, del cuerpo muy especialmente.

—Puede que haya algo de todo eso en el caso de Isabel.

—Vamos, Georgia, ¿crees que Bogan, un respetable especialista de la calle Harley...?

—¿Quién nos asegura que lo es?

—Él no hubiera dicho que era especialista en Londres si fuera mentira. Es algo muy fácil de comprobar y lo comprobaremos en seguida.

—Respetable es la palabra operativa. Debes de ser tan ingenuo como Hereward si crees que un hombre, por el mero hecho de ser especialista, es automáticamente respetable. Yo te podría decir cosas...

—Anda, anda, no me salgas con tus reminiscencias de *En lo más recóndito de la calle Wimpole*.

Marido y mujer entraban por el portón de hierro de Dower House.

—Se me ocurre que Clarisa no debe de saber nada aún. Tienes que decírselo tú, querida. Sentía cierta debilidad por Isabel Restorick, dijera lo que dijese de ella.

Mientras Georgia fué a ver a su prima, Nigel buscó la soledad del dormitorio. Los preparativos domésticos de Clarisa Cavendish iban a resultar algo complicados si él tenía que permanecer algún tiempo en Easterham Manor. El encargo que recibió de la señora de Restorick era indefinido, pero ahora lo comprendía; estaba como hechizado por la mujer muerta, y no se daría por satisfecho hasta saber todo lo relacionado con su muerte o, mejor dicho, con su vida; porque lo más importante para él y para la solución del caso era conocer a fondo la vida de Isabel. La policía buscaría las pruebas materiales. En cuanto a él, iba a hacer lo posible por reconstruir en su imaginación, con todos sus espeluznantes, fascinadores y penosos detalles, la historia de la joven que había visto ahorcada en aquel cuarto aromatizado por la madera de sándalo, y en cuyos labios rojos se dibujaba la sombra de una sonrisa enigmática.

Rebuscando en su bolsillo, Nigel encontró un lápiz y un papel. Georgia subió veinte minutos después, y lo halló tendido en el asiento de la ventana, desde el cual

contemplaba la villa verde cubierta de nieve. Desdobló el papel y leyó lo siguiente:

1. ¿Qué tiene que ver Clarisa Cavendish en todo esto? ¿Sabía que Isabel estaba en peligro, o solamente lo sospechaba? «Quiero que haga lo posible por salvar a Isabel de la condenación». ¿Le pidió Carlota Restorick que me invitase a venir?
2. Así me lo dijo ella. Carlota sabe cuál es mi profesión. ¿Qué es exactamente lo que temía Carlota que ocurriese?
3. ¿Cuál era la naturaleza del “trastorno nervioso” de Isabel, y por qué es tan reticente Bogan sobre ello? (Respuesta bastante obvia. La autopsia lo aclarará.)
4. ¿Tiene algo que ver la gata en el asunto? Pedirle a tío Juan que averigüen los expertos si existe alguna droga que vuelva a un gato temporalmente frenético. “Quisiera estar allí, aunque no fuese más que para ver cómo salta el gato”. Esta frase de Shakespeare, puesta en tiempo pasado, y el Bardo, expresan mi sincero deseo.
5. ¿Por qué le tiene Andrés tanta antipatía al doctor Bogan? ¿Por qué no se resiente más el doctor de sus indirectas ofensivas? ¿Quién es esa “persona que se complace en el mal” de quien habló Andrés? Quizás él mismo. Aquello no fué broma ninguna o yo me llamo Adolfo Hitler.
6. ¿Hasta dónde llegará Hereward para ocultar un escándalo familiar de primera magnitud, aun a costa de crear otro menor? Hereward no es un cero a la izquierda.
7. Guillermo Dykes. ¿Quién lo invitó a Easterham Manor: Isabel o la señora de Restorick? ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Isabel? ¿Estaba ella realmente comprometida con él? ¿Conocía él la naturaleza de su “trastorno nervioso”? ¿En qué relación está situado su cuarto con el de Isabel? Esto mismo con respecto a los demás.
8. ¿Por qué se pelean tanto Dykes y Eunice Ainsley? ¿Qué lugar ocupa ésta en el conjunto?
9. Y, volviendo a Scribbles, ¿quién le sugirió a Isabel que le diese un plato de leche la noche de la reunión en el cuarto del obispo?

—Tendré que regalarte una hermosa libreta —le dijo Georgia después de leer penosamente la microscópica escritura que cubría ambos lados del papel—. Necesitas más lugar para explayarte.

—No quiero libreta alguna. Estropearía la forma de mi traje —repuso Nigel acariciando con cierta complacencia el bolsillo de su nuevo ambo de paño que ya empezaba a parecer, al igual que toda su ropa, como si hubiese dormido con él toda la noche.

—Clarisa está muy apenada. Pero creo que la noticia no ha sido enteramente una sorpresa para ella. Quiere hablar contigo después de la merienda. Tal vez consigas la

contestación a tu pregunta N° 1.

Clarisa Cavendish no se presentó a merendar. Poco después mandó llamar a Nigel para que subiese a su cuarto. Estaba sentada muy derecha, con las manos apoyadas sobre su bastón de marfil; su cabello blanco asomaba por debajo de una cofia, y su rostro, aún muy arreglado, presentaba el mismo aspecto de la noche anterior. Cuando ella empezó a hablar, Nigel advirtió que la noticia de la muerte de Isabel le había hecho perder el amaneramiento del siglo XVIII, porque su forma de expresarse era mucho menos exagerada. Le pidió a Nigel que hiciera un amplio relato de lo que había sucedido, y se quedó impertérrita, inmóvil, con sus ojillos de pájaro fijos en los de su interlocutor, sin pestañear siquiera. Cuando Strangeways hubo terminado, permaneció callada un momento; luego dijo:

—¿Cree usted que a la infeliz Isabel la han matado?

—Por ahora, sí. La policía no tardará en tener las pruebas de una u otra cosa.

—La policía hará lo que tiene que hacer, por supuesto; mas hay cosas que no alcanza a comprender. Nunca sabrá usted quién mató a la pobre Isabel mientras no la conozca a ella.

—Eso mismo pienso yo. ¿Quiere usted ayudarme?

—Le agradecería mucho que me colocase ese cojín en la espalda. Estoy algo cansada.

Nigel hizo lo que se le pedía. El rígido y frágil cuerpecillo se desahogó con un suspiro. Muy característico de Clarisa era ir al grano de un asunto sin preámbulos ni rodeos.

—Yo ya soy vieja. En mis buenos tiempos fui muy cándida... una tontita muy cariñosa como la pobre Isabel. Pero Isabel encontró muchos hombres a quienes amar y ninguno a quien respetar; en cambio yo encontré a un hombre a quien respetar, pero cuyo amor no fué para mí. Ese hombre fué el padre de Isabel, Enrique Restorick. Ahora comprenderá por qué consideraba yo a Isabel como a mi propia hija, a pesar de todas sus faltas.

Clarisa empezó a contarle a Nigel la infancia de Isabel. Había sido una niña encantadora y resuelta, muy amante de su hermano Andrés, dos años mayor que ella. Ambos se habían educado como mellizos. Su encanto les libraba muchas veces de los castigos que merecían por las travesuras que su salvaje intrepidez les hacía cometer. Durante los primeros años Clarisa Cavendish los trató mucho, porque solía quedarse en Easterham Manor para cuidar de los niños siempre que la institutriz se marchaba de vacaciones. Después de la Gran Guerra, Enrique Restorick se marchó con su familia a los Estados Unidos. En 1928, cuando Isabel tenía quince años, sobrevino la desgracia. La fatalidad hirió a esa familia —dichosa y afortunada, que hasta entonces había poseído todo cuanto puede ambicionar el corazón humano— por causa de Isabel, quien parecía ser su miembro más feliz.

—Cómo sucedió aquello nunca lo pude saber —añadió Clarisa Cavendish—. Pero Isabel, que estaba interna en una escuela superior norteamericana, quedó

embarazada. Su hijo nació muerto. Ella se negó a decir a sus padres quién era el padre del niño. Enrique dimitió su cargo y volvió a Inglaterra. Demostró una gran delicadeza en el sentido del decoro; pero no era el escándalo lo que le abrumaba, sino la actitud de Isabel. La muchacha, según me dijo él, no demostró el menor remordimiento ni la menor comprensión de la enormidad de su conducta. Habíase vuelto hosca, y le había cerrado al padre su corazón; para abrirlo, por desgracia, a las peores influencias. Esto no lo pude creer hasta que vi a Isabel, que regresó más adelante con su madre. Había cambiado muchísimo. Era una criatura todo fuego y belleza; más el fuego eran brasas y la belleza corrompida. Hubieran llegado a corregirla si Enrique y su mujer no se hubieran matado en un accidente de automóvil dos años después. Hereward y Carlota la tomaron bajo su tutela, pero en cuanto fué mayor de edad, y por lo tanto dueña de la renta que sus padres le dejaran, no tuvo freno. Desde entonces su carrera fué —la voz de la anciana tembló— tan desenvuelta y temeraria como la del mismo Lucifer.

Clarisa Cavendish se detuvo. Sus dedos enjorjados teclearon una o dos veces sobre el puño de su bastón.

—Supongo que no soy severa. Después de la muerte de sus padres Isabel me consideraba a mí como su único eslabón con el pasado; pues no se llevaba muy bien con Hereward, y Andrés no estaba casi nunca en Inglaterra. Vió que yo estaba dispuesta a aceptarla tal como era. Quizás fui demasiado indulgente, pero no era posible resistir a su hermosura. Me visitaba de cuando en cuando. Era difícil reprocharle una cosa que... ¿cómo la describiré?... parecía ser para ella una cuestión de puro regocijo. El mundo lo llamaría glorificarse en la maldad, pero yo soy una vieja tonta; me deslumbraba tanto la gloria, que no veía la perversión. De todas maneras, que yo hiciera bien o mal, eso no tiene ahora importancia alguna.

—¿Notó en ella algo diferente cuando la vió por última vez? Porque usted habló de “salvarla de la condenación”.

—Usted piensa que Isabel ya no tenía remedio. Quizás tenga razón. Sin embargo, noté algo distinto, como usted dice. Hacía unos seis meses que no la veía. Cuando vino aquí, precisamente antes de Navidad, me chocaron su aspecto y sus modales. Observé un cansancio terrible en sus ojos; algo más que una enfermedad. Me pareció como si estuviera luchando contra alguna dolencia espiritual. Nunca la había visto así desde que regresó de los Estados Unidos. Crea, Strangeways, que en sus ojos leí algo que no había leído hasta entonces. —Clarisa Cavendish se calló, para pronunciar luego muy quedo una sola palabra—: Hastío.



CAPÍTULO VIII

*¿Oyó hablar alguna vez de María Cocaína
Que vivía en Cocaína, en el monte Cocaína
Con un perro Cocaína y un gato Cocaína
Que luchaban todas las noches con un ratón Cocaína?*

ANÓNIMO

REFLEXIONANDO Nigel aquella tarde sobre la historia que le había contado Clarisa Cavendish, le intrigarón muchísimo los incidentes de la infancia de Isabel. Lo que más vivamente se presentaba ante su imaginación no era la hermosa Isabel de los últimos años, ni la corrompida y hosca muchacha que regresó de los Estados Unidos, sino la niña que planeaba diabluras con Andrés, que trepaba por el interior de las enormes chimeneas de la casa y aparecía por el tejado, mientras las personas mayores celebraban alguna reunión sobre el césped del jardín; la niña que, montada en su potro, se dirigía hacia una altísima valla con una mirada en sus ojos que parecía decir —como bien lo expresó Clarisa—: “Detenedme si os atrevéis”.

Aún estaba Nigel rumiando estas memorias cuando vino a verlo el inspector Phillips, quien, con su porte campesino y su lenta manera de hablar, parecía disponer de un tiempo interminable. En efecto, la nieve, cada vez más alta y compacta, imponía lentitud a la investigación, cosa que a él le convenía más que a Nigel o a Scotland Yard. Si Phillips era lento, también fué minucioso. Le hizo a Nigel un relato de lo que había hecho además de su misión principal —investigar el episodio de Scribbles—, mientras que lo miraba continuamente con esos ojos de aliento con que un profesor sondea a un niño nervioso. Nigel se entregó a él de buena gana. Era una agradable antítesis de los exóticos moradores de Easterham Manor, con quienes había estado tratando hasta entonces.

—Eso ayuda mucho, muchísimo, señor Strangeways —dijo él cuando Nigel hubo terminado de hablar—. Solamente usted y yo deberíamos de ocuparnos de este caso, y nadie más. Pero el mayor Dixon ya está pensando en recurrir al Departamento de Investigaciones Criminales, que es, al fin, una de las tantas agencias de ese género que agobian a Londres. Comprendo que si bien podemos ventilar el asunto aquí, nos resultaría difícil por ser el señor Restorick un caballero muy conocido en estas tierras,

a quien hay que manejar con mucho tacto.

—¿Han comprobado que se trata de un crimen?

—No podemos asegurarlo hasta que los peritos nos manden el resultado del examen de la cuerda, pero hay algunos indicios —Phillips clavó en Nigel una mirada fulgurante—. Sí, indicios, le digo. —Y con alegre desenfado extrajo de su bolsillo una libreta; se lamió el dedo pulgar; empezó a volver página tras página, hasta llegar a la que buscaba; la miró como si fuese un amigo tiempo ha perdido, y luego leyó lentamente las anotaciones que contenía.

Primero, un escrupuloso examen del terreno, cubierto de nieve, aseguraba que ninguna persona ajena visitó la casa en la noche del crimen. No había señales de refriega en el cuarto de la señorita de Restorick. La cama se había utilizado aquella noche, mas no estaba indebidamente desarreglada. Un camisón doblado yacía sobre el lecho. Esto no significaba nada, porque no es extraño que un asesino ordene las cosas antes de escapar. Encontraron una zapatilla roja en el suelo, muy cerca del lugar en que el cuerpo estuvo colgado; la otra, debajo de la cama. Recogieron cierto número de impresiones digitales y ahora estaban trabajando con ellas. No había ni rastro de una de esas cartas de suicida: no obstante, la policía estaba examinando la correspondencia y las cuentas halladas en el escritorio de Isabel. Los dormitorios más cercanos al de la difunta los ocupaban los niños de Restorick, una doncella que cuidaba de ellos mientras la institutriz estaba de vacaciones y Andrés Restorick. Los demás dormían en el ala opuesta del edificio. Nadie oyó ruidos sospechosos durante la noche.

—¿Interrogó también a los niños?

—No, la señora, doña Carlota, no quiso que los asustasen. Ella misma les hizo algunas preguntas y ninguno de los dos había oído pasos junto a su puerta.

—Me figuro que todos los de la casa habrán comprendido qué es lo que usted sospecha.

—Les dije que todo aquello era pura fórmula rutinaria, mas algunos se miraron con recelo.

—¿Quiénes?

—El doctor Bogan y la señorita Ainsley. Los señores de Restorick ya sabían que no estábamos satisfechos con las apariencias.

—Yo se lo dije a Andrés.

—¿Sí? Ya me lo presumía. Andrés es un tipo muy fresco. Sin embargo es un caballero de conversación agradable. Me acuerdo de cuando era así de pequeñito. Buena pareja hacían él y la pobre señorita Isabel.

—¿Cómo encontró usted al señor Dykes?

—Ofuscadísimo —repuso Phillips luego de reflexionar un instante para dar con la palabra justa—. Estaba completamente aturdido. Parecía no comprender lo que pasaba. Es escritor, según me han dicho. A mí me gusta leer un buen libro de vez en cuando.

—Muy bien, inspector, hasta aquí todo va bien, aunque me parece que aún le queda a usted algo por desembuchar.

Phillips le dirigió a Strangeways una simpática mirada.

—Puede ser. Esta mañana nos hizo una declaración el señor Eaves, que es labrador y pertenece a la policía local. Dijo que anoche, cuando patrullaba por los alrededores de la casa, vió que se filtraba una luz por una de las ventanas de Easterham Manor. Esto fué a las 12.10 de la noche. Iba a avisar, pero al acercarse a la casa la luz se apagó; por eso, y por ser el señor Restorick un caballero muy notable de la región, Eaves pensó en llamarle la atención, con reserva, a la mañana siguiente. Yo le pedí que me indicase la ventana en que vió la luz. Tenga en cuenta que estaba muy oscuro y que no podemos fiarnos, pero señaló a la del cuarto de la señorita Isabel.

—¡Hola! Esto dice mucho. Alguien apagó la luz de su cuarto a las 12.10. Suponga que fué la misma Isabel, aún viva. Si pensaba suicidarse es muy probable que no apagara la luz para dormir un ratito antes de hacerlo. Si iba a colgarse en seguida es probable que tampoco lo hiciera; es muy raro que los suicidas que se ahorcan lo hagan a oscuras; prácticamente resulta difícil, y la experiencia psicológica lo considera anormal. Lo más probable es que ella no apagase la luz. Lo cual nos deja con un asesino. ¿Tomaron impresiones digitales en los interruptores?

—Sí, señor —repuso Phillips con tranquila satisfacción—. En el interruptor de la luz de la mesilla de noche y en el de junto a la puerta no había impresiones digitales. Ambas superficies estaban borrosas, como si las hubiese tocado una mano enguantada.

—Ya, ya. El criminal fué muy precavido.

—Luego viene la cuestión de la puerta, señor Strangeways. La puerta del cuarto tiene una cerradura doble. La doncella podía abrirla con su llavín, aunque la llave de adentro estuviese puesta. Emilia declaró que esta mañana la puerta estaba cerrada, lo cual sugiere un suicidio. Ahora, que usted sabe tan bien como yo que hay muchas maneras de hacer girar una llave desde afuera. En este caso emplearon una cuerda y un lápiz. Encontramos señales del cordel en la pintura de la puerta.

—No me diga que también encontró usted el lápiz. Yo no lo vi.

—Rodó hasta quedar debajo de la cómoda, junto a la puerta.

—¿Tenía las iniciales del asesino?

—No, señor —repuso Phillips con gravedad—. El lápiz provenía de la sala de estar, donde hay muchos para uso de los huéspedes que quieran escribir.

—Así es. ¿Algo más?

—Pues vea, señor, como usted mismo lo habrá observado, junto al cuerpo no había ninguna silla volcada. Claro que la pobre señorita pudo haberse lanzado con la cuerda al cuello desde el taburete que está a los pies de la cama, o desde la misma cama. Pero por lo general, los que se ahorcan emplean una silla.

—No podemos basarnos mucho en este punto. ¿Qué hay de la cuerda?

—La señora de Restorick dice que la cortaron de un guardarropa. Dicho armario

está en el pasillo, más allá del comedor pequeño. Cualquiera hubiese podido cogerla. Desde luego que me ocupo de ello.

—En realidad, todo indica un crimen premeditado.

—Comparto su opinión. Cortan la cuerda de antemano para aparentar un suicidio. Se sirven de un lápiz y un cordel para cerrar la puerta por dentro. Esto tiene muy mal aspecto. Un crimen a sangre fría, si comprende lo que digo.

—Comprendo, comprendo, y creo que ahora podemos reconstruir la escena a grandes rasgos. A las diez, Emilia deja a la señorita Restorick con el camisón puesto, según dijo, y aplicándose una crema en el rostro, después de haberse quitado la pintura; al parecer lista para meterse en la cama. Isabel está excitada. Le dice a la doncella que no se moleste en arreglar su ropa. Todo esto sugiere que esperaba una visita muy pronto: un hombre, con toda seguridad, pues de lo contrario no se hubiera preocupado por querer despistar a Emilia, quitándose la pintura de la cara y luego volviéndosela a poner.

—Lo intrincado está en ese “muy pronto”. Usted opina que el decirle a Emilia que no se preocupara de su ropa significa que esperaba una visita en cualquier momento, y que no quería que la doncella estuviese allí cuando llegara. Es raro que su amigo viniese tan temprano. Podría haber gente cerca de su habitación. Además, anoche estuvieron ustedes en el cuarto del obispo hasta las diez y media, aproximadamente.

—Sí, ese detalle es curioso. Tendremos que dejarlo por ahora. De todos modos, supongo que usted habrá averiguado cuándo se acostaron los demás.

Phillips recurrió de nuevo a su libreta.

—La reunión se disolvió poco después de marcharse ustedes. La señora de Restorick, la señorita Eunice Ainsley y el señor Andrés Restorick subieron a acostarse a las once. El doctor Bogan y el señor Dykes lo hicieron unos diez minutos después. El señor Restorick se quedó abajo hasta un poquito más tarde, pero dice que a las once y media ya estaba acostado. Los criados estaban todos en la cama a las once, excepto el mayordomo, que dió una vuelta por el piso bajo para cerrar las puertas y ventanas a las once y cuarto y se retiró a las once y veinte. Aún no hemos tenido tiempo de comprobar estas horas.

—De manera que a las once y media todos los de la casa estaban acostados. Teóricamente el crimen pudo realizarse en cualquier momento entre las once y la medianoche, si se le conceden al criminal diez minutos para montar la escena del suicidio. Sin embargo, tuvo que pasar por delante del cuarto de Andrés Restorick para llegar al de Isabel. Eso pudo haberlo hecho mientras Andrés estaba despierto, pero era peligroso. Probablemente dejó transcurrir media hora para que Andrés se durmiese. Así es que estuvo en el cuarto de Isabel desde las once y media hasta las doce y diez, cuando el agente Eaves vió que apagaban la luz de aquella ventana.

—Convengo, señor Strangeways, en que el período de las once a las doce y diez es el que tenemos que investigar más a fondo. Empero, no tenemos ninguna prueba

de que la persona que apagó la luz a las doce y diez fuese el asesino. Pudo haber otra visita más tarde.

—También puede ser así, lo cual implica que Isabel tenía dos amantes en la casa. Ninguna otra persona hubiese ido a su cuarto a una hora tan intempestiva.

—El criminal no tenía por qué ser su amante, señor. Pudo haber sido un adorador rechazado.

—¿Ha oído hablar del señor Dykes?

Phillips le dirigió a Strangeways una mirada perspicaz y complaciente.

—El señor Dykes estaba comprometido para casarse con Isabel, según me dicen ellos. Luego ella...

—¿Ellos se lo han dicho?

—Así me informó la señorita Ainsley. Más tarde, la señorita Restorick rompió el compromiso y le dijo a Dykes que a ella le era imposible sobrellevar esa vida. Una razón plausible, señor Strangeways, especialmente si Dykes creía que alguno de los huéspedes de la casa era quien lo había sustituido a él.

—Bueno, creo que esto es todo lo que sabemos hasta que tengamos el informe de la autopsia.

Phillips volvió a mirarle y se levantó para marcharse.

Nigel pasó la tarde leyendo y jugando al *piquet*^[8] con Clarisa Cavendish. Ambos estaban algo distraídos.

A la mañana siguiente, a las once, una voz familiar saludó a Nigel por teléfono. Era su antiguo amigo Blount, detective inspector del Departamento de Investigaciones Criminales. Por lo visto habían recurrido a Scotland Yard.

—¿Me puede conceder media hora. Strangeways? —preguntó con voz suave y ligero acento escocés. Blount no gastaba el tiempo en preámbulos—. Estoy en Easterham Manor.

—Eso es una orden real para mí. ¿Cómo lo mandaron aquí? ¿Qué me dice del tiempo? A usted le parecerá que está en su tierra.

—¡Oh!, estupendo —repuso Blount sin entusiasmo alguno—. Acabamos de recibir el informe de la autopsia. La difunta era aficionada a las drogas. Tomaba cocaína. Reflexione sobre ello mientras viene hacia aquí.

—¿Cocaína? Ya me lo figuraba. ¿Cuánto tiempo hace que... —Pero Blount ya había colgado el auricular.

Cuando Nigel entró en la calle del pueblo, el viento del Este lo azotó, penetrando en sus huesos y oprimiéndole la cabeza como un casco de hierro. Se diría que secaba la misma sustancia de la vida con sus violentas ráfagas. Exactamente más adelante, había un grupo de hombres trabajando para desatascar un coche; sus alientos vaheaban el aire.

“Aficionada a las drogas —pensaba Nigel—. ¡Pobre Isabel!”.

No obstante, aquello era bastante obvio. Su conducta, la alternativa de exuberancia y depresión, la violencia..., todo indicaba su mala afición.

Y sin embargo, era extraño. Aquello no encajaba del todo en el retrato mental que él se había formado de Isabel Restorick; el retrato de una mujer que conservaba cierta inocencia de corazón a pesar de su vida; que era disoluta, pero no viciosa. Semejante sacerdotisa del éxtasis corporal, seguramente no habría necesitado la excitación artificial que proporcionan las drogas.

Al llegar a Easterham Manor, Nigel fué conducido a la sala de estar, convertida en oficina de trabajo de las autoridades. Pese al fuego que ardía en una hermosa chimenea, el aspecto de la sala era poco acogedor.

“Muy parecida a la de lectura de un hotel de estación —pensó Nigel—, con sus mesas inadecuadas, sus tacos de papel de notas y ceniceros de metal”.

A pesar del excesivo fuego, el inspector Blount llevaba puesto su gorro de noche. Aquella prenda de vestir nunca la aprobó Nigel.

—El inspector —decía él— no fué creado para representar un pirata o un tipo de los que figuran en *Rake's Progress*.

Empero, Blount insistía en que cuando uno es calvo como una piedra, la cabeza necesita protección —hasta dentro de casa— durante el tiempo frío.

—Yo tengo que usar mi cabeza —solía decir él—, y no puedo permitir que se resfríe.

Phillips y un sargento detective estaban también en el salón cuando Nigel llegó. Blount, sentado ante un escritorio arrimado al fuego, se quitó sus lentes de armazón de oro y señaló con ellos una silla. Nigel sentóse obedientemente. Haciéndole la vista gorda al discordante gorro de noche, Blount semejábase a un gerente de banco a punto de entrevistarse con un cliente para tratar del asunto de sus créditos excesivos.

—De manera que ha vuelto usted a inmiscuirse en otro caso, Strangeways —le dijo con tono severo.

Nigel agachó la cabeza.

—Es mejor que me lo cuente usted mismo, con sus propias palabras.

—No acostumbro servirme de las palabras ajenas —repuso Nigel con dignidad. Y acto seguido hizo un relato del caso, desde su punto de vista personal. El sargento detective garabateaba muy afanado.

—¡Hum! —hizo Blount cuando Nigel se calló—. Hay algunos puntos interesantes. ¿Cómo interpreta usted el incidente de la gata?

—Me inclino a creer que en la leche pusieron una droga. Tenemos que averiguar si existe alguna que provoque esos efectos. Sabemos que la cocaína excita muchísimo, pero yo no creo que tenga el mismo efecto en los animales. También pudo ser una simple broma. Sin embargo, ahora que sabemos que la señorita Restorick era toxicómana, podemos establecer alguna relación entre el episodio gatuno y el crimen. ¿Hizo alguien aquello para hacerle comprender que sabía que ella era cocainómana?

—¿La primera insinuación de chantaje? ¿Una advertencia? ¿Por qué no lo haría esa persona con palabras? —preguntó Blount.

—No me lo puedo figurar. A menos que por algún motivo esa persona no quisiera que ella supiese que alguien conocía su secreto. El chantajista prefiere conservar su anónimo.

—Todo eso es pura teoría. —Blount hizo un gesto despreciativo—. ¿Sospecha usted de alguien?

—La señorita Clarisa Cavendish, una prima de mi mujer, en cuya casa estamos hospedados, dijo que durante la exhibición de la gata, Andrés Restorick no le quitaba ojo a su hermana. Dijo que aquello era semejante a esa escena de Hamlet en que...

—Ya he visto representaciones de ese drama —interrumpió Blount con sequedad.

—Suponga que Andrés sospechara que su hermana era aficionada a las drogas. Pudo haber estado husmeando en ese sentido.

—Esa suposición es difícil de aceptar, Strangeways. Presupone que la difunta reconocería en los síntomas de la gata los efectos causados por la droga, y que Andrés (muy amante de su hermana, como nos lo han dicho) no tuviese reparos en decírselo abiertamente. No, es preciso algo mejor. Haga pasar al doctor Bogan.

El sargento salió. Blount se quitó su gorro de noche de muy mala gana, y fué a sentarse en una silla, más lejos del fuego, dando la espalda a la luz. Cuando entró el doctor, Blount estaba absorto, al parecer, en los papeles de su mesa. Tras una larga pausa, que el doctor Bogan empleó para atusarse distraídamente la barba, Blount sacó una hoja de papel, levantó la vista y dijo:

—Usted trataba a la señorita Restorick como cocainómana.

—Así es. —La voz del doctor no revelaba ni sorpresa ni resentimiento.

—Usted sabía muy bien que esto lo descubriríamos en seguida. No comprendo por qué lo ocultó ayer.

—En primer lugar, puse en duda el título del señor Strangeways, y siendo además amigo de la familia, tenía motivos personales y profesionales para guardar el secreto mientras fuese posible. —El doctor habló con una dignidad que impresionó a Nigel favorablemente.

—Su tratamiento era algo...

Los blancos dientes del doctor Bogan asomaron en una rápida sonrisa.

—Alguno de mis colegas me llaman matasanos. Pasteur sufrió de esas mismas sospechas.

—Sí, sí —dijo Blount algo impertinente—. Pero la hipnosis...

—La cocaína es una droga que crea el hábito; y los hábitos echan raíces en las cabezas inconscientes. El método más eficaz para contraatacar ese frente es la hipnosis. —El doctor Bogan le dirigió una mirada burlona al inspector—. Yo tengo, desde luego, una declaración firmada por la señorita Restorick en la que accede voluntariamente a someterse a dicho tratamiento.

—Me gustaría ver esa declaración a su debido tiempo. ¿Tenía éxito su tratamiento?

—Creo que íbamos hacia el éxito, pues aunque la señorita Restorick no estuviese

curada del todo, ya habíamos hecho la prueba de suspender por completo las dosis de la droga.

—¿Podría decirnos si en la casa había alguien más que conociera su afición por la cocaína?

—Que yo sepa, no. Ahora bien, cualquier persona experta en dicha materia hubiera podido reconocer muy fácilmente las señales fatídicas en la señorita Restorick.

—Eso mismo. —Blount se golpeó fuertemente la calva—. Cuéntenos la historia del caso, doctor.

Según el doctor Bogan, Isabel Restorick se puso en sus manos hacía ya seis meses. Él la había encontrado, pocas semanas antes, en una fiesta en Londres. Isabel había empezado a tomar cocaína poco antes de este encuentro. Para empezar el tratamiento se internó en la clínica del doctor. Al cabo de un mes abandonó la clínica y quedó en observación, y sometida al tratamiento, aunque con menos rigor. Isabel nunca quiso decirle quién le inculcó ese hábito y quién suministraba la droga; además no era de su incumbencia interrogarla severamente sobre ello. Todo lo que podía decir era que Isabel no había vuelto a recibir cocaína desde que empezó el tratamiento, aparte de las dosis decrecientes que él le permitía. Éstas se suspendieron del todo quince días atrás. A esta falta de la droga achacaba él la reciente indisposición de la enferma.

—¿No sabe por qué se quería librar ella del hábito? Quiero decir, ¿cuándo le manifestó ese deseo? —preguntó Nigel.

—No lo sé, aunque es muy posible que su compromiso con el señor Dykes influyera. Si ella estaba enamorada de él...

—¿Cómo “si”?

—Pues porque él no es precisamente la clase de persona de quien uno hubiera esperado verla enamorada. El señor Dykes es tan distinto de los amigos que tenía Isabel...

—Quizás fuera por eso mismo —dijo Strangeways.

Hubo una pausa. El doctor pareció bastante embarazado con la última pregunta de Nigel.

“Sin embargo —pensó este último—, su relato parece muy natural; y sobre todo podemos verificarlo. Este doctor impresiona favorablemente, tiene una personalidad notable”.

Blount pensaba lo mismo, evidentemente.

—Supongo que usted deseará reanudar su trabajo mañana. Nos mantendremos en comunicación con usted, puesto que ya tenemos su dirección. En la indagatoria se necesitará su testimonio.

Cuando el doctor Bogan se levantó, el inspector Phillips, que había salido, porque le llamaron mientras duraba la conversación, entró de nuevo y dijo algo al oído de Blount. Éste alzó la mano y dijo:

—Aguarde un momento, doctor. —Su voz tenía, pese a la suavidad, esa ligera estridencia que Nigel conocía de tanto tiempo atrás—. ¿Quiere hacer el favor de decirnos algo sobre los papeles que ha quemado usted esta mañana en la chimenea de su habitación?



CAPÍTULO IX

*Rueda por la tierra un poquito de nieve
y en seguida forma una montaña.*

SHAKESPEARE

HAY momentos en que dicen que el tiempo se detiene. También hay momentos en que semejante a un engranaje bien montado avanza sin esfuerzo alguno hacia adelante o se echa hacia atrás. La pregunta de Blount produjo este último efecto. Para Nigel todo pareció tomar el aspecto irreal de una película lenta. Una especie de mortal premeditación se apoderó de los movimientos de sus compañeros en la sala; pareció como si hubiesen llegado a ese momento de la caza en que se avista la pieza o ésta entra en el campo barrido por el fuego enemigo.

Si el doctor Bogan era la pieza, no parecía darse cuenta de ello. Un ligero fruncimiento de estupor aparecía y desaparecía en su frente. Su rostro, de color cetrino, pareció adquirir un tono más oscuro. Los ojos penetrantes miraron deliberadamente a Blount, luego recurrieron a ese engaño de adoptar una expresión indefinida, que ya Nigel había observado antes en él. Sin embargo, dijo con voz firme:

—La clase de tratamiento que yo le estaba aplicando a la señorita de Restorick tiene sus inconvenientes. Habrá oído hablar de lo que se llama “transferencia” entre un psicoanalista y un enfermo. Con la hipnosis se presenta algunas veces el mismo peligro. En una palabra: la enferma se enamora del doctor.

—¿Sugiere usted —le preguntó Blount— que los papeles que ha quemado eran... esto... cartas amorosas de la difunta?

Los ojos del doctor Bogan volvieron a recuperar su vida, brillando con rara penetración.

—Eso lo descubrirán bien pronto ustedes mismos. Yo sé que con los métodos científicos modernos pueden ustedes reconstruir el papel quemado y hacer reaparecer lo escrito en él.

Esto lo dijo en tono de conversación, dirigiéndose a todos los presentes. El inspector Phillips exclamó sin pensar:

—Es inútil. Las cenizas están dispersas...

Oyóse un crujido que los hizo estremecer como un tiro de pistola. Lo hizo Blount al partir en dos el lápiz que tenía en la mano; única señal de su enojo por la impertinencia de Phillips. Nigel miró a Bogan con nuevo respeto. ¿Había sido por casualidad que declaró que los papeles eran ilegibles?

—No ha contestado usted a mi pregunta, doctor Bogan. ¿Dice usted que fueron cartas amorosas lo que quemó? —le preguntó Blount.

—Siento mucho no poder esclarecerlo. A mí me interesa tanto como a usted saber el contenido de esos papeles. Porque le aseguro, señor inspector, que hace muchos días que no quemó absolutamente nada en mi chimenea.

El sargento detective se quedó atónito. Phillips apenas pudo respirar. Blount permaneció imperturbable.

—Ya, ya. ¿Podría usted decirme cuándo estuvo ausente de su habitación?

—¿Ayer u hoy? ¿Cuándo encontraron los papeles?

Los ojos de Blount confesaron el fracaso de su pequeña trampa.

—Los papeles se encontraron en su chimenea la mañana del crimen.

—Yo bajé a desayunar a las nueve menos cuarto. Aún estábamos desayunando cuando la doncella descubrió el cadáver de la señorita Restorick. La señora de Restorick, su marido y su hermano subieron al momento; el señor Dykes y yo quedamos en la mesa. La señorita Ainsley no había aparecido aún. Unos cinco minutos después, digamos a las nueve y cinco, me llamaron para que subiera. Examiné el cuerpo. Luego volví a bajar. Por lo que recuerdo no regresé a mi habitación hasta el mediodía.

Blount lo presionó más. Bogan estaba seguro de que en la chimenea no había papeles quemados antes de que bajara él a desayunar. Carlota y Hereward ya estaban en el comedor; Andrés y Dykes entraron poco después. Cuando él regresó, después de haber examinado el cuerpo, Dykes aún estaba en la mesa; luego llegó Eunice Ainsley. Esto fué poco más o menos a las nueve y veinte. Los tres permanecieron en la mesa hasta las diez menos cuarto.

—Sin embargo, la sirvienta que arregla su cuarto ha declarado que justo antes de las nueve estuvo en su aposento y que sacó de la chimenea cierta cantidad de papel quemado. En un principio olvidó todo esto. El papel se puso en un recogedor de cenizas, cuyo contenido lo volcaron luego sobre un montón de basuras. Así que las cenizas del papel están dispersas. Con todo, puede suponerse que el papel lo pusieron en su chimenea entre las nueve menos cuarto y las nueve de ayer por la mañana.

—Me alegro de que acepte mi versión sobre el asunto —dijo Bogan con esa ardiente sonrisa que le recordaba a Nigel su ascendencia italiana.

—Bueno, ya averiguaremos todo eso. Por el momento creo que no hay nada más, doctor Bogan. —Se calló como esperando que el doctor añadiese algo, pero Bogan se puso de pie y salió del cuarto.

—Este doctor cuenta con mucho tiempo disponible para ser un eminente especialista —murmuró Nigel.

—Sí. Yo esperaba oírle preguntar cuándo podía regresar a Londres. Aunque el fin de semana no ha terminado, suponiendo que sea de los que se toman unos fines de semana bien cumplidos.

Blount informó a Nigel sobre otras cosas. Las comprobaciones materiales establecían la hora de la muerte de Isabel entre las diez de la noche y las dos de la mañana. La autopsia no había revelado si la señorita Restorick fué estrangulada antes de que rodearan su cuello con el nudo corredizo. La doble vuelta del cordel alrededor de su garganta había cubierto con sus propias señales cualquier magullamiento que le hubiesen hecho antes. En el cuerpo no se veía ninguna otra señal de violencia. Sin embargo, la cuerda, examinada al microscopio, demostraba clarísimamente que el cuerpo había sido izado a la posición en que lo encontraron.

—De manera que eso descarta por completo el suicidio —dijo Strangeways—. ¿Y no había señales de violencia en el cuerpo?

—Lo cual nos revela que sólo una persona que gozase de la mayor intimidad con la difunta pudo haber entrado en su cuarto a medianoche y rodear con los dedos el cuello sin que Isabel lanzase un grito de alarma, o luchara con el intruso. Isabel tenía un sueño muy ligero, y además hay motivos sobrados para suponer que esperaba una visita.

—Con todo, cabía esperar que hubiese dejado marcas en su asaltante, y ninguno de los que están en la casa tiene señales de rasguños.

—Si la estrangularon sorprendiéndola por detrás, o la asfixiaron primero con una almohada, el criminal bien pudo salir ileso. Quizá se puedan encontrar rasguños en sus manos y muñecas. Pero recuerde que como no hay impresiones digitales en las llaves de la luz, es posible que llevara las manos enguantadas.

—A buen seguro que su amante, si cree usted que él fué quien la mató, no iba a meterse en su cama con los guantes puestos.

—No. Mas pudo fingir que se marchaba; ponérselos y volver a la cama. ¡Bah!, éstos son detalles ínfimos, Strangeways. Lo importante es que nadie, fuera del amante de la mujer, concuerda con nuestras indagaciones.

—Concretando: hay que pensar en Dykes, Bogan o en el señor X que se metió en la casa aquella noche. Parece razonable. Sin embargo, su argumentación adolece de un defecto.

—¿De un defecto? No lo veo.

—Pues sí, señor, de un defecto muy lógico, o lógicamente sentimental, para ser más exacto. ¿Ha interrogado ya a Dykes?

—Todavía no. Ahora viene.

—¿Me concede primero un cuarto de hora a solas con él?

Blount le dirigió a Nigel una de sus miradas más frías.

—¿Para qué?

—Podrá decirme cosas que ocultaría en un interrogatorio oficial. Usted es una persona que intimida mucho, bien lo sabe.

—¿Puedo estar seguro de que no quiere proteger a nadie en este asunto?

—Por ahora no —repuso Nigel, por cuya mente pasó de pronto la imagen de Isabel Restorick en la ultrajante belleza de su muerte.

—Muy bien, concedido. Y espero que tocará todos los puntos necesarios de información.

—De acuerdo.

Nigel encontró a Dykes haraganeando por la biblioteca. Se lo llevó al jardín. El novelista parecía más dueño de sí mismo que el día anterior, aunque sus ojos demostraban que había dormido muy poco la noche pasada. Andaban con paso ligero, pues el viento soplaba muy fuerte, hacia el lado más resguardado de la casa, donde había un soto de abedules que sostenían delicadamente la nieve en sus puntas.

—¿Le estuvo usted preparando el terreno a la policía? —preguntó Dykes a quema ropa, cuando llegaron a un sitio donde no los podían oír hablar desde la casa.

—¿No le gusta la policía?

—A la gente de mi clase nunca le gustó. Son los mercenarios guardianes del privilegio. Cualquiera que tenga un poquito de sentido común lo sabe.

—Ya me parecía que ésa era su opinión. Por eso quise mantener una pequeña charla con usted. Blount, el inspector del D.I.C., es todo un policía; un hombre bastante bueno, pero no permite que su corazón intervenga en su cerebro.

—¿Y por qué?

—Claro que si lo hiciera sería un detective mucho mejor. Esto se lo digo de paso, porque lo que yo quería advertirle es que se ponga usted en guardia y procure causar la impresión más lastimera que le sea posible.

Dykes estuvo a punto de darle una terrible respuesta, mas lo pensó mejor. Las palabras de Nigel testimoniaron su espíritu de novelista y de observador analítico.

—Puede ser que tenga usted razón. Usted parece una persona sensata; pero que el diablo me lleve si comprendo por qué se mete usted en todo esto.

—No se preocupe y hablemos claro. Yo no le defiendo a usted ni a nadie, exceptuando a Isabel Restorick. Cualquier cosa que me diga, y que yo crea de interés para la investigación, se la comunicaré a la policía. Le hablo a solas porque pensé que le sería más fácil decirme a mí ciertas cosas que no se atrevería a mencionar delante de toda una caterva de policías.

—Eso es hablar claro. Pues bien; le aseguro que esto es para mí un tónico después de la leche aguada de algunos de los de allá. —Señaló con un dedo hacia la casa—. No es que yo tenga nada que ocultar.

—No quiero decir que tenga... excepto lo que puede sonrojarle.

Dykes se detuvo y lo miró atentamente.

—¡Oh!, ya comprendo lo que me quiere decir. Usted alude a la cuestión sexual. Bueno, le diré que yo acostumbraba ser algo mojigato. Los hombres de la clase trabajadora solemos ser muy mal hablados, pero no tenemos el corazón corrompido como esa perra de Eunice Ainsley. Sin embargo, comparándome con la clase de gente

que Isabel trataba, soy bastante avezado.

—¿Durante cuánto tiempo la trató?

—Seis meses. No, ocho. La conocí en mayo, en una de esas terribles reuniones de editores. Yo no me encontraba a gusto, sabe usted, así es que nos apartamos de los demás, que parecían inanimados. ¡Hablaban de fantasmas! Isabel no era ningún ángel. ¡Santo Dios!, ¡qué temperamento de mujer!

—Dice usted que no era un ángel. ¿Sabía usted que era aficionada a las drogas?

El novelista lanzó un gruñido involuntario, como si le hubieran traspasado el corazón.

—¿Es cierto? —preguntó, cogiendo a Nigel por los brazos. El día anterior había llorado, ahora estaba violento. Nigel pensó que esa facilidad para emocionarse debía ser considerada por los Restorick como un defecto de carácter en un hombre.

—Me temo que sí. Lo ha revelado la autopsia. Tomaba cocaína.

—De modo que era eso... —murmuró Dykes—. ¡Pobre Isabel! ¡Oh los viles y despiadados demonios!

—¿Lo sospechaba usted?

—Esa maldita Eunice y otros amigos de Isabel lo habían insinuado. ¡Amigos! ¡Santo Dios! ¡Si ella me lo hubiera dicho! Hubiéramos enfrentado la situación juntos. ¿Quién la inició en el vicio? —añadió Dykes con los ojos brillantes de cólera criminal.

—No lo sabemos. Escuche, Dykes. Hace seis meses Isabel se sometió a tratamiento con Bogan. Quería librarse de ese hábito. ¿Tiene esa fecha alguna importancia para usted?

—¿Importancia?... ¡Ah!, ya comprendo. Sí. Hará unos seis meses le pedí que se casara conmigo.

—¿Consintió?

—Me dijo que esperase. Ahora comprendo el porqué. Quería curarse primero. Recuerdo que me dijo en la imperial de un autobús (pues solíamos dar así largos paseos por Londres, ya sabe usted cómo, sacando el billete para ir de un extremo al otro del recorrido; una nueva emoción para ella eso de ir en autobús): “Guillermo, te amo, bien sabe Dios por qué; pero te amo demasiado para permitir que te cases ya conmigo”. Ahora comprendo.

Iban entrando en el soto de abedules forcejeando con la espesa capa de nieve.

“Un raro escenario para semejante diálogo”, pensó Nigel.

—Cuán hermosos son estos árboles, ¿verdad? Nosotros teníamos uno en el patio de casa. Siempre estaba cubierto de hollín. Parecía un precioso negrito.

—¿Llegó usted a ser su amante? —preguntó Nigel.

—No. Isabel quiso que lo fuera. Yo no lo permití y le dije que o nos casábamos o nada... y nada fué lo que logré.

Poco a poco Nigel se dió cuenta de la extraña atracción que Guillermo Dykes debía haber tenido para Isabel. Al principio lo juzgó como una consumada perversión

por parte de ella. Pero ahora comprendía que Guillermo no sólo había supuesto para Isabel una simple emoción nueva, sino un mundo nuevo. Poseía a la vez una inteligencia creadora y un gran sentido común junto con un código de moral que ella no conoció nunca. Aún había más. Guillermo no quería tratarla ni como a una Cleopatra ni como a una bailarina. La clase de hombres que Isabel había conocido antes sentirían por ella ese temor que precede a una pasión hartó fácil y el desdén que la sigue. Ellos nunca pudieron, como lo hizo Dykes, considerarla como una igual, a quien había de respetarse. Además, la intensidad pasional de Isabel, aquel derroche mismo de sensualismo en su vida, le chocaría muchísimo al amante común. Tales hombres, temerosos de entregarse con la misma vehemencia de Isabel, siempre tuvieron que fallarle; porque de lo contrario se hubieran salido de su cauce.

“Guillermo Dykes —pensó Nigel— no se extrañaría ni tendría miedo; porque por mucho que Isabel pudiese esclavizarlo físicamente, una parte de su ser permanecía siendo lo bastante suya e independiente. Guillermo Dykes representaba para Isabel esa estabilidad e integridad que toda persona disoluta anhela en alguna etapa de su vida”. Pero esto no significaba, de ningún modo, que él no la hubiese matado.

—¿Se da cuenta —le dijo Strangeways tras un largo silencio— de que la policía sospechará de usted?

—¿Sospechoso de haber matado a Isabel? Pienso lo mismo. Que confíen en hallar el asesino entre un hombre de la clase trabajadora, si pueden.

—Tal vez digan que se trata de un crimen pasional; que usted fué uno de los amantes de Isabel y que la mató por celos por haberle despedido al preferir al doctor Bogan. Y pueden tener razón, por lo que yo sé.

Guillermo Dykes escupió.

—Qué asunto más repugnante es éste. Le aseguro que nunca se me quitará el mal gusto de la boca. ¡Yo matar a Isabel! Bueno, que esto me sirva de lección para no salirme nunca del ambiente de los de mi clase.

Ambos hombres, sin decirse una palabra, regresaban a la casa.

—¿Cree usted que soy insensible, señor Strangeways? ¿Es que debería estar diciendo que mi vida se acabó porque Isabel ha muerto? No, y no. Soy un hombre de suerte. Tengo mis novelas para escribir y guardo a Isabel en mi corazón para que me acompañe en la lucha por la vida. Los hombres como yo están hechos a las cosas difíciles. No somos como esos privilegiados de allá —dijo, señalando a la casa— que creen que se les viene encima el fin del mundo si les falta la luz eléctrica.

—Yo no diría que Andrés Restorick es un ser privilegiado.

—No, Andrés no es tan malo. Pero él siempre tiene esta casa a su disposición en el peor de los casos. No, lo que es ellos no recorren a pie mil kilómetros en su vida. Mire esto —Dykes le pegó un soberbio puntapié a la nieve—. En mi tierra, esto quiere decir bolas de nieve para los niños, con piedra por dentro; quiere decir que la ropa no es bastante abrigada y el fuego insuficiente; puede ser que signifique un paro de trabajo, y menos dinero en la paga del viernes. Siempre es así y no le dedicamos

una canción. ¿Qué le hace esto a la gente de aquí? Nada más que un trocito de hielo para sus bizcochos. O una maldita inconveniencia: las cañerías revientan y arman tal batahola que uno diría que se les viene encima un diluvio, y luego tienen que llamar a uno de nosotros para arreglarlas. O bien los trenes se retrasan un poco y esa estúpida de Eunice Ainsley no llegará a la ciudad a la hora convenida con su especialista de belleza, y...

—¿La pagará con usted?

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Ustedes dos parece que viven en constante desacuerdo, a juzgar por la escena de anteanoche.

—No me gustó su manera de decir las cosas. Entonces no supe a qué se refería. Pensé que todo era envidia.

Nigel reprimió una sonrisa. La idea de que aquel hombrecillo vulgar, de pelo aceitoso, de tez ordinaria y de modales más ordinarios aún, fuese el campo de batalla de dos mujeres tan elegantes, era cosa de risa. Dykes le adivinó el pensamiento.

—Muy gracioso, ¿no es verdad? Ríase. Por su gusto, Eunice no me miraría dos veces. Para ella soy un monigote raquítico —dijo Dykes imitando a la perfección su manera de hablar—. Eunice tenía la obsesión del interés que Isabel me demostraba. ¿Qué podía ver Isabel en mí? Esto empezó a preocuparla. Después pensaría, con toda seguridad, que yo era un gran amante, una especie de Valentino disfrazado, y el próximo paso fué que me quiso para ella. Curiosidad femenina, y nada más. Por eso tenía celos.

—Ya, ya. ¿Era Eunice antigua amiga de Isabel?

—Creo que sí. Lo malo de Isabel era que tenía muy buen corazón. La gente así no tiene favoritismos. Brillan como el sol, sobre justos y pecadores.

“Hermoso epitafio para Isabel Restorick”, pensó Nigel.

Entraron en la casa. Strangeways condujo a Dykes al cuarto de escribir. Quiso telegrafiar a Londres. Blount le advirtió que los hilos estaban cortados. La nieve significaba que sería más lento su viaje en tren; con todo, era necesario, pues él había venido a Easterham Manor para ocuparse de aclarar el misterio de una gata y pensaba llegar al término de su misión.



CAPÍTULO X

¡Cuán pronto crece la mala hierba!

PHINEAS FLETCHER

EN LA tarde de aquel mismo día, mientras el tren de Nigel avanzaba penosamente hacia Londres desafiando túneles de nieve y bloques de hielo, Georgia puso, involuntariamente, el dedo sobre otro de los desparramados trozos del enigma. Contando con el consentimiento de su prima, había invitado a los niños de Restorick a pasar la tarde en Dower House. Cuando llegaron se mostraban algo tímidos, porque aquella mañana les habían dado la noticia de la muerte de su tía Isabel; mas una porfiada lucha con bolas de nieve en el jardín —la cual hizo que Juanito corroborase su opinión de que las mujeres nunca tiran derecho— bien pronto les devolvió su naturalidad.

Terminado el juego volvieron adentro. Georgia no sabía cómo entretener a los niños en una casa vacía casi en su totalidad, y el resto llena de objetos preciosos y frágiles. Sin embargo, el problema quedó resuelto yendo a buscar cierto número de troncos al desván para llevarlos a una de las habitaciones vacías y allí construir un imaginario buque pirata. Juanito, como capitán, hizo que Georgia y Priscila anduvieran por el tablaje hasta quedar él satisfecho. Georgia, combinando los papeles de víctima y navegante, olvidó por un rato la tragedia de Easterham Manor, y Priscila parecía estar muy contenta viéndose mandada por su prepotente hermano.

Durante un intervalo del juego, Georgia encendió un cigarrillo y, en broma, le ofreció uno a Juanito.

—¿Fuma, capitán, o mastica usted el tabaco?

Muy raro fué el efecto que produjo esta pregunta inofensiva. Los niños cambiaron una mirada secreta, que Georgia no pudo definir si era de culpabilidad o de simple turbación. Quizá fumasen alguna vez a escondidas. Mas ella notó que Juanito se alejó instintivamente de la petaca que ella le alargaba.

—No, gracias. Nosotros no fumamos nunca —dijo Priscila con aire santurrón.

—Tía Isabel fumaba como una chimenea —añadió Juanito—. Era una fumadora empedernida.

—Eso no está bien. ¿Por qué las personas mayores han de...? Quiero decir que

ella se puso aguadísima cuando...

—¡Cállate, Priscila! Tía Isabel ha muerto. Dígame, señora de Strangeways, ¿por qué hay policías en casa?

Esta pregunta era la que Georgia estaba temiendo.

—¿No os ha dicho nada vuestra mamá?

—Nos dijo que tía Isabel quiso morirse para ir al cielo. ¿Va siempre la policía a una casa cuando alguien muere así?

—Sí, porque lo manda la ley.

—Eso es una estupidez —dijo Priscila—. ¿Por qué no ha de morirse uno cuando se le antoje?

Georgia no tuvo réplica para esto, y sabía muy bien que una contestación vaga, o el cambiar de tema, no era lo más a propósito tratándose de niños como aquéllos. Fueron ellos mismos, para gran alivio suyo, quienes cambiaron de tema. Meciendo sus piernas sobre los costados del buque pirata exclamó Juanito de pronto:

—¿Cree usted en fantasmas, señora de Strangeways?

—No he visto ninguno. ¿Y tú?

Una astuta y reservada mirada brilló en los ojos del niño.

—¡Oh!, nuestra casa está llena —dijo jactanciosamente.

Georgia se figuró que, a pesar de las apariencias, el niño estaba desviando el tema de la conversación.

—No digas tonterías, ratón. Tú nunca los has visto. Si los vieras, de seguro que no te atreverías ni a respirar siquiera.

—Eso te crees tú, ratita.

—¿Os referís al cuarto del obispo?

Juanito frunció el ceño rápida y enigmáticamente, y en sus ojos apareció en seguida esa mirada inocentemente burlona que le advierte al adulto que no siga presionando la confianza de un niño. Georgia no hizo caso y continuaron jugando.

Hasta cerca de las diez de la noche no volvió Nigel de Londres. Estaba aterido, pero experimentaba el agradable aturdimiento del hombre civilizado que ha sufrido ciertos rigores inacostumbrados aunque benignos.

—Tuvieron que sacar al tren de un túnel —anunció con orgullo, al servirse un poco del *whisky* de Clarisa Cavendish; “un vasito de espíritu”, como ella le llamaba.

—¿Y sacaste tú algo en limpio allí, en Londres? —preguntó Georgia.

—No me impresioné. Yo no pienso escalar los Andes en pleno invierno...

—No era pleno invierno —protestó Georgia.

—... pero aquí hay alguien que canta por haber estado una o dos horas metido en un túnel. Sí, ya lo sé. Mas yo creo que los hombres de ciencia convendrán conmigo y afirmarán que la nieve es tan fría en Inglaterra como en Sudamérica. Este *whisky* es delicioso, Clarisa.

—Celebro que le guste. Tome otro vaso.

—Muchas gracias.

—De manera que descubriste algo en Londres. Nigel tiene una debilidad irritante por dramatizar sus pequeños descubrimientos —le dijo Georgia a Clarisa—. Exagera la acción para hacer su entrada en escena lo mismo que el ídolo de una matinée.

—Metáfora teatral —comentó Clarisa—. Es bastante listo y creo que eso puede bastar.

—Bueno, ya que insistís en estropear mi entrada me voy a vengar. Escuchad. El tío Juan me puso en contacto con uno de sus peritos en venenos. Éste reconoció en seguida los síntomas de Scribbles. A la gata le administraron haxix.

—¿Haxix? ¡Válgame Dios! —exclamó Clarisa Cavendish—. Si no me equivoco ésa es la droga de donde nosotros derivamos la palabra “asesino”.

Nigel agachó la cabeza. Su mano errando hacia el lado de la mesa en que estaba su vaso de *whisky*, tropezó distraídamente con un objeto muy distinto, una cajita de música, la cual empezó a tocar, con sus tonos finos y cristalizados como un témpano, *Doquiera que vayas*.

Escucharon la canción en silencio, sin atreverse a interrumpirla. Después preguntó Georgia:

—¿Existe alguna relación entre la droga “asesina” y el crimen? Esto me recuerda cada vez más esa escena de Hamlet.

—Excepto que en este caso el crimen no se había cometido todavía.

—Y que, desde luego, a la señorita Restorick no la mató una droga.

—El haxix —anunció Clarisa Cavendish con el más ceremonioso de sus gestos— se extrae del cáñamo de la India. Hoy en día se usa principalmente para lograr una embriaguez sensual. Pero los primeros “asesinos” eran los miembros de una secta mahometana, presidida por un individuo apodado “El viejo de las montañas”. Dicha secta acostumbraba emplear la droga como una especie de estimulante antes del crimen. Sus efectos, en máximo grado, conducían a una extrema violencia y crueldad. Yo no dudo de que la gata experimentase alucinaciones muy semejantes a las que sentían aquellos “asesinos”.

—¡Por Dios, Clarisa! —exclamó Georgia—. Diríase que tú misma fuiste antaño aficionada al haxix.

—Estos hechos los debe de conocer cualquier colegiala —repuso la anciana con gravedad.

—¡Qué torpe soy! —gritó Nigel—. Lo siento muchísimo. —Había dejado caer la cajita de música al suelo, donde aún tocó, antes de callarse, algunos compases de Händel.

—Debe de estar cansado, Nigel. No se preocupe, no ha sucedido nada. El instrumento está intacto, y creo que no debemos privarle por más tiempo de su bien merecido descanso.

Sin embargo, el bien merecido descanso hubo que posponerlo otro ratito. Arriba, en su dormitorio, Georgia le preguntó por qué había dejado caer la cajita de música.

—Te juro que no fué por diversión. Me sobresalté.

—¿Por qué? Clarisa sólo dijo que aquellos hechos debía de conocerlos cualquier colegiala.

—Exacto. Colegiala.

—Pero eso es muy natural. Clarisa era profesora. Esa frase la emplearía más de una vez para calmar a alguna joven presuntuosa de Girton.

—No pienso en eso. Las palabras de Clarisa me han esclarecido un punto que no ha hecho más que atormentarme desde que salí de Londres. Escucha. Isabel Restorick se educó en los Estados Unidos. Tuvo un desliz. Ahora bien, ya habrás oído hablar de la mariguana; es el cáñamo de la India cultivado en el país. Desde la guerra pasada ha habido creciente ansiedad en los Estados Unidos a causa de los traficantes en drogas que merodeaban por los alrededores de las escuelas superiores para vender mariguana a chicos y chicas bajo la forma de golosinas o cigarrillos. La mariguana produce alucinaciones eróticas. El haxix, o la mariguana, surge precisamente antes de la muerte de Isabel. ¿Fué también la causa original de su caída? Seguramente que hay una relación; si no, ¿por qué habían de administrarle la droga a la gata?

—¿Quieres decir que aquello fué una especie de advertencia?

—¿O de chantaje? O un símbolo de... no... no... Tengo demasiado sueño y aún no tenemos pruebas suficientes.

Al disponerse para dormir le dijo su mujer:

—¿Esa droga se vende bajo la forma de golosinas o cigarrillos?

—Sí. Es un contrabando muy sucio. Buenas noches, querida.

—Buenas noches.

A la mañana siguiente, obedeciendo a un billete enviado por Blount, Nigel se fué a pie a la fonda del pueblo donde se hospedaba el inspector. Se lo encontró ya completamente vestido, con su gorro de noche puesto, comiendo un potaje y un plato de jamón frío.

—Por favor, Blount, con la temperatura que tenemos, a sabe Dios cuántos grados bajo cero, verle a usted comer jamón frío es más de lo que yo puedo sufrir. Para un hombre que cuida de su salud poniéndose gorros de noche, esta dieta espartana no es solamente odiosa, sino contradictoria.

—¡Bah! —repuso Blount dándose golpecitos en la frente—. ¡Bah! Jamón selecto, delicioso, excelente. No me puedo privar del noble jamón. Además, primero como potaje para calentar el estómago. —Y se metió una gran cucharada en la boca.

—Muchas veces pienso que el potaje simboliza al escocés —dijo Nigel quedamente—. Es tan descolorido como sus iglesias, tan aguachirle como su sentimiento, tan insípido como su carácter, tan...

—¿Averiguó algo en Londres?

Nigel le expuso la explicación que se daba a la actitud de la gata, y su propia teoría de que tuviese alguna relación con las aberraciones juveniles de Isabel Restorick.

—Una idea muy plausible. Mas no alcanzo a comprender por qué anduvieron con

tantos rodeos. Suponga que alguno de ellos supiera que la señorita de Restorick tomó una vez marihuana y luego perdió su virtud, e intentara con ello un chantaje. A buen seguro que se lo hubiera comunicado en secreto, sin hacer todo aquello con la gata. Después de todo, hemos necesitado un perito para descubrir lo que ocasionó la extraña conducta del animal; de modo que no hay motivo para pensar que la señorita Restorick reconociese aquellos síntomas. Este mismo argumento sirve para rechazar la idea de que el incidente gatuno fuese una advertencia o cualquier otra clase de simbólica representación.

—Sí. Tiene usted mucha razón.

—Yo me inclino a interpretarlo de otra forma. O bien fué una simple broma, sin relación alguna con el crimen, o un esfuerzo del asesino para concentrar nuestra atención en el asunto de la droga.

—¿Para qué?

—Porque si el asesino tenía algún motivo para ejecutar su crimen, completamente ajeno al vicio de su víctima pero conocido por él, pudo tratar de llamar la atención sobre esto último para embrollar todo el asunto.

—Creo que detrás de todo eso hay algo.

—El hecho ofrece todos los indicios de un crimen pasional. Y el motivo de casi todos los crímenes pasionales son los celos.

—¡Ah! ¿De manera que ya le clavó el puñal a Guillermo Dykes?

—¡Oh, no!, yo no le clavo el puñal a nadie —repuso Blount algo enfadado—. Y, entiéndalo bien, yo no digo que haya encontrado en Dykes un testigo muy satisfactorio. No es la única persona que pudo haber sentido celos por la señorita Restorick; tenemos a la señorita Ainsley, al doctor Bogan, e incluso tal vez al mismo Andrés Restorick. Ahora, que es una desgracia para el hombrecillo —añadió mientras cortaba una loncha de jamón— que hayamos encontrado una borla del cordón de su bata en el cuarto de la difunta.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—Pero la policía local ya había inspeccionado el cuarto.

—La policía local no sabe de inspección tanto como nosotros. En este caso no los critico, dado que la borla había caído justo al filo de la estera junto a la cama, y sus colores son muy parecidos. A cualquiera se le hubiese pasado por alto.

—¿Ha interrogado a Dykes sobre eso?

—Desde luego. Dykes dice que eso es una trampa, e insinuó que nosotros mismos la pusimos allí para volver las cosas contra él. Es un hombre que aborrece a la policía.

—Bien pudiera ser una trampa. Ya tenemos otro símil anterior; esos papeles quemados en la chimenea del cuarto de Bogan. ¿Quedó la habitación de la difunta sin vigilancia desde que dijeron que se trataba de un crimen hasta que llegaron ustedes para hacer la inspección?

—Siento mucho tener que decir que sí. Robins admite que ayer por la mañana, después que interrogué a Bogan y mientras que usted se paseaba con Dykes, abandonó su puesto allí arriba unos cinco minutos. El hacendado, el señor Restorick, le dijo que fuese a tomar un pisolabis. El señor Hereward está acostumbrado a hacer lo que quiere y se inclina a tratar a Robins como a uno de la casa. Esto es lo que ha pasado, pero no voy a fijarme demasiado en ello. Mi experiencia me ha enseñado que las pistas son casi siempre verdaderas; eso de las pistas falsas que surgen por todas partes solamente se encuentra en las novelas.

—¿Ha averiguado usted dónde estaban todos y cada uno durante esos cinco minutos?

—Sí. Lo hicimos por rutina. La señora de Restorick estaba en su tocador. Eunice Ainsley y Andrés Restorick jugaban al *piquet*. El doctor Bogan estaba en el cuarto de baño. Dykes, paseando con usted por el jardín, y el señor Restorick en su gabinete de trabajo.

—¡Oh!, yo creí que le estaba sirviendo un trago al agente.

—No; le dije que bajase a tomarlo a la cocina.

—¿Y el agente dejó la puerta del cuarto sin cerrar?

—Me temo que sí. De todos modos, los señores de Restorick tienen llaves de paso.

—¿Bajó Robins por la escalera principal o por la de servicio?

—Creo que por la principal. El señor Restorick bajó con él y afirma que luego se quedó en su gabinete de trabajo.

—Bueno, me figuro que estarán indagando sobre eso. Y ahora, ¿desde qué punto de vista piensan estudiar el asunto?

—Tenemos dos ángulos, el sexual y el de la droga. Habrá que comprometer a su amigo Dykes, averiguar las relaciones de los demás de la casa con la señorita Isabel, profundizar sus antecedentes, hacer todo lo que hacemos siempre; obrando así tendremos que saber si lo que hay detrás del asunto es la pasión o las drogas. Lo que usted me ha dicho del haxix es muy interesante; pero dudo de que eso nos revele más, ahora que sabemos que ese alguien de la casa poseía la droga hace dos o tres semanas, por lo menos.

Nigel admitió esto como probable, aunque Georgia descubría, una hora después, ciertos informes que volvían a colocar al haxix en el centro del escenario. Nigel ya le había oído decir a Clarisa Cavendish algo que sólo necesitaba una correcta interpretación para adelantar mucho la solución del caso.

Blount se quitó su gorro de noche, se encasquetó una abrigada gorra de cuero, llamó a su sargento y los tres salieron hacia Easterham Manor, seguidos por los ojos curiosos o asombrados de la mitad de los habitantes del pueblo.

—Vaya una gente aburrida la de este villorrio —dijo Blount—. ¿Le hablan a usted en el bar, Lang?

—Ni por asomo, señor. El posadero es más tratable. Vino de Londres. Ahora

mismo estaba charlando conmigo.

—¿Qué le decía?

—Hablaban del señor Restorick. De cómo lo respetan en el pueblo y demás. Claro que Easterham Manor da mucho trabajo de una manera u otra. Sin embargo, en todo ese respeto hay cierto temor. El posadero me estaba diciendo que el señor Restorick por poco estrangula a un hombre que hace uno o dos años le hizo algunas alabanzas fingidas. El caballero tiene su genio.



CAPÍTULO XI

*Ella prodigó sus bellas palabras, como puñal
de brillante resplandor,
y cada cual extrajo un nervio
o jugueteó con un hueso.*

EMILY DICKINSON

GEORGIA pudo admirar una vez más cómo Carlota Restorick conservaba su aire majestuoso y amabilidad, aun en medio del desastre ocurrido en su casa. Cuando Georgia llegó a Easterham Manor, Carlota estaba dando las órdenes del día al ama de llaves. Saludó a Georgia con sereno encanto, rogándole la disculpase un momento, y dió a la señora de Lake algunas instrucciones más. Había pensado en todo: en las pequeñas manías de sus invitados, en las dificultades de abastecimiento ocasionadas por la nieve, e incluso en la policía. La señora de Lake tenía que preguntar si el inspector Blount y sus colegas almorzarían en la casa, qué deseaban tomar y la hora más conveniente para ellos.

—Ya estoy a su disposición, señora de Strangeways —dijo Carlota cuando se hubo retirado el ama de llaves—. Creo que ni siquiera le di las gracias por haberse ocupado de mis niños ayer tarde. Fué usted muy amable. Regresaron contentísimos.

—Los niños son encantadores. Si quiere, puedo quedarme con ellos un rato esta mañana.

—Eso ya es demasiada bondad por su parte, señora; no quisiera que esto parezca que abusamos de usted.

—Al contrario. Para mí es un placer ayudarle en algo. ¡Tendrá tantas dificultades que resolver! Aunque usted es una organizadora admirable.

—Comprendo que en estas circunstancias le extrañará verme preocupada por los pequeños detalles de la casa —repuso Carlota con una de sus enérgicas y perspicaces miradas—. ¿Qué otra cosa podemos hacer las mujeres? Es más, yo considero una suerte el que tengamos estas pequeñeces para distraernos..., no sabe cuánto me duele ver al pobre de Hereward tan abatido. Ha tomado la desgracia muy a pecho y cree que no podrá volver a levantar cabeza en todo este condado.

Georgia la miró de soslayo. ¿Había una nota de sátira indulgente en esta última

observación, o no era más que pura ingenuidad norteamericana? El rostro de Carlota no reveló nada.

—Hay un punto sobre el cual no quise presionar a los niños. ¿Conocen ellos la leyenda del cuarto del obispo?

—Desde luego que no. A mí no me parece prudente hablarles de esas cosas, máxime tratándose de chiquillos tan nerviosos como los míos.

—Quizás los criados...

—Tienen las órdenes más severas de no contarles la historia —repuso la señora de Restorick imperiosamente—. ¿Por qué se figura usted que saben algo?

Georgia le repitió las palabras que Juanito había pronunciado la tarde anterior.

—Supongo que hablaría por hablar —añadió Georgia mendazmente—; por esa costumbre masculina de jactarse delante de las mujeres.

La señora de Strangeways encendió un cigarrillo y abordó con mucha cautela otro punto.

—Dígame, señora de Restorick, ¿estuvo usted presente, por casualidad, en una ocasión en que Isabel se agitó muchísimo? Creo que fué por algo relacionado con que los niños fumasen.

—¿Fumar los niños? ¡Qué idea! Yo estoy segurísima de que mis hijos no fuman.

—Yo también. Pero ayer, bromeando, le ofrecí a Juanito un cigarrillo. Su reacción fué muy extraña. Usted ya conoce la actitud de los niños cuando les asusta algo que no comprenden lo que es. Juanito dijo: “Tía Isabel fumaba como una chimenea”. Priscila empezó a decir algo sobre una cosa que no debe ser, y que tía Isabel se “puso agitadísima cuando...”. Juanito le cortó la palabra. A mí me pareció que iba a decir “cuando nos pescó fumando”, y esto me parece muy contrario a lo que yo sé del carácter de su cuñada.

En los ojos de Carlota se leyó una mirada vaga, como queriendo traer algo a la memoria. Tras una pausa dijo:

—Ahora creo que recuerdo algo.

Presionada por algunas preguntas de Georgia, contó la historia. Pocos días antes de la muerte de Isabel, estaban todos jugando a representar comedias con los niños, después de tomar el té. Durante una de esas comedias, en que Juanito y Priscila representaban los Niños en el Bosque, y Andrés, con una siniestra barba negra, el tío perverso, éste, con gesto diabólico, les ofreció cigarrillos. Isabel, que estaba sentada junto a mí, nos sobresaltó a todos dando un grito y tambaleándose en su silla como si se fuera a desmayar. El doctor Bogan, sentado al otro lado suyo, la sacó fuera del salón. Volvió luego diciendo que le había dado uno de sus ataques. Todos se quedaron bastante preocupados.

“Y bien pudieron hacerlo, pensó Georgia, porque aquella historia le heló la sangre, como si fuese un derroche de palabras lunáticas pronunciadas por una persona siempre tenida por cuerda”.

—Todo el episodio parece horriblemente insensato —le dijo Georgia a su marido

cinco minutos después, cuando le hubo contado el caso.

—Horrible, sí, mas no insensato —repuso él brillándole los ojos con repentina claridad—. Voy a reflexionar un poco sobre esto. Procura que los niños te digan si la tía Isabel no les dijo nada más sobre ello, después. Importa muchísimo saberlo.

Paseábase Nigel por la terraza, detrás de la casa, y dibujaba un sendero en la nieve. Meditaba sobre el asunto de los cigarrillos. La mariguana se vende bajo la forma de cigarrillos. A la gata le administraron esa misma droga. En cada episodio juegan un papel importantísimo Andrés e Isabel Restorick. Isabel era aficionada a la mariguana. Los dos hermanos estuvieron en un colegio de América del Norte. Unamos todo eso, ¿qué tenemos? Dos veces representaron una pequeña comedia en la que tomó parte la droga. Es muy posible que Isabel reconociera la causa del comportamiento demoníaco de la gata. A buen seguro que vió algún significado en aquella ofrenda de cigarrillos a los niños. Fué Andrés quien ofreció los cigarrillos; bien pudo ser Andrés quien diese la droga a la gata. ¿Para qué? ¿Para asustar a Isabel? Andrés observaba atentamente las reacciones de su hermana aquella noche del episodio en el cuarto del obispo. ¿Pero por qué querría asustar a su hermana tan amada?

¿Asustarla de algo? Eso ya toma otro cariz. ¿Y asustarla de qué otra cosa sino de la mariguana? Mas Andrés pudo hablar confidencialmente con ella. Además, la nueva afición de Isabel era la cocaína, y no la mariguana. Pero nos olvidamos de los niños. ¡Santo Dios! ¿Sería eso? Supongamos que era Isabel de quien Andrés hablaba cuando dijo que en la casa había una persona que se complacía en el mal. Supongamos que Isabel iba a hacer de los niños toxicómanos con la droga que la puso a ella en el camino de su carrera viciosa; y que Andrés conociera sus intenciones y por eso representara aquellos episodios dramáticos, para hacerla desistir de su empeño. O lo haría para asegurarse de que sus sospechas estaban fundadas... como en el drama de *Hamlet*.

Nigel entró en la casa y le comunicó estas ideas al inspector Blount, que había estado interrogando al mayordomo. Blount lo escuchó con paciencia, y dijo:

—Eso es muy interesante. Puede haber algo en todo ello, aunque no veo que tenga relación alguna con el crimen.

—¡Caramba!, si lo que me figuro es que...

—¿Insinúa usted que Andrés Restorick sería capaz de matar a su hermana para impedirle que pervirtiese a los niños? ¿Por qué había de hacerlo? Con comunicarle a su hermano sus temores, no hubieran permitido que Isabel se acercase más a ellos. Su imaginación desvaría muchísimo, Strangeways.

Efectivamente, la imaginación de Nigel se sintió muchas veces inclinada a divagar, por culpa del estólido sentido común de Blount.

—¿Y qué me dice de esto? Isabel obra por mandato de otra persona. X se sirve de ella como de un instrumento para llegar a posesionarse de los niños. Dicha persona, X, se da cuenta de que Andrés ha descubierto el juego y mata a Isabel por temor a

que hable y lo comprometa.

—¿Suponiendo que X es el doctor Bogan? —preguntó Blount con sequedad—. ¿O le ha designado ese papel a Hereward Restorick? Me parece mejor no hacerle caso, Strangeways, dado su actual estado de ánimo. Lang, haga pasar a la señorita Ainsley.

El sargento detective introdujo a Eunice Ainsley en el aposento. Nigel fué a sentarse en el asiento de la ventana, y desde allí, temblando de frío, estudió por primera vez atentamente a Eunice, mientras que Blount la interrogaba.

Calculó su edad en unos treinta años. Los ojos inquietos y algo saltones eran los de toda persona neurótica. Eunice era el tipo de mujer que uno ve en los hoteles viviendo con una madre de aspecto igualmente “bien conservado”. Bien conservada por fuera y mal conservada por dentro. Inquieta, descontenta, gatuna delante de los hombres, que tiene algún circunstancial y desagradable enredo con algún hombre muchísimo más viejo que ella, comerciante, ingeniero o de las colonias. Olía demasiado intensamente a polvos, y no a perfume. Era fumadora empedernida, mas no aficionada a las drogas, por lo que Nigel podía ver. La voz, ronca, despaciosa, áspera. Llevaba traje de sastre, de paño, muy bien hecho. Su cabello —que podía ser su mejor adorno— peinado con una tirantez y pulcritud desagradabilísimas.

—¿... usted era íntima amiga de la difunta? —le estaba preguntando Blount.

—Creo que sí. Hace cuatro años compartimos el mismo piso. Ya se lo he dicho antes.

—¿Nunca le dió a entender la señorita Restorick que temía que... que le sucediese algo como esto?

—¡Oh, no! Aunque, desde luego, una persona como Isabel siempre corría riesgo.

—¿Que corría riesgo? —repitió Blount con la voz suave como una seda.

—Me explicaré. Eso de jugar siempre con los hombres, como lo hacía, y salir siempre triunfante, no puede ser.

—¿Quiere usted decir que suscitaba celos?

—Yo he visto a dos hombres peleándose como dos fieras por ella —dijo la señorita Ainsley, estremeciéndose y cruzando sus delgadas piernas.

—¿Alguien relacionado con el crimen?

—No. —A Nigel le pareció que aquel “no” le había salido de bastante mala gana—. Claro que eso podría haber sucedido también aquí, donde tenía en pugna al señor Dykes y al doctor Bogan. ¡Pobre Isabel! Me parece horrible hablar de ella en esta forma. Después de todo, no lo podía remediar. Quiero decir que Isabel era así, ¿no es cierto?

Blount no hizo ningún comentario, y siguió con el interrogatorio.

—Yo creí que estaba prometida para casarse con el señor Dykes.

—Tal vez. Aunque Isabel no hubiera podido sobrellevarlo. Se lo oí decir a ella misma no hace mucho tiempo. Tuvieron una pelea por ello.

Presionada por Blount, Eunice fué más explícita. No, no fué una pelea, pero

ambos parecieron preocupados.

—A usted no le agrada mucho el señor Dykes —intervino Strangeways.

—Yo lo considero un monigote insoportable. Además es demasiado pacifista.

—¡Extraordinario! —repuso Nigel solemnemente.

—¿Tiene usted algún motivo para creer que la señorita Isabel Restorick había transferido su cariño al doctor Bogan? —preguntó Blount.

—Bogan es un hombre encantador, de aspecto muy interesante, ¿no es verdad? Y la pobre Isabel se inclinaba a probar cualquier bocado nuevo, en asuntos de pantalones.

—Eso no es una prueba suficiente.

—Pasaban juntos mucho tiempo. Ya sé que se suponía que todo era atención médica. El doctor Bogan tiene que cuidar de su reputación, aunque no creo que sea un especialista tan maravilloso. Yo conocí a una joven que recurrió a él, la creímos curada, y pocos meses después tomaba más drogas que nunca. Pero no se puede saber lo que pasa en la calle Harley.

Blount la hizo volver al tema.

—¿Tiene usted pruebas de alguna relación anormal entre el doctor Bogan y la difunta? —preguntó fríamente.

Eunice Ainsley encendió otro cigarrillo, sosteniendo entre sus dedos la colilla del anterior con un gesto displicente.

—Depende de lo que quiera usted decir con la palabra “prueba”. —Lanzó una bocanada de humo—. Hace unos quince días oí, por casualidad, que Bogan le dijo: “Es inútil que luches, Isabel, ahora te poseo en cuerpo y alma, para siempre”.

Esta declaración produjo una sensación que no le resultó desagradable a quien la hizo. Blount era, profesionalmente, muy escéptico cuando se trataba de aseveraciones hechas por mujeres neuróticas; pero Eunice persistió, frente a todos los esfuerzos que él hizo para desorientarla, en que aquello era verdad.

—¿Oyó eso alguien más? ¿Se lo dijo usted a alguien?

—No lo oyó nadie más. Se lo dije al señor Dykes. Guillermo es hombre que me fastidia en extremo; pero era muy justo que supiese cómo estaban las cosas, ¿no le parece?

—¿Qué hizo él?

—¡Oh!, no quiso creerme. —Eunice apagó furiosa el cigarrillo contra la mesa—. Dykes no escuchaba nada en contra de Isabel. ¡Qué hombre tan estúpido! Se portó de una manera muy ofensiva conmigo.

—¿Ocurrió esto pocos días después de oírle usted a Isabel que decía al señor Dykes que no podría sobrellevarlo?

—Sí.

Blount se golpeó los dientes con el armazón de oro de sus lentes y arqueó las cejas mirando a Nigel. Levantándose del asiento de la ventana, Strangeways se acercó a Eunice Ainsley.

—¿Cree usted que en la casa había quien supiera que Isabel tomaba drogas, o que conociera las relaciones entre ella y el doctor Bogan?

—No lo sé. Aunque sólo precisaban servirse de sus ojos.

—O de sus oídos —añadió Nigel con tranquila malicia.

La voz de la señorita Ainsley bajó de tono al decir:

—No puedo evitar el oír algunas cosas. Isabel era tan indiscreta... Muchas veces se lo dije, pero nunca me hizo caso.

—Ahora mismo pensaba usted en sus mejores intereses. ¿También por esa causa atacó usted a Dykes? ¿O fué por mera envidia?

Blount lanzó una tosecita desaprobadora. Eunice Ainsley se ruborizó.

—¿Puede usted imaginarse que alguien tenga celos de Guillermo? Esto sí que es fantástico. ¿Por qué me lanza ese puyazo? Creo que yo tenía derecho a tratar de impedir que mi mejor amiga contrajera un matrimonio desastroso.

—Dejemos esto. ¿Le habló alguna vez Isabel de sus años escolares?

—¡Qué pregunta más graciosa! No, no se refería mucho a ellos. Sé que la expulsaron de un colegio de los Estados Unidos, no sé por qué. —Los ojos de la señorita de Ainsley miraron esperanzados a Nigel, como pidiendo luz.

—¿Nunca fué más explícita con usted?

—No lo recuerdo. Solamente una vez me dijo algo raro. Por aquella época andaba ella algo en apuros y me pareció que estaba furiosa. Me dijo: “Eunice, hoy en día sería yo una joven honrada si no hubiera sido por un palito de té”. ¡Palito de té! ¿Qué querría decir? Pero como ella acostumbraba inventar unos apodos tan extravagantes para designar a sus hombres, supuse que se refería a uno que a ella se le antojara parecido al palito de té. Isabel sabía muy bien cómo tratar a cada uno, según sus gustos. ¡Pobre querida mía!

—¿Cómo se llevaba Isabel con su hermano, el señor Restorick?

—Hereward la quería tanto como puede quererse a... a una carga de dinamita. Quiero decir, que él no sabía nunca cuándo Isabel podía armar algún escándalo espantoso en la noble casa. Hereward es muy bueno, a su manera. Demasiado aferrado a lo antiguo. Sería capaz de ponerse el pellejo al revés para evitar una mancha en el blasón familiar. Claro que él no podía manejar mucho a Isabel, porque ella contaba con sus dos mil libras de renta anual; lo cual, digámoslo de paso, vendrá ahora a engrosar las arcas de la familia. ¡Y bien que lo necesitan!

—¡Cómo! ¿No está Hereward en buena posición?

—¡Qué he dicho! —exclamó Eunice con los remilgos de una gata—. ¿Qué he dicho yo? Olvídenlo. Hereward es demasiado respetable, para pensar siquiera en eso; sí, de veras que lo es, no lo digo por burla. Claro que la renta de Isabel les vendrá muy bien, porque en nuestros días se necesita mucho dinero para sostener una propiedad como ésta, y como la mantiene Hereward... Además, Carlota ha perdido mucho con la guerra.

Tras unas cuantas preguntas más, Eunice quedó libre.

—Cruel mujer —exclamó Strangeways olfateando con desagrado el ambiente lleno de olor a polvos.

Blount se peinaba un cabello imaginario en ambos lados de su cráneo.

—¡Amigo mío, amigo mío! —decía—, no es una representante muy agradable de su sexo; no obstante, ha sido útil, y nos ha ayudado a probar una de sus teorías, Strangeways. Y a caballo regalado no hay que mirarle el diente.

—¿Una de mis teorías?

—Sí, señor. “Palito de té” es la jerga norteamericana para decir un cigarrillo de marihuana.

—Sus conocimientos generales son asombrosos, Blount. ¿Es cierto lo que me dice?

—Lo es. Aunque de todas maneras las cosas se ponen todavía peores para el señor Dykes. Ahora sabemos que tenía un motivo para matar a la señorita Restorick. Él, más que nadie, tenía la oportunidad de ser admitido en su dormitorio a medianoche...

—Exceptuando al doctor Bogan.

—... y una borla del cordón de su bata se encontró allí.

—No. Sigo creyendo que ésa es una impresión equivocada. Usted admite que la cuestión de la soga prueba que el crimen fué premeditado. Yo puedo imaginarme a Dykes estrangulando a su novia en un momento de arrebato, pero no planeándolo todo con premeditación.

—Bueno, tendremos que llegar a un acuerdo en las contradicciones. Usted tiene que presentarme algo más que un argumento basado en el carácter de un hombre a quien sólo ha visto dos o tres veces.

—Y usted tiene que encontrar algo más convincente que el cordón de una bata. Si Dykes cometió el crimen en el acaloramiento de su pasión, no hubiese cortado antes un pedazo de cuerda ni se lo hubiera llevado consigo. Si ya había proyectado el crimen, ¿cree usted que se hubiera atrevido a cruzar de un extremo al otro del edificio, antes de la medianoche, cuando aún podía haber gente por los pasillos, o despierta en los dormitorios?

—Olvida usted el informe del forense, según el cual la muerte sobrevino entre las diez de la noche y las dos de la mañana. No podemos fiarnos mucho de que el agente local viese que apagaban la luz a las doce y diez. Quizás la apagó Isabel y su amante bien pudo entrar después. Éste confiaría en que la casa estuviese tranquila hacia las doce y media. Pero admito que es algo extraño que nadie oyese ruidos aquella noche.

—¿Dormirían todos narcotizados? —preguntó Nigel.

—No. Ya lo averigüé.

—¿Hay algo relacionado con Hereward Restorick? ¿Se halla verdaderamente en apuros?

—Estamos haciendo averiguaciones discretas sobre la situación económica de todos los complicados en el caso, y bien sabe usted que esa clase de investigaciones

ha de hacerse pianissimo.

Los dedos de Blount teclearon unas alegres notas sobre la mesa que tenía ante sí, en extraño contraste con la tranquilidad de su expresión.

—No creo que encontremos gran cosa por ese lado —prosiguió diciendo—. Llámeme *snob*, si quiere; pero estas familias antiguas tienen ciertas tradiciones; hoy en día están acostumbradas a pasar apuros y no matan por dinero.

—Hay algo de eso, aunque yo no quisiera que Guillermo Dykes le oyese hablar así. También hemos oído lo del carácter violento de Hereward; mas aquello de que, dominado por la ira, por poco estrangula a un hombre, no cuadra con un crimen premeditado como es éste. Hereward planearía una muerte, si la única alternativa fuese el crimen o la deshonra de la familia. Sin embargo, aunque admitiéramos la muerte de Isabel como suicidio, esto ya es para él un escándalo tan espantoso como lo que se quisiera haber ocultado con ello. En efecto, la muerte violenta de su hermana había de promover una investigación, y dar tanto que hablar, que no permite imaginar ninguna serie de circunstancias justificantes para Hereward.

—Bueno, tengo que dedicarme al trabajo.

Blount se levantó y acompañó a Nigel hacia la puerta.

—No tenemos más remedio que pegarle a la tarea hasta conseguir más pruebas... ¡Diantre!

Esta exclamación de Blount se la hizo decir el dolor de su nariz al chocar contra los hombros de Strangeways, que se había parado en seco al ir hacia la puerta. Ahora volvíase de cara a Blount, diciendo:

—“Pégale, pégale, pégale”. Escuche, Blount. Se me ocurre una cosa. Recuerdo que la señorita Cavendish me dijo que después del episodio de la gata, observó que Bogan le decía a Isabel: “*Stick it, E*”^[9]. Pero a Isabel nadie la llamaba por ese diminutivo. Indudablemente que Bogan le estaba diciendo otra cosa muy distinta. Le decía “*Stick of tea*”^[10], porque él se daba cuenta de que al animal le habían dado mariguana, e instintivamente usó la jerga norteamericana para decírselo a ella. ¿Comprende lo que le digo?

—¡Eh!, ¿adónde va? —gritó Blount.

Pero Nigel ya había salido del cuarto.



CAPÍTULO XII

*Al subir por la calle de State y al bajar por la de Main
Vi... vi... vidita mía, échame un soplo a mí.*

ANÓNIMO

NIGEL había notado ya que Andrés Restorick se diferenciaba de los demás de la casa por su ingeniosidad para ocupar el tiempo. “Ocupar” era la palabra propia, puesto que el tiempo transcurría, bostezando como una laguna aburrida, lleno de incertidumbre para los de la casa durante esas primeras jornadas de la investigación. Los demás andaban de aquí para allá, empezando algún juego, trabajo o conversación que nunca terminaban, irritados o cayendo en un coma inevitable; semejantes a los viajeros que en algún empalme lejano pierden, junto con el tren, el ritmo de su vida. Andrés siempre parecía dueño de si mismo, y ocupado. Viéndolo ahora en el gabinete de trabajo de Hereward, con todo un complicado solitario por delante, casi hubiera podido pensarse que tenía cierto imperio sobre la situación, y que sólo esperaba el momento oportuno para ejercer su autoridad. En cambio, Hereward, mordiscándose el bigote y alzando constantemente los ojos de su libro de cuentas, esperaba evidentemente que alguien entrase en el estudio para hacer o decir algo, pedir un consejo, y cualquier cosa que restableciera la impresión de que uno vivía en un mundo donde el hacendado, el caballero, el hombre práctico, representaba alguna misión.

—¿Me permite unas palabras? —le dijo Strangeways a Andrés, quien poniendo una carta en su debido lugar le dirigió a su interlocutor una encantadora sonrisa:

—¿De carácter privado? —preguntó.

—Creo que ambos pueden serme útiles. Sí, quiero hablarles a los dos. Se trata de un tema algo delicado. Quisiera conocer los detalles de por qué expulsaron a la señorita Restorick del colegio de los Estados Unidos.

Los ojos azules de Hereward miraron en blanco un segundo; luego brillaron de ira. Casi se levantó de su sillón giratorio.

—Verdaderamente, Strangeways, comprendo que debemos agradecerle todo el apoyo que nos presta; pero eso de que venga usted a desenterrar todo lo ingrato del pasado... no veo que tenga...

—No lo haría si no fuese necesario. Sé que se trata de algo doloroso para los dos. La señorita Cavendish me dijo que su hermana tuvo un niño cuando era estudianta en América del Norte...

—Clarisa no tenía por qué meterse...

—... y si no andamos con mucho cuidado la justicia va a cometer un gravísimo error.

—¿Error judicial? —repuso Andrés cambiando de sitio una carta con la destreza de muñeca de un espadachín.

—Sí. Han de saber que la policía está a punto de detener al señor Dykes como presunto asesino. —Strangeways les dijo entonces cómo habían encontrado aquella prueba de su culpabilidad en el cuarto de Isabel y la declaración que había prestado Eunice Ainsley.

Andrés frunció el ceño.

—¡Qué mujer más chismosa! Y pensar que a Isabel habría de perseguirla después de muerta uno de sus perros cojos... o mejor dicho, una de sus perras cojas.

—Yo me pregunto por qué serían amigas.

—Eunice no tenía muchas posibilidades. Sus padres se divorciaron cuando ella era muy jovencita, y luego vivió una espantosa vida de hotel con su madre. A Isabel le daba mucha lástima de ella, y mi hermana no era de esas personas que se contentan con dolerse del mal ajeno.

—Así lo creo yo. Pero nos estamos alejando del asunto. A mí se me ocurre que la solución del problema está mucho más atrás en la vida de Isabel, y que se relaciona con la mariguana.

Las largas pestañas de Andrés, que le recordaban a Nigel las de la difunta, ocultaron la expresión de sus ojos; pero su cuerpo lo traicionó un poquito. No se puso tenso, como hubiese esperado Nigel; sino que pareció aflojarse, aliviarse de una larga tensión. Reunió todas las cartas en un montón y le prestó a Nigel su mayor atención.

—¡Mariguana! Ahí tiene usted algo.

—¿De qué demonios estás hablando? —vociferó Hereward—. Discúlpeme, Strangeways, pero es que hace unos o dos días que estoy completamente a oscuras.

—¡Como Isabel! ¡Como Isabel! —murmuró Andrés con una voz llena de amargura.

—Cuando su gata se portó de aquella manera tan extraña fué porque le habían administrado mariguana; es decir, haxix cultivado en el país.

—¡Cielos! ¿Quiere usted decir que se ha cultivado aquí, en mis tierras? —preguntó Hereward.

—No. La señorita Ainsley ha declarado que la hermana de usted le dijo una vez que la mariguana fué la causa original de su caída. Por desgracia se trata de un negocio muy sucio, pues hay gente que la vende a las puertas de las escuelas superiores de América del Norte bajo la forma de golosinas o de cigarrillos. La droga produce alucinaciones eróticas.

—¿Eróticas? ¡Oh!, eso ya es demasiado —murmuró Hereward sonrojándose.

—Mi querido Hereward —le dijo Andrés con calma—, ésta no es la hora de huir avergonzados de los hechos desagradables.

—Lo primero que yo quisiera saber —prosiguió diciendo Nigel— es si alguno de ustedes dos sabía algo del particular.

Hubo una pausa. Andrés se inclinó algo irónicamente hacia su hermano, como invitándole a dirigir la conversación.

—Yo no lo sabía —dijo por fin Hereward—. Es decir, me dijeron lo de Isabel; mas luego pasó mucho tiempo sin que la viera, porque yo estaba en el ejército. Ahora, que nunca oí mencionar eso de la mariguana.

—¿Y usted, Andrés? Usted fué por mucho tiempo el confidente de Isabel, ¿no es cierto?

—Sí. Yo estaba con ella en el colegio cuando sucedió el desastre. Aquél fué mi último curso allí. Sé muy bien lo que pasó.

—Entonces es mejor que nos lo diga.

—Tal vez sea mejor.

Andrés Restorick se levantó haciendo un ligero y único movimiento. Dejó su sitio y fué a ponerse de pie junto a la chimenea. Con su traje de Saville Row y sus inquietos ojos sombreados por las pestañas de muchacha que tenía, no parecía ni mucho menos el peor de la familia.

Mientras Andrés hablaba, la Isabel que Nigel había visto colgada en el cuarto resplandeciente con el claror de la nieve, se iba transformando en una jovencita estudianta, traviesa, encantadora, con un lazo encarnado en el cabello.

—Entonces era una niña —dijo Andrés— llena de vida, sedienta de alguna nueva experiencia que no fuese la charla de sus amigos y las cuatro paredes de la escuela. Y fué precisamente fuera de los muros de la escuela donde encontró la novedad. Una mañana en que unos cuantos chicos y chicas paseaban por allí durante el recreo, se acercó un hombre joven que se puso a charlar con ellos. De pronto sacó una petaca y encendió un cigarrillo, diciendo: “Por supuesto, ninguno de estos pequeños fuma”. Aquello fué lo bastante para Isabel. Ella nunca retrocedió ante ninguna osadía, y todos los demás de la pandilla estaban mirando. Tomó un cigarrillo y empezó a pavonearse por la acera, fuera de las puertas del colegio, echando bocanadas de humo a la vista de cuantos pasaban.

”Aquel cigarrillo era, desde luego, inofensivo, como lo eran también las golosinas que el desconocido repartió a los demás muchachos. Pero aquel hombre empezó a acudir con mucha frecuencia al mismo sitio y a la misma hora, y al cabo de algún tiempo llamó aparte a algunos chicos, y les prometió algo especial en cuestión de golosinas y cigarrillos, si ellos juraban no decir nada a nadie. Aquello fué el principio. El sujeto era un hombre simpático; trataba a los chicos como a iguales, de un modo muy sencillo y agradable. Muy poco tiempo después, sus víctimas habían cobrado una gran afición a aquellas especialidades que él les traía; pero su efecto era

tal, que ningún chico ni chica se hubiese atrevido a confesar a nadie lo que le estaba pasando.

”Claro que aquel placer tenían que pagarlo. Al principio el desconocido no se mostró exigente, mas llegó el momento en que los chicos comprendieron que debían sumas de dinero que nunca podrían pagar. El hombre no se irritó. Les dijo bien claramente que sería desastroso si sus padres llegaban a saber que tenían aquellas deudas, para que sus víctimas no se atravesen a confesarlo jamás. El vicio echó raíces, extendiéndose con extraordinaria rapidez. Los chicos necesitaban aquello y tenían que seguir tomándolo. Luego, aquellos pequeños grupos en que habían sido admitidos algunos de los más antiguos, cambiaron de aspecto. Isabel, que jamás pensó en semejante cosa, fué arrastrada a ellos, y aquella exuberante vitalidad suya, influida por la droga, sólo podía tomar por un camino.

Andrés nunca fué una víctima de la droga.

—En aquellos días era yo muy pedante —dijo él—, e incluso me opuse a que Isabel fumara lo que tenía por simples cigarrillos. Mas con ella no se podía uno enfadar. Era tan encantadora, que con su dedo hubiese doblegado toda una barra de hierro. Cuando el vicio se apoderó de ella tornóse hosca y reservada.

Todo cuanto él estaba diciendo ahora se lo había confiado ella dos o tres años después que le sucediera la desgracia.

Lo que le dijo entonces fué que iba a tener un niño. Andrés supuso que el padre de la criatura era el desconocido de los cigarrillos, y al encontrárselo un día frente a la escuela le atacó. Sostuvieron una lucha recia en la que el hombre recibió muchos golpes. Después no se le volvió a ver en la ciudad. Isabel le aseguró a su hermano que el desconocido no era el responsable de su estado.

—Puede haber sido cualquiera —dijo ella con hastío—, ¿qué importa?

—A mí me dolió más aquella expresión suya que todo lo demás —dijo Andrés—. ¡Qué pedante más necio era yo! Me enfadé con ella. ¡Pobre Isabel! ¡Pobre niña inocente! Engañada así y luego ver a su hermano más querido haciéndole la contra.

El escándalo había de saberse pronto. A Isabel la mandaron a una maternidad de otro Estado, y luego sus padres la trajeron a Inglaterra. Andrés se escapó y obtuvo trabajo en una explotación forestal. Desde entonces fué un vagabundo.

Tal fué la substancia de la historia de Andrés Restorick. Nigel había oído muchas historias raras en su vida, pero ninguna en tan inadecuado escenario como éste; el gabinete de trabajo de un caballero hacendado, con sus grabados de deportes, sillones de cuero, trofeos de caza, libros de consulta, olor a tabaco y a cera de abejas, ante el panorama del tranquilo campo de Essex.

Al estudiar a los hermanos, Nigel notó que el rostro de Hereward estaba luchando entre la incredulidad y la consternación, y que Andrés temblaba sin poder contenerse.

—Es la primera vez en mi vida que hablo de esto —dijo Andrés como disculpándose—. La confesión produce un efecto físico muy curioso.

—¡Santo Dios! —exclamó Hereward dando un suspiro—. ¡Qué asunto más

desagradable! Si yo lo hubiera sabido... me hubiese gustado pasar diez minutos a solas con aquel tipo. ¿No hicisteis nada para encontrarlo?

—¡Oh, sí! Pero logró escapar. Naturalmente, le dió a Isabel y a sus amigos un nombre falso. Tendría muchos, si aquello era su negocio. Los chicos tenían que pagar muy cara la droga que les vendía. Algunos, hijos de padres ricos, contaban con dinero en abundancia para sus gustos; los otros robaban para tener las monedas necesarias. Con todo, él les decía que lo que pagaban sólo era a cuenta, para ejercer así más dominio sobre ellos.

Hubo un largo silencio, que Nigel rompió finalmente diciendo:

—¿No es hora de que nos diga a quién aludía usted cuando dijo que en esta casa había una persona que se complacía en el mal? Supongo que se refirió a la señorita Restorick.

Los puños de Andrés apretaron los brazos del sillón; su rostro se oscureció como una nube borrascosa.

—No lo sé. ¡Diantre! ¿No ve que es porque no sabía...? —y se calló.

—¿No puso usted la droga en la leche de la gata y les ofreció cigarrillos a Juanito y a Priscila durante la comedia? —insistió Nigel.

La consternación que se reflejaba en el rostro de Hereward lo tornaba ridículo. Miraba ora a Andrés ora a Nigel, como si se tratase de un juego de tenis demasiado rápido para la vista.

—Sí —dijo Andrés—, conviene que lo sepan. Eso de andar rodando por el mundo hace que uno adquiera un sexto sentido: el de advertir la presencia del peligro. En cuanto llegué aquí noté que había algo malo, algo relacionado con Isabel, o con Bogan, o con ambos juntos. Es curioso que yo tenga la fuerza intuitiva del artista y no sea capaz de escribir una línea poética o tocar un sólo compás de música; en cambio, el viejo de Hereward, que parece un trozo de barro de Essex, toca el piano como si tal cosa. Bueno, de todas maneras, olí el peligro. Hacía mucho tiempo que no veía a Isabel y me horrorizó el cambio que observé en ella. En sus ojos leí una mirada de... de... no sé como...

—¿Hastío? —preguntó Nigel, usando la expresión de Clarisa Cavendish.

Andrés le miró de una manera muy rara.

—Quizás tenga usted razón. De todos modos, no me fiaba ni pizca de Bogan. Isabel se negaba a hablar de él. Por consiguiente, curioseé un poquito por su cuarto.

—¡Caramba, qué atrevimiento el tuyo! Quiero decir, que ese tipo es mi huésped. —La cara de Hereward reflejaba espanto y curiosidad.

—Sí, obré terriblemente mal, e incluso abrí un cofre que estaba cerrado —pues soy muy habilidoso para abrir cerraduras—, encontrando allí algunos cigarrillos. Me extrañó, pues por lo general nadie guarda los cigarrillos en un cofre de hierro cerrado con llave. En la primera ocasión que tuve, probé uno de esos cigarrillos dándoselo a la gata. Los resultados fueron alarmantes.

—¿Por qué no se fumó uno?

—Porque yo quería observar las reacciones, ¿comprende?, y someter a Bogan a una prueba en toda regla. Era posible que él le quitase a Isabel los cigarrillos de mariguana. Yo no sabía que él la estaba tratando por su afición a la cocaína. Ahora podemos suponer que como ella no podía pasar sin cocaína, retornó al haxix y que Bogan le quitaba los cigarrillos.

—¿Cuál fué el resultado de las reacciones que usted observó?

—Negativo. El doctor Bogan tiene el rostro imperturbable del jugador, e Isabel parecía más o menos apática. En total, nada.

—¿Cómo fué la comedia?

—En la comedia hice así. Una vez descubiertos aquellos cigarrillos y sabiendo lo que contenían, me vino a la memoria todo lo sucedido en los Estados Unidos, y me puse a considerar si la historia no se estaba repitiendo aquí. Juanito y Priscila...

Hereward Restorick gruñó y ocultó la cabeza entre las manos.

—... Por eso, cuando hice la comedia, empleé la misma frase que usó el desconocido fuera de la escuela, cuando ofreció los cigarrillos. Dije, pues: “Por supuesto, ninguno de estos pequeños fuma”. Aquello bastó para que Isabel se descompusiera. Bogan mantuvo su impavidez. Ahora me pregunto yo: ¿hubiera reaccionado Isabel tan instantáneamente al oír aquellas mismas palabras de hace doce años, poco más o menos, si la mariguana no estuviese de nuevo en escena?

—Eso es muy serio —repuso Nigel—. ¿Pensó usted que Isabel intentaba conquistar a los niños? ¿No le expuso usted sus sospechas?

Los ojos de Andrés semejaban los de un individuo en mortal agonía.

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —dijo tristemente—. Pero... ¿no comprende usted? Isabel era mi hermana. Siempre estuvimos tan unidos... como pocos hermanos lo están. Yo no podía ni siquiera insinuarle mis sospechas de que estaba tratando de pervertir a los niños. No podía decírselo. Me era imposible hacerlo. Además, a todo el asunto podía dársele otra interpretación, y primero quería estudiarla.

—¿Sugiere usted que Bogan pudiera ser el genio del mal e Isabel una cómplice de grado o por fuerza?

—Y yo pregunto —intervino Hereward—: ¿no será Bogan ese mismo sujeto que le vendió por primera vez a Isabel su mercancía dañina? Él ha estado en América del Norte. A mí nunca me ha gustado ese hombre.

—¡Ojalá estuviese seguro! —La voz de Andrés apenas era un murmullo—. Yo no vi mucho a Engleman, que así se llamaba el traficante de drogas. Recuerdo que su rostro era de color cetrino; tenía bigote negro no muy espeso, su altura venía a ser la de Bogan. Solamente su voz era distinta. No sé qué pensar. He dicho que tuve una pelea con ese individuo. De esto hace doce años. Cuando me encontré aquí con Bogan sentí algo raro; esa reacción física que uno siente al encontrarse con un viejo enemigo, y que siempre le hace a uno reconocerlo. Claro que eso no es una prueba. Y no puedo asegurar que mi reacción fuese algo más que mera antipatía. Como él mismo lo dijo, yo sentí celos por la influencia que ejercía sobre Isabel. Era tan

distinta de antes... Parecía haberse puesto en contra de mí.

—Muy bien —dijo Strangeways—. No creo que la posible identificación de Bogan como Engleman sea de importancia capital por el momento. La cuestión está en saber si él pudo haber llegado a matar a su hermana y por qué lo hizo.

—Admito que tengo prejuicios contra él. Supongamos lo peor: que es un demonio encarnado, y partamos de ahí. A Isabel la tenía en un puño con la hipnosis.

Nigel pensó en aquella frase: “Es inútil que luches, Isabel, ahora te poseo en cuerpo y alma, para siempre”. ¿Era éste el verdadero significado de lo que oyó la señorita Ainsley?

—Bogan quiere servirse de Isabel para llegar a los niños de Hereward, y le dice que tiene que seducirlos para que fumen los cigarrillos de mariguana; es posible que tenga también algunas golosinas que contengan la droga. No, no lo creo... —siguió diciendo Andrés con forzada seriedad—. No creo que el alma humana esté completamente endemoniada, ni tampoco puedo creer que Isabel hubiera llegado a ser tan diferente de la niña que yo conocí. Aunque el método compulsivo de Bogan fuera el hipnotismo o la retención de la cocaína que Isabel ansiaba, estoy segurísimo de que todavía se resistiría enérgicamente a pervertir a Juanito y Priscila. Siempre les tuvo mucho cariño, ¿no es verdad, Hereward?

Su hermano asintió en silencio.

—Supongamos ahora que Isabel decidió desobedecer sus órdenes, le costase lo que le costase. Hasta pudo reconocer en él al Engleman de antaño; aunque esto no tiene ninguna importancia, como usted dice. ¿Qué haría ella? Pretendería acceder a sus designios funestos. Reuniría cuantas pruebas pudiese en contra de Bogan; recuerde que Bogan es especialista eminente y su reputación vulnerable. Cuando Isabel tiene las pruebas, y probablemente escritas, porque nadie aceptaría el testimonio de una toxicómana en contra de su médico, se niega a obedecer. “Toca a esos chicos y te denunciaré”. Bogan no puede vivir con semejante amenaza. Isabel sabe demasiado. Él tiene que recuperar esas pruebas, y durante el proceso la mata.

“Los papeles quemados en la chimenea de Bogan —pensó Nigel—; el doctor murmurándole a Isabel “palito de té” luego del episodio de la gata, sugieren que entre ellos dos había tal conspiración. Todo encaja perfectamente”.

—Eso es interesantísimo —dijo en voz alta Strangeways—. No comprendo por qué no se lo expuso usted a la policía.

Andrés le dirigió una mirada burlona.

—Mi querido amigo, yo también tengo un pellejo que salvar. Mi dormitorio es el más cercano al de Isabel. Y si yo le digo a la policía que tengo motivos para creer que Isabel andaba detrás de los niños, empezarán a considerar muy en serio si no fui yo quien la mató.



CAPÍTULO XIII

*Tengo el vientre tan frío
Como si me hubiese tragado copos de nieve
en lugar de pildoras.*

SHAKESPEARE

EL DOCTOR Bogan retornó a la escena una vez más. Strangeways había informado al inspector Blount de la historia contada por Andrés. Blount dudó al principio de su veracidad, pues tenía esa aversión innata del policía por todo lo melodramático, y el relato de Andrés abría un campo difícil de investigar. Mas, como era muy escrupuloso, si para solventar el caso era necesario profundizar los sucesos acaecidos mucho tiempo atrás, y en un país lejano, él lo haría.

—Doctor, se ha descubierto una nueva pista, y quisiera hablarle del asunto —decía Blount con su tono de voz más suave—. Usted debe conocer, sin duda alguna, los efectos del haxix.

El doctor Bogan asintió, mirando a Blount sin pestañear. El inspector guardó un minuto de perfecto silencio, ocupado en afilar la punta de un lápiz. Su táctica favorita de guardar silencio para obligar a su contrario a salir de su trinchera no le sirvió de nada esta vez. Bogan se atusaba la barba con los dedos, al parecer distraído y sin tener la intención de tomar la iniciativa.

—Ya está. Las hojas de afeitar usadas son muy buenas para sacar punta a los lápices.

—Sin duda alguna —repuso Bogan en son de burla y acariciándose la barba—. Ésa es una desventaja para el que no se afeita.

—Exactamente. Ahora... quizás tenga la bondad de decirnos cómo han llegado a su poder esos cigarrillos que contienen haxix.

—Mariguana, para ser más preciso —dijo el doctor sonriendo—. Supongo que se refiere a los que tengo guardados en mi cofre. Por lo visto está usted autorizado para hacer registros.

—Desde luego. Aunque esto de los cigarrillos lo he llegado a saber por otro conducto. De paso le preguntaré cómo es que usted no se quejó al darse cuenta de que le faltaba uno.

—En eso no había ni que pensar —dijo el doctor con firmeza—, dado que la cuestión de los cigarrillos formaba parte de un secreto profesional.

Blount volvió a hacer una pausa, y nuevamente sin resultado alguno. Por fin exclamó, algo irritado:

—Le he preguntado cómo llegaron a su poder esos...

—Muy bien. Si me lo callé fué porque sería confesar un fracaso. El día que llegué aquí, descubrí que mi enferma fumaba esos cigarrillos. Lo sospechaba ya. Le quité los cigarrillos, pero no dije nada sobre ello, aun cuando vi a la gata ponerse frenética, estimulada evidentemente por la droga; porque aquello significaba que mi tratamiento no había tenido tanto éxito como yo me figuraba, y porque así lo exigía el secreto profesional.

—¿No tiene idea de quién le robó el cigarrillo para excitar a la gata?

—No. Al principio creí que se trataba de una broma de la señorita de Restorick y que ella no me había entregado todos los cigarrillos que tenía. Luego, cuando examiné mi cofre, vi que me faltaban dos.

—¿Le preguntó usted a su enferma si se los había quitado ella?

—Sí, se lo pregunté en cuanto tuvo lugar el episodio gatuno, y me lo negó. Pero conozco que los toxicómanos no son de fiar. Además, no veo el motivo para que hiciera una cosa tan estúpida.

—¿Se lo preguntó usted inmediatamente? —intervino Strangeways—. ¿Fué entonces cuando empleó usted la frase “palito de té”?

Bogan lo miró fijamente.

—Sí, porque así era como ella denominaba al cigarrillo de mariguana. Esa frase es de la jerga yanqui, como usted sabe.

—¿Era esta afición a la mariguana algo nuevo en la señorita Restorick?

—Por cuanto yo sé, me parece que sí.

—¿Significa algo para usted el nombre de Engleman?

Los ojos de Bogan perdieron su expresión por un momento, dándole a su rostro un aspecto de idiotez.

—¿Engleman? ¿Engleman? ¿Que si tiene alguna significación para mí? No entiendo. Yo no conozco a nadie que tenga ese nombre.

—¿Estuvo usted alguna vez en...? —Blount mencionó el nombre de la ciudad norteamericana en que Isabel y su hermano Andrés estuvieron en el colegio.

—No, nunca. Supongo que lo que usted sugiere es que puesto que la señorita Restorick usaba la jerga yanqui para designar al cigarrillo de mariguana, recibiría sus reservas de los Estados Unidos. Me deja usted completamente a oscuras. ¿Es ese Engleman la persona que la abastecía?

—¿No le preguntó usted nunca el nombre de su abastecedor?

—Sí, pero no me lo quiso decir. Lo mismo sucedió con la cocaína. Y, naturalmente, yo no podía presionarla; porque uno pierde la confianza de los aficionados a las drogas si da la impresión de querer espíarlos.

Blount se quitó sus lentes: echó un poco de aliento sobre los cristales y los frotó vigorosamente contra su manga.

—Muy bien, gracias, doctor. Creo que por el momento no hay nada más. La indagatoria será mañana, como ya sabe. Probablemente la aplazarán, pendiente de otras pesquisas, y usted podrá dedicarse a sus enfermos.

Desde la puerta, Bogan les dirigió una mirada torva, diciendo:

—Veo que ustedes también guardan sus secretos, inspector.

Blount lo fulminó con la mirada.

—Claro. Nosotros también tenemos nuestro secreto profesional. ¡Qué tipo más dominante! —añadió cuando hubo salido Bogan—. No pierde su presencia de ánimo. Puede ser que diga la verdad. Con un hombre así nunca se está en lo cierto. ¡Vaya, vaya! Ahora tendremos que hacer averiguaciones más remotas. Tarea difícil. Bueno... así le damos algún trabajo a la policía norteamericana.

—¿Cree usted que habrá algo relacionado con ese Engleman?

—No lo sé. Aunque yo siempre sospecho algo raro cuando un testigo no demuestra cierta curiosidad sana. Me pareció que Bogan se estaba conteniendo mucho cuando le hablé de Engleman y de los Estados Unidos. Lo más natural hubiera sido que preguntase qué quería saber yo, ¿no es así?

El inspector se fué con el sargento y uno de los criados a continuar la inspección de la casa. Aquél no era un trabajo que Nigel envidiase, máxime tratándose de un edificio tan grande y complicado como Easterham Manor. Blount lo haría de punta a cabo. De quedar alguna pista por descubrir él la encontraría. Nigel hizo una mueca pensando en la terrible paciencia y minuciosidad de Blount, que era como un aspirador de polvo. Esto le recordó a Nigel que en la mañana anterior a la del asesinato de Isabel, una criada había limpiado su cuarto con un aspirador de polvo, de modo que no era posible que a Dykes se le cayera la borla del cordón de la bata en una visita anterior. O bien estuvo Dykes en el cuarto de Isabel la noche que la mataron, o la borla fué puesta allí después.

Nigel continuaba juzgando bien a Dykes. Pero suponiendo que él no hubiese matado a Isabel y que la borla del cordón la hubieran puesto en el cuarto, entonces los papeles quemados en la chimenea de Bogan ponían feo el asunto para el doctor. No era probable que un tercero, el criminal, tratase de incriminar a *dos* de los huéspedes de la casa.

En marcha hacia Dower House con Georgia, ésta le contó a su marido el resultado de la misión que le había encargado. Juanito y Priscila se mostraron al principio muy reservados: el comportamiento de su tía por una comedia inofensiva les había alarmado mucho. Sin embargo, Georgia les sonsacó, por fin, que a la mañana siguiente de la comedia, la tía Isabel fué a verlos a su cuarto de juego cuando estaban solos y les hizo prometer que hasta que no fueran mayores nunca jamás aceptarían cigarrillos de nadie. “Se puso tan agitada por esto” —como dijo Priscila— que se lo prometieron sin preguntarle nada más.

—Recordé que la mariguana también se ponía en las golosinas —añadió Georgia—, y les pregunté a los niños si su tía Isabel no les dijo nada de los dulces. Contestaron que su tía les rogó que le dijeran a ella si alguien les daba dulces que les hicieran sentir algo raro. Ellos le prometieron que lo harían. Juanito se asustó mucho, y le preguntó si creía que alguien iba a tratar de envenenarlos, como a Blanca Nieves.

—¿Y probaron algunos?

—No. Ni cigarrillos, ni chocolates.

—¿Les previno Isabel contra alguien en particular?

—No. Creo que me lo hubieran dicho de ser así. Y tú, ¿has adelantado algo?

Nigel le hizo un breve relato de la declaración de Andrés, y así llegaron a Dower House.

—¡Qué asunto más horrible! —murmuró Georgia—. ¡Ojalá no hubiésemos venido! ¿Sabes? Deberías de averiguar una cosa. Andrés insinúa, evidentemente, que Bogan está detrás de todo. A mí me agrada Andrés..., pero ese doctor Bogan me causa pavor. Tendrás que averiguar si Andrés tiene otro motivo para clavarle el puñal al doctor.

—¿Cómo he de saberlo?

—Puedes preguntárselo al mismo Bogan. Si él te da una explicación es bien fácil de comprobar su veracidad.

Después del almuerzo Nigel regresó a pie a Easterham Manor. Al volver la curva del camino, desde donde ya se veía la casa, sus ojos contemplaron un espectáculo muy animado.

Juanito y Priscila estaban haciendo rodar una inmensa bola de nieve que aumentaba de tamaño a cada vuelta, y dejaba al descubierto trechos de hierba verde donde arrancaba la nieve de cuajo. Andrés Restorick les animaba, mientras que la señorita Ainsley, de pie, a un lado, parecía alguien que quiere participar en el juego y no está seguro de ser bien recibido. El abrigo celeste de Priscila, los guantes color grana de Eunice, las mejillas rosadas de Juanito y el chaleco de piel de cabra de Andrés, hacían un precioso juego de colores contra el fondo blanco de la casa cubierta de nieve. Los niños temblaban de emoción. La tragedia parecía estar muy lejos.

Mientras que Nigel se acercaba, Andrés entró en la casa y reapareció con una silla de la cocina. Sentó en ella a la señorita Ainsley sin ninguna ceremonia, diciéndole:

—Vamos a hacer una estatua de la misma reina Victoria, y usted será nuestro modelo.

—Déjenme tranquila —replicó ella, riéndose defensivamente—. Me voy a morir de frío y nada más.

—No tenga miedo. No la vamos a cubrir de nieve. Siéntese aquí y mueva los brazos para calentarse, como la reina Victoria.

—¿Acaso era un pájaro, o una pájara?

A Eunice Ainsley nunca le salían bien los chistes, porque ansiaba demasiado

causar sensación. Andrés no le hizo caso y se dirigió a Strangeways.

—Aquí viene Sherlock. ¿Está buscando huellas en la nieve? Ya tendrá trabajo.

—¿Por qué le llamas Sherlock? —preguntó Priscila.

—Porque es un detective, pedazo de tontita —le dijo su hermano cariñosamente.

—Muy bien, niño —exclamó Eunice—. Eres el primero de la clase.

Juanito frunció el ceño y volvió a su bola de nieve. Andrés empezó a modelarla comenzando por la base de la estatua. La señorita Ainsley se puso a fumar un cigarrillo chupándolo nerviosa, y dijo:

—Supongo que Hereward no desaprobará todo esto.

—¿Por qué?

—Pues porque él es un estricto observador de la etiqueta. Y los libros de etiqueta son muy rígidos en lo tocante a que los caballeros no hagan muñecos de nieve cuando sus hermanas acaban de...

—¡Cállese, Eunice! —la voz de Andrés era moderada, pero extraordinariamente prohibitiva.

—Está usted guapísimo cuando trabaja —dijo ahora, tomando otro rumbo—. El trabajo hace que el perfil de los Restorick parezca casi humano, ¿verdad, señor Strangeways?

Nigel emitió un murmullo equívoco. Eunice miró a Andrés con ojos retadores.

—Con esa cara puede usted conseguir cualquier cosa. ¡Qué admirable embaucador confidencial sería Andrés! Aunque tal vez lo sea ya. Una no sabe...

—Cuánto charla usted, Eunice —dijo Andrés mientras modelaba la nieve con afán.

—Bueno, pues si he de estar aquí sentada temblando de frío, supongo que tengo derecho a hablar. Tóqueme las manos. Las tengo yertas.

—Allá dentro hay fuego en abundancia.

La señorita Ainsley se sonrojó muchísimo y volviéndose a Nigel continuó diciendo:

—¿No le parece que Andrés tiene un carácter difícil? Quizá sea porque es tan concentrado. Quiero decir que las cosas que pueden atraernos a usted o a mí, a él le repelen. Isabel era muy distinta. Nunca le negaba nada a nadie.

En esta última frase había una pequeña estocada de resentimiento. Andrés se acercó a Eunice, con rostro muy risueño, la tiró de la silla y le metió en la boca un puñado de nieve. Los niños gritaron encantados y empezaron a tirarles a todos bolas de nieve. Eunice cuando se puso de pie se quitó la nieve de la cara. También reía, pero de manera muy distinta.

—¡Qué bruto! —exclamó—. ¡Aguarde un poco! —Y le tiró a Andrés una pelota de nieve con mucha rabia. Algo hubo en su gesto, en su voz o en su mirada que hizo que los niños dejaran de burlarse de ella.

Andrés le dijo con calma:

—¿No está más caliente ahora, Eunice? Debería de hacer más ejercicio. —Aquel

cinismo despiadado le hizo experimentar a Nigel una sensación muy desagradable—. Mejor será que le pongamos esta silla a la reina Victoria —prosiguió diciendo Andrés—. Necesita un trono. —Y agarrando la silla empezó a rodearla de nieve, sin hacer caso de las torvas miradas de Eunice.

El muñeco de nieve progresaba. Andrés tenía una extraordinaria habilidad en los dedos, y bien pronto la bola fué adquiriendo una forma conocida. La señorita Ainsley recobró parte de su buen humor para decir que a la buena reina le iban a salir hemorroides por estar sentada sobre una silla fría y mojada. Cuando Andrés le estaba dando al muñeco los últimos toques, Eunice entró en la casa y trajo un sombrero de viuda con cintas negras que había sacado del armario de los disfraces. Se lo puso al muñeco sobre la cabeza, y todos echaron un paso atrás para admirar aquella obra de arte. La rechoncha figura de nieve estaba allí sentada, presidiendo regiamente la fachada de Easterham Manor, con las cintas de crespón de su sombrero flotando en el aire. Andrés les dió a Juanito y a Priscila una moneda a cada uno para que las metieran en las cavidades de los ojos. En ese preciso instante salió Hereward Restorick de la casa y fué hacia ellos.

—¡Hola, pequeños! ¿Habéis hecho un muñeco de nieve?

—Sí, papá. Es magnifico, ¿verdad? Te apuesto a que no adivinas quién es.

—Vamos a ver. ¿Es un cocinero?

—¡Oh, no! —exclamó Priscila—. Es la reina Victoria.

—¿La reina Victoria? ¡Hum! Ya, ya. —La voz de Hereward se congeló de repente.

—¡Uf! Hemos cometido un crimen de lesa majestad —murmuró Eunice.

Hereward se retorció los bigotes.

—Lo siento mucho —dijo con brusquedad—, pero ese sombrero no me gusta mucho. Juanito, quítalo de ahí y ponlo donde lo encuentre.

—¡Pobrecita de mí! ¡Otra vez culpable! Fui yo, señor, quien le puso el gorro a la reina. ¿De veras que no le gusta? A mí me parece que es el complemento de la figura. Tan artístico...

Andrés los miraba a los dos burlonamente.

—No me refería al efecto artístico, Eunice.

—Ande y no sea un viejo cicatero. —La señorita Ainsley no sabía dominarse. Hereward frunció el entrecejo.

—Si he de hablar claro, le diré que ese gorro no me parece muy a propósito, dadas las circunstancias.

—Tal vez esté algo *pasado de moda* —repuso Eunice sonrojándose de rabia.

Hereward cogió el ofensivo gorro y se lo entregó a su hijo.

—Llévatelo, Juanito. Corre con tu hermano, Priscila... —Cuando los niños estuvieron lejos añadió—: Eunice, creo que me interpreta mal porque quiere. No dudo de que yo sea anticuado, pero considero de muy mal gusto sacar a relucir ese gorro cuando Isabel está allá arriba, muerta. ¿He hablado claro?

—Muy claro, Hereward. —Eunice estaba encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos, mas su voz había adquirido una firmeza involuntaria—. Sus sentimientos le rinden justicia. *De mortuis nil nisi bonnet*. Yo diría que eso es bastante claro, ¿no? Eunice entra en acción. Pero usted olvida que Isabel fué amiga mía. Y yo nunca me avergoncé de ella cuando vivía. Yo nunca traté de ocultarla. ¿Se olvida también de cómo ha muerto?

—Eunice, le aseguro que no sé...

—A Isabel la han matado. Sé muy bien que alguien ha tenido el mal gusto de asesinarla en Easterham Manor. Pero así fué.

—Debo recordarle que usted es invitada mía.

Eunice se quitó un pedacito de tabaco de la lengua.

—Sí, también lo era Isabel.

Hubo una larga pausa. Los ojos azules de Hereward huyeron acobardados de su antagonista.

—No comprendo lo que quiere decir.

—¿No? —repuso la señorita Ainsley con mucha dulzura—. Pues entonces tendremos que hablar en otra ocasión... y en privado.

Diciendo esto se dirigió hacia la casa, marchando con cierto aire de triunfo al hollar delicadamente la nieve con sus botas de piel.



CAPÍTULO XIV

*Y al encontrar cerrada la puerta,
quise desechar el picaporte, pero...*

LEWIS CARROLL

”EL HECHO de que un gusano se vuelva es algo particularmente siniestro —pensaba Nigel mientras se paseaba por la terraza cubierta de nieve—; algo que tiene la virtud de una pesadilla, tanto en la revocación de la ley natural como en la impresión que da de que algún objeto mezquino se hincha, adquiriendo grotescas proporciones. ¿Ha visto alguien que un gusano se exalte y muerda a sus opresores? Lo dudo. A menos que la palabra “gusano” signifique, en este contexto, “culebra”. Eunice Ainsley tiene algo de culebra. A su pequeña escena con Andrés podemos no hacerle caso. Quiere seducirlo, y sus torpes insinuaciones son tan rechazadas como despreciadas, y, naturalmente, procura vengarse de esta humillación pública, hiriéndolo en su punto más débil: Isabel. Eunice le recuerda a Andrés, por indirectas, que su adorada hermana fué una ramera promiscua, y recibe el castigo de que le llenen la boca de nieve. Todo muy natural. Nada extraño en ello. Aunque, nótese bien, Andrés no ha perdido del todo ese idealismo pedante puritano, o llámelo usted como quiera, que lo apartó de Isabel cuando sucedió el escándalo en América del Norte.

”Pero la reyerta de Eunice con Hereward ya era otra cosa. Eunice comprendió que tenía las riendas en la mano, y no pudo resistir el demostrarlo, con perjuicio para los dos; puesto que ella daba a entender bien claramente que Hereward sabe más del crimen de lo que él ha declarado, y que ella misma puede hacerle pasar un mal rato. ¿Qué otra interpretación podían tener sus palabras de que Isabel también era su invitada y que “tendremos que hablar en otra ocasión y en privado”. ¿Habrà llegado a convertirse en chantajista?

”De todos modos, ahora vemos por qué Hereward parecía tan preocupado. Lo que es a mí no me gustaría tener a Eunice sobre mis pasos. Eso es lo malo de la vuelta del gusano. Cuando el fuerte se enfurece sabemos muy bien lo que hará. Pero cuando el débil se torna agresivo, entonces hay que pasar por un verdadero infierno; es lo mismo que verse atacado de improviso por un lunático, un hombre ciego, o un extraño; uno no puede figurarse lo que hará, o prevenir sus movimientos, porque

probablemente ni ellos mismos lo saben. Me parece lo mejor hablar con Hereward antes de que suceda otra cosa”.

Esto fué una buena idea. Sin embargo, a Nigel se le habían anticipado. Cuando entró en la casa preguntando por el señor Restorick, el mayordomo regresó con un mensaje de la señora que le rogaba que aplazara la entrevista por media hora. Nigel decidió aprovechar aquel tiempo para sondear a la señorita Ainsley.

Eunice se mostró en un principio hosca y desconfiada. Pero la paciencia de Nigel, su calma, su aspecto de persona entendida y su imparcialidad, pronto quebrantaron su resistencia. Él comprendía que ella era una mujer muy desgraciada, y Eunice veía en él a un simpatizante desinteresado.

—Pensé que lo mejor era verla en seguida, porque me interesaron las cosas que le dijo usted a Hereward.

—¿Sí? —Ella lo miró con astucia.

—Sí. Me dió usted la impresión de que ocultaba algo de él y de Isabel.

—Yo quería mucho a Isabel.

—Lo sé. Y no crea que la mano de todos los hombres se alza contra usted. La mía no. Sin embargo, no creo que a Isabel le gustase que le hiciera a Hereward lo que yo me figuro que le está usted haciendo.

—¿Y qué le hago yo a Hereward?

—Lo está usted amenazando. Eso salta a la vista.

—Se le ocurren a usted unas cosas muy raras. Sólo porque yo dije...

—Mi querida señorita, no empecemos un combate de esgrima. Se lo diré en otra forma. Si usted tiene pruebas que le hacen sospechar que Hereward sabe más de la muerte de Isabel de lo que él ha dicho a la policía, debe usted manifestarlo. Suponga —continuó diciendo Nigel con su voz más suave—, suponga que Hereward mató a Isabel. (Eunice bostezó y llevó los dedos a los labios). Sería peligrosísimo para usted callar lo que supiera. Si, por otra parte, su manera de obrar obedece al haberse formado usted un concepto erróneo, o por malicia, también está en peligro; porque Hereward la denunciará a la policía y le impondrán una multa por chantaje.

La respuesta de la señorita Ainsley a este buen consejo fué romper a llorar. No era ella mujer que llorase donosamente; resollaba con displicencia, como si lamentara la debilidad que la había inducido a obrar así. Por fin, dominándose, dijo:

—¡Maldito sea todo! ¡Yo siempre he de perder! ¡Pero eso no es justo, porque el dinero era mío!

—¿El dinero suyo?

Interrogándola con mucha paciencia, Nigel llegó a hacerle confesar que Isabel había prometido últimamente dejarle a Eunice su dinero, en caso de muerte, y que le estuvo ayudando durante algún tiempo con sumas generosas. Isabel fué retrasando el hacer su testamento hasta que llegó a ser demasiado tarde. Ahora, como había muerto sin testar, su capital iría a parar a su pariente más cercano. Después de la muerte de Isabel, Eunice le participó a Hereward la promesa que le había hecho su hermana. Él

se negó a creerla, y como la pequeña renta de Eunice había mermado notablemente a consecuencias de la guerra, la muchacha estaba desesperada.

—¿Así que le apretó un poco más a Hereward? Bien, a no preocuparnos más por ello. Pero usted ha de decirme cómo...

—No, no puedo. Usted no comprendería. Pregúnteselo a él primero, y si no se lo quiere decir vuelva otra vez a mí.

—Entendido. Una cosa más. ¿Sabía Hereward, antes de que Isabel muriese, que ella tenía la intención de dejarle a usted su dinero? ¿Le dijo a usted Isabel que ella le había comunicado su intención a Hereward?

—Por cuanto yo sé, no. ¿Para qué había de hacerlo, si ella no pensaba en morir?

Nigel creyó que Eunice estaba diciendo ahora la verdad, mas la mayor parte de las veces era una testigo informal, y no podía olvidar que durante su entrevista con Blount pareció insinuar que el dinero de Isabel fué la causa del crimen.

Había llegado la hora de hablar con Hereward. Al entrar en el gabinete de trabajo, Nigel se sorprendió un poco al ver a Carlota junto a su marido. Vestida con traje de riguroso luto, parecía más solemne que nunca, y empequeñecía con su porte y resolución al flaco y desasosegado Hereward. Con uno de sus gestos de empresario, le indicó a Nigel una silla, haciendo al mismo tiempo una breve advertencia.

—Supongo que no le molestará que yo esté aquí, señor Strangeways. Hereward me ha dicho lo que acaba de suceder... y otras cosas también. Quiere hablarle con franqueza.

La expresión de Hereward era una mezcla cómica de la del muchacho culpable y la del hombre que desaprueba la interferencia femenina.

—Eso es. ¡Hum, hum! Temo haber disgustado a la señorita Ainsley. ¡Qué mujer más descarada! —Miró a Nigel con un mudo ruego de aprobación. Sin embargo, la cara de Nigel siguió como si tal cosa—. El hecho es que Eunice me tiene en su puño, como usted habrá comprendido. No es que sea nada vergonzoso; es una mala interpretación, de muy mal aspecto. Quiero decir...

Carlota acudió en su auxilio como un navío hacia un naufrago.

—Lo que Hereward quiere decirle es que la señorita Ainsley conoce ciertos hechos que ella ha interpretado erróneamente. La noche en que murió la pobre Isabel...

—Está bien, Carlota, yo puedo hablar solo —interrumpió Hereward, irritado—. Temo haber engañado a la policía sobre lo que hice aquella noche. Les dije que subí a acostarme a las once y media. Eso es cierto. Pero estando en mi cuarto de vestir, se me ocurrió ir a darle las buenas noches a Isabel. Como usted sabe, su dormitorio está en el ala opuesta del edificio. Para llegar allí, tenía yo que pasar por delante de la puerta del cuarto de la señorita Ainsley. Por lo visto me oyó pasar; miró afuera y vió que me dirigía al otro lado de la casa.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué salió a husmear fuera de su cuarto? ¿Hace lo mismo cada vez que alguien pasa por delante de su puerta?

—¡Qué se yo! Ahora que usted me lo pregunta, parece raro. Tal vez fuese pura casualidad.

—Nada de eso, Hereward —intervino Carlota—. No me gusta decir nada en contra de Eunice, señor Strangeways; mas ella sufre de una mórbida curiosidad. (“Bastante cierto”, pensó Nigel, considerando todas las cosas que había oído). Eunice le tenía mucho cariño a Isabel; ella y el señor Dykes no congenian. Ahora bien, el cuarto del señor Dykes está junto al cuarto de vestir de Hereward, de modo que Eunice pensaría, probablemente, que era el señor Dykes el que se dirigía al otro lado de la casa.

—Ya, ya. Sí, eso es muy posible. ¿Tenían todos ustedes la costumbre de ir a darle las buenas noches a Isabel?

—¡Oh, no! —repuso Hereward—. Es que yo tuve un pequeño altercado con ella. Durante el día..., temía haberle hablado con demasiada brusquedad, y quería hacer las paces.

—¿Un altercado? ¿Por qué?

—¡Oh!, realmente nada. Una tempestad en un vaso de agua, y, además, sin relación con...

—La policía querrá conocerlo.

Hereward se retorció los bigotes; sentíase bien molesto.

—Lo que pasó fué que yo reproché su manera de hablar delante de los niños. ¡Pobre Isabel!, juraba como un soldado. Creo que yo no soy ningún mojigato, pero no me gusta oír jurar a una señorita. De todos modos, es una cosa que no tolero delante de mis hijos. Ya sabe usted lo pronto que los chiquillos aprenden lo que oyen. ¡Ojalá no me hubiera separado de Isabel en aquella forma!

—¿Fué usted a darle las buenas noches y a hacer las paces por la pelea, y la señorita Ainsley lo vió cruzar hacia el ala izquierda? ¿Fué usted derecho a su cuarto?

—Sí.

—De modo que llegaría allí entre las once y media y las once y treinta y cinco.

—Probablemente.

—¿No vió a nadie más por el camino?

—No. Yo iba andando muy quedo para no despertar a nadie. Casi me atrevo a decir que eso fué lo que le hizo pensar a la señorita Ainsley que... —Hereward se aturdió.

—Déjelo por el momento. Usted llegó al cuarto de Isabel, ¿qué pasó entonces?

—La puerta estaba cerrada. Golpeé suavemente, llamándola por su nombre a media voz, una o dos veces. Como no me contestó, supuse que ya estaba dormida y regresé a mi cuarto.

—¿Cuánto tiempo duró todo eso?

—No habían pasado ni tres minutos desde que salió del cuarto, cuando lo oí

regresar —dijo Carlota.

—Supongo que de haber estado encendida la luz en el cuarto de su hermana la hubiese visto usted por debajo de la puerta.

—La luz estaba apagada, estoy segurísimo. Isabel solía leer en la cama hasta la medianoche, pero últimamente no andaba bien.

—¿No le oyó nadie más que su mujer regresar a su cuarto?

—No podría asegurarlo.

—La curiosidad de la señorita Ainsley ¿no llegó hasta espiar su regreso?

—Parece que no. ¡Ojalá me hubiese visto regresar! Ella se figura que... bueno, dado lo que sucedió aquella noche, mi proceder puede tildarse de sospechoso.

—¿Por qué no le dijo todo esto a la policía?

—¡Qué ingenuidad la suya, señor Strangeways! —dijo Carlota. Su sonrisa era bastante amable, pero en su voz había un timbre de altivez. Nigel se encogió de hombros.

—¿No quería usted que lo mezclaran en el asunto?

—Me temo que sí. Ahora me siento avergonzado de mí mismo. Créame, no pensé que diciendo aquello la policía pudiera adelantar mucho. Después de todo, yo no oí nada en el cuarto, ni vi a nadie por allí. Por eso me callé.

Carlota, que había estado mirando a su marido con el interés con que observa un empresario a un niño prodigio en su primera presentación pública, se echó hacia atrás, suspirando.

—¿Y qué tiene que ver la señorita Ainsley en todo esto? —preguntó Nigel.

—¡Canastos! ¡Si se lo acabo de decir! Ella me vió cruzar...

—¿A qué se refería entonces esta tarde?

Nigel sorprendió entre los cónyuges una mirada que decía S.O.S. Carlota permaneció callada. Por último, Hereward balbuceó:

—¡Oh!, eso no tenía significación ninguna. Usted ya sabe cómo son estas mujeres descaradas. Quiero decir...

—No, Hereward. —La señora de Restorick se estuvo conteniendo hasta llegar el momento oportuno—. Ustedes los ingleses son absurdamente caballerescos, señor Strangeways. Hereward preferiría cortarse una mano antes que hablar mal de una señora.

—Vamos, querida...

—Es cierto. Bien lo sabes. Tendré que explicar yo las cosas. Después que mataron a la pobre de Isabel, Eunice vino a ver a mi marido; le dijo que lo había visto ir silenciosamente al dormitorio de su hermana, justo antes de que la matasen, y prometió no decir palabra si él le entregaba la herencia de Isabel. Aquello era puro chantaje, desde luego; y yo le dije a Hereward que no se dejara intimidar.

—¿Cuándo supo usted todo esto, señora?

—Mi marido entró en casa hace una media hora y me pidió consejo. Ya me había dado cuenta yo de que andaba preocupado, pero no me podía figurar que Eunice

estuviese detrás del asunto.

Nigel los miró a los dos, por espacio de un segundo.

—¿Por qué había de pedirle Eunice que le entregase la herencia de Isabel? Es decir, ¿por qué había de amenazarlo a usted como lo hizo? Yo hubiera esperado que ella le pidiese cierta suma de dinero y que luego le volviese a pedir más.

—A buen seguro que la mejor persona a quien preguntar eso sería la señorita... —empezó a decir Carlota, pero Hereward la interrumpió con inusitada firmeza.

—No. A Strangeways hay que darle todos los datos ahora. Según Eunice, Isabel había prometido testar a su favor; por eso pensó que tenía derecho a reclamar el dinero.

—¿Ésa fué la primera noticia que tuvieron ustedes de las intenciones de Isabel?

—Sí. Creo que sí —dijo Hereward con negligencia exagerada; como si le hubieran hecho en el tribunal una pregunta cuya naturaleza decisiva él no debía demostrar reconocer.

—No comprendo —repuso Nigel—. Entonces, ¿cómo llegó a saber la señorita Ainsley que su hermana no había llevado a efecto su promesa? ¿Se ha dicho algo en la casa que sugiriese que ella murió sin testar?

—Sí. Pocos días antes de que Isabel muriera, estábamos todos hablando sobre la guerra. Fué durante el almuerzo. Yo dije, por casualidad, que con los bombardeos que ocurrían en cualquier momento, deberíamos de tener hecho nuestro testamento. Isabel convino en ello, y dijo que iba a ver a su abogado para tratar del asunto cuando regresara a Londres. ¿Te acuerdas, Carlota?

—Sí. El señor Dykes hizo una perorata sobre la propiedad privada, y dijo cuán inmoral era que las gentes heredasen un dinero por el cual nunca trabajaron.

—El muchacho tiene algo de bolchevique —dijo Hereward en son de disculpa—. Pero conociéndolo a fondo se ve que no es malo.

—Pienso si no se le ha ocurrido a nadie —observó Nigel, mirándose las puntas de los zapatos— que Isabel hubiera podido hacer su testamento a favor del señor Dykes. Después de todo, estaban casi prometidos.

Los señores de Restorick no hicieron ningún comentario, por lo que Nigel añadió:

—Supongo que, como ha muerto sin testar, sus bienes se dividirán por partes iguales entre usted y Andrés.

—Así será —repuso Hereward—. Ojalá supiera yo qué hacer. Es decir, si mi hermana le prometió todo su dinero a Eunice creo que tendría que entregárselo. Aunque, para decir verdad, yo lo necesito. La desvalorización de los títulos es tan grande que cuesta mucho trabajo sostener una propiedad como ésta.

—Yo le digo a Hereward que debería de ofrecerle esta casa al gobierno para que la transformen en un hospital —dijo Carlota—. Pero parece que no necesitan hospitales aún. Quisiera saber cuándo va a empezar la guerra de veras.

Hereward hizo una mueca.

—Carlota se figura ya ser la directora. Los haría marchar a todos bien derechos,

¿no es verdad?

—No seas absurdo, Hereward.

Nigel los dejó así. La última visión que tuvo al cerrar la puerta —Carlota, regia y capaz con su vestido negro, y Hereward con su bigote caído— le hizo considerar muy en serio la posibilidad de que el drama que se representaba allí se semejase más a *Macbeth* que a *Hamlet*.

Los Restorick habían sido muy sinceros con él; pero eso pudo haber sido porque la señorita Ainsley había forzado sus voluntades. La declaración de Hereward fué bastante ingenua, mas tal vez su mujer lo habría inducido a hacerla. Era difícil creer que, por muy precaria que fuese su situación económica, Hereward matase a su hermana para heredar la mitad de una herencia de sólo dos mil libras al año. Por otra parte, si Hereward había tenido algún otro motivo, su mujer intentaría alejar la atención de ello, exponiendo el motivo inadecuado de la herencia. De ser así, Carlota estaba representando un papel muy audaz.

Sin embargo, le intrigaba otra cosa de la declaración de Hereward. Al dirigirse hacia el salón, iba procurando valorar el significado del hecho de que la puerta del cuarto de Isabel estuviera cerrada a las once y media de aquella noche. Absorto en sus pensamientos, se dió un topetazo con Andrés, que salía precipitadamente del salón.

—¡Qué...! ¡Oh, es usted! —exclamó Andrés—. ¿Dónde está el inspector? Alguien acaba de intentar envenenarme.



CAPÍTULO XV

*Consideraba en su alma alterada
Las diversas fases de la suerte.*

DRYDEN

LAS PALABRAS de Andrés provocaron un murmullo de voces dentro del salón, como si hubieran sido una señal convenida.

—En mi leche —le dijo a Strangeways—. Scribbles no quiso tomarla. Huele a almendras amargas. Voy a buscar a Blount.

Y corrió escaleras arriba. En el mismo instante en que Nigel hizo girar el picaporte de la puerta, la abrieron desde adentro, y aparecieron Eunice y Guillermo Dykes. Eunice, pálida como una muerta, se agarró de la manga de Nigel.

—Yo no puedo resistir más —gritó—. Acabe de una vez con esto.

—Sucede algo raro —murmuró Dykes.

El doctor Bogan estaba de pie, en el centro de la habitación; parecía muy perplejo y había perdido su calma habitual. Los ojos de Strangeways se fijaron en un vaso medio lleno de leche que había en la mesa del té, en un platito puesto en el suelo, y en la gata Scribbles, que lo miraba recelosa desde la alfombrilla de la chimenea.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo; luego se callaron. El doctor Bogan, dando un paso autoritario hacia adelante, dijo:

—Restorick vertió un poco de la leche de su vaso en un platito, para dársela a Scribbles. La gata la olió y retrocedió. Dykes dijo que ahora Scribbles desconfiaba de los platos de leche. Restorick lo levantó y lo olió. “Huele a almendras amargas —dijo—; es un veneno, ¿verdad?”. Yo le dije que era cianuro de potasio. Entonces tomé su vaso y lo olí. Efectivamente, era cianuro de potasio.

—¡Cielos! —exclamó Eunice—. Podíamos habernos envenenado todos. —Corrió a la alfombrilla de la chimenea, se agachó junto a Scribbles y estrechó al animal contra su seno mientras charlaba estúpidamente.

—No creo que haya peligro de eso —dijo Bogan—. Parece que la intención se dirige sólo contra Restorick, pues nunca tomaba té, sino un vaso de leche que traen especialmente para él. A menos...

Se calló. Movidos por un mismo instinto, él y Nigel se abalanzaron sobre la mesa del té. Bogan dejó hacer a Strangeways, el cual se inclinó sobre el jarro de la leche para olerlo. Después olió el plato de la gata.

—Temo que sea como usted dice. Lo mismo en ambas partes. Sólo que el jarro huele menos fuerte, porque el líquido está más diluido allí.

En ese preciso instante entraron Hereward y Carlota y hubo que volver a relatar lo sucedido. El rostro de Hereward adquirió primero una expresión de azoramiento que bien pronto se tornó en expresión de afrenta. Aclaróse la garganta una o dos veces, pero antes de que pudiera decir palabra ya estaba Andrés de vuelta con Blount y el sargento detective.

Blount dominó la situación con su sola mirada. Bastó su presencia para devolver la serenidad a los presentes.

—El señor Restorick acaba de decirme lo que ha ocurrido. Hagan el favor de sentarse todos. Los que ya estaban aquí antes, siéntense en el mismo lugar que ocupaban cuando Andrés sacó la leche del vaso.

Eunice y Bogan dirigieron al sofá cerca de la mesa del té, Dykes a una silla de la izquierda, mientras que Andrés se sentó al otro lado de la mesa. Blount olfateó con cautela el platito y el vaso.

—El jarro de la leche también... —murmuró Nigel.

—¿Cómo? —exclamó Andrés con tal violencia que a Eunice se le escapó un chillido.

—Sí. El jarro de la leche también está envenenado —dijo Blount arrugando las narices sobre dicho recipiente.

—¡Diantre! —exclamó Andrés—. ¿Quiere usted decir?... Esto es un crimen en masa. Yo supuse...

—No, no es usted el único escogido, señor Restorick —repuso Blount secamente. Y miró a toda la compañía con una mirada lenta, formidable, que hizo estremecer interiormente incluso a Nigel—. Es un proceder estúpido, sin ton ni son, producto de la excitación del momento. Ésta es la mano de alguien que ha perdido su sagacidad. Cualquiera puede oler esto en la leche o en el té. El mismo olor impide beber. Bien pronto sabremos quién ha podido haber envenenado la leche. ¿No es mejor que confiesen ahora y nos ahorren trabajo?

Hubo un silencio de muerte, que Hereward rompió cuando por fin pudo hablar.

—Yo... ¡esto es ultrajante! ¿Sugiere usted que uno de mis huéspedes?... Estos señores son todos ellos amigos míos. Preguntémosle a los criados. ¿No podrían ellos haber...?

—¡Eso es! ¡Écheles la culpa a ellos! —murmuró Dykes—. Las señoras y los caballeros no se envenenan unos a otros. Eso no se hace.

—¡Cállese, Dykes! —exclamó Andrés irradísimo—. Ésta no es la hora de que se ponga a perorar sobre sus ideas de clase.

Todos lo miraron. Aquello era una rara explosión de cólera para el siempre

tranquilo Andrés.

—Ya lo tendré en cuenta —le dijo Blount a Hereward—. Y ahora, hagan el favor ustedes cuatro de repetir las mismas acciones que hicieron cuando el señor Restorick sacó la leche del vaso.

Bogan, Dykes y Eunice permanecieron sentados. Andrés, que ya se había calmado, dijo:

—Empiece usted, Eunice.

—¿Qué? ¡Ah!, ya comprendo. Mis... mis... gatita.

—Me alegra saber que no tengo siete vidas —dijo Dykes—. A mí me sobra con una en este sangriento planeta.

—Vamos a ver —intervino Andrés— si Scribbles desconfía ahora de los platos de leche. —Levantó el vaso, fingiendo verter un poco de leche en un plato imaginario. Hubo una pausa.

—¡Ca! No pica. ¡Qué gata más sensible! —comentó Dykes.

—Tiene mucha gracia —repuso Andrés. Aquel episodio lo representaron con voces secas y convincentes, pero el tono de voz de Andrés se alteró de pronto al decir —: Esto sí que es gracioso. Ahora no hay tanta leche en mi vaso.

—Claro que no —añadió Dykes—, si ha puesto parte de ella en el plato de la gata...

—No, no es eso. Hay menos leche en mi vaso que cuando salí del cuarto en busca de Blount. Estoy seguro, segurísimo. ¿Qué dice usted, Bogan?

Levantó el vaso y se lo mostró sobre la palma de la mano al doctor.

—No podría decirlo, pues no me fijé en el nivel anterior de la leche.

Blount ya había tocado el timbre. Apareció una doncella.

—¿Fue usted quien trajo el té?

—Sí señor.

—Mire el jarro de la leche. ¿Lo llenó usted hasta arriba?

—¡Oh, no!, señor. Hasta arriba no, porque se podría derramar. Ahora está más lleno que cuando yo lo traje.

—¿Está usted segura?

—Sí, señor.

Blount le indicó que podía retirarse.

—¿Ven ustedes lo que esto significa? Alguien vertió parte de la leche del vaso en el jarro, probablemente mientras el señor Restorick descubrió que su leche estaba envenenada y el señor Strangeways entró en el cuarto. ¿Por qué? La única razón posible es para dar la impresión de que ambos recipientes estaban ya envenenados, visto el fracaso de querer envenenar al señor Restorick. El criminal ha intentado embrollar el asunto haciendo creer que se quería matar a cualquiera, o a todos los que vinieran a tomar el té. Y el criminal —Blount los miró a todos con frialdad a través de sus lentes— tiene que ser uno de ustedes tres, los que estaban en el cuarto, señorita Ainsley, señor Dykes, doctor Bogan.

Dykes gruñó. Eunice se reclinó en el sofá. El doctor observó:

—Su argumentación es lógicamente correcta. Pero...

—Claro que lo es. Ahora, dígame, ¿ha visto algo alguno de ustedes tres?

Mas por mucho que insistió, Blount no pudo sacar nada en limpio. En el corto intervalo en que se pudo haber tocado el jarro de leche, todos estuvieron moviéndose de acá para allá, preocupados. Ninguno de ellos podía jurar haber estado observando al otro. Se habían horrorizado muchísimo por el incidente ocurrido. Allá en su fuero interno Strangeways inclinábase a culpar a Bogan, porque cuando él entró en el cuarto, Eunice y Dykes estaban en la puerta mirándolo a él, de espaldas al doctor, que se hallaba de pie cerca de la mesa. Eunice y Dykes hubieran salido fuera del cuarto de no haberse topado con Nigel, lo que proporcionaba a Bogan mejor ocasión que a ninguno mientras que los tres estuvieron allí.

—¿Tenía usted la costumbre de servirle un poco de leche a la gata? —preguntó Blount.

—No, nunca lo hice. Hoy se me ocurrió dársela por la conversación que teníamos. Afortunadamente para mí...

—La casualidad ha desempeñado un papel muy importante en este caso —dijo Blount algo pedantemente—. Veamos, pues: ¿sabe alguien si hay cianuro de potasio en la casa?

—Sí —repuso Hereward—. Sí. Yo tengo un poco. Lo uso para las fotografías. Ya sabe usted.

—¿Tiene la bondad de ir a ver si está en el lugar que lo guarda siempre? —Blount le hizo señas al sargento para que acompañase a Hereward.

Al cabo de dos minutos, que parecieron horas, volvieron al salón.

—La botella no está en su sitio —anunció Hereward, furioso—. Yo la guardaba en el armario de mi gabinete de trabajo. Ahora no está allí.

—¿Cuándo la vió usted por última vez?

—¿Eh? La última vez... Déjeme pensar. Pues... esta mañana cuando abrí el armario para sacar un paquetito de limpiapipas.

—Supongo que el armario estará siempre cerrado con llave.

—No, no acostumbro cerrarlo así.

—Debería de hacerlo. El cianuro de potasio es algo peligroso para que ande rodando.

—¡Caramba! La botella tiene una gran etiqueta roja con la palabra VENENO escrita bien grande. Cualquiera puede ver...

—Exactamente —dijo Blount con un ligero guiño de diversión en sus ojos—. Bueno, tenemos que encontrar esa botella y averiguar cuándo hubo una oportunidad para envenenar el vaso de leche de Andrés. Les ruego que permanezcan todos aquí. Sargento Phillips, no abandone esta puerta y no le quite ojo a ninguno.

—¡Diantre! —gritó Hereward exaltado—. Nos trata usted como a criminales.

—Querido, me temo que alguno de los presentes es un criminal —le dijo su mujer

—. Supongo que querrá registrarnos, inspector.

—Si no encuentro la botella, sí.

—Entonces necesitará una mujer para registrarnos a la señorita Ainsley y a mí. Le propongo que sea mi ama de llaves.

Blount la miró secamente. A él no le gustaba que se metieran en sus cosas. Pero la encantadora mirada de Carlota lo ablandó un poco.

—Gracias, señora. Lo tendré en cuenta. Señor Strangeways, desearía que me acompañase.

Nigel lo siguió fuera del cuarto. Atravesaron el vestíbulo y se dirigieron a las dependencias de la casa. Blount iba murmurando:

—Absurdo, ridículo. No se engañaría ni a un niño. —Dirigiéndose a Nigel preguntó—: ¿Cree usted que esto ha sido otra broma?

—¿Con cianuro de potasio? Estamos en Inglaterra y no en Escocia. A nosotros nos gusta que nuestras bromas sean menos pesadas.

—¡*T'chah!* —dijo Blount. Él era la única persona a quien Nigel había oído pronunciar esta expresión tal como se escribe en las novelas—. ¡*T'chah!* Ese Andrés guiña los ojos de una manera muy aviesa. Probablemente ha sido él mismo quien ha puesto el veneno en su vaso. Todo para enredarme las cosas a mí. ¡Qué picardía! ¡Qué coincidencia! ¡Qué oportunidad! Precisamente elegir la única tarde que la leche tenía veneno para ofrecerle un poco a la gata. A él no le gustan los animales. Bueno..., vamos.

Blount sólo empleaba la figura de asíndeton cuando estaba de buen humor. Frotándose vigorosamente las manos entró en el cuarto del ama de llaves, donde ésta se hallaba tomando el té con el mayordomo. Las miradas escandalizadas de ambos, por esta intrusión, no lo intimidaron ni pizca.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Están tomando el té? ¡Magnífico! ¡Delicioso! Señor mayordomo, supongo que la señora de... de... Lake le dispensará si le aparto a usted un momento de sus sabrosos bizcochitos, porque necesito su cooperación.

Al mayordomo, que abría la boca como un pez, parecía que lo arrastrasen en sueños, y se asemejaba a uno de esos peces de celuloide que van en pos de un imán. Entraron en la despensa, detrás del vestíbulo, donde preparaban las cosas para el té. Volvieron a llamar a la doncella que había servido el té, y se pusieron en manifiesto los hechos siguientes: La doncella había empezado a preparar la bandeja para el té a las cuatro menos cuarto, sacando la leche de la heladera de la cocina. Varios criados tomaron de esa misma leche para su merienda, de modo que no la envenenaron con el fin de acabar con todos. La bandeja, con el jarro y el vaso de leche para Andrés, quedó en la despensa entre las cuatro menos diez y las cuatro y cuarto, aproximadamente, hora en que la doncella la llevó al salón. Esto era lo que hacía diariamente, según aseguró.

Nigel hizo un cálculo mental, deduciendo que entre las cuatro menos diez y las cuatro y cuarto él había estado hablando con Hereward y Carlota en el gabinete de

trabajo. Por consiguiente, ellos no habían podido envenenar la leche.

El mayordomo declaró que él había entrado en la despensa justo después de las cuatro, para echarle un vistazo a la bandeja del té.

—¿Es usted buen observador? —preguntó Blount. Nigel se irguió, porque cuando hablaba con aquel acento de Glasgow quería decir que estaba siguiendo en firme la pista de algo.

—Creo que sí, señor. Mis obligaciones...

—Cuando usted entró en esta despensa, justo después de las cuatro, ¿estaba esa botella ahí? —y señaló con sus lentes una pequeña botella que, como para pasar inadvertida, había en un tazón hondo sobre el estante en que habían colocado la bandeja.

—¡Válgame Dios! —exclamó el mayordomo. Y bien pudo implorar el auxilio divino, porque la botella tenía una etiqueta roja con el rótulo VENENO—. No, señor, esa botella no estaba ahí cuando yo...

—¿Está seguro de lo que dice?

—Segurísimo —repuso el mayordomo, con tono de austero reproche, como el de un pertiguero de catedral que defendiera la autenticidad de sus vidrieras medievales.

Blount cogió la botella con un pañuelo, le quitó el corcho y la olió con cuidado.

—Sí. Es esto. ¿La vió usted antes?

Después de titubear un poco, el mayordomo dijo que había visto una botella igual en el armario del gabinete de trabajo del señor.

Media hora después Nigel fué llamado al salón de escribir. Blount había estado interrogando a los huéspedes de la casa. Los resultados eran los siguientes: Entre las cuatro y las cuatro y cuarto los señores de Restorick estuvieron con Nigel, en el gabinete de trabajo; Dykes y Eunice, en el salón; hacia las cuatro y cinco entró Andrés en el salón y permaneció allí hasta que sirvieron el té. Bogan era el único cuyos movimientos durante ese lapso no se pudieron corroborar. Él decía que había estado arriba, en su cuarto, hasta las cuatro y diez, hora en que bajó, se lavó las manos en el lavabo del vestíbulo y entró en el salón, justo cuando llegaba la doncella con la bandeja del té. Blount hizo la siguiente deducción:

—Si el mayordomo no yerra al afirmar que la botella de veneno no estaba en la despensa exactamente después de las cuatro, y las gentes como él observan instintivamente cualquier cosa que se halle fuera de su lugar, los únicos que han podido envenenar la leche son Andrés Restorick y el doctor Bogan. No me puedo figurar por qué Andrés había de envenenar su propia leche y luego dársela a la gata. De modo que...

—¿Quién fue? Parece casi demasiado fácil adivinarlo. Si el doctor Bogan lo hizo, a buen seguro que hubiese preparado una coartada. ¿Y por qué dejar la botella en un lugar tan visible? Diríase que se quería que nosotros la encontráramos.

—Quienquiera que fuese no tendría mucho tiempo para esconderla. No espero encontrar en ella impresiones digitales, porque muy probablemente la cogerían con

un pañuelo.

—Yo creo que comete usted un error limitándose al intervalo de cuatro a cuatro y cuarto. El mayordomo puede equivocarse, lo cual nos daría el lapso de cuatro menos diez a cuatro para obrar. El criminal pudo haber envenenado la leche antes, y dejar la botella en la despensa después de la cuatro y cuarto, para hacer recaer las sospechas sobre Bogan.

—No. Eso no sirve. Entonces estaban todos ellos a la vista de los otros. Dykes, Bogan, Andrés y la señorita Ainsley, en el salón; el señor y la señora de Restorick con usted.

—Eso no es precisamente exacto. Pasaron unos cuantos minutos desde que yo dejé a los Restorick en el estudio hasta que ellos entraron en el salón.

—Vamos, no sugeriré que... —Blount parecía verdaderamente escandalizado.

—Yo no fui al gabinete para hablar con ellos hasta las cuatro. Uno de los dos pudo haber envenenado la leche antes de eso; pudo entrar en la despensa después de nuestra entrevista, al dirigirse al salón, y poner allí la botella. Ellos conocen mejor que nadie la rutina de la casa; saben que el mayordomo siempre va a examinar la bandeja del té unos diez o quince minutos antes de servirlo. Además, podían confiar en que nosotros daríamos crédito a su aseveración de que la botella no estaba allí a las cuatro; con lo que contarían con una buena, pero no perfecta, coartada.

—¿Por qué demonios habrían de querer envenenar a Andrés?

Nigel relató la substancia de sus entrevistas con Eunice Ainsley y los Restorick.

—¿Comprende ahora? Si los Restorick están verdaderamente en apuros, tienen un motivo muy serio para matar a Isabel y a Andrés. El dinero de Isabel podía repartirse por partes iguales entre Andrés y ellos. Supongamos ahora que Andrés muere sin testar, o ha hecho un testamento a su favor. Todo el dinero de Andrés, más la participación de lo de Isabel, vendría a sus manos. Todo lo cual constituye una bonita suma. Tendrá que interrogar a Andrés sobre su testamento.

—Restorick no es un envenenador —exclamó Blount, irritado—. Un hombre con un carácter como el suyo no envenena a la gente.

—Creo que Macbeth también tenía su genio...

Blount lo miró fijamente.

—¿De modo que ésa es su opinión, Strangeways? ¿Quiere hacer el favor de decirme cómo se las arreglaron los Restorick para echar en el jarro parte de la leche del vaso de Andrés, no estando ellos en el salón?

—¡Oh!, eso no lo hicieron. Me figuro que eso fué obra de Bogan, porque no sé si habrá notado que se está poniendo algo aturrullado. Si esos papeles quemados los pusieron realmente en la chimenea de su cuarto, él obraría bien pronto para difundir cualquier otra sospecha que se interceptara en su camino.

—No acierto a comprender cómo el verter la leche envenenada de un recipiente a otro puede alejar las sospechas de él. Eso más bien hace pensar que él intentaba envenenarlos a todos, y no solamente a Andrés.

—Dije difundir la sospecha, no descartar. Sabemos, y tendremos que llegar a probar, que existe cierta clase de duelo privado entre Bogan y Andrés. Que tenga que ver con el crimen es cosa aún no definida. Pero ahora es absolutamente necesario para él ocultar cualquier cosa que pudiera sugerir que está contra Andrés.

—Todo eso es muy fantástico, Strangeways, y no le ayuda nada para culpar de algo a los Restorick.

—Yo no quiero culparlos de nada. Pero me preocupa eso de la puerta cerrada.

—¿De qué puerta cerrada me habla?

—Como ya le dije, Hereward asegura que cuando fué al cuarto de Isabel hacia las once y media de la noche en que murió, encontró la puerta cerrada. ¿No ve usted la contradicción? Hemos estado admitiendo que ella esperaba aquella noche una visita, de su amante o de otra persona. Si ella esperaba una visita no hubiera cerrado la puerta. Si la puerta estaba cerrada, quiere decir que ella no esperaba visitas, y que nadie podía entrar en su cuarto sin tener un llavín. Hereward tiene un llavín. Por otra parte, si la puerta no estaba cerrada, Hereward miente por algún motivo.

—Usted mismo se enreda con tanta lógica. ¿Acaso no podía estar ya el amante en el cuarto cuando Hereward llamó? Lo cual explica que la puerta estuviera cerrada.

—Sí. No se me ocurrió —repuso Nigel descorazonado—. Pero aún siento que hay algo raro en eso de que la puerta estuviese cerrada.

Más adelante había de probarse que tenía razón, aunque de momento pareciese ilógico.



CAPÍTULO XVI

*Ella, que era tan sabia como hermosa,
De dudas sutiles obtenía seguros indicios.*

COVENTRY PATMORE

AHORA que a Nigel se le había metido en la cabeza el argumento de *Macbeth*, resultó insostenible su posición como investigador privado de los Restorick. No queriendo hacerles saber esto claramente, porque se hubieran puesto en guardia si eran culpables, adujo el pretexto de tener que hacer en Londres, y añadió que allí también podría atar algunos cabos sueltos del asunto.

Pensaba en esos cabos sueltos mientras que el tren los llevaba, a él y a Georgia, a través del campo cubierto de nieve. Todo el caso habíase convertido en una maraña de cabos sueltos, y era casi imposible encontrar el verdadero hilo entre todos ellos. Para Blount, las cosas tenían peor cariz. Él tenía que efectuar una detención, y cada vez que estaba dispuesto a caer sobre un jugador, en este juego siniestro, parecía que otro saltaba por delante llamándole más poderosamente la atención. Además, como Blount había dicho antes de que Nigel se marchara, no se pueden fabricar ladrillos sin paja. Él no podía detener a Dykes por una borla del cordón de su bata y su promesa matrimonial rota. Érale imposible detener a Bogan sólo por ser un hombre de carácter siniestro, que pudo o no pudo haberle dado a Isabel la mariguana quince años atrás; y que pudo o no pudo haber quemado papeles en su chimenea en la mañana siguiente al crimen. Tampoco podía detener a Hereward a causa de una puerta cerrada; o a Eunice, porque había amenazado a Hereward; o a Andrés, porque habló de ciertas personas que se complacían en el mal.

Aún no habían surgido motivos, por falta de prueba material verdaderamente acusatoria, que un abogado defensor no pudiese destruir; y ni bastantes pruebas materiales para hacer de ellas elementos. Aplazaron la indagatoria. Blount no podía mantener por más tiempo a los sospechosos en Easterham, y en realidad no quería hacerlo. Sabía que el tiempo siempre ha sido el gran ayudante de la policía; porque tarde o temprano algo saldría a la luz; alguien se impacientaría, se descuidaría, o se traicionaría. Abrigaba esperanzas en la vigilancia discreta que habían montado en el piso que Isabel tenía en Londres. Nada relacionado con el caso encontraron allí, pero

aún cabía la posibilidad de que el criminal —al parecer inclinado a sembrar pistas falsas por doquier— procurase hacer algo en el piso.

Sentados aquella tarde frente a su chimenea, mientras allá abajo, en la plaza de Bloomsbury, resonaba el tránsito, semejante a una distante marejada, Nigel y Georgia repasaban juntos los acontecimientos en que los había metido la invitación de Clarisa Cavendish. Easterham Manor y sus ocupantes parecían estar ya muy lejos, y Strangeways sentía que por fin iba a poder situar las cosas con cierta perspectiva.

—Lo que me preocupa son esos cabos sueltos —dijo tras un largo silencio, mirando distraídamente cómo las llamas danzaban en el hogar—. Los cabos sueltos. Los cruces. ¿Cuántas tramas hay en esta historia?

—Olvídalos —repuso Georgia.

—Es muy fácil decir “olvídalos”, pero son el andamiaje de este caso; parece como si debieran sostener todo un edificio acabado y que quitándolos de en medio no queda absolutamente nada.

—Nada, no. Queda el cuerpo de Isabel. ¿Por qué no volver a empezar otra vez desde un principio?

—Muy bien. Pero...

—¿Cuál fué la causa de la muerte de Isabel?

—Pasión. Dinero. Drogas. Elige.

—Conforme. Elijo el móvil pasional. Lo cual quiere decir celos, un arrebato de alguien.

—De Dykes o Bogan. Probablemente Dykes.

—O Andrés. No tienes que dejarlo fuera.

—En ciertos aspectos Andrés encaja mejor que ninguno de ellos. Su cuarto es el más cercano al de Isabel, y a mí me sigue pareciendo raro que él no oyese a Hereward cuando llamó a la puerta del cuarto de su hermana, o al criminal que surge un poco después, porque él no se acostó hasta las once. La mañana en que se encontraron los papeles quemados en la chimenea de Bogan, Andrés bajó a desayunar unos cuantos minutos después que el doctor, así que bien pudo ponerlos allí. Pero ¿qué motivo tendría para matar a Isabel? ¿Por qué razón lo hizo? Lo cual es mucho más importante, puesto que sabemos que él amaba extraordinariamente a su hermana.

—¿La razón? Eso no es tan difícil de adivinar. Piensa un poquito en su pasado. Un joven inteligente, encantador, voluble, con muy buenas tradiciones familiares y un brillante futuro por delante, cae al abismo. ¿Cuándo sucedió aquello? En los Estados Unidos, después que su hermana perdió su virtud. Se escapó y obtuvo trabajo en una explotación forestal, según nos dijo. Desde entonces no ha hecho más que rodar por el mundo. Él admite que se portó como un pedante y un mojigato en aquella ocasión. Estaría dominado por la obsesión del idealismo sexual, para haber tratado tan duramente a su hermana. Luego entonces...

—Ya comprendo lo que quieres decir. Esa tragedia pervirtió su idealismo, inspirándole un gran odio al sexo. Falto de materia positiva para edificar, su

idealismo se vuelve malo. Andrés descubre que su hermana tiene relaciones con Bogan, la mata y procura echarle la culpa al amante. Eso es posible. Pero ella tenía tantos amantes... A buen seguro que Andrés no los ha liquidado a todos. ¿Por qué tomarla con Bogan?

—Porque habrá reconocido en Bogan al Engleman que fué la causa original de la caída de Isabel. Para él, Bogan representaría no solamente eso, sino también el individuo que mató su idealismo juvenil, su fe en la humanidad, y el culpable de que él menospreciase una carrera de éxitos.

—Todo eso parece muy plausible.

—He aquí otro punto. Si admitimos que se trata de un crimen pasional y miramos a Andrés, Bogan y Dykes como sospechosos, Andrés es el único que verdaderamente encaja para semejante crimen. Si Bogan era el amante, carecía de motivos para matar a Isabel; si no lo era, no se hubiese atrevido a hacerlo, porque la mera sombra del escándalo consecuente perjudicaría muchísimo a su reputación profesional. Bogan sabe muy bien del lado que tiene la manteca su pan, y no perderá nunca la cabeza por celos de otro amante más afortunado.

—Convengo en ello. ¿Y Dykes?

—Dykes es un realista, por su misma educación. Un hombre como él mataría en el ardor del momento. Éste ha sido un crimen premeditado. La gente realista no comete crímenes pasionales premeditados. Sus reacciones después del suceso han demostrado que él pertenece a esa clase de personas. Estaba terriblemente apenado. Pero aquello no significaba el fin del mundo para él, como te dijo. Dykes es un tipo bien equilibrado psicológicamente, ¿comprendes? Tiene su trabajo creador para compensar cualquier cosa que el mundo pueda hacerle; no vive solamente para el amor. Si hubiera visto a Isabel enredándose con otro hombre, la hubiese apaleado sin planear todo un crimen melodramático, a semejanza de Otelo.

—Tienes mucha razón, Georgia. Todo me parece muy lógico. Pero ¿qué me dices de la borla del cordón de su bata?

—No sé qué decir. ¿Quién podría haberlo puesto en el cuarto de Isabel?

—Eso lo pudieron hacer en los cinco minutos de marras. Veamos. —Nigel rebuscó entre algunos papeles que sacó de su bolsillo—. Andrés y Eunice estaban jugando al *piquet*; Hereward, Carlota y Bogan no tienen coartadas; Dykes estaba conmigo en el jardín. Fué Hereward quien invitó al agente local a tomar un pisco abajo, haciéndole abandonar su vigilancia en la puerta del cuarto de Isabel.

—Entonces apuesto por Bogan.

—¿Por qué Bogan y no los Restorick?

—Porque hasta entonces no se había sospechado de los Restorick, mientras que a Bogan se le encontraron papeles quemados en su chimenea. ¿Dónde dice él que estuvo durante esos cinco minutos en cuestión?

—En el lavabo. Precisamente a la derecha del comienzo de la escalera, en el primer piso.

—¿Hizo Hereward que el agente bajara por esa escalera?

—Sí.

—Entonces Bogan pudo oírles hablar, y saber que la costa estaba libre por un rato. ¿Dejó Dykes la puerta de su cuarto sin cerrar?

—Él dice que sí.

—Muy bien. En ese caso le fué muy posible a Bogan dejar aquella pista falsa. Él ya estaba preocupado por el asunto de los papeles quemados y andaría acechando la oportunidad de difundir sospechas. Dykes sería su presa elegida, porque el caso parece ser un crimen pasional y ya se había descubierto su compromiso secreto con Isabel.

—¿Crees tú que lo del cianuro de potasio ha sido otra intentona para extender las sospechas?

—No me extrañaría nada.

—¿Quieres decir que ha sido el mismo Andrés el que lo hizo todo?

—¿Por qué no? Encaja perfectamente en la teoría de que él odia a Bogan y quiere incriminarlo.

—Eso es verdad. Y Andrés se sobreexcitó muchísimo y se puso de mal humor cuando vió que el jarro de la leche también estaba envenenado.

Nigel se levantó, y de pie junto a la chimenea se puso a acariciar distraídamente la cabeza de un perro etrusco. Miró a Georgia, arrellanada en un sillón, con aspecto de sabia, como Baviaan.

—Las cosas se están desenredando. Mira, Georgia, eres tú quien debería de estar detrás del asunto, y no yo. Parece que deberíamos dejar fuera a Bogan, si se trata de un crimen pasional.

—Así lo creo yo. Después de todo, Bogan es médico. A buen seguro que de querer matar a Isabel hubiera pensado en algo más limpio, más profesional, y no en la soga. Dadas las circunstancias, con administrarle una dosis excesiva de cocaína todo hubiera terminado. También hubiera preparado una coartada por la cuestión del envenenamiento de la leche de Andrés.

—Sí. Por lo visto él se pasa todos los momentos decisivos en ese lavabo. No es una cosa muy convincente. De ser el crimen pasional, Andrés es el culpable. Y si Bogan es el Engleman de antaño se explica muy bien por qué Andrés lo odia a muerte. Y ahora, ¿qué me dices del motivo pecuniario?

—Lo considero una pobre causa de tercer orden. Claro que no podemos hablar hasta conocer exactamente el estado económico de los Restorick. Y de paso, ¿supiste algo del testamento de Andrés?

—¡Hum! Tiene dos mil libras al año que le dejaron sus padres, como a Isabel. En su testamento se las deja en fideicomiso a Hereward, para Juanito y Priscila.

—De manera que si los Restorick mataron a Isabel y trataron de envenenar a Andrés, lo hicieron codiciando el capital de ambos. Supongamos que los Restorick estaban completamente arruinados, cosa que yo dudo. ¿Te los puedes imaginar

proyectando un par de crímenes?

—Carlota, quizás. Ella es una mujer muy resuelta, y uno no puede adivinar lo que oculta un exterior tan imponente como el suyo. Quiero decir que cuando las apariencias son tan complicadas, forman tan gran parte de la personalidad, que mantenerlas así puede constituir la cosa más importante en esta vida para esa persona. Si ella perdiera los medios para conservarlas dejaría de existir. Ese mismo temor a la pobreza, pobreza relativa, suele aterrorizar a los ricos de tal modo que todo el mundo se vuelve irreal para ellos, si es que durante toda su vida estuvieron acostumbrados a las riquezas. Y cuando el futuro se torna irreal infecta el presente. Esa misma pesadilla de irrealidad puede ser el punto de partida de un crimen.

—Todo eso está muy bien. Pero los pocos miles de libras al año que sacaban con las muertes de Isabel y de Andrés no le parecerían mucho mejor que la pobreza a una mujer como ella. ¿Y Hereward? Todos los hechos sugieren que ha debido existir una colusión entre el matrimonio, si es que alguno de los dos tiene que ver en los crímenes. ¿Puedes figurarte a Hereward en el papel de segundo asesino? Yo, no.

—Superficialmente, no. Pero no conocemos bastante las relaciones entre ellos para decidir. ¿Hasta dónde puede llevar el culto de los antepasados a un inofensivo y convencional caballero hacendado? Easterham Manor pertenece a la familia desde hace siglos. Hereward pudo haber pesado en la balanza a esos dos Restorick, poniéndolos a ellos de un lado y la Casa del otro, y encontrarlos de menos peso. Además, Clarisa nos dijo que la familia está mal criada. ¿Sabemos acaso si Hereward no tiene también el microbio, lo mismo que Andrés e Isabel? ¿Y crees tú que a él no le duele ver cómo su mujer lo domina? Me figuro que Lady Macbeth ha hecho un gran trabajo callandito, antes de empezar la función, diciéndole a su marido que es un gusano vil.

—¿Espoleándolo para cometer una mala acción? —preguntó Georgia riendo—. No, no. Carlota no es así. Entonces también podrías decir que lo hizo Eunice.

—¿Eunice? Si Isabel no acabara de revelarles que aún no había hecho su testamento, Eunice encajaría en el motivo del dinero. Pero ella no iba a matar a Isabel esperando que Hereward respetase la promesa que Isabel le hizo.

—Perfectamente. Entonces tenemos que pensar en las drogas. ¿Murió Isabel por causa de las drogas?

Nigel alargó sus largas piernas y se puso a mirar las puntas raídas de sus zapatillas.

—De tratarse de drogas, éstas son las alternativas: O bien Isabel fué muerta para impedir que revelase algo peligroso para el asesino, probablemente que traficaba con drogas; o para impedir que ella pervirtiese a otra persona con el vicio de las drogas. ¿Convienes en esto?

Georgia echó la cabeza a un lado, pensando.

—Sí, creo que sí. La segunda alternativa puedes suprimirla por completo.

—¿Por qué?

—Porque las únicas víctimas posibles que ella tenía en la casa, víctimas incapaces de defenderse por sí mismas, eran los niños. Todos dicen que ella los quería mucho, y nosotros sabemos que les hizo prometer no aceptar de nadie ni cigarrillos ni golosinas. Evidentemente sospechaba que alguien se los iba a ofrecer.

—A menos que su víctima virtual fuese una persona que no se cuenta entre los huéspedes de la casa.

—No empecemos a preocuparnos por eso. Que lo haga Blount.

—Muy bien. Entonces la mataron porque ella sabía algo peligroso para el asesino. ¿A quién tenemos, pues?

—A un traficante de drogas. Tal vez la persona que le suministraba la cocaína. Una persona que quizás amenazara corromper a los niños si Isabel no guardaba silencio. Una persona con cierta clase de dominio sobre ella, un dominio distinto del vicio de la droga; porque si no, Isabel la hubiera delatado antes, o sea, en cuanto decidió curarse de su mal hábito.

—Sí. Otra cosa que sugiere que esa persona debía tener algún dominio sobre Isabel es que ésta previno a los niños en términos generales. Si no, ¿por qué no decirles “no aceptéis cigarrillos de X”? ¿Por qué no soplarle el peligro a Hereward y hacer que a X lo echaran de la casa? La otra pregunta es: ¿por qué X la mató el día en que lo hizo? ¿Qué ocurrió para que fuese necesaria su muerte?

—Isabel murió en la noche que tú reconstruiste el episodio de Scribbles. Aparte de la doncella y del criminal, Bogan fué la última persona que la vió viva. Él estuvo en su cuarto exactamente antes de cenar.

—Suponiendo que algo se pusiera de manifiesto durante tu reconstrucción del episodio de Scribbles o cuando Bogan fué a visitarla, ¿qué cosa decidió a X a matarla? Puede que sea posible. Pero X no tuvo mucho tiempo para preparar su crimen y cortar la soga. Recuerda que todos estuvieron reunidos desde la hora de la cena hasta que se separaron para irse a dormir.

Al tiempo que se frotaba los ojos con los dedos, Georgia se recostó en el sillón.

—Estoy queriendo recordar... No, no recuerdo nada de nuestra *séance* que pudiera... a menos que X sospechase que tú eras detective.

—¿Y espera a que un detective esté en la casa para cometer su crimen?

—No, no puede ser. Tienes razón. Olvídalo. ¿La matarían porque ella tomaba drogas y X acababa de descubrirlo?

—Esa flecha apunta a Hereward o a Andrés. ¿Para salvar de la deshonra el nombre de la familia? No lo creo. A Andrés le importa un comino el apellido. A Hereward, sí; pero el escándalo de la muerte de Isabel, aun cuando se aceptara como suicidio, sería para él tan terrible como el escándalo de las drogas.

—Convengo en ello. Esto nos hace volver a nuestra primera idea. X la mató para impedir que ella divulgase la complicidad de ambos en la cuestión de las drogas. ¿Sería su abastecedor alguno de los huéspedes de la casa?

—Eunice o Bogan. Dykes, probablemente no. Hereward o Carlota, menos aún.

Andrés, imposible; porque se hallaba fuera del país cuando Isabel empezó con el vicio.

—Escoge a Eunice.

—Blount la está vigilando. Él descubrirá si ella es proveedora de drogas. Mas yo dudo de que tuviera el coraje necesario para cometer un crimen semejante. No tenía nada especial que perder con una delación, su reputación no es nada especial que digamos. Además, ¿para qué iba a denunciarla Isabel? Si Eunice la estuvo abasteciendo e Isabel ya se estaba curando de su vicio le diría: “Gracias, querida, ya no quiero drogas”. Si entonces Eunice la amenazó con pervertir a los niños, Isabel podía muy bien hacerla echar de la casa. No, Eunice no arriesgaría la horca por hacer callar a Isabel. Eso no tiene sentido.

—¿Retornamos a Bogan?

—Él sí es una proposición mejor. Bogan tiene una gran reputación que salvaguardar, y su inmensa renta depende de esa misma reputación. Es muy fácil construir una hipótesis en contra de él. Isabel recurre a Bogan para librarse del vicio de la cocaína. Bogan se enamora de ella. Isabel rechaza sus proposiciones. Él se enardece. Tiene en su mano diversas armas que puede esgrimir contra ella. La amenaza con revelar su hábito a Dykes o a su familia; con pervertir a los niños; y, desde luego, si es un verdadero demonio, emplearía el tratamiento de la hipnosis para lo contrario de lo que iba destinado a ser, o pretendería que lo había hecho ya... Sí, eso explicaría su frase: “Ahora te poseo en cuerpo y alma, para siempre”. Y eso mismo explicaría también aquella expresión de hastío que tu prima observó en el rostro de Isabel.

—¿Pero por qué Isabel no se negó a tener nada que ver con él, cuando supo con quién tenía que habérselas?

—No sería tan fácil. Quizás tuviera que luchar contra la influencia de la hipnosis. Y no cabe duda de que a Isabel le horrorizaban sus amenazas contra los niños. De nada le hubiera servido romper con Bogan, si es tan malo como nosotros lo estamos pintando. Él hubiera aguardado hasta adueñarse más adelante de los niños. De modo que ella necesitaba tiempo para reunir pruebas suficientemente funestas y hacerlo impotente. Esto se parece mucho a la teoría de Andrés. Supongamos ahora que ella se armó de sus pruebas y lo amenazó. Un hombre de su posición no podía arriesgarse dejando viva a una persona como Isabel, capaz de caer sobre él en cualquier momento.

—Entonces parece que Bogan fué el criminal, si se trata de las drogas, y Andrés si fué un crimen pasional —resumió Georgia—. Los Restorick ocupan un pobre tercer lugar con su motivo pecuniario.

—Te entusiasmas.

—No. Estoy segura de que en todo esto hay un deplorable error; algo que se nos ha escapado. No me puedo figurar a Andrés matando a su hermana, pese a todos los argumentos plausibles que hemos discutido. ¿Y tú?

—Sí. Es difícil creerlo. ¿Y Bogan?

—¡Qué sé yo! Él es tan correcto, tan solemne, tan inexpresivo... Deberíamos de averiguar más sobre él. Si él es en realidad nuestro personaje X, entonces encaja perfectamente en la descripción que hizo Andrés de la persona que es el mal mismo. Pero...

—Tiene gracia... Yo también pienso como tú. Quiero decir que me ha chocado esa rara inexpresión de Bogan, su opacidad. Parece una medusa. Evidentemente es una persona habilísima. Tiene personalidad cuando quiere hacerla sentir. Pero lo que uno recuerda de él es que...

—Parece una mansión con un encargado. El encargado te guía, te enseña los tesoros de la familia, los retratos, los salones de recibir y quizás algunos de los aposentos particulares. Todo está impecablemente cuidado, en orden perfecto. Pero tu atención desvaría. Sientes una curiosidad insaciable por conocer a la familia que habita la casa. La mansión no revela nada de ellos...

—De pronto oyes el ruido de unas ruedas sobre el camino de grava; miras por una ventana y ves a siete diablos que llegan en un birlocho.

Georgia rió con cierta incredulidad. Nigel prosiguió:

—Pero todas estas similitudes no nos dicen si Bogan cometió el crimen. ¿Qué ibas a decirme?

—Tres cosas. Si Bogan lo cometió, ¿por qué obrar de ese modo? ¿Por qué no hacerlo de una forma profesional? Él es un médico...

—Sí. También eso me viene preocupando.

—Segundo. Si lo hizo, ¿cómo es que se encontraron los papeles quemados en su chimenea? Tú sugieres que Andrés los puso allí, y nosotros nos figuramos que eran la prueba escrita contra Bogan, por lo cual mató a Isabel. Muy bien. Pero si Andrés los puso allí, quiere decir que él sabía que Bogan había cometido el crimen. ¿Por qué no lo denunció al instante?

—No. Eso no quiere decir que él supiera que Bogan había cometido el crimen. Podía significar simplemente que él odiaba a Bogan; que sabía que Bogan tenía cosas que deseaba ocultar y él ansiaba que lo detuvieran como asesino.

—Estoy de acuerdo contigo. Mi tercer punto es éste: Si Bogan es el demonio que Andrés quiere que nosotros creamos que es, su carrera diabólica no empieza ni termina con Isabel Restorick. El único eslabón que nosotros conocemos entre Bogan e Isabel es la cocaína. Busquemos otros eslabones de cocaína; descubramos a otras personas que él haya tratado...

Haciendo crujir los dedos, Nigel se levantó de un salto; corrió al teléfono y marcó un número.

—Acabo de recordar que Eunice me nombró a una joven que se puso bajo el tratamiento de Bogan para curarse y a los pocos meses estaba peor que antes. ¡Oiga! ¿Puedo hablar con la señorita Ainsley? Habla Nigel Strangeways. Buenas tardes, ¿me podría dar usted la dirección de...?

Siguió una corta conversación. Nigel colgó el auricular y miró a Georgia.

—¿Has dado con ella?

—Sí.

—No me digas que también a ella la han asesinado.

—Eso no. Pero Eunice me ha dicho que Blount le pidió hace unos días esta misma información.



CAPÍTULO XVII

Hazte médico, Fausto. Amontona oro

*E immortalízate con alguna cura
maravillosa.*

MARLOWE

NIGEL no supo el resultado de las investigaciones de Blount hasta una semana después. Durante este intervalo se desentendió del asunto, convencido de que el próximo paso adelante no se podía dar hasta no tener más informes sobre Bogan e Isabel, y él sólo perdía tiempo haciendo investigaciones que a Blount le resultaban muy fáciles. Una conversación por teléfono con el inspector le aseguró que la policía estaba escudriñando a fondo las amistades de Isabel y las prácticas profesionales de Bogan.

Cierta mañana, cuando Georgia acababa de salir para trabajar en su comité de refugiadas y Nigel escribía en su diario de guerra, sonó el teléfono. Era el inspector Blount. Quería que Nigel invitase a cenar en su casa a Dykes y a Andrés Restorick; él iría un poquito más tarde.

—De manera que yo tengo que ser su embaucador, su cimbel, su boezuelo para la caza. ¿Acaso recibo honorarios del Departamento de Investigaciones?

—Pensé que en su casa estaríamos más cómodos —dijo Blount. Y con su laconismo habitual colgó el receptor.

Dykes y Andrés no tenían compromiso aquella noche, de modo que Nigel pudo comunicarle a Blount que todo estaba convenido. Andrés Restorick llegó a las siete y media. Pocos minutos después, una disputa en la calle anunció la llegada de Guillermo Dykes.

—¡Estos malditos pisaverdes! —exclamó después de saludar a los tres—. ¡Cuánto les gusta la guerra!

—¿Se ha vuelto a enredar con la policía? —preguntó Nigel.

—Algo especial. Encendí mi linterna en la puerta para cerciorarme de que había llegado al número debido, cuando a algún joven entremetido, vestido de uniforme, se le ocurrió decirme que yo era Hitler en persona. “Amigo —le dije—, he sido

antifascista cuando usted no había echado todavía la muela del juicio, si es que tiene alguna”.

Georgia se sonrió.

—Eso no le sentaría muy bien, supongo.

—Me replicó que sólo estaba cumpliendo con su deber, y yo le dije: “Puede usted cumplir con su obligación sin ser un mal educado, joven”. Pero ahí tiene usted, déle a un simple burgués un poco de autoridad y lo primero que hace es dárselas de importante, como si fuera Goering. Gracias. Esta copita de jerez me sentará bien. Afuera hace un frío terrible.

—Le prevengo que bien pronto va a tener otra pelea con la policía —dijo Strangeways—. El inspector Blount dijo que vendría después de cenar.

—¡Oh!, si es él no me importa. Ya me estoy acostumbrando a ese tipo. Últimamente nos hemos visto mucho.

—¿Ah, sí? ¿Le dijo algo? ¿Cómo anda? —preguntó Andrés.

—Él no divulga sus informes, sino que los pide. Quería una lista de toda la gente que conocí estando junto a Isabel, y cosa por el estilo. Bueno, yo admiro a una persona que trabaja con tanto empeño. Blount no está mal. Pero yo querría que se decidiera a detenerme o a dejarme tranquilo. Eso de que la policía secreta esté rondando mi casa no me gusta. Los vecinos hablan, ¿comprende?

Andrés guiñó los ojos.

—Ésa es una gran reacción burguesa por su parte, Guillermo.

El labio inferior del novelista sobresalió con gesto belicoso. Sus ojos vivos se fijaron en Andrés.

—Ya es hora de que aprenda los hechos de la vida, Restorick, y uno de ellos es que se precisa mucho dinero antes de poder echárselas de respetable.

—Esa indirecta se refiere a mí.

—En mi tierra el código es bien sencillo, ustedes lo llamarían crudo; pero está perfectamente de acuerdo con la clase de vida que nosotros tenemos que vivir; no se impone con artificios ni se acepta con puras fórmulas, como el de ustedes.

—Si es que tenemos alguno —murmuró Andrés.

—¿Lo ve usted? Ustedes pueden ser impertinentes a costa de él. No les culpo. En cierta manera tienen suerte. Lo que yo digo es que en mi tierra, el código moral se observa o se quebranta; pero nadie se ríe de él. O es usted malo o no lo es. Y se lucha por conservar la respetabilidad porque ya se ha luchado por adquirirla. Temo estar hablando demasiado —añadió el novelista haciéndole una graciosa mueca a Georgia. Se levantó y se dirigió a los estantes de libros—. Aquí hay libros muy hermosos... ¡Hola! ¿Qué es esto? Los prefacios de Henry James. ¿Me lo presta?

—Desde luego. ¿Admira usted a James?

—Creo que si. Lo admiro como puede admirar un obrero portuario de Tyneside al Taj Mahal, creyendo a duras penas que una cosa tan complicada pueda ser realidad. Todos esos complicados estados de espíritu y parentescos que James describe son

para mí como crear un drama de una simple ventolera. Lo respeto por eso. Hace tanto con tan poca materia... A mí me gusta la gente que conoce su trabajo.

Durante la cena hablaron de libros y de la guerra. Se abstuvieron de mencionar el tema de Isabel Restorick; pero terminada la comida, las crecientes distracciones de Dykes y una especie de nerviosidad contenida, que tornaba la voz de Andrés más suave y sus gestos más pausados, revelaron cuán importante era para ellos la próxima visita de Blount.

Al llegar, el inspector mostróse del mejor humor. Paladeó el coñac que le ofreció Nigel, se acarició vigorosamente su calva cabeza, se calentó su amplio nalgatorio en la chimenea, y en general dió una alegre representación de Papá Noel, que, dadas las circunstancias, era algo siniestro.

—¡Hola! Coñac. Noble bebida, noble bebida. ¡Uf! ¡Qué nariz! Bien, bien... Espero que mis hombres no lo habrán molestado mucho, señor Dykes.

—Acaba de decirnos que han puesto por los suelos su reputación entre los vecinos —dijo Georgia.

—¡Caracoles! Eso es demasiado, demasiado. Tendré que decirles que se vayan. Sin embargo, tienen que cuidar a todos ustedes, mis buenos amigos.

—¿Quiere usted decir que el criminal podría dispararnos un tiro? —preguntó Andrés.

Dykes se rió a carcajadas.

—Cuando Blount dice “tener cuidado” significa “vigilar”.

—¡Bah! No siempre. A un hombre inocente no le importa una pequeña inconveniencia de esa índole. *Integer vitae, scelersique punis*, dice un antiguo verso.

Nigel retiró la botella del alcance de Blount.

—Cuando usted empieza a citar a los clásicos, suele ser hora de acabar con la fiesta. Supongo que no ha venido solamente para paladear mi coñac.

—No. ¡Qué idea más escandalosa! Pensé que quizá les interesara saber lo que hemos estado haciendo. En esta semana recibimos muchos informes. Gracias a la buena voluntad del señor Dykes y de la señorita Ainsley, he podido ponerme en contacto con casi todos los amigos de la señorita Restorick. También hemos hecho averiguaciones sobre los asuntos del doctor Bogan. —Blount se quitó los lentes, los limpió, miró sin pestañear a sus interlocutores y dijo—: Quise que Restorick y Dykes estuvieran aquí esta noche, porque ambos se hallan estrechamente relacionados con el... con... la señorita Restorick. Puede ser que más adelante necesite su cooperación. Comprenderán, desde luego, que lo que voy a decir es para que lo oigan ustedes y nadie más. No deben suponer que tenga necesariamente conexión con el crimen.

Todos asintieron seriamente. Guillermo Dykes jugueteaba con una barrita de enrollar cigarrillos.

Andrés estaba sentado con la temblorosa atención de un foxterrier que observa una cueva de ratones. Chupando ruidosamente uno de los cigarros de Nigel, Blount empezó su historia. Dijo, en primer lugar, que tras delicadas averiguaciones había

resultado ser exacto lo que Hereward dijo sobre la situación económica de los Restorick. Una parte muy considerable del capital de Carlota se había perdido en valores polacos, de manera que la invasión de dicho país fué para ellos un golpe duro. La renta de Hereward también había mermado, aparte del aumento de contribuciones que se le habían impuesto; y en la finca, debido a la generosidad, más que a la ineficacia del propietario, estaba perdiendo hacía ya algún tiempo.

—Debo añadir que su hermano y su cuñada no tuvieron dificultad en decir el estado de sus cosas, señor Restorick.

“Muy posiblemente, no —pensó Nigel—. ¿Pero a qué venir ahora con todos estos detalles ante nosotros?”.

—¿Es que ha pensado usted seriamente en que Hereward y Carlota pudieron haber matado a Isabel por apropiarse de su pequeña renta? —preguntó Andrés.

—Tenemos que explorar todos los caminos. Además, también se trata del dinero de usted.

—¿De mi dinero?

—Bueno..., alguien trató de envenenarlo, señor Restorick. Eso no lo puede usted negar.

La suavidad del tono de Blount llamó la atención de Nigel. Por eso...

—No es posible negar que el matrimonio tenía un fuerte motivo para librarse de usted y de su hermana. También sabemos que Hereward fué al cuarto de la señorita de Restorick la noche en que la mataron. Luego ambos tuvieron la oportunidad de envenenar la leche, y el veneno empleado era de su hermano.

En el rostro enjuto y bronceado de Andrés se pintó una expresión de horror.

—Mi querido inspector —empezó a decir—, no supondrá que mi hermano...

—Usted tiene sueño muy ligero, señor Restorick.

—No comprendo...

—Hay mucha gente que ha rodado por el mundo y vivido en sitios peligrosos. Ya he verificado eso. También he verificado su propia declaración de que estuvo fuera de Inglaterra cuando su hermana empezó con el vicio de la cocaína. Lo que le quiero decir es lo siguiente: ¿Cómo es que a una persona de sueño ligero como usted no la despertaron los golpecitos que Hereward dió en la puerta del cuarto de su hermana y las voces llamándola por su nombre? Aun suponiendo que usted se hubiera dormido... sólo hacía media hora que estaba en la cama.

—¿Sugiere usted que yo estoy protegiendo a Hereward?

—Quizás. De todos modos, recibiría con gusto cualquier informe que usted pudiese dar y que desvaneciera la sospecha de que los señores de Restorick mataron a su hermana, y trataron de matarlo a usted.

Blount se calló. Luego prosiguió diciendo:

—Pudiendo alejar de ellos la sospecha de que trataron de envenenarlo a usted, ya esto mismo haría disminuir la probabilidad de que mataran a su hermana.

Las llamas del hogar, que resplandecían en la calva de Blount, cubrían de

sombras el rostro de Andrés, el cual parecía estar perplejo y preocupado.

—¡Ojalá pudiese darle algún informe! —dijo, por fin—. Pero yo no oí a Hereward aquella noche y no puedo añadir nada más al asunto de quién echó el veneno en mi vaso de leche. Supongo que Hereward y Carlota no son los únicos que pudieron hacerlo.

—No. También pudo ser Bogan. ¿Pero por qué había de querer librarse de usted el doctor?

—Lo ignoro —dijo Andrés muy despacio—. A menos que crea que yo tengo pruebas que lo inculparían de la muerte de Isabel.

—¿Y por qué había de pensar eso, si usted dice haber estado durmiendo cuando se cometió el crimen? —La voz de Blount salió de su garganta con la misma tersura que avanza la garra de un felino.

Andrés se rió con esa risita excitada de un esgrimidor que admite que ha sido tocado.

—¡Pregúnteme a mí! Puede que sólo sea por causa de su conciencia culpable. Quizás tenga yo pruebas sin darme cuenta de ello. Yo ya les he expuesto mis razones para pensar que Bogan lo cometió; si tuviese alguna prueba tangible no la ocultaría.

—Bueno, tendremos que dejarlo así... Ahora voy a decirles unas cuantas cosas sobre esta... bestia negra... sobre el doctor Bogan.

Nigel se miró estupefacto las puntas de los zapatos. Era extraordinario que Blount fuese tan confidencial entre los sospechosos; pero el inspector, como prudente escocés, jamás decía las cosas sin tener en vista una buena compensación.

Nigel supuso que lo que intentaba era obligar a Andrés Restorick a que hiciera más declaraciones.

—El doctor Dionisio Bogan —dijo Blount— vino a Inglaterra diez años atrás, con buenas calificaciones médicas de la universidad de John Hopkins. La policía norteamericana no tenía nada contra él, y carece de pruebas de cualquier conexión entre él y el misterioso Engleman que vendía mariguana. Ahora estaban investigando las declaraciones de Bogan sobre sus actividades durante el período en que Engleman se encontró con Isabel Restorick. El único hecho sospechoso desenterrado hasta la fecha era que siendo estudiante en los Estados Unidos fué un hombre relativamente pobre, mientras que a su llegada a Inglaterra poseía medios abundantes. Su propia explicación parecía bastante plausible. Poco después de haber empezado a ejercer su carrera en los Estados Unidos recibió un legado de una enferma suya, dinero que él hizo evolucionar con éxito en Wall Street. Después de adquirida su riqueza viajó una temporada por América (éste fué el período en que Engleman apareció en escena) y luego vino a Inglaterra.

La policía yanqui estaba trabajando sobre esta parte de la historia, pero Blount no tenía mucha fe en sus posibilidades de seguir una pista que ya se había enfriado tanto.

Refirió después cómo, ya en Inglaterra, Bogan estudió en Edimburgo, se naturalizó en el país y se inscribió en el registro médico. Su reputación en los círculos

médicos era aún intachable, aunque los métodos heterodoxos que él adoptó no le valieron el aprecio de sus colegas más conservadores. Sin embargo, su éxito profesional era famoso, particularmente entre las enfermas adineradas. Bogan tuvo la suerte, o el oportunismo, de comenzar una moda nueva entre una clientela para la cual la novedad, tratándose de modas, era como la misma vida. A principios de 1930 empezó la locura por el psicoanálisis, y las ricas neuróticas estaban deseosas de lanzarse en pos de ese nuevo delirio. No es que hubiese algo de muy revolucionario en sus métodos, salvo el empleo bastante razonable de la hipnosis. Lo que ellas ansiaban era el hombre, más bien que su trabajo. Cualquier otra personalidad menos solemne hubiera podido especializarse en las enfermedades nerviosas de la mujer y usar el mismo tratamiento hasta que todo se tornase melancólico. Una de las ricas hipocondríacas le dijo a Blount que aquello era como si el médico fuese San Lucas y Rasputin en una misma persona. Claro que recibían un valor emotivo por su dinero, y a veces también por la cura.

—Esto —continuó Blount— en cuanto a los antecedentes de Bogan. Tampoco había nada que fuese necesariamente sospechoso en el hecho de que muchas de sus enfermas fueran aficionadas a las drogas. Pero las drogas descollaban tanto en el caso de Isabel Restorick que decidí seguir la pista de una declaración hecha por Eunice Ainsley. Me puso, pues, en contacto con la joven por la que Nigel había estado preguntando últimamente. Valiéndome de la persuasión y de la firmeza oficial, supe, después de una gran resistencia por parte de ella, lo que le había sucedido. Denominaré a la joven, la señorita A.

”Dicha señorita, hija de un rico industrial perteneciente a la alta sociedad, era toxicómana. Sus padres lo ignoraban. A medida que el hábito fué creciendo en ella temió que sus efectos llegaran a serle manifiestos a sus progenitores. Las consecuencias serían desastrosas, pues su padre era mojigato e inexorable. Por lo tanto, ella se puso en manos del doctor Bogan, como varias otras amigas suyas. La cura tuvo un éxito aparente, pero pocos meses después de terminado el tratamiento la joven recayó en su vicio. Y eso no fué lo peor. Empezó a recibir cartas amenazándola con informar a sus padres de su afición a la cocaína si no pagaba una gran suma de dinero por ciertos conductos. Ella obedeció. Pero las exigencias del chantajista se volvieron tan exorbitantes que llegó el momento en que la joven no pudo hacerles frente. Presa de una mortal agonía de miedo y desesperación, escribió una carta suplicándole al chantajista que le concediese una entrevista. Dicha entrevista fijóse para cierta noche, junto a una de las verjas del Regent Park. Con gran sorpresa de la señorita A, el chantajista resultó ser una mujer, elegantemente vestida y bien embozada, que se mostró despiadada. Los ruegos de la señorita A no tuvieron el menor efecto sobre ella.

”Visto lo desesperado de su situación, la señorita A hizo lo que debiera de haber hecho desde un principio. Confesó todo a sus padres. Hubo una escena terrible con el padre, pero al final se aplacó, y a ella la pusieron en manos de otro doctor que

consiguió curarla completamente”.

Antes de esto había ocurrido algo que a Blount le pareció de significación peculiar. Inmediatamente después de la cita con el chantajista, la señorita A resolvió ir a ver al doctor Bogan para pedirle ayuda. Se dirigió a pie a su casa particular. Estando a unos cuantos metros de la puerta, vió, a la luz de los faroles de la calle, a una mujer que salía de allí y se alejaba muy a prisa. Era la mujer que una hora antes se había entrevistado con ella cerca del Regent Park.

Claro que no tenía pruebas para asegurarlo. Pero ella estaba certísima de no equivocarse. Le causó tal espanto ver de nuevo a aquella horrible criatura, que, desistiendo de su propósito de ver al doctor, tomó un coche de alquiler para regresar a su casa. Su espanto fué tan terrible que al principio ni siquiera se preguntó lo que aquella mujer estaría haciendo allí. Luego pensó que el doctor Bogan sería otra de las víctimas del chantajista, e incapaz, por lo tanto, de ayudarle. Sin embargo, más tarde le vino a la memoria que durante su entrevista con la misteriosa mujer, ésta dijo algo respecto a las relaciones entre la señorita A y su padre que no hubiera podido saber a menos que se lo hubiese oído decir al doctor Bogan; porque durante el curso de su tratamiento el doctor le exigió a ella que le diese los detalles más plenos y más íntimos de dichas relaciones.

—De manera que ya ven. Si la declaración de la señorita A es fidedigna, y yo creo que lo es, ya hemos probado una relación entre Bogan y un chantajista. Presentar las cosas tales como están ante un tribunal de justicia no es posible, y yo dudo mucho de que la señorita A pueda reconocer otra vez a la mujer, después de tan largo intervalo, aun cuando nosotros la encontráramos y las pusiéramos cara a cara. La cuestión es que Bogan pudo haber hecho en otras muchas ocasiones lo que hizo una vez. Si él andaba detrás del chantaje contra la señorita A también ha podido haber alguna especie de chantaje en el caso de la señorita Isabel Restorick.

Andrés lanzó un resoplido.

—¡Qué tunante más inmundo!

—Muy listo, si todo eso es verdad —dijo Dykes—. Un hombre así es capaz de sacarle cualquier secreto a una mujer. Pero Bogan podía hacerlo bajo el amparo del manto de una perfecta respetabilidad profesional. ¿Creen ustedes que él no hizo adrede que la cura de la señorita A fuese incompleta?

—No lo podemos decir, pues no cabe duda de que ha efectuado muchas curaciones buenas. Ahora tenemos la oportunidad de registrar su clínica particular y examinar minuciosamente sus prácticas. Bien pronto lo sabremos. Ha gozado de una fuerte posición precisamente porque muchos de los que ansían esa clase de cura quieren que se los oculte.

—Cuando pienso que la pobre Isabel estaba en manos de semejante cerdo, sería capaz de retorcerle el pescuezo —vociferó Andrés.

Nigel reflexionó —y no por primera vez— en la forma que las emociones sinceras provocan escenas teatrales.

—Isabel podía cuidar de sí misma, eso se comprende —dijo Dykes.

—¡Quién sabe si no fué Bogan el que inició a muchas en el vicio de las drogas! —prosiguió diciendo Andrés—. ¡Enfermas neuróticas! Él admite que le recetó a Isabel drogas sedantes. Con ese mismo método podía muy bien crear morfinómanas, y luego someterlas a duro chantaje. No me extrañaría nada que valiéndose de un intermediario él mismo fuese el abastecedor de las drogas. Una mina de oro dentro de un pozo negro.

—Ya estamos estudiando todo eso.

—¡Estudiando! —exclamó Andrés—. Ustedes tienen que acabar con todo eso ahora, antes de que haga más daño. ¿No han detenido todavía al doctor?

—La cuestión de las drogas está en manos de nuestros peritos en dicha materia. Lo que yo me he dedicado a investigar es el crimen, señor Restorick.

—Desde luego. Pero seguramente que...

—No. —La dulce mirada de Blount, pero de penetración casi sobrehumana, fijóse en Andrés—. No. Aún no veo ningún motivo especial para creer que Bogan sea el asesino.



CAPÍTULO XVIII

El malvado huye cuando nadie lo persigue.

(PROVERBIO).

ACOSTADO en su cama, a la mañana siguiente Nigel tuvo que admitir que el razonamiento de Blount era muy justo. Bogan podía ser como siete clases de demonios, pero eso no probaba que fuera el criminal. Repasó la lógica de Blount. Primero: si Bogan quiso librarse de Isabel, ¿por qué hacerlo en esa forma y estando entre los de su familia, donde el peligro para él sería tan grande? Mucho más fácil hubiese sido aparentar que ella se había suicidado de haberla matado él con una dosis excesiva de cocaína, en su clínica o en el piso que Isabel tenía en Londres. Segundo: ¿Por qué podía querer matarla? No podía quererlo si había tenido éxito al hacerla víctima de su chantaje.

Pero —como Blount les dijo— de esto no había pruebas. Las investigaciones hechas en el banco no revelaban en la cuenta de Isabel ningún pago extraordinario que no se pudiera explicar de otra forma. La única posibilidad era que ella estuviese reuniendo pruebas contra él. Las recientes investigaciones de Blount demostraban que había muchas pruebas que recoger. Por otra parte, después de agotadoras investigaciones entre los amigos de Isabel y las enfermas de Bogan, no se había descubierto un solo hecho que sugiriese que Isabel había estado tratando de reunir esas pruebas. Ella no había nombrado a Bogan a nadie, excepto como amigo y médico suyo.

“De manera que estamos otra vez en el principio —pensaba Nigel—. Considerando los medios y oportunidades, cualquiera de los de Easterham Manor pudo haber matado a Isabel; todos tenían alguna clase de motivo, mas ninguno tenía una razón que pudiera llamarse perentoria, y los crímenes premeditados no se cometen por una causa baladí”.

Por espacio de una hora, mientras que su café se enfriaba y el viento azotaba las ramas de los árboles de la plaza, atormentó su cerebro y escudriñó su memoria buscando una nueva luz en la tragedia. Luego se puso a hablar por teléfono.

Cuatro horas después estaba sentado en una mesa apartada en el restaurante *El Pez de Oro*. Bogan, enfrente de él, manejaba con mucha diligencia un mondadientes.

Habían estado hablando de temas indiferentes durante la merienda, y Nigel recordó más de una vez la descripción que Georgia había hecho de Bogan: una mansión que se la enseña a uno un encargado. ¿Qué pensamientos, qué secretos o iniquidades yacían detrás de esa personalidad extrañamente opaca, en esos cuartos que el dueño de la casa había ordenado al encargado mantener cerrados? Georgia dijo también otra cosa en Easterham. Recordándola, Nigel preguntó a quemarropa:

—¿Por qué le ha clavado a usted el puñal Andrés Restorick?

El doctor dejó caer su mondadientes entre los restos de su bizcocho de chocolate.

—Celos de su hermana, quizás, como dije en un principio. También me puede tener una antipatía igualmente absurda.

—Eso ya lo veo. Pero semejantes antipatías no suelen mover a la gente a incriminar como asesino al que es objeto de ellas.

—¡Cáspita! ¿Ha estado queriendo hacer eso?

—Debería usted saberlo.

Bogan se atusó la barba con los dedos afilados, y le dirigió a Strangeways una mirada prolongada, como si meditase qué clase de tratamiento le sentaría mejor a este enfermo.

—¿Se refiere usted a esa trampa estúpida de los papeles quemados?

—No solamente a eso. —Nigel estaba decidido a que Bogan se declarara solo.

—¿Piensa usted que fué él quien puso el cianuro de potasio en la leche?

—¿Usted lo cree así?

—Pruebas de ello no hay, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver. Pero si usted no hubiera creído que él mismo fué quien envenenó su vaso de leche, a fin de inculparlo a usted, usted no hubiera vertido un poquito de la leche envenenada en el jarro.

—Mire, Strangeways, usted sabe tan bien como yo que eso es una *gran petitio principii* —repuso Bogan con una risita repentina y medio forzada. Parecía dominar perfectamente la situación. “Los malvados —pensó Nigel— florecen como las bayas”.

—Yo no voy a discutir con usted, doctor. A una joven, a una de sus enfermas, la han matado. Se han hecho esfuerzos por incriminarlo a usted. Dichos esfuerzos han conseguido, por lo menos, que la policía efectúe una severa indagación en sus asuntos privados. Como resultado de ello, usted puede quedar, por lo que yo sé, desprestigiado profesionalmente y sufrir una larga condena en la cárcel. Sin embargo, eso no me interesa. La cuestión está en saber si usted quiere que lo ahorquen. Y va usted por muy buen camino si ése es su deseo.

Los brillantes ojos pardos de Bogan miraron en blanco. Aquélla fué su única reacción a la estocada de Nigel.

—Para ser un célebre detective es usted extraordinariamente sincero. Sin embargo, le daré el gusto. Mi reputación profesional se cuidará por sí misma. Claro que no quiero que me ahorquen. Supongo que lo que me quiere usted decir es esto:

Que si los incidentes del veneno y del papel quemado fueron intencionadas para incriminarme, tuvo que hacerlos el criminal; si no lo eran, yo tengo que ser el asesino.

—Eso parece ser la base para una discusión —repuso Nigel escudriñando con sus pálidos ojos azules al doctor.

—Bueno, si es que ha de servirle para algo, y puesto que no hay aquí testigos, no me importa confesar que fui yo quien vertió en el jarro un poquito de la leche envenenada del vaso.

—Ya me lo había figurado. ¿Por qué lo hizo?

—Una imaginación tan activa como la suya debería de responderse por sí sola.

—Porque perdió usted la cabeza, por un instante. Usted sospechó que el asunto del veneno podría ser otro esfuerzo para incriminarlo, y comprendió que se embrollarían más las cosas si, al parecer, el envenenamiento no se había dirigido solamente contra Andrés Restorick. Además, usted estaba seguro de que Andrés había envenenado la leche.

—Le felicito —repuso Bogan mirando a Nigel con expresión burlona—, pero yo nunca pierdo la cabeza. Lo que sucedió fué que obré por mero impulso, con un poquito de malicia. Quise ver cómo iban a comportarse todos. Ésta es la verdad. Pero... claro, no espero que usted me crea.

—Puesto que estamos pisando el terreno de la verdad —dijo Strangeways, con gran sorpresa de un mozo que acertó a pasar junto a ellos—, dígame, Bogan, ¿mató usted a Isabel Restorick?

—Puesto que no hay testigos presentes (está bien, mozo, no es necesario que escuche), o mejor dicho, a pesar de que no los hay, puedo asegurarle que no lo hice.

—¿Fué Andrés?

El doctor Bogan se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Es puritano. Un hombre amargado, pese a su encanto exterior e indolencia. Imposible no es. ¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Convinimos en que si usted no es el asesino, lo es el hombre que procuró incriminarlo. Y estamos de acuerdo en que muy posiblemente es Andrés el sembrador de pistas incriminantes.

—No, no. No tan de prisa, joven. Si Andrés es el probable incriminador, como me atrevo a decir que puede ser, eso no lo convierte a él en asesino. Lógicamente, sólo significa que él aprovecha las circunstancias del crimen para ponerme a mí en aprietos. Me odia. Admitido. Quisiera que yo fuese el criminal. Y de ahí a creer justa su acción de hacerme pasar por asesino sólo hay un corto paso para un hombre de su carácter.

—Usted y Andrés se están tomando un gran trabajo para ser leal uno con el otro —repuso Nigel burlándose—, a pesar de su enemistad mortal.

Bogan puso un terrón de azúcar en su cuchara, lo mojó en el café y lo masticó fuertemente. Su blanca dentadura estaba admirablemente conservada.

—Pero la venganza parece estar de una sola parte —continuó diciendo Nigel—. Quiero decir, que usted le dejó pasar algunas insinuaciones asaz ofensivas en Easterham Manor.

—Yo estoy acostumbrado al comportamiento irresponsable de los neuróticos —repuso el doctor, asumiendo su dignidad profesional.

—No me cabe la menor duda. Sin embargo, me figuro que por lo general tomará sus precauciones.

—No lo comprendo bien.

—Que Andrés sea o no el asesino, para usted es una persona muy peligrosa. Yo no lo menospreciaría. Él está empeñado aún en culparlo a usted de este crimen o de otros. Lo sé con toda seguridad.

—Me hiela usted la sangre.

—Y yo me imagino que él está ocultando varias cosas hasta que tenga bien armada su tramoya. De todos modos, él mismo nos lo ha dado a entender en varias ocasiones.

—Gracias por su solicitud, Strangeways. Pero estoy seguro de que la policía me prestará la protección necesaria.

Dando las gracias con mucha gentileza por el almuerzo, Bogan se levantó para marcharse. “No es posible hacerle cambiar”, pensó Nigel viendo aquella figura encorvada y barbuda reflejándose en muchos espejos mientras salía del restaurante. Lo que más le había impresionado no había sido la habilidad de Bogan al discutir el crimen, sino la calma absoluta con que recibió la noticia de que la policía estaba investigando sus asuntos profesionales. Sólo un hombre inocente, o un maestro consumado en la villanía, podía haberse contenido para no pedir más detalles sobre eso. Bogan era un hombre que —a menos que las deducciones de Blount fuesen completamente erróneas— empleaba su posición profesional a guisa de manto e instrumento para cometer las iniquidades más abominables. Sin embargo, cuando se le dijo que la policía estaba acechándolo no se le movió ni un cabello. Nigel levantó la mano para saludar con gesto irónico a la figura que se alejaba.

Pocos minutos después Nigel entró en una casilla de teléfonos públicos. Marcó un número y se puso a mirar distraídamente a la calle, mientras pensaba cuán poco había hecho cambiar la guerra a Londres... todavía.

—¡Hola! Quiero hablar con el inspector Blount. Sí, por el caso Restorick... De parte del señor Nigel Strangeways... ¡Hola, Blount! Habla Strangeways. Acabo de almorzar con el doctor Bogan. Dice que él no cometió el crimen... Sí, ya lo oyó antes y probablemente lo volverá a oír otra vez, Oiga, tengo una idea...

Strangeways bajó la voz involuntariamente. Cuando hubo terminado de hablar se oyeron gritos de protesta en el otro extremo.

—No, no —decía Blount—. No, no, no. Yo no puedo hacer eso. Armaríamos un lío. Me arrancarían el pellejo.

—Es la única manera que veo. Hay que forzarle la mano sea como sea. Ninguna

otra cosa...

—No, no, no. Eso no se puede hacer.

—Bueno, ¿me lo deja a mí?

—Tendrá usted que asumir toda la responsabilidad. Yo no sé nada, ¿comprende?

—Muy bien. Si ocurre algo se lo diré. ¿Le ha puesto usted vigilancia a todos los demás de la compañía?... Perfectamente. Retírelos de donde él vive. Yo respondo de él.

—Mejor será. Hasta luego.

Nigel regresó apresuradamente a su casa para hacer planes y telefonar a diversas personas.

Los acontecimientos iban a precipitarse tras los talones de su acción. Su plan produjo, demasiado pronto, resultados que casi no esperaba ni podía contener. A la mañana siguiente Andrés Restorick al llegar al piso de Strangeways, respondiendo a una llamada urgente, encontró a Nigel y a Georgia profundamente consternados.

—Blount ha detenido a Dykes —dijo Strangeways sin más preámbulos.

El rostro de Andrés palideció:

—¿A Dykes? Entonces... ¿qué demonios estaba representando aquí la otra noche? Yo supuse que Dykes estaría libre de toda sospecha.

—¡Qué sé yo! Blount es muy reservado. Uno nunca sabe lo que trama su cabeza.

—Usted no creará...

—Yo no puedo creer que Dykes sea el criminal. Me es imposible creerlo. Pero la policía nunca efectúa una detención si no está segura de lo que hace. Blount debe de haber descubierto algo que nosotros ignoramos.

Andrés puso la mano sobre un libro que había en la mesa junto a él.

—Mire. Dykes no anda muy desahogado. Yo pagaré con gusto cualquier gasto. Me refiero a los abogados. ¿Le pido al mío que vaya a visitarlo, y...?

—Él ya ha llamado al suyo para que prepare la defensa. Pero estoy seguro de que agradecería su ayuda económica. Se lo haré saber.

Nigel tenía que impedir a toda costa que Andrés intentara visitar a Guillermo Dykes; porque el novelista, lejos de estar languideciendo en una cárcel, estaba en aquel momento escribiendo muy contento una nueva novela en otro cuarto del piso de Strangeways.

—Bueno, si puedo servirlo en algo... —dijo Andrés—. ¿Está usted dispuesto a la defensa de Dykes?

—Desde luego.

Andrés reflexionó un instante.

—Se me ocurre una idea. Si usted puede ir a Easterham Manor este fin de semana, yo haré que Carlota invite a Eunice y a Bogan. Estoy seguro de que existe algún punto vital que se le ha escapado a la policía. Si nos pudiéramos reunir todos allí, tengo la intuición de que... pero claro, Dykes no estará. De todos modos...

Andrés vaciló indefinidamente —extraño contraste con sus gestos por lo general

resueltos—; pero Nigel aceptó en el acto la proposición. Sería mejor tenerlos a todos lejos de Londres, donde no hubiese peligro de que descubrieran la verdad sobre Dykes. Más aún, él estaba convencido desde algún tiempo atrás de que Andrés sabía del caso más de lo que había dicho, y su proyecto de reunir a los sospechosos en la casa parecía como si quisiera intentar otro esclarecimiento del caso.

Aquella misma tarde Andrés lo llamó para decirle que todo estaba arreglado. Esta vez Nigel también sería huésped de Easterham. Georgia se disculpó so pretexto de tener obligaciones pendientes. En realidad lo que tenía que hacer era quedarse a cuidar de Dykes. Blount también quería que lo vigilaran, y fueron designados policías secretos para rondar el piso. Además, Blount le notificó al inspector Phillips lo de la nueva reunión en Easterham Manor, para que la policía local estuviese alerta. Aquello era todo lo que podía hacer hasta que los trabajos del Departamento de Investigaciones Criminales llegasen al fondo de las actividades de Bogan, y hasta que salieran a la luz más pruebas sobre el crimen.

El viernes por la noche se reunieron todos en la casa. Andrés fué allí el día antes. Bogan, que se entretuvo en la ciudad, llegó después de la cena. La modorra general de los presentes impedía discutir del caso aquella noche. Si la intención de Andrés era hacer estallar una bomba, tendría que esperar hasta la mañana siguiente.

A la mañana siguiente la bomba estalló, y su explosión fué mucho más devastadora de lo que Nigel había esperado. Lo despertaron unos golpes en su puerta, que rivalizaban pobremente con el atroz martillazo que sentía en su propia cabeza. Aquello era el padre de todos los dolores de cabeza.

—¡Adelante! —dijo con voz dolorida.

Era la doncella que le traía el té. Miró a su reloj, cuyas manecillas y números le parecieron estar bailando sobre la esfera. Con dificultad logró ver que eran las nueve de la mañana. Bueno, eso no tenía importancia, porque los Restorick acostumbraban dejar que sus invitados se levantaran tarde. Pero no era su costumbre administrarles fuertes dosis de drogas soporíferas. ¡Drogas soporíferas! Esta idea penetró en sus sentidos abotagados. Saltó fuera de la cama con movimiento repentino que casi le desgarró la parte superior de la cabeza. La doncella había abierto las persianas. Vistiéndose, observó distraído que durante la noche había caído una nueva nevada.

Las caras que se encontró en la mesa del desayuno parecían tan borrosas como la suya. Pero faltaban dos.

—¿Dónde están Andrés y Bogan? —preguntó.

—No han bajado aún —repuso Carlota pasándose la mano por la frente.

—¿Es que a todos nos duele la cabeza? —preguntó Nigel.

Hereward, Carlota y Eunice Ainsley asintieron.

—Hemos debido de tomar algo que nos ha sentado mal. La cena, tal vez. Háblale al cocinero, querida.

—Pero Bogan no cenó aquí. ¿Tiene usted su llavín, Restorick? Me parece mejor ir y...

—¡Santo Dios! ¡No, por favor! —La señora de Restorick estaba de pie, oscilando en un extremo de la mesa. Su voz parecía lejana y pueril.

—Vamos, vamos, querida. No tienes por qué alarmarte. Serénate. Dos personas que se retrasan a la hora del desayuno...

—Isabel también se retrasó aquella mañana.

—Carlota los siguió con los ojos mientras salían del comedor. No pareció notar que Eunice Ainsley le estaba acariciando las manos murmurando palabras de consuelo.

Ya arriba, mirando por encima del hombro de Hereward, Nigel vió que el cuarto de Bogan estaba completamente vacío. No solamente Bogan no estaba allí, sino que incluso sus ropas, sus objetos personales, su maleta, parecían haber desaparecido. Una barrida perfecta.

—¿Es éste su cuarto?

—Claro que lo es —contestó Hereward, irritado—. No acierto a comprender...

—Vamos al cuarto de Andrés —dijo Strangeways apretando los dientes, pues su fracaso había sido imperdonable—. Es mejor saber lo peor.

Hereward metió la llave en la cerradura de la otra puerta. El cuarto de Andrés no estaba vacío: ropas, libros, zapatos, todo estaba allí. Todo cuanto se podía ver. Todo, excepto el mismo Andrés. Hereward empezó a buscar debajo de la cama, en el ropero, e incluso levantó una almohada del suelo, como si el cuerpo de Andrés hubiera podido estar oculto allí debajo.

—No, es inútil. Se han marchado —dijo Strangeways.

—¡Qué estupidez! Esto es completamente absurdo. Debemos... usted debe de estar dormido.

—Ojalá lo estuviese.

Buscaron en los cuartos de baño, en los lavabos, en todas y cada una de las habitaciones de la casa. Pero Bogan y Andrés —aquel extraño par de duelistas— se habían esfumado.



CAPÍTULO XIX

El suyo es un problema que debe de confundir al diablo.

BURNS

LA IMPRESIÓN que le causó este descubrimiento esclareció el cerebro de Nigel como una varita mágica. Aún le dolía la cabeza, pero los otros efectos de la droga soporífera se disiparon como se disipa la niebla de las montañas. Sin embargo, no era llegada la hora de considerar este nuevo suceso a la luz de lo que ya había sucedido en la casa. Tenía que obrar. Y la primera cosa a hacer era averiguar por qué Robins, el agente local que tuvo que haber estado vigilando la casa, no dió la señal de alarma.

No se necesitó mucho tiempo. Nigel llamó por teléfono al inspector Phillips y le dijo lo que había ocurrido. Éste le aseguró que Robins tuvo que haber estado de guardia aquella noche en Easterham Manor. Él iba a ponerse inmediatamente en contacto con Blount, y luego iría para allí. Nigel mandó llamar al mayordomo, el cual dijo que Robins se entretuvo en el vestíbulo de las dependencias la noche anterior. Cuando todos se marcharon a la cama, el mayordomo lo dejó allí. Suponía que habría permanecido abajo toda la noche, salvo alguna vuelta por el jardín, hasta que el inspector lo mandase relevar por la mañana.

Nigel empezó en seguida a registrar los edificios de afuera y las dependencias de los criados. Él y Hereward no tardaron en encontrar al agente oculto en el cuarto de la caldera. Estaba amordazado y muy bien amarrado con un pedazo de lo que semejaba ser la misma sogá que emplearon para ahorcar a Isabel. También él parecía estar muerto. Pero cuando le tocaron el rostro para quitarle la mordaza, vieron que estaba caliente y que respiraba. Robins dormía un sueño muy profundo. Las emanaciones del coque lo mantuvieron inmóvil durante toda la noche, de modo que ni siquiera se movió —ocultando así su presencia— cuando el viejo criado entró por la mañana temprano para llenar las calderas.

Nigel lo zarandeó bien fuertemente. Robins despertó, bostezó, pintósele en el rostro una cómica expresión de incredulidad al ir dándose cuenta de dónde estaba e hizo una mueca por el dolor que sentía en sus muñecas y tobillos, de donde acababan de quitarle las ataduras. Hereward corrió en busca de un poco de café. Nigel le contó a Robins lo que había sucedido. El agente estaba aún muy aturdido, y se llevó las

manos a la cabeza.

—Me acogotó —dijo estúpidamente—. Esto me va a acarrear un disgusto.

—No se preocupe. Usted no tuvo la culpa —repuso Nigel examinando la magulladura que Robins tenía en la cabeza. Ningún hueso roto. Lo habían puesto fuera de combate con la misma habilidad con que lo amarraron y escondieron. En realidad, su asaltante demostró haber tenido mucha solicitud al ponerlo en el cuarto de las calderas, donde no había de sufrir los efectos de aquella noche tan rigurosa. Porque Robins dijo, cuando el café lo repuso por completo, que no había sido allí donde lo habían atacado.

A la una y cinco de la mañana entró en la casa luego de haber dado un vuelta alrededor del edificio. Estaba sentado junto al fuego, en el vestíbulo de las dependencias, cuando le llamó la atención un ruido que parecía venir del vestíbulo principal. Fué a ver lo que pasaba. Se había quitado el casco. Todo sucedió al pasar él por la puerta giratoria que había entre el corredor de la cocina y el vestíbulo principal. “Alguien debió de haberse escondido detrás de esa puerta, alguien, pensó Nigel, que hizo adrede aquel ruido para atraer al agente a una posición vulnerable”. De todos modos, en el preciso instante en que Robins presionaba el botón de su linterna eléctrica, un movimiento junto a él y algo detrás le hizo levantar un brazo para defenderse. Ya era demasiado tarde. Lo tiraron al suelo y no podía recordar nada más hasta que despertó en el cuarto de las calderas teniendo a Nigel y a Hereward inclinados sobre él.

—¿Así que no vió usted al atacante?

—No, señor. Esto... aguarde un momento. ¿Dice usted que ese doctor Bogan ha huido? Él ha debido de ser el que me golpeó. Ahora lo recuerdo. Cuando levanté mi brazo para defenderme, mi mano rozó con su barba. Sí, eso mismo. Es gracioso cómo uno olvida las cosas.

Dejando a Hereward al cuidado del agente, Nigel corrió fuera de la casa. Como él había supuesto, la nevada reciente había hecho imposible reconocer las huellas, pero no había borrado por completo las rodadas sinuosas de un coche que se alejaban por el camino. Volviendo presuroso a la casa encontró al chófer de Hereward. Entraron juntos en la cochera. Faltaba el coche de Andrés Restorick.

—No comprendo cómo... ¿No lo oyó usted salir anoche?

—No, señor. Yo duermo ahora en la casa, por orden del señor, mientras duran las reparaciones de los cuartos que hay sobre la cochera.

—¿Qué número de matrícula tenía el coche?

El chófer dió el número y la descripción del vehículo, que Nigel remitió por teléfono al puesto del sargento Phillips. Éste ya venía camino de Easterham. Nigel regresó a la cochera. Quería convencerse de una cosa. Fué Bogan quien atacó al agente local. Bogan y Andrés habían desaparecido. O bien escaparon juntos, o Bogan había matado a Andrés y ocultado su cuerpo en alguna parte. De ser exacto esto último, ¿por qué no huyó Bogan en su propio coche? Mirando al depósito de

gasolina, Strangeways observó que sólo quedaban un par de litros.

El relevo de Robins no había llegado aún. Nigel sugirió que saliera él otra vez en su bicicleta para procurar seguir las rodadas del coche de Restorick. Si Bogan había matado a Andrés, y se había llevado el cuerpo dentro del coche, bien pudo haberlo descargado no muy lejos de la casa. Pero Robins prefirió aguardar las órdenes del inspector Phillips.

Al cabo de un cuarto de hora se presentó el inspector. Ni la intensidad del frío ni la desaparición de dos sospechosos parecieron alterar su afabilidad.

—Aquí estamos otra vez. Esto me resulta muy gracioso, ¿no es verdad? Me pareció que el inspector Blount estaba echando chispas cuando le hablé.

—No me cabe duda.

—Ya viene para Easterham. Y ahora, señor Strangeways, si quiere decirme lo que ha ocurrido veremos qué es lo que se puede hacer. Usted no tiene muy buena cara.

—Tampoco la tendría usted si tuviera dentro del cuerpo una dosis excesiva de alguna droga soporífera.

—¡T'ch, t'ch! —hizo Phillips con benevolencia.

Nigel le informó de los sucesos más recientes, después de lo cual Phillips dió algunas órdenes a los hombres que había traído consigo, y se puso a hablar por teléfono. Luego fué al cuarto de escribir donde Nigel estaba procurando coordinar sus ideas. Se frotó las manos al calor del fuego y dijo con voz agradable:

—Y bien, señor Strangeways, ahora tenemos tiempo de hablar. Dígame lo que sepa. Tal vez podamos resolverlo todo entre nosotros y darle una sorpresa al inspector cuando llegue.

—Tendrá que ser una sorpresa endemoniada o me parte por la mitad, porque esta brillante idea de reunir otra vez a los sospechosos fué mía. Pensé que diciendo que el señor Dykes había sido detenido por el crimen, forzaríamos la mano de Andrés Restorick. Yo estuve seguro desde un principio de que, por algún motivo particular, Andrés estaba callando muchas cosas. Y..., ¡caramba!, no pude figurarme que Andrés y Bogan saldrían con esta trampa de la escapatoria la primera noche que...

—¿Ellos? ¿Cree usted que obraban de común acuerdo?

—No. Hablaba sin pensar. No acierto a comprender... De todas maneras, esto es lo que ha pasado. Andrés vino anteayer. La señorita Ainsley y yo, ayer por la tarde. El doctor Bogan después de la cena, que tuvo lugar a las siete y media. Si nos hubieran administrado la droga soporífera con la comida hubiéramos sentido sueño mucho antes de lo que lo sentimos, dada la gran dosis que debieron de emplear. Cuando llegó el doctor Bogan la señora de Restorick se ofreció a preparar algo caliente, y todos decidimos tomar ovaltina. Ahora bien, mientras se preparaba la bebida todos anduvimos algo dispersos. Hereward condujo a Bogan a su cuarto, Andrés fué a meter en la cochera el automóvil de Bogan, la señora de Restorick estaba en la cocina preparando ella misma la ovaltina, y la señorita Ainsley y yo permanecemos en el salón. Al cabo de unos minutos regresó Hereward; Andrés entró

poco después que él; luego Bogan, y después la señora de Restorick y el mayordomo, que traía la bandeja.

—¿Quiere usted decir que cualquiera pudo haber adulterado la bebida?

—No. Ésa es la cuestión. La señora de Restorick jura que en la cocina no hubo nadie más que ella y el mayordomo —las sirvientas se habían ido todas a la cama—, y que ella no perdió de vista la ovaltina. Claro que si ella adulteró la bebida no lo iba a decir. Si no lo hizo, tendrían que haberlo hecho después de que la bandeja estuvo en el salón. Pero las tazas estaban ya servidas y... ¡cáspita!, qué tonto soy, me había olvidado del azúcar. En el azucarero había azúcar molida, donde bien fácilmente pudieron echar una buena dosis de polvos soporíferos. Mas, como todos anduvimos moviéndonos y charlando, no se me ocurre quién pudo haber tenido la oportunidad de hacerlo.

—¿Tomaron todos azúcar con la bebida?

—Yo no vi que nadie la rechazara. Andrés la iba ofreciendo.

—Entonces eso fué como el golpe de gracia, a menos que consigamos algunas pruebas más.

—Lo creo difícil. Después de lo sucedido con el vaso de leche de Andrés, si alguien hubiera visto a alguna señora o caballero echando polvitos blancos en el azúcar lo hubiera denunciado en el acto. Pero la cuestión es ésta: que difícilmente se pudo haber hecho en la excitación del momento. Quien quisiera asegurarse de que ninguno de nosotros se iba a despertar durante la noche, no iba a estar con los polvitos en la mano esperando la ocasión de administrarlos, ¿no le parece?

—No, a menos que fuese doctor en medicina —dijo el inspector.

—Lo que inclina a pensar en la posibilidad de que Bogan lo hiciera. Por otra parte, fué Bogan quien atacó a Robins, y no cabe duda de que Bogan ha desaparecido. ¿Entonces?... Entonces le buscamos a Bogan un cómplice, alguien que ya estaba en la casa y disponía de tiempo suficiente para preparar los efectos que nos harían dormir.

—Andrés Restorick, con toda seguridad, puesto que él ya hizo otra baladronada.

—Así lo parece. Eso explicaría por qué él y Bogan se han esforzado tanto por dar la impresión de que eran enemigos mortales. En realidad, Andrés se extralimitó. Pero desde luego que se dieron maña para impedir que cualquiera sospechase, siquiera por un momento, que ambos pudieran ser cómplices.

El inspector Phillips se rascó la cabeza.

—Si, puede ser. ¿Pero de *qué* eran cómplices? ¿Del asesinato de la señorita Restorick? ¿Por qué habían de cometerlo?

—Blount ha descubierto que Bogan estaba haciendo negocios con la cocaína. Aún no sabemos de dónde sacaba sus reservas, ni quién era su distribuidor. Suponga que Andrés también estuviese metido en eso, y que Isabel lo descubriera todo. Es de notar que Andrés pasaba la mayor parte del tiempo fuera.

—Me atrevo a decir que en eso hay algo. ¿Pero por qué habían de huir Bogan y

Andrés en ese preciso instante y desde aquí?

—Ellos sabían que en Londres los espían y que sería muy difícil y peligroso zafarse de los agentes del Departamento de Investigaciones. La huida desde aquí era mucho más factible. Por qué lo hicieron cuando lo hicieron, ya es cosa más difícil de comprender. Quizás tuvieran algún motivo para creer que la detención de Guillermo Dykes era peligrosa para ellos.

—A mí se me ocurre que ellos se sentirían mucho más seguros después de ser efectuada esa detención.

—Sí. A menos que descubriesen mi pequeña estratagema.

—Bueno, señor, tengo que ir arriba para ver lo que hacen mis hombres, porque les dije que registraran a fondo el aposento de Andrés.

El inspector se marchó, y Nigel empezó a darse cuenta de lo pobre que resultaba su propia teoría. La hora siguiente la pasó hablando con los miembros de la casa. Carlota Restorick parecía haberse repuesto de la impresión recibida, mas estaba aún perpleja y preocupada por el giro que tomaban las cosas. Nigel la interrogó minuciosamente sobre la conducta de Andrés desde su última llegada a la casa. Dijo que Andrés se apenó muchísimo por la noticia de la detención de Dykes, como les sucedió también a todos; pero que no dió muestras de poder hacer algo por él. Casi toda la primera tarde que pasó en Easterham estuvo enseñándole a Juanito cómo disparar con una escopeta de aire comprimido que le trajo al niño de Londres. Carlota volvió a asegurar que la bebida caliente que ella preparó la noche anterior no podían haberla adulterado en la cocina.

Hereward Restorick no fué más explícito, salvo al decir que su hermano parecía haber estado bastante excitado el día antes. Bogan no dijo nada de particular cuando él lo condujo a su cuarto, en la noche anterior. Fué Eunice quien le dió a Nigel la primera noción de la verdad, aunque al principio él mismo no se diera cuenta de ello. Eunice le dijo a Strangeways que estando hablando de Dykes se le ocurrió decir que ella se figuraba desde un principio que Dykes tenía que ser el criminal, porque estaba locamente celoso de Isabel; que esos hombrecillos tranquilos siempre resultaban ser criminales, como Crippen. Y así por lo demás. Andrés no habló mucho. Pero al fin (estimulada su reticencia por esta mujer impertinente, pensó Nigel) dijo:

—No esté tan segura, mi querida Eunice. Me temo que se va a llevar un chasco si cree que a Dykes lo van a ahorcar.

—Como si yo quisiera que ahorcasen al hombrecillo —añadió Eunice con voz ofendida.

Nigel se desembarazó de ella en cuanto pudo y salió de la casa. Paseándose por la terraza cubierta de nieve, completamente ajeno a cuanto le rodeaba, pensaba en esta nueva evolución, la cual sugería lo que él pensó desde un principio: que Andrés había estado callando alguna información vital acerca del crimen. Andrés había dicho que a Dykes no lo iban a ahorcar. Eso significaba que sabía quién era el verdadero asesino. Luego, entonces, la estratagema de Nigel *había servido*. ¿Mas por qué había

desaparecido Andrés? La única respuesta razonable parecía ser que después que todos se marcharon a la cama, la noche anterior, él le echó en cara su crimen a X; y que X lo había matado, y huido luego con el cadáver.

¿Por qué había huido Bogan también? Muy fácil. Cualquiera niño podría decirlo. Porque Bogan era X, el asesino. Pero esta vez podía equivocarse el niño. La droga soporífera descartaba completamente esa teoría. Aun suponiendo que Bogan hubiera adulterado la ovaltina, ¿qué razón tenía para hacerlo? Él acababa de llegar a la casa. Andrés no tuvo tiempo de jugarle una mala pasada.

No. Eso no servía. Andrés debió de aludir a su conocimiento de la culpabilidad de Bogan cuando ambos aún estaban en Londres; quizás cuando invitó a Bogan a pasar el fin de semana en Easterham. “Mejor será que vaya, o lo revelo todo —le diría—. Yo no puedo permitir que ahorquen al inocente”. Sí. El chantaje bien podía ser la explicación de la conducta reservada de Andrés. Una nueva experiencia para Bogan, estando él en el extremo malo del chantaje. El doctor bien pudo resolver que a Andrés había que eliminarlo, y preparar sus planes en consecuencia.

Luego, entonces, si esta teoría era la buena y Bogan se aprovechó de la ovaltina para hacer dormir a todos los de la casa, ¿qué se deducía? Evidentemente rechazaría tomar azúcar. (Nota: averiguar si alguien observó su negativa). Entra en el cuarto de Andrés, lo mata mientras duerme, baja para quitar de en medio al agente y poder escapar, lleva el cuerpo de Andrés al garaje, huye y arroja el cadáver en algún profundo ventisquero que halla al paso.

“Muy bien, muy bien —dijo el interlocutor imaginario de Strangeways—. Es usted maravilloso. Pero si Bogan mató a Andrés mientras dormía, ¿por qué estaba el cuarto de Andrés como si una docena de luchadores hubieran reñido allí un combate?”.

“Eso es muy sencillo —repuso Nigel—. Bogan puso el cuarto patas arriba para asegurarse de que Andrés no había dejado escrita ninguna prueba condenatoria contra él”.

“¿Qué cosa más rara! Bogan remueve el cielo y la tierra para destruir cualquier prueba posible de su primer crimen, y luego huye de tal manera que naturalmente han de hacerlo reo de otro”.

“Pero él nunca pensó que nosotros razonaríamos así. Bogan supuso que nosotros creeríamos que él y Andrés huyeron juntos y bien vivos”.

“¿Admitiendo, por consiguiente, que ambos eran cómplices del primer crimen?”.

“¡Oh, no sea tan exigente!”.

Strangeways le dirigió a su abogado del diablo una pregunta, con tal violencia, que el criado encargado de la caldera, al pasar por debajo de la terraza, se paró en seco y preguntó si el señor deseaba algo.

—Sí, quiero —contestó Nigel—. Sólo quiero una pista inconfundible. No es mucho pedir. Pero nadie me la da.

El viejo criado meneó la cabeza con simpatía y se dispuso a continuar su camino,

encorvado bajo el peso de un costal. En ese preciso instante apareció Juanito por la esquina del edificio con su escopeta de aire comprimido.

—¡Eh, Juan! ¿Se ha llevado usted mi pala del cuarto de la caldera? ¿La ha visto en alguna parte? —preguntó el viejo.

—No, no sé dónde está. Mira cómo le disparo a ese pájaro negro.

—¡Diantre! —murmuró el hombre—. Era una buena pala. No comprendo lo que está sucediendo aquí. Ponen al señor Robins detrás de la caldera y se llevan mi pala. ¡Maldito sea Hitler!

Nigel miró afectuosamente las espaldas encorvadas del viejo. Su oración había sido oída. Mas tenía que asegurarse primero de la desaparición de la pala.



CAPÍTULO XX

*Ni en la tierra ni en el cielo
podíamos convivir mi mortal enemigo y yo.*

SOUTHEY

—Y BIEN, Strangeways, esta vez metió usted la pata. Ya le dije yo que su plan era descabellado, y tuve razón. Dos de nuestros cuatro sospechosos han huido y no tenemos ni rastro de ellos.

Blount estaba de un humor de perros. Por detrás de los lentes de armazón de oro, sus ojos miraban a Nigel con la dureza de una piedra.

—Yo no diría que no tenemos ni rastro de ellos. Les hemos seguido la pista y los encontraremos bien pronto. En estos tiempos es sumamente difícil salir del país. Supongo que habrá transmitido sus descripciones.

—¡Eso es! Venga más trabajo para mí. La semana que viene recibiremos cartas de todo el país de gente que declara haber visto a un hombre con barbas. Si sabré yo...

—Eso le impedirá pensar en la guerra. De todos modos, para eso le pagan, ¿no es cierto?

—Hay momentos en que me gustaría que lo envenenasen. Que lo quitaran de en medio bien suavemente.

—Bueno, si éstos son sus sentimientos me negaré a cooperar. Me abstendré de decirle dónde ha de buscar el cuerpo de Andrés Restorick.

—¿Es esto una confesión? ¿Quiere que llame a una taquígrafa? —preguntó Blount agriamente poniéndose a jugar con su estilográfica de oro—. ¿Ha dicho usted el cuerpo de Andrés Restorick?

—Sí, el cuerpo.

—¡Hum! ¿Pues dónde está?

—Sepultado en un ventisquero.

—Muy bien... eso ayuda muchísimo. ¿En qué ventisquero? No sé si habrá notado que hay más de uno en la región.

—No sea impertinente. Falta una pala del cuarto de la caldera de la casa. El encargado jura y perjura que la usó ayer por la tarde. A Robins lo escondieron en el cuarto de la caldera. Justo antes de perder el sentido rozó la barba de su asaltante.

Sólo existe una forma para reconstruir eso. Bogan mató a Andrés y se llevó la pala para poder enterrar el cadáver. Pero como el suelo está muy helado no podría cavar una fosa apropiada y se sirvió de la pala para hacer un hoyo en un ventisquero. La nieve que estaba cayendo le ayudaría a igualar el sitio en que trabajó. No amaré más la nieve desde que Mauricio murió...

—Bien puede ser así, pero eso no nos acerca más al cuerpo.

—Tendrá usted que esperar hasta que se encuentre el coche en que huyó. Si en él hay sangre, cabellos, o cualquier otra cosa, usted sabrá que Bogan enterró a Andrés por estas tierras. Los agentes que van siguiendo las rodadas le darán alguna idea de la dirección que tomó.

—No me extrañaría nada encontrar cabellos de Andrés en el coche, puesto que es el suyo —repuso Blount.

—Bueno, todo no lo va usted a tener a mano. Yo sólo procuro serle útil, aunque sea un modesto ex alumno de Oxford.

—Entonces quizás podrá decirme por qué mató Bogan a Andrés.

—Con mucho gusto. Porque la fingida detención de Guillermo Dykes hizo que Andrés se peleara con Bogan.

—Si Andrés tenía, en realidad, alguna prueba contra él, y quería poner en libertad a Dykes, ¿por qué demonios no se lo dijo a la policía?

—Aún no lo sé. Me está preocupando eso, y cómo se las arregló Bogan para echar una droga soporífera en la ovaltina. Le he preguntado a Eunice y a los Restorick, pero ninguno de ellos observó ningún tejemaneje por su parte.

Blount sacó de su bolsillo un aparatito complicado y se puso a liar un cigarrillo. Cuando lo hubo encendido y se hubo sacado algunas chispitas de tabaco de la lengua, dijo:

—Lo de la droga soporífera es un punto interesante. Convengo en que sólo se haya podido administrar por medio de la ovaltina. Y la única persona que pudo haber adulterado cómodamente la bebida o el azúcar fué la señora de Restorick.

—Ya, ya.

—De modo que con esa base se puede construir una teoría. Los Restorick fracasaron en su primer intento de asesinar a Andrés. Aprovechan la oportunidad de la nueva reunión de todos para intentarlo otra vez. Claro que las sospechas tienen que dirigirlas hacia otra parte. Por eso matan a Bogan y Andrés, llevan sus cuerpos al automóvil (la cochera la cerraron anoche después que guardaron el coche de Bogan, así es que no sé cómo el doctor pudo abrirla)... ¿Dónde estaba yo?... ¡Ah, sí! Hereward se lleva los cadáveres, cava una fosa para ambos, abandona el coche y vuelve a su casa a pie, mientras que la señora de Restorick pone patas arriba el cuarto de Andrés para dar la impresión de que allí aconteció una lucha. Ella y su marido han removido y escondido ya lo perteneciente al doctor Bogan, para hacer creer que Bogan ha desaparecido por su propia voluntad. Ahora los Restorick heredarán el dinero de Andrés, junto con el de Isabel.

Nigel miró con expresión de asombro a Blount.

—Yo creo —dijo por fin—, yo creo que usted está queriendo tomarme el pelo. El inspector Blount bromea. ¿He oído un disco de gramófono? Bien, bien, bien. Cosa rara, esta bromita suya ha hecho sonar la campana. Usted me ha traído a la cabeza una serie de pensamientos muy interesantes.

Dirigiéndose apresuradamente a la parte posterior de la casa, Nigel encontró al chófer recostado indolentemente contra el Daimler de Restorick. Unas cuantas preguntas revelaron que la cochera tenía tres llaves. Una de ellas la guardaba el chófer, y aseguró que la tenía en el bolsillo desde la noche anterior. La segunda la guardaba el señor Restorick, y la tercera solía quedar colgada de un clavo detrás de la puerta posterior de la casa. Nigel le pidió al hombre que le enseñara el clavo. Entraron.

—¡Qué gracioso! —dijo el chófer—. La llave no está.

—¿No le pidió Andrés su llave cuando fué a guardar anoche el auto del doctor Bogan?

—No, señor.

Nigel buscó a Hereward y le hizo las mismas preguntas. La respuesta fué “no”. Luego, entonces, Andrés tuvo que usar la tercera llave.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene a este chófer?

—¿Eh? Hace tres años. Un hombre de toda confianza. Supongo que no empezará a sospechar de él —repuso Hereward.

Nigel no tuvo tiempo de replicar, porque llamaron a la puerta del gabinete de trabajo y Blount entró.

—Pensé que debería usted de saberlo, señor Restorick. Acaban de encontrar el coche de su hermano abandonado a unos cinco kilómetros de aquí, en la carretera de Chichester.

—Entonces no deben de haber ido muy lejos. No puedo comprender nada de este asunto.

—Han metido el auto en un ventisquero —dijo Blount mirando muy atentamente a Restorick.

—¿Qué? ¿Lo han metido? ¿Quiere usted decir que lo hicieron adrede?

—Puede ser que sí y puede ser un accidente.

—Muy posible que fuese esto último si era Bogan quien guiaba, porque es un pésimo conductor. Siempre tenían que ser Howells o Andrés quienes sacaran o metieran su automóvil en la cochera. Claro que es algo difícil maniobrar en ese patio. Yo tendría que hacerlo ensanchar.

—Bueno, llevaremos el auto a Chichester y lo examinaremos allí. Pueda ser que nos revele algo.

—¿Estaba... esto... vacío cuando lo encontraron?

—Sí. No había maletas ni nada.

—¿Va usted a Chichester ahora? —preguntó Hereward tirándose de los bigotes y

mirando a Blount—. Lo llevo, si quiere.

—Es usted muy amable.

Sentado junto a Hereward en el asiento delantero del Daimler, Nigel iba reflexionando mientras avanzaban con cautela por los tortuosos caminos de gruesa capa de nieve que hacían chirriar las cadenas que habían puesto a las ruedas. Suponiendo que el pequeño *jeu d'esprit* de Blount resultara ser una correcta interpretación de los hechos, el coche de Andrés abandonado a sólo cinco kilómetros de Easterham hubiera sido para Hereward un paseíto de vuelta a la casa, si él fué quien... Mirando de soslayo a la tiesa y correcta figura sentada junto a él, envuelta en un abrigo de paño, Nigel procuraba figurarse a Hereward conduciendo a un par de cadáveres a través de la ventisca en las primeras horas de la mañana.

—¡Qué camino difícil es éste para andar en la oscuridad, con las presentes restricciones de luz! —observó Hereward.

—Sí, no me extraña que Bogan volcase. Lo que me sorprende es que llegara hasta aquí.

Los ojos de Hereward estaban excitados; su frente, arrugada por un duro entrecejo. “Bueno —pensó Nigel—, esto no quiere decir nada. Puede que sea el resplandor de la nieve, añadido al efecto de una excesiva dosis de droga soporífera, o quizás lo haga a propósito. Tal vez Hereward tomara la droga soporífera después de volver anoche de una pequeña excursión con dos cadáveres”.

—¿No tenía chófer? —preguntó Nigel.

—Creo que sí. Aunque nunca lo trajo aquí. ¿Sabe lo que me está preocupando? —continuó diciendo Hereward sobreponiéndose a un patinazo del coche, que le revolvió el estómago a Nigel—. El preguntarme usted sobre las llaves de la cochera me ha hecho pensar cómo pudo abrirla Bogan.

—Probablemente usaría la tercera llave. La misma que usó Andrés para cerrar la puerta.

—¡Ahí está la cuestión! Él nunca sacó ni guardó su coche mientras estuvo con nosotros. ¿Cómo podía saber dónde se guardaba esa llave?

—Si él proyectó una huida para anoche, ya se las arreglaría para averiguarlo —repuso Nigel con negligencia, pues ya no estaba pensando en las llaves, sino en por qué Hereward acababa de hacer patinar el coche, si no había sido al sobresaltarse involuntariamente por su pregunta sobre el chófer. ¿Pero por qué había de alarmarse Hereward al preguntarle si Bogan tenía mecánico?

Tan fantástica como las formas que tenía la nieve sobre los sauces que ahora iban atravesando, fué tomando cuerpo en su cabeza una idea. Suponiendo que al doctor Bogan lo trajese a Easterham su chófer, si Bogan era la víctima principal en los acontecimientos de la noche pasada, el criminal tendría que quitar de en medio al chófer. Andrés guardó el auto de Bogan, ¿no dispondría también del chófer? ¿Eran cómplices él y Hereward? Una vez más cambió el modelo de las *dramatis personae*. No, no era posible. Existían muchísimas objeciones. La investigación más superficial

bastaría para revelar que el chófer también llegó a Easterham con su señor, y entonces, ¿qué había sido de Hereward y de Andrés?

Llegaron a una curva del camino donde un agente ordenaba marchar con moderación. Precisamente en plena curva había un coche bien metido en un ventisquero, al margen del camino. Era el automóvil de Andrés Restorick. El sargento y el agente que lo custodiaban saludaron a Blount.

—No cabe mucha duda —dijo Blount tras una breve inspección—. Miren cuánto se adentró en el ventisquero. Aquí lo han metido, accidentalmente o adrede, antes de abandonarlo.

“Y un criminal que huye —pensó Nigel— no lo haría a propósito; sobre todo teniendo aún por delante varios kilómetros antes de llegar a la primera estación ferroviaria”.

A una orden de Blount la policía y los hombres del coche de auxilio empezaron a retirar la nieve del vehículo. Luego lo remolcarían a Chichester, donde los peritos trabajarían en él.

Mientras tanto, los hombres que Phillips pudo ofrecer estaban explorando con palos, estacas y palas todos los ventisqueros vecinos, trabajando en forma de semicírculo desde el coche atascado en dirección a su procedencia. Lo encontrarían pronto, a menos que el conductor hubiese dado un gran rodeo para enterrar el cuerpo, o se lo hubiera llevado bien lejos de la zona, carrera que la oscuridad y su deseo natural de apresurarse hacían improbable.

Tirándose de los bigotes, Hereward miraba estúpidamente el coche abandonado. Parecía víctima de una extraña desesperación, como si fuese su propio coche el que estaba atascado allí, sin tener a nadie que le ayudase para salir del atolladero.

—No se preocupe demasiado, señor Restorick —dijo Blount—. Aún no hemos llegado al fondo de todo esto. Puede que haya otra explicación. ¿Nos vamos ya?

Cuando llegaron al puesto de policía nuevas noticias esperaban a Blount. Los hombres de Phillips habían estado haciendo averiguaciones en las estaciones de ferrocarril cercanas. Nadie que respondiese a las descripciones de Bogan o Andrés había tomado el tren en las primeras horas de la mañana. Pero de Scotland Yard acababan de llamar por teléfono. Un revisor de billetes de la línea terminal de Londres, a quien interrogó un hombre del Departamento de Investigaciones, había recordado, por la descripción del doctor Bogan, a un pasajero que salió del tren de las cinco y veinte. Un hombre barbudo, de color cetrino, cargado de espaldas. Él se fijó particularmente en este pasajero porque pagó su billete en la taquilla de salida, diciendo que no tuvo tiempo de comprar uno en Chichester. En ese tren hubo pocos viajeros, y el revisor de billetes, al hacerle una descripción de Andrés Restorick, estaba dispuesto a jurar que ése no era uno de ellos.

Blount le dirigió a Strangeways una mirada significativa al dirigirse al teléfono.

—Eso no es absolutamente necesario —repuso Nigel más bien por terquedad que por convicción—. Andrés pudo haberse bajado en otra estación. También pudo no

haber tomado ningún tren. Si ambos eran cómplices, lo último que hubieran hecho sería marcharse juntos a Londres.

—No, no estamos de acuerdo. La interpretación evidente es la buena. Bogan mató a Andrés Restorick, y no se escapará con él esta vez.

Blount marcó el número de New Scotland Yard e impartió sus órdenes. Había que intensificar la búsqueda del doctor Dionisio Bogan. Todo puerto y frontera debería ser bien vigilado. Ahora sólo era cuestión de tiempo...

Mas pasó un día, otro día, una semana... y aún no se había descubierto ni rastro del viviente doctor Bogan o del muerto Andrés Restorick. Ambos habían desaparecido tan perfectamente como si se hubieran derretido en la nieve que cubría todo el condado.



CAPÍTULO XXI

*Amada mía, nuestros corazones nacieron
para ser los genuinos gemelos del Amor, y
laten al unisono.*

THOMAS MOORE

NIGEL era sumamente sensible al tiempo. Más adelante declaró que el frío intensísimo de aquellos dos meses de invierno había impedido que su cerebro funcionara bien. Aun cuando grandes segmentos de la verdad dieron contra su cara, no causaron impresión en su inteligencia aterida. Sea cual fuere el crédito que uno le dé a esto, no cabe duda de que la solución que más tarde le dió al caso Restorick tuvo su origen una tarde, diez días después de la desaparición de Bogan y Andrés, cuando el inspector Phillips dijo con ese gesto propio del campesino elevando los ojos al cielo:

—Vamos a tener pronto un cambio de tiempo, señor Strangeways.

Una porción de imágenes cruzaron como relámpagos por la mente de Nigel. Su primera llegada a Easterham. La Dower House delicadamente cubierta de nieve. El cabello blanco de Clarisa Cavendish peinado en alto sobre su rostro bien pintado. Guillermo Dykes paseando con él por el pequeño soto de abedules. Andrés modelando el muñeco de nieve, mientras que Eunice Ainsley se las daba de graciosa. Juanito Restorick corriendo por el jardín con su escopeta de aire comprimido. Hereward mirando por la ventana, como abstraído, el insípido panorama del campo blanco y volviéndose para protestar por una falsa nota que Priscila había dado en el piano. Carlota, calzadas las galochas, con un canasto al brazo, dispuesta a emprender el camino del pueblo para hacer el papel de Doña Generosa. El doctor Bogan sacudiéndose la nieve del cuello cuando entró en el vestíbulo en su última visita. Había caído nieve, nieve sobre nieve, y seguía cayendo nieve y más nieve. Había cubierto todo el caso, amontonándose en todos sus rincones, y no solamente nieve, sino “hielo”. Durante la última semana —si es que habían hecho algo más— las investigaciones de Blount revelaron toda la depravación del carácter del doctor Bogan. Ahora no cabía duda de que Bogan estuvo durante años enteros —y con una sutileza y oportunismo criminal que parecían geniales— aprovechando su posición profesional como un manto encubridor de su reparto de cocaína y de su chantaje. Los

agentes del Departamento de Investigaciones Criminales cayeron por fin sobre sus distribuidores y la fuente de sus reservas. Blount, entrevistándose con cada una de la gran lista de enfermas de Bogan, había descubierto los pormenores de los métodos que éste empleaba. Quizás lo más formidable de Bogan era su olfato para escoger a las víctimas adecuadas. Una gran porción de sus curaciones fueron verdaderas, y fué tan grande el promedio que nunca se pudo sospechar de él en ese sentido. Pero aun en estos casos, los detalles íntimos que le revelaban a Bogan durante el curso del tratamiento le servían luego como arma para su chantaje. La mujer con quien se entrevistó la amiga de Eunice sólo era uno de los diversos agentes que Bogan tenía trabajando en ese ramo de su fraude. Sus víctimas de las drogas —las curaciones “sin éxito”— las escogía con suma habilidad. Era siempre gente que temía muchísimo que se conociera su vicio; por lo general eran jóvenes, hijas de padres ricos.

Pero el aspecto más siniestro de las actividades de Bogan era su proterva malicia. Sus honorarios habituales por su atención profesional eran lo bastante grandes como para convertirlo en hombre rico, sin necesidad de recurrir a medios ilegales para aumentar su fortuna. Blount puso de manifiesto que Bogan respondía verdaderamente a la descripción que Andrés hizo de la persona que se complacía en el mal por puro placer. No era ni la riqueza ni la posición lo que le atraía; sino la horrible satisfacción de destrozarse el alma y el cuerpo de la gente. Detrás de aquella opaca personalidad, de aquellos modales distinguidos y moderados, había una terrible apetencia de poder, un genio tan pervertido que sólo podía encontrar tal apetencia en la corrupción.

“De modo que —pensó Nigel— volvemos a Isabel Restorick, a ese cuerpo desnudo colgado en el cuarto aromatizado con madera de sándalo, deslumbrando la vista, el cuerpo de una mujer que fué lasciva, errática, vanidosa, desvergonzada; pero siempre generosa y valiente”. Las grandes conversaciones que iba teniendo con la señorita Cavendish lo decían bien claramente. También le aseguraron de que hubiese lo que hubiere entre Isabel y Bogan, nunca pudo ser el chantaje; éste no podía amedrentar a una mujer que no tenía ni un ápice de reputación que perder, y que nunca huyó de nada en esta vida.

—No tardaremos en encontrarlo una vez que empiece el deshielo —dijo Phillips.

—Sí. Pero es raro. Sus hombres han estado buscando días enteros. Bogan ha debido de encontrar un sitio extraordinariamente ingenioso para esconder el cuerpo. Supongo que se ha probado definitivamente que no pudo enterrarlo muy lejos y luego atascar el automóvil cerca de Easterham, para despistarnos.

—¡Oh, sí, señor! De eso no cabe duda. No tuvo tiempo de obrar así. Al agente local la atacaron exactamente después de la una. Recuerde que el cocinero afirmó haber oído sacar un automóvil de la cochera a las dos menos cuarto. Serían por lo menos la una y cincuenta minutos cuando llegó a la curva donde el coche se metió en el ventisquero. Chichester, la estación ferroviaria más cercana de ese punto, queda a unos once kilómetros. Por lo tanto, necesitaría dos horas de marcha a través de la espesa capa de nieve. Las tres y cincuenta minutos. Y el tren en que llegó él a

Londres salió de Chichester a las cuatro y cinco minutos. Eso le da sólo un máximo de quince minutos para enterrar el cuerpo. No pudo acarrearlo muy lejos de la carretera entre Easterham y la estación.

—Donde hay un gran lapso es entre el dejar sin conocimiento al agente local y la partida en el auto de Andrés.

—Ya hemos indagado todo eso, señor. Bogan, en ese intervalo, tenía que matar al señor Restorick, y registrar su cuarto. Usted mismo vió cuán minuciosamente lo registraron.

—Sí, es verdad.

Hubo otro largo silencio entre ellos. Estaban bebiendo en la cantina del pueblo. No eran más que las seis y media y en el pequeño bar no había más parroquianos que ellos dos.

"Sí, todo eso es muy razonable —decíase Nigel para sus adentros—. ¿Pero por qué había de huir Bogan? Probablemente, porque no encontró en el cuarto de Andrés pruebas contra él. Es casi seguro que Andrés le dijo que tales pruebas existían, y él supuso que Andrés las guardaba en algún lugar seguro, donde se encontrarían si a él llegaba a sucederle algo. Ni el banco, ni sus abogados, ni su casa de Londres revelaron nada semejante.

"La policía opinaba que Bogan había encontrado en el cuarto de Andrés dichas pruebas y que las había sacado de allí. Muy bien. Pero de ser así, ¿por qué hacerse reo del asesinato de Andrés, huir y llevarse el cadáver consigo? Bogan tuvo varias horas a su disposición para poder hacerlo pasar como un suicidio. La policía dijo que había obrado porque se puso nervioso. Mas Bogan era una criatura vil y no se ponía nervioso. Ni siquiera durante su almuerzo conmigo, en el restaurante de Londres, cuando tuvo que comprender que la policía estaba indagando su vida profesional y que podía descubrir las iniquidades que ocultaba, ni siquiera entonces dió muestras de alterarse".

A buen seguro que a semejanza de otros grandes criminales poseía una seguridad exagerada de su propia infalibilidad. Pero esto no debilitó el argumento de Nigel. Bogan no era un hombre que se pusiese nervioso. No había huido después de matar a Isabel Restorick, antes al contrario, su actitud fué casi intachable.

"¿Entonces por qué mató a Andrés? No porque Andrés tuviera alguna prueba de sus actividades con las drogas y su chantaje: la policía iba a descubrir eso tarde o temprano. No. Tuvo que ser porque Andrés podía demostrar su culpabilidad en el crimen de Isabel. ¿Por qué se lo calló Andrés tanto tiempo? ¿Estaban jugando al ratón y al gato? ¿Una venganza?

"!Venganza! —Ahora se estaba enardeciendo la mente de Nigel. Si Bogan mató a Andrés sólo para suprimir su conocimiento del crimen de Isabel, creyendo que lo que Andrés sabía moriría con él, entonces no hubiese huido. Pero si él sabía que el juego continuaba y estaba seguro de que era Andrés quien lo había derrotado, entonces sí desaparecería después de matarlo. Esta teoría concuerda muy bien con la idea de que

Bogan esperó a que la invitación de volver a Easterham le suministrara la oportunidad de cometer el crimen y esperar luego. En Londres, como todos los sospechosos estaban estrechamente vigilados, hubiera tenido menos facilidades para escapar”.

Pero con todo, aún quedaban algunos obstáculos difíciles.

“¿Cómo pudo poner Bogan los polvos soporíferos en la ovaltina, o en el azucarero? ¿Por qué tardó tanto en abandonar la casa, si el crimen fué pura venganza, y no tenía necesidad de buscar en el cuarto de Andrés las pruebas condenatorias contra él? No pudo haber una lucha, porque Andrés estaría bajo los efectos de la droga como los otros. Y si Bogan fracasó al administrar la droga a Andrés y hubo una lucha, ¿cómo es que la sirvienta no oyó nada?”.

Nigel gruñó en tono alto. El inspector lo miró con simpatía por encima de su vaso de cerveza.

—¿Se siente mal?

—Me siento como... como un prestidigitador que después de haberse amarrado con setenta nudos olvida cómo deshacerlos.

Se levantaron para marcharse. Fuera, en la calle del pueblo, Phillips repitió que el tiempo iba a cambiar. Nigel no podía decir que observase ninguna alteración en aquella blancura al parecer sempiterna, pero en la boca del estómago se le produjo cierta excitación, una especie de barrunto, como el de un poeta en quien empieza a germinar un poema.

Despidiéndose del inspector, se fué a pie a la Dower House, donde estaba de huésped desde la desaparición de Andrés Restorick. Terminada la comida, le rogó a Clarisa Cavendish que le hablase una vez más de Isabel y de Andrés. Clarisa y Nigel se habían hecho muy amigos en esta última semana. Las largas conversaciones en el exquisito gabinete de Clarisa los unieron mucho, porque la señorita Cavendish fué revelándole con toda plenitud su gran amor por los hijos de Restorick. Mediante sus vidas, desastrosas y corruptas, se sublimó la tragedia de la suya. Ella no violó nunca sus secretos o se aprovechó de su intimidad. Ellos siempre fueron los hijos de “sus sueños” sin conocer el amor que Clarisa le había tenido a su padre. Pero durante toda su infancia, y durante sus visitas a Easterham cuando ya habían crecido, ella los estudió con la preocupación apasionada de una madre y el desinterés de una inteligencia perspicaz.

Sentada muy derecha en su silla de alto respaldo, con las manos descansando sobre su bastón de marfil, Clarisa volvió a hablar otra vez de su tema favorito.

—¡Pobre Isabel! Nació doscientos años demasiado tarde. En mis tiempos — Clarisa Cavendish levantó un dedo desaprobador sonriendo tristemente—, en los días que me gusta llamar los míos, su vitalidad se hubiera reconocido. Los libros de historia dicen que nosotros tildábamos de odioso el entusiasmo. Pero, por lo menos, no nos avergonzábamos de nuestros sentimientos. El amor nos hacía desvanecernos. Concedíamos a las penas su buena medida de lágrimas, y a la muerte un epitafio

elegante. Cuando bebíamos acabábamos debajo de la mesa, no en el confesionario o en la botica. Isabel hubiera podido ser la amante de un rey. Recordará, sin duda alguna, esa anécdota sobre la duquesa de Marlborough. —Los brillantes ojos negros de Clarisa le dirigieron a Nigel una mirada maliciosa—. “Hoy regresó el duque de la guerra y me zarandeó dos veces sobre sus botas de campaña”. Yo encuentro esa conducta muy agradable, y la creo muy fuera del alcance de los personajes públicos de nuestros tiempos. Me parece que podríamos decir que tal impulso heroico pertenece al pasado. Los hombres, digámoslo en lenguaje vulgar, ya no son hombres.

—¿Por qué se inclinaría Isabel por Guillermo Dykes?

—Una observación muy sagaz, mi querido Nigel. La educación de Dykes deja mucho que desear, pero por lo menos tiene la virilidad de la clase a que pertenece. Yo me figuro que él no trata a la mujer ni como un ángel, ni como un dictador, ni como un cerdo. Mientras más veo a Hereward y a Carlota más me inclino a creer que el descubrimiento del Nuevo Mundo ha alterado la balanza del Antiguo. Una mujer puede querer que su marido sea para ella un simple compañero para dormir, en un asunto dirigido por ella; pero eso es contranatural y bien pronto ella misma descubrirá que es así. Guillermo Dykes hubiera sido capaz de apalea a Isabel, y ella hubiese preferido eso a todos los demás amigos suyos que se comportaban como alfombras. Protesto contra este moderno trato que se le da a la mujer porque es horriblemente inmoral. Un hombre de carácter firme era lo que Isabel necesitaba, un hombre que resistiera y dirigiera la exuberancia de ella.

—¿Y cree usted que Andrés también era un anacronismo?

Clarisa miró tristemente cómo chisporroteaba el fuego. Las lágrimas se agolparon a sus ojos.

—Andrés era la verdadera tragedia. Isabel vivió por lo menos cierta clase de vida, aunque fuera un florecimiento estéril. La de Andrés nunca empezó. Puede usted decir que lo poseía todo: encanto, dinero, comodidad, inteligencia: pero con todo eso, era estéril, completamente estéril. No crea que exagero. Desde que le sucedió a Isabel aquello en los Estados Unidos, ha sido un hombre impulsado por las Furias.

—¿Quiere usted decir, pues, que nunca se perdonó el haber abandonado a su hermana en aquella ocasión?

—Eso, y más. Considere la impresión que el escándalo de Isabel tuvo que dejar en un joven que nunca había conocido lo que era el verdadero mal. Andrés, tengo que reconocerle a mi favorito algunos defectos, era un gran pedante. Por lo cual quiero decir que sus ideales (y éstos eran muy elevados) fueron heredados, no extraídos de la experiencia. Pero incluso eso significaba menos que el hecho de la extraordinaria identidad de ambos hermanos. Como ya lo he dicho, Isabel y Andrés eran como mellizos. Recuerdo que siendo niños, cuando Isabel sufría de noche alguna pesadilla, Andrés acostumbraba ir a su cuarto a serenarla. Una vez me dijo él que a menudo adivinaba cuándo Isabel había tenido una pesadilla, porque solía despertarse con todas las sensaciones de haber tenido él mismo otra. De modo que ya ve usted,

cuando Isabel sufrió aquella terrible agonía de la primera experiencia en los Estados Unidos, estoy segura de que Andrés la sintió más profundamente, más física y directamente, diría, que cualquier hermano cariñoso.

—¿Diría usted que su juicio quedó afectado por ello?

—¿Su juicio? Ésa es una palabra muy elástica. El juicio, lo mismo que otras cualidades, está en el ojo y en los prejuicios del espectador. Usted mismo, por ejemplo, cuando vino aquí por primera vez creyó que yo estaba trastornada, ¿no es cierto?

Nigel hizo una mueca.

—Como la justicia con su balanza —replicó él—. Yo me abstuve de juzgar.

—Ya, ya. ¡Es usted un mal prevaricador! —dijo la anciana, muy divertida—. No, no estoy hablando de juicio. Digamos que lo que le ocurrió a Isabel fué para él como el estupor de su propia inocencia. Ésa es una herida de la que el corazón nunca sana. Tampoco tenía él la fuerza de resistencia que hubiera fortalecido a una naturaleza más vulgar. Desde ese día, toda su vida —la voz de Clarisa decayó hasta convertirse en un murmullo— ha sido una penitencia por el pecado que, por Isabel, cometieron contra él. Andrés fué como un hombre que recorre impotente la vida.

Nigel sintió un pequeño escalofrío al captar el gran significado que la frágil voz de Clarisa le dió a estas palabras. Sus ojos brillaban como zarzamoras con los resplandores del fuego. Las manos, cruzadas sobre el bastón de marfil, presentaban singular placidez.

—Recuerdo que una vez, cuando Isabel tenía diez años... —empezó a contar de nuevo.

Acostado en su cama una hora después, Nigel encendió un cigarrillo e hizo un gran esfuerzo por arrojar de su mente las teorías y perplejidades que se formaran en torno a la muerte de Isabel Restorick, semejantes a la valla de espinas que circundaba a la Bella Durmiente. Poco a poco se alejaron. Una confusión de imágenes ocupó su lugar, y entre ellas —avanzando hacia adelante con la seguridad de un conductor— algo que Clarisa Cavendish le dijo aquella tarde se puso al frente de todas. Como por su propia voluntad, mientras que él estaba acostado, pensando, reclamó silencio, hizo una señal a los instrumentos y empezó. Todo ocupó su lugar; cada imagen emitió un verdadero sonido en aquella sinfonía, respondiendo a su dirección y contribuyendo al tema inevitable que se había compuesto. El cigarrillo encendido le quemó los labios. Distráido, lo apagó y encendió otro. Pudo haber sido un cigarrillo de mariguana, para lo que él sabía y lo gustaba...

A la mañana siguiente le despertó el ruido del agua. El agua goteaba en las canaletas, fluía de los aleros, cantando por todas partes. Phillips tuvo razón. El tiempo había cambiado.

Inmediatamente después de desayunar, Nigel emprendió el camino de Easterham Manor chapoteando al cruzar por la nieve que se derretía. Habló con Hereward Restorick; se entrevistó con los criados; bromeó un rato con los niños y registró el

armario de los disfraces. Después del mediodía se fué a Londres a ver al inspector jefe Blount.

—Parece usted satisfechísimo consigo mismo. ¿Solucionó ya el caso?

—Sí. En realidad lo he solucionado hasta cierto punto. Aunque no me jacto de ello. Fué una cosa que se me ocurrió anoche.

—Estoy sumamente ocupado ahora, Strangeways.

—Muy bien. No crea que le hablo en broma. Esta mañana estuve hablando con Juanito Restorick. El niño ha tenido siempre la clave del problema, sin saberlo.

Deliberadamente, el inspector apartó los papeles de su mesa, frotó sus lentes como para ver mejor a Nigel y preguntó en son de burla:

—¿A quién tengo que detener?

Nigel nombró a una persona. Las plácidas facciones de Blount se violentaron de repente. Sus lentes oscilaron.

—¿Pero qué está usted diciendo, muchacho? Eso es imposible. Ya hemos...

Sentado sobre un borde de la mesa de Blount, Nigel empezó a hablar.



CAPÍTULO XXII

*Si alguna vez le puedo apretar la cintura
he de saciar mi antiguo odio hacia él.*

SHAKESPEARE

A LA MAÑANA siguiente, al dirigirse Nigel hacia Easterham Manor acompañado de Guillermo Dykes y de la señorita Cavendish, podían oír las notas del piano que se confundían con la música del agua de la nieve. Dos veces ejecutaron una frase musical con bastante dificultad, luego hubo una pausa y volvió a oírse la misma frase interpretada a la perfección.

—Hereward le está dando a Priscila su clase de piano —dijo Clarisa.

—Toca muy bien, ¿no es cierto? —preguntó Dykes—. Resulta gracioso cuando uno reflexiona sobre ello.

—¿No nos permitiría usted ningún cumplido?

Dykes no contestó. Mirando a la fachada de la casa, al alto tejado puntiagudo de donde la nieve se había desprendido formando carámbanos, dijo:

—Nunca pensé regresar a esta casa, y espero no volver a verla jamás. Está maldita.

Pocos minutos después los recién llegados de la Dower House estaban sentados en el salón con los Restorick y la señorita Ainsley. La lección de música de Priscila quedó interrumpida.

Nigel los miró a todos. Los dedos de Hereward tocaban inconscientemente una frase musical sobre el brazo de su butaca. Carlota se había olvidado de quitarse las galochas cuando entró del jardín, y la nieve adherida se derretía sobre la alfombra. Eunice miraba a Nigel con cierto aire retador. Dykes jugueteaba con un botón de su chaleco. Solamente Clarisa Cavendish, con la delicada y brillante cabeza semejante a un pequeño camafeo sobre la abultada ropa en que se había envuelto, parecía estar perfectamente tranquila.

Nigel fué a ponerse de espaldas a las puertas de cristales que daba sobre la terraza.

—De cualquier manera —dijo él—, a todos ustedes les interesa lo que ha sucedido en esta casa. Por eso pensé que sería muy justo que todos oyeran la

explicación. Es difícil saber por dónde empezar.

Hizo una pausa. Había en él una penosa violencia reflejada en sus propias palabras.

—Les diré en primer lugar cómo descubrí la verdad. Me la dijo Juanito.

La mano de Carlota hizo un movimiento hacia los labios, instantáneamente dominado.

—No se preocupe, señora. Él no sabía el significado de aquello y no es necesario que lo sepa. Hablé con él ayer por la mañana. Por diversas razones que les diré, supuse que él podría decirme algo de vital importancia, y lo hizo. Dijo que la noche en que Isabel murió, su espíritu entró en su cuarto.

—¿Su espíritu? —dijo Clarisa Cavendish con impertinencia—. A buen seguro que no vamos a jugar con lo sobrenatural a estas alturas.

—No. Juanito supuso que era su espíritu, porque a la mañana siguiente oyó decir que su tía Isabel había muerto, y porque, nótenlo bien, “su cara estaba pálida como la muerte”. Éstas son sus propias palabras. Quiero que lo comprendan bien. A Juanito no se le ocurrió entonces que aquella visita pudiera ser Isabel en carne y hueso. Él no se asustó. Ella sólo entró en su cuarto, muy triste, se inclinó sobre su cama (él fingió estar dormido) y se marchó de nuevo. Ahora bien, lo natural que hubiera hecho un niño en ese caso hubiera sido hablarle. Le pregunté por qué no lo hizo. Él no me lo pudo explicar, pero tuve la impresión de que su aspecto lo asustó; ya saben ustedes cómo reaccionan los niños frente a un violento conflicto sentimental de un adulto: se encastillan en su silencio. Por eso fingió estar dormido.

—¿Pero por qué no le dijo el niño todo eso a la policía? No lo puedo comprender —repuso Hereward.

—Ellos le preguntaron si no había oído pasar a alguien por delante de su puerta aquella noche, y ya sabe usted qué inteligencias más literales tienen los niños. Él no había oído a nadie *pasar por delante* de su puerta. Además, como le digo, aquella visita nocturna era algo que naturalmente ocultaría. Yo nunca me lo hubiese figurado a no ser por algo que me dijo mi mujer. Los niños estaban hablándole a ella de fantasmas. Priscila había oído algo sobre el cuarto del obispo y el episodio de Scribbles. Pero a Georgia le pareció que Juanito, que se mostró muy reservado en el tema, no sabía nada de eso y que él tenía otro “fantasma” en su mente. Por eso, después de ciertas cosas que me dijo la señorita Cavendish la otra noche, me las arreglé para sonsacar al niño.

—¿Algo que yo le dije? —Los negros ojos de Clarisa miraron sobresaltados.

—Sí. Estábamos hablando de la simpatía existente entre Andrés e Isabel, como si fueran mellizos. Usted me dijo cómo, siendo niños, cuando Isabel tenía una pesadilla, Andrés solía despertarse e ir a su cuarto para tranquilizarla.

Una repentina exclamación se le escapó a Carlota.

—¿Sí? —preguntó Nigel animándola a hablar.

—Lo que sugiere usted es que la agonía de Isabel, cuando la mataron, se le

comunicó a Andrés y que él fué a su cuarto y la encontró... así.

—Pero, ¡diablos!, la puerta estaba cerrada —repuso Hereward con terquedad.

—Sí, la puerta estaba cerrada. Por lo menos a las once y media. Claro que Andrés nos dijo con bastante ingenuidad que él es muy diestro en abrir cerraduras. Prosiga, señora de Restorick.

Sus ojos perspicaces sostuvieron la mirada de Nigel.

—Desde un principio me había estado preocupando eso de que cuando encontramos a Isabel muerta aquella mañana, Andrés se mostrara tan fresco y competente. Él se encargó de todo. Entonces me pregunté cómo pudo comportarse así queriendo tanto a Isabel. Se hubiera creído que la impresión... (pero, desde luego, si él ya estuvo en su cuarto durante la noche y lo vió todo...), temí —prosiguió diciendo indecisa—, temí que fuese él quien... pero ahora ha explicado usted de otra forma por qué fué a su cuarto.

—Ha tocado usted una gran parte de la verdad, mas no toda. Yo hubiera debido darme cuenta mucho antes de ese punto raro de que Andrés dominaba la situación, pero...

—¿No toda la verdad? —exclamó Carlota con ojos suplicantes. Usted no querrá decir que Andrés...

Nigel había abierto la boca para contestar cuando todos se sobresaltaron al oír un grito arriba y unos pies que corrían escalera abajo.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba Juanito—. ¡Ven pronto! ¡Hay alguien dentro del muñeco de nieve!

—¡Maldición! —exclamó Nigel ruidosamente—. De manera que allí lo metieron. ¡Qué tonto soy! Delante de nuestras narices.

Hereward se puso en la puerta y ordenó a los niños que no salieran de la casa. Eunice Ainsley, con labios temblorosos murmuró:

—¡Dios mío! ¡Pobre Andrés! Y yo estaba allí cuando él hizo el muñeco. No puedo resistir más.

Nigel, desde la puerta, se volvió para decirle:

—No es Andrés quien está dentro del muñeco de nieve. Es el doctor Bogan...

Después de almorzar se volvieron a reunir todos en el salón. La policía vino y se llevó el cuerpo del doctor. El rostro del inicuo doctor, asomado por el hueco de la cara del muñeco, la barba sucia ocultando la soga alrededor del cuello, perseguía a Nigel.

—Sí —dijo éste—. Andrés mató a Bogan. Yo también debí saber dónde lo había escondido. El crimen fué planeado y estaba también decidido el depósito del cadáver. Por eso fué por lo que Andrés le trajo a Juanito una escopeta de aire comprimido. El muñeco de nieve estaba debajo de la ventana del cuarto de jugar de los niños. Juanito podía disparar a los pájaros desde esa ventana. Los pájaros estaban muy hambrientos durante la gran helada, y Andrés quería alejarlos de lo que había dentro del muñeco de nieve.

Carlota Restorick se estremeció. Su hermoso rostro se oscureció de terror.

—Andrés —murmuró—. ¿Por qué...?

—Andrés puso a Bogan dentro del muñeco de nieve para ganar tiempo, sencillamente. Quería salir del país, y fué lo bastante listo al arreglar las cosas de modo que nosotros pensáramos que era él a quien habían matado, y que concentráramos la búsqueda en Bogan.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe usted todo esto? —preguntó Dykes.

—Es una cosa que se me ha ido imponiendo gradualmente. ¡Tantas cosas se oponían a la hipótesis de que Bogan hubiese matado a Andrés! ¿Cómo pudo Bogan haber adulterado la ovaltina? ¿Por qué estaba el cuarto de Andrés tan desordenado?

Lo hizo Andrés mismo, desde luego, para arrojar más sospechas sobre Bogan. ¿Cómo pudo Bogan saber que la puerta de la cochera tenía una tercera llave, la que estaba colgada detrás de la puerta trasera de la casa? Usted mismo, señor Restorick, me dijo que él era mal conductor, y que siempre tenía que ir alguien a sacar o meter su automóvil en la cochera, porque maniobrar allí es difícil. Ayer interrogué a los criados. Ellos y el chófer afirmaron todos que Bogan jamás preguntó acerca de esa llave. ¿Cómo pudo abrir la puerta de la cochera, si las otras dos llaves las tenían usted y el chófer? Otra cosa. ¿En qué emplearía Bogan tanto tiempo desde que atacó al agente y sacó el coche?

—Pero Robins dijo que fué Bogan quien lo golpeó —repuso Hereward.

—No, no fué él. Robins rozó la barba de su asaltante. Esa barba, que, dicho sea de paso, falta del armario de los disfraces, es la que Andrés se puso cuando representaron las comedias y él hizo el papel del tío perverso. Una barba espesa, larga, que fácilmente pudo recortar para hacerla semejante a la de Bogan.

—De modo que Andrés pasó ese tiempo deshaciendo el muñeco de nieve y volviéndolo a hacer alrededor del hombre que había matado —dijo Eunice—. ¡Oh!, no puedo creerlo. No comprendo cómo tuvo valor para ello.

—Andrés era sumamente habilidoso con las manos. No le sería tan difícil hacer otro muñeco de nieve. Ya había empezado a nevar otra vez cuando Bogan llegó, y esa nueva nevada borraría las huellas que dejó alrededor del muñeco. Que Andrés pensara de antemano servirse del muñeco, no lo sé. La escopeta de Juanito sugiere que sí. Y aun cuando una nueva nevada no viniese en su ayuda, la nieve de todo ese pedazo estaba cubierta de huellas.

—No sé cómo no nos dimos cuenta de que el nuevo muñeco de nieve era más grande que el otro —dijo Carlota—. Porque debería ser mayor, ¿no es cierto?

—El muñeco de nieve llevaba tanto tiempo ahí que era una figura familiar. Incluso los niños se cansaron de jugar con él. Además la nueva nevada respondería por su aspecto más abultado y más deforme. Así que podemos reconstruir los movimientos de Andrés en aquella noche. Una vez puesta la droga en la ovaltina o en el azúcar para que nadie de los que duermen en el primer piso despierte, y desordenado su dormitorio, se coloca la barba; quita de en medio al agente local y lo

esconde en el cuarto de la caldera; entra en el dormitorio de Bogan y lo estrangula mientras duerme; recoge todos sus objetos, los mete en la maleta, deja el cadáver dentro del muñeco de nieve y se marcha.

—¿Por qué metió el coche dentro de aquel ventisquero? —interrumpió Hereward—. Andrés conducía bien. No me lo imagino haciendo eso.

—Aquello fué un nuevo golpe de astucia para hacer creer que Bogan era el fugitivo, porque Bogan era mal conductor. Bueno, lo siguiente que sabemos del prófugo es en la línea terminal de Londres. Andrés saca un billete. Y yo pregunto: ¿Si hubiera sido Bogan, creen ustedes que hubiera tratado de llamar tanto la atención? Bogan, no; Andrés, sí. Y con su barba, su rostro bronceado, que en una estación mal iluminada parecería cetrino, y fingiendo bien ser cargado de espaldas, podía responder a la descripción de Bogan que el revisor dió a la policía. Esto fué lo primero que me hizo pensar si alguien no había estado procurando hacerse pasar por Bogan.

—¿Opina usted que mi fingida detención obligó a Andrés a obrar? ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué había de impulsarlo a querer librarse de Bogan? —preguntó Dykes.

—Eso tiene una gran significación. Antes de matar a Bogan, Andrés tuvo que saber que su “detención” no era verdad.

—Pero yo creí que todo dependía de...

—Si a usted lo hubieran detenido de verdad, lo hubieran publicado los diarios a la mañana siguiente. El caso Restorick ha tenido mucha publicidad, a pesar de la guerra. ¿Leía Andrés los diarios?

—Por supuesto —dijo Carlota.

—La detención de Dykes no figuraba en los diarios. Por consiguiente, Andrés dedujo que no era cierta. Pero Andrés llevó adelante su plan de matar a Bogan. De modo que sus razones para hacerlo no tenían nada que ver con el deseo de salvar a un inocente del juicio. ¿Ven ustedes? Lo que nos ha equivocado continuamente ha sido nuestra suposición de que Andrés tenía pruebas contra Bogan por el asesinato de Isabel. En realidad...

La voz de Carlota Restorick interrumpió, ronca e insegura; ella estaba haciendo esfuerzos desesperados por dominarla, y dominar también las manos y gestos. Ahora se convirtió en el portavoz de lo que todos estaban pensando.

—Por favor, señor Strangeways. Le ruego que no nos tenga en suspenso por más tiempo. ¿Quiere usted decir que todo sucedió al revés? ¿Que era Bogan quien tenía las pruebas contra Andrés y que por eso tenía que morir? ¿Que fué Andrés quien mató a Isabel?

Todos permanecieron callados, mirando a Nigel con la más dolorosa ansiedad, como si hubiera venido a contarles el resultado de una grave operación efectuada en alguien muy querido para todos ellos. Nigel miró larga y seriamente a Carlota Restorick.

—No —dijo por fin—. No, señora; Andrés no mató a Isabel.

Guillermo Dykes rompió aquel silencio espectacular.

—¡Esto es fantástico! ¿Dice usted que no hay relación entre la muerte de Bogan y la muerte de Isabel?

—No, no es eso. La relación existe. Permítame recordar lo que Juanito me dijo sobre aquella noche que Isabel entró en su cuarto, pálida y triste. “Estaba pálida como la muerte, a la luz de la luna”, dijo el niño. Yo le interrogué muy minuciosamente y él se aferró a eso. Pero cuando nosotros la encontramos, su rostro estaba pintado. ¿Comprenden?

Todos se miraron unos a otros meneando la cabeza en señal negativa.

—Entonces les daré otra idea. Cuando la doncella la dejó aquella noche, Isabel se estaba quitando la pintura y parecía estar “excitada”. Esto y los hechos subsiguientes nos llevaron a creer que estaba esperando la visita de un amante y que empezó a quitarse la pintura para despistar a su doncella. Pero... ¿no comprenden? Si ella esperaba a su amante no iba a ir a medianoche al cuarto de los niños, con un aspecto tan triste, como si...

—Como si... —Las palabras de Guillermo Dykes parecieron salirle del fondo de su corazón, contra su voluntad—, como si les estuviera diciendo adiós.

—Diciéndoles adiós —repitió Nigel—. Sí. Eso era lo que estaba haciendo. Y fué la última cosa que hizo antes de ahorcarse.

Todos permanecieron sentados, mudos de espanto.

Por fin Hereward pudo hablar.

—¿Ahorcarse? Pero usted nos dijo, y todos afirmaron lo mismo, que aquello fué un crimen que luego prepararon para hacerlo pasar por suicidio.

—Sí, obraron muy diestramente. Pero la verdad es todo lo contrario. Un suicidio preparado para hacerlo pasar por un crimen. Incluso Bogan dijo la verdad algunas veces. Recordarán cómo él declaró que Isabel le dió a entender que pensaba suicidarse: “Supongo que te alegrarás de verte libre de una de tus mujeres histéricas”.

—Yo no puedo creer que Isabel se quitase la vida. Ella no era cobarde —observó Clarisa.

—Convengo en que ella no lo hizo por su gusto. Pero había algo más que considerar: los niños. Por eso fué a despedirse de ellos. Por eso le pareció a la doncella que estaba “excitada”. Aquello era más que excitación. Era la exaltación de una persona que va a hacer algo puramente altruista.

—¿Altruista? No lo entiendo —repuso Hereward—. ¿Quiere usted decir que Isabel se sacrificó por los niños?

—Eso mismo. Y tenga en cuenta que probablemente no podía aguantar más. Dudo mucho de que llegemos a saberlo con seguridad, pero lo probable es que creyese que Bogan la tenía en su poder, en parte por el tratamiento de la hipnosis y también por la vigilancia de su afición a las drogas. Lo que Bogan perseguía tampoco lo sabremos. Puede ser que la quisiera como amante, o que obrara guiado por su

perfidia de torturar el alma del prójimo. De todos modos, yo no dudo de que el momento decisivo para ella fué cuando Bogan amenazó con pervertir a Juanito y a Priscila. El asunto de la mariguana pregona bien claramente sus intenciones.

—No comprendo —dijo Carlota Restorick—. ¿Por qué no rompió Isabel con Bogan y nos dijo lo que amenazaba hacer con los niños?

—Primero: porque quizá estuviera convencida de que por el tratamiento de la hipnosis la tenía en su poder. Segundo: porque nadie, excepto su familia, y quizás ni siquiera ellos, hubiesen dado crédito a las palabras de una neurótica y aficionada a las drogas contra un eminente doctor. Isabel no tenía pruebas materiales contra él. Bogan hubiera podido decir que se trataba de alucinaciones mórbidas, si ella hubiese intentado exponerlo. Y, sobre todo, Isabel le tenía un miedo cerval a Bogan. Sabía que, aun cuando lo desacreditase entre los de su propia familia, él se vengaría tarde o temprano.

—Ahora comprendo —dijo Dykes—. Isabel tenía que librarse de Bogan. Por eso se mató así, para que recayeran sobre él las sospechas de un crimen.

—No, no es eso. Usted deja fuera demasiadas pruebas materiales. No, ella se ahorcó y dejó una carta echándole la culpa a Bogan. La reputación de Bogan hubiese resistido cualquier embuste hecho por una enferma neurótica, pero no resistiría a la investigación judicial que inevitablemente se produciría a causa del suicidio de una enferma suya.

—¡Ah!, pero eso no vale —repuso Hereward—. Isabel no dejó ninguna carta de despedida. Nosotros por lo menos no encontramos ninguna.

—Claro que no. Andrés la destruyó o la hizo desaparecer.

Hereward miró a Nigel abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡Ah!, ahora comprendo lo que usted quería decir al referirse a la simpatía existente entre esos pobres niños —dijo Clarisa.

—Sí. La agonía física, el extremo trastorno emotivo que sufrió Isabel cuando se mató, se lo comunicó a Andrés, lo mismo que sus pesadillas cuando eran niños. Andrés se despertó, fué al cuarto de ella, encontró la puerta cerrada y no recibió respuesta cuando la llamó por su nombre. Forzó la llave y entró. Allí estaba su cuerpo colgado, y la carta de despedida. Al leerla, Andrés supo que todas sus sospechas sobre Bogan eran ciertas. Ahora bien, la señorita Cavendish y yo hemos charlado largamente sobre el carácter de Andrés. No lo repasaré todo ahora, excepto para decir que lo que ella me dijo de él confirmó mi conjetura de que lo sucedido a Isabel en los Estados Unidos mutiló y pervirtió su inteligencia para siempre. Mi opinión es ésta. Cuando él encontró a su hermana muerta y leyó aquella carta sintió crecer su odio mortal contra Bogan, ya latente desde muchos años atrás.

—¿Quiere usted decir que Bogan era realmente Engleman, el hombre que perdió a Isabel? —preguntó Carlota.

—Y el que destrozó la vida misma de Andrés. Sí. Andrés nos dijo que le pareció hacer reconocido en Bogan al traficante que vendía mariguana. Andrés fué muy listo

no procurando ocultar jamás sus sospechas y antipatía por Bogan. Acentuó este odio por la simple razón de que sabía que no le sería posible disimularlo. Yo estoy convencido de que reconoció a Bogan en cuanto lo vió. Uno jamás se olvida del hombre con quien ha luchado; del hombre que es el autor de una injuria mortal. El comportamiento de Andrés durante el episodio de Scribbles y durante la comedia de los Niños en el Bosque fué en parte un esfuerzo para averiguar si el juego de Bogan era con Isabel y también una intentona para encerrarlo. Después, cuando Isabel murió, tuvo Andrés la oportunidad de poder vengarse de Bogan por los daños que les había hecho a ambos.

—¿Fué Andrés quien hizo aparecer la muerte de Isabel como un crimen? —preguntó Dykes.

—Sí. Él arregló la escena. Descolgó su cuerpo y luego volvió a izarlo para que cuando nosotros examináramos la cuerda creyéramos que el asesino la había ahorcado. Probablemente arregló un poquito el dormitorio; recuerden que su intención era hacer pasar por un crimen lo que el asesino procuró arreglar como suicidio. El toque más osado y macabro que le dió al cuadro fué pintar el rostro de Isabel.

—¡Santo Dios! —exclamó Hereward.

—Sí. Algo horrendo. Yo noté que sus labios no estaban perfectamente pintados. Hasta la entereza de Andrés fracasó un poquito allí. En un principio, aquel detalle no tuvo significación alguna para mí. Andrés cerró la puerta desde afuera empleando el sistema del lápiz y el cordel, otra nueva indicación de que fué un crimen, y se marchó llevándose la carta de despedida. Después permaneció quieto, pero no inactivo. Fué Andrés quien puso los papeles quemados en la chimenea de Bogan. Pero la policía no detenía a Bogan, y el doctor, que debía darse muy bien cuenta de lo que estaba pasando, se decidió a tomar parte en la acción. Entonces Bogan puso la borla del cordón de la bata de Dykes en el cuarto de Isabel. Tenía que alejar las sospechas de sí, pero no se atrevía a decirnos que Andrés procuraba inculparlo a él, porque de haberlo hecho, se hubieran descubierto todas sus supercherías. Mientras tanto, Andrés salió con una teoría de las relaciones entre Bogan e Isabel, que resultó estar muy cerca de la verdad. Con mucha cautela nos expuso un motivo de Bogan para matar a Isabel. Pero, a pesar de eso, no detuvieron a Bogan. Por eso Andrés hizo aquella parodia de la leche envenenada, pensando que nosotros la interpretaríamos como un intento de Bogan para hacerle callar también a él. Pero no resultó como él quiso. Al contrario, la policía dirigió su atención a los señores de Restorick.

—¿Eh? ¿Quiere usted decir que...? —exclamó Hereward, muy ofendido.

—Claro que sí, querido —le dijo Carlota—. Prosiga, Strangeways.

—A partir de este instante Bogan se puso en guardia contra Andrés, y respondió a su ataque vertiendo un poquito de la leche envenenada del vaso en el jarro. Lo que estaba sucediendo era un duelo intensísimo, créanlo: Bogan procurando adivinar cuál sería el próximo ataque de Andrés. Andrés dando vueltas alrededor de Bogan,

acechando otro punto débil, y ambos esquivando al mismo tiempo a la policía. Estoy seguro de que Andrés se divirtió mucho. Pero se equivocó. Se pasó de listo al querer culpar a Bogan. Pasado algún tiempo, se dió cuenta de que no nos había dado bastantes pruebas contra Bogan, pero ya era demasiado tarde para hacer más. La cuestión era, desde luego, que si Bogan tuvo la intención de matar a Isabel, tenía en sus manos, como médico, otros medios mucho más seguros que el que Andrés nos quiso hacer creer que adoptó. Esto fué lo que nos preocupó continuamente.

—Un momento —dijo Dykes—. Usted nos dijo a Andrés y a mí, en su propia casa, que la policía estaba indagando las actividades ilegales de Bogan: el chantaje, las drogas y demás. No sé cómo Andrés no apuntó a eso. A buen seguro que Bogan recibiría una larga condena y toda su carrera se vería perdida, ¿verdad?

—Sí, pero eso no le bastaba a Andrés. Quería que la serpiente muriese, no que la hirieran. En ello entraba su odio personal contra Bogan y un temor de que si a Bogan lo dejaban vivo se vengaría tarde o temprano en Juanito, Priscila y en él mismo. Por eso, cuando se vió claramente que a Bogan no lo iban a detener por el crimen, Andrés decidió hacer justicia por sí mismo. No cabe duda de que la fingida detención de Dykes precipitó los sucesos. Pero como los periódicos no hablaban del asunto, Andrés comprendería que todo era un ardid. Sin embargo, ya estaba demasiado enamorado de su idea de venganza personal, matar a Bogan con sus propias manos, para volverse atrás. Como Clarisa me dijo, Andrés era un hombre impulsado por las Furias.

Hubo un largo silencio, como el silencio exhausto de la convalecencia.

“Todos se repondrán —pensó Nigel—, incluso Dykes; y éste quizás mejor que ningún otro, porque él posee un gran principio creador”.

Todos podían oír la nieve que al deslizarse tejado abajo, se deshacía formando sonoros riachuelos. Mirando por las puertas de cristales, Nigel contemplaba el inmenso campo llano donde Andrés e Isabel correataron inseparables. El mundo se interpuso entre ellos, pero en la muerte volvieron a unirse.

Nigel estaba canturreando para sus adentros aquella canción de *The Enniskillen Dragoon*^[11]:

*Su sonrisa brillaba como el sol sobre el mar
hasta que el mundo a ella y a mí nos pudo separar.*

¿Cómo era la segunda estrofa?

*¿Qué puede hacer el hombre cuando el mundo es su enemigo
y las miradas de su pueblo caen sobre él como la nieve?
Inclinar la frente con valentía, y alejarse, y alejarse,
y buscar la fortuna y famoso en la guerra hacerse.*

Como siguiendo sus pensamientos Guillermo Dykes dijo, muy quedo:

—Me alegro de que no fuera un crimen..., de que a Isabel no la matasen. No sé por qué. Sí, lo sé. Matarse ella misma fué un acto voluntario, aunque la pobre querida estuviese medio loca cuando lo hizo. Pero que la mataran, que la arrojaran fuera de esta vida, no, eso no hubiera sido un gran fin para ella. Hubiera sido como expulsar de su palacio a una princesa. No es que a mí me importen mucho los palacios. Bueno... ahora todo se acabó.

—Para Andrés, no —dijo Clarisa—. ¿Qué le sucederá a Andrés?

—Eso no lo sabemos —repuso Hereward con inusitado entusiasmo—. Es demasiado listo para la policía. Andrés siempre supo lo que tenía que hacer.

—Sí. Me atrevo a decir que se ha escapado. Dispuso de bastante tiempo mientras la policía buscaba a Bogan, y, como ha rodado tanto por el mundo, tendrá sus medios para salir del país, aun estando en tiempos de guerra. Pero él no es de los que hará que inculpen a otro por el crimen de Bogan.

Y así sucedió. Pocos días después, Blount recibió una carta de Andrés con un sello español de correos, en que daba plenos detalles del suicidio de Isabel y del crimen de Bogan. Nigel había reconstruido esos acontecimientos con extrema exactitud, como tuvo que reconocer el inspector.

—Fué un craso error el que ambos cometimos en un principio —dijo él—. Después de todo, en el cadáver no había señales de violencia, exceptuada la marca de la soga alrededor del cuello. No debimos permitir que se nos alejara con tanta facilidad de la teoría del suicidio.

Nigel alzó los ojos del último párrafo de la carta de Andrés y asintió distraído. Luego lo volvió a leer. Decía así:

“Es curioso cómo la venganza siente instinto por lo melodramático. Supongo que es asaz mezquino y evidente; pero no puedo remediar el sentir una gran satisfacción por el hecho de que el demonio, con su corazón tan frío como el hielo, terminase en un muñeco de nieve; aunque admito que fué para ganar tiempo, y no como gesto artístico, por lo que lo puse allí... Adiós a todos. No pienso entregarme a la justicia. Prefiero morir de manera provechosa a arrastrar una vida improductiva. Cuando reciban mi carta estaré en Alemania; pues ya conozco varios métodos para entrar. Allí haré todo el daño que pueda antes de que me descubran. Tengo amigos que trabajan conmigo. ¡Salud!”^[12].

FIN



COLECCIÓN DE «EL SÉPTIMO CÍRCULO»

1. *LA BESTIA DEBE MORIR (The Beast Must Die)*, Nicholas Blake, 1945^[13]
2. *LOS ANTEOJOS NEGROS (The Black Spectacles)*, John Dickson Carr, 1945
3. *LA TORRE Y LA MUERTE (Lament for a Maker)*, Michael Innes, 1945
4. *UNA LARGA SOMBRA (The Long Shadow)*, Anthony Gilbert, 1945
5. *PACTO DE SANGRE (Double Indemnity)*, James M. Cain, 1945
6. *EL ASESINO DE SUEÑO (The Murderer of Sleep)*, Milward Kennedy, 1945
7. *LAURA (Laura)*, Vera Caspary, 1945
8. *LA MUERTE GLACIAL (Corpse in Cold Storage)*, Milward Kennedy, 1945
9. *EXTRAÑA CONFESIÓN (Novosti dnia)*, Anton Chejov, 1945
10. *MI PROPIO ASESINO (My Own Murderer)*, Richard Hull, 1945
11. *EL CARTERO LLAMA DOS VECES (The Postman Always Rings Twice)*, James M. Cain, 1945
12. *EL SEÑOR DIGWEED Y EL SEÑOR LUMB (Mr. Digweed and Mr. Lumb)*, Eden Phillpotts, 1945
13. *LOS TONELES DE LA MUERTE (There's Trouble Brewing)*, Nicholas Blake, 1945
14. *EL ASESINO DESVELADO*, Enrique Amorim, 1945
15. *EL MINISTERIO DEL MIEDO (The Ministry of Fear)*, Graham Greene, 1945
16. *ASESINATO EN PLENO VERANO (Midsummer Murder)*, Clifford Witting, 1945
17. *ENIGMA PARA ACTORES (Puzzle for Players)*, Patrick Quentin, 1946
18. *EL CRIMEN DE LAS FIGURAS DE CERA (The Waxworks Murder)*, John Dickson Carr, 1946
19. *LA GENTE MUERE DESPACIO (The Case of the Tea-Cosy's Aunt)*, Anthony Gilbert, 1946
20. *EL ESTAFADOR (The Embezzler)*, James M. Cain, 1946
21. *ENIGMA PARA TONTOS (A Puzzle for Fools)*, Patrick Quentin, 1946
22. *LA SOMBRA DEL SACRISTÁN (Black Beadle)*, E. C. R. Lorac, 1946
23. *LA PIEDRA LUNAR (The Moonstone)*, Wilkie Collins, 1946
24. *LA NOCHE SOBRE EL AGUA (Night Over Fitch's Pond)*, Cora Jarret, 1946
25. *PREDILECCIÓN POR LA MIEL (A Taste for Honey)*, H. F. Heard, 1946
26. *LOS OTROS Y EL RECTOR (Death at the President's Lodging)*, Michael Innes, 1946

27. *EL MAESTRO DEL JUICIO FINAL (Der Meister des Jüngsten Tages)*, Leo Perutz, 1946
28. *CUESTIÓN DE PRUEBAS (A Question of Proof)*, Nicholas Blake, 1946
29. *EN ACECHO (The Stoat)*, Lynn Brock, 1946
30. *LA DAMA DE BLANCO (2 tomos) (The Woman in White)*, Wilkie Collins, 1946
31. *LOS QUE AMAN, ODIAN*, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, 1946
32. *LA TRAMPA (The Mouse Who Wouldn't Play Ball)*, Anthony Gilbert, 1946
33. *HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE (Till Death Do Us Part)*, John Dickson Carr, 1946
34. *¡HAMLET, VENGANZA! (Hamlet, revenge!)*, Michael Innes, 1946
35. *¡OH, ENVOLTURA DE LA MUERTE! (Thou Shell of Death)*, Nicholas Blake, 1947
36. *JAQUE MATE AL ASESINO (Checkmate to Murder)*, E. C. R. Lorac, 1947
37. *LA SEDE DE LA SOBERBIA (The Seat of the Scornful)*, John Dickson Carr, 1947
38. *ERAN SIETE (They Were Seven)*, Eden Phillpotts, 1947
39. *ENIGMA PARA DIVORCIADAS (Puzzle for Wantons)*, Patrick Quentin, 1947
40. *EL HOMBRE HUECO (The Hollow Man)*, John Dickson Carr, 1947
41. *LA LARGA BÚSQUEDA DEL SEÑOR LAMOUSSET (The Two of Diamonds)*, Lynn Brock, 1947
42. *LOS ROJOS REDMAYNE (The Red Redmaynes)*, Eden Phillpotts, 1947
43. *EL HOMBRE DEL SOMBRERO ROJO (The Man in the Red Hat)*, Richard Keverne, 1947
44. *ALGUIEN EN LA PUERTA (Somebody at the Door)*, Raymond Postgate, 1947
45. *LA CAMPANA DE LA MUERTE (The Bell of Death)*, Anthony Gilbert, 1948
46. *EL ABOMINABLE HOMBRE DE NIEVE (The Case of the Abominable Snowman)*, Nicholas Blake, 1948
47. *EL INGENIOSO SEÑOR STONE (The Ingenious Mr. Stone)*, Robert Player, 1948
48. *EL ESTRUENDO DE LAS ROSAS*, Manuel Peyrou, 1948
49. *VEREDICTO DE DOCE (Veredict of Twelve)*, Raymond Postgate, 1948
50. *ENIGMA PARA DEMONIOS (Puzzle for Fiends)*, Patrick Quentin, 1948
51. *ENIGMA PARA FANTOCHES (Puzzle for Puppets)*, Patrick Quentin, 1949
52. *EL OCHO DE ESPADAS (The Eight of Swords)*, John Dickson Carr, 1949
53. *UNA BALA PARA EL SEÑOR THOROLD (The Public School Murder)*, R. C. Woodthorpe, 1949
54. *RESPUESTA PAGADA (Reply Paid)*, H. F. Heard, 1949
55. *EL PESO DE LA PRUEBA (The Weight of the Evidence)*, Michael Innes, 1949
56. *ASESINATO POR REFLEXIÓN (Murder by Reflection)*, H. F. Heard, 1949
57. *¡NO ABRAS ESA PUERTA! (Don't Open the Door!)*, Anthony Gilbert, 1949
58. *¿FUE UN CRIMEN? (Was it Murder?)*, James Hilton, 1949

59. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS (The Poisoned Chocolates Case)*, Anthony Berkeley, 1949
60. *EL QUE SUSURRA (He who Whispers)*, John Dickson Carr, 1949
61. *ENIGMA PARA PEREGRINOS (Puzzle for Pilgrims)*, Patrick Quentin, 1949
62. *EL DUEÑO DE LA MUERTE (Trial and Error)*, Anthony Berkeley, 1949
63. *CORRIENDO HACIA LA MUERTE (Run to Death)*, Patrick Quentin, 1949
64. *LAS CUATRO ARMAS FALSAS (The Four False Weapons)*, John Dickson Carr, 1950
65. *LEVANTE USTED LA TAPA (Lift up the Lid)*, Anthony Gilbert, 1950
66. *MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES (Dead March in Three Keys)*, Peter Curtis (Norah Lofts), 1950
67. *MUERTE EN EL OTRO CUARTO (Death in the Wrong Room)*, Anthony Gilbert, 1950
68. *CRIMEN EN LA BUHARDILLA (The Attic Murder)*, Sidney Fowler, 1950
69. *EL ALMIRANTE FLOTANTE (The Floating Admiral)*, "Detection Club", 1950
70. *EL BARBERO CIEGO (The Blind Barber)*, John Dickson Carr, 1950
71. *ADIÓS AL CRIMEN (Goodbye to Murder)*, Donald Henderson, 1950
72. *EL TERCER HOMBRE - EL ÍDOLO CAÍDO (The Third Man - The Fallen Idol)*, Graham Greene, 1950
73. *UNA INFORTUNADA MÁS (One More Unfortunate)*, Edgar Lustgarten, 1950
74. *MIS MUJERES MUERTAS (My Late Wives)*, John Dickson Carr, 1950
75. *MEDIDA PARA LA MUERTE (Measure for Murder)*, Clifford Witting, 1951
76. *LA CABEZA DEL VIAJERO (Head of a Traveller)*, Nicholas Blake, 1951
77. *EL CASO DE LAS TROMPETAS CELESTIALES (The Case of the Angel's Trumpets)*, Michael Burt, 1951
78. *EL MISTERIO DE EDWIN DROOD (The Mystery of Edwin Drood)*, Charles Dickens, 1951
79. *HUÉSPED PARA LA MUERTE (Tenant for Death)*, Cyril Hare, 1951
80. *UNA VOZ EN LA OSCURIDAD (A Voice From the Dark)*, Eden Phillpotts, 1951
81. *LA PUNTA DEL CUCHILLO (The Knife Will Fall)*, Marten Cumberland, 1951
82. *CAÍDOS EN EL INFIERNO (Headlong from Heaven)*, Michael Valbeck, 1951
83. *TODO SE DERRUMBA (All Fall Down)*, L. A. G. Strong, 1951
84. *LEGAJO FLORENCE WHITE (Folio on Florence White)*, Will Oursler, 1951
85. *EN LA PLAZA OSCURA (Above the Dark Circus)*, Hugh Walpole, 1951
86. *PRUEBA DE NERVIOS (A Matter of Nerves)*, Richard Hull, 1952
87. *EL BUSCADOR (The Follower)*, Patrick Quentin, 1952
88. *EL HOMBRE QUE ELUDIÓ EL CASTIGO (The Man Who Got Away With It)*, Bernice Carey, 1952
89. *EL RATÓN DE LOS OJOS ROJOS (The Mouse With Red Eyes)*, Elizabeth Eastman,

1952

90. *PAGARÁS CON MALDAD (Do Evil in Return)*, Margaret Millar, 1952
91. *MINUTO PARA EL CRIMEN (Minute for Murder)*, Nicholas Blake, 1952
92. *VEREDICTOS DISCUTIDOS (Verdict in Dispute)*, Edgar Lustgarten, 1952
93. *PELIGRO EN LA NOCHE (Don't Go Out After Dark)*, Norman Berrow, 1952
94. *LOS SUICIDIOS CONSTANTES (The Case of the Constant Suicides)*, John Dickson Carr, 1952
95. *EL CASO DE LA JOVEN ALOCADA (The Case of the Fast Young Lady)*, Michael Burt, 1952
96. *¿ES USTED EL ASESINO? (Monsieur Larose, est-il l'assassin?)*, Fernand Crommelynck, 1952
97. *EL SOLITARIO (La Brute)*, Guy Des Cars, 1952
98. *EL CASO DEL JESUITA RISUEÑO (The Case of the Laughing Jesuit)*, Michael Burt, 1952
99. *BEDELIA (Bedelia)*, Vera Caspary, 1953
100. *PESADILLA EN MANHATTAN (Nightmare in Manhattan)*, Thomas Walsh, 1953
101. *EL ASESINO DE MI TÍA (The Murder of My Aunt, Richard Hull)*, 1953
102. *BAJO EL SIGNO DEL ODIO*, Alexander Rice Guinness (Alejandro Ruiz Guiñazú), 1953
103. *BRAT FARRAR (Brat Farrar)*, Josephine Tey, 1953
104. *LA VENTANA DE JUDAS (The Judas Window)*, John Dickson Carr, 1953
105. *LAS REJAS DE HIERRO (The Iron Gates)*, Margaret Millar, 1953
106. *MIEDO A LA MUERTE (Fear of Death)*, Anna Mary Wells, 1953
107. *MUERTE EN CINCO CAJAS (Death in Five Boxes)*, John Dickson Carr, 1953
108. *MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD (Stranger Than Truth)*, Vera Caspary, 1953
109. *CUENTA PENDIENTE (Payment Deferred)*, C. S. Forester, 1953
110. *LA ESTATUA DE LA VIUDA (Night at the Mocking Widow)*, John Dickson Carr, 1953
111. *UNA MORTAJA PARA LA ABUELA (A Shroud For Grandmama)*, Gregory Tree, 1954
112. *ARENAS QUE CANTAN (The Singing Sands)*, Josephine Tey, 1954
113. *MUERTE EN EL ESTANQUE (Rose's Last Summer)*, Margaret Millar, 1954
114. *LOS GOUPI (Goupi-Mains rouges)*, Pierre Very, 1954
115. *TRAGEDIA EN OXFORD (An Oxford Tragedy)*, J. C. Masterman, 1954
116. *PASAPORTE PARA EL PELIGRO (Passport to Peril)*, Robert Parker, 1954
117. *EL SEÑOR BYCULLA (Mr. Byculla)*, Eric Linklater, 1954
118. *EL HUECO FATAL (The Dreadful Hollow)*, Nicholas Blake, 1954
119. *EL CRIMEN DE LA CALLE NICHOLAS (The Key to Nicholas Street)*, Stanley Ellin, 1954

120. *EL CUARTO GRIS (The Grey Room)*, Eden Phillpotts, 1954
121. *LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO (Death Plays the Gramophone)*, Marjorie Stafford, 1954
122. *BLANDO POR DENTRO (Soft at the Centre)*, Eric Warman, 1955
123. *LA MUERTE BAJA EN EL ASCENSOR*, María Angélica Bosco, 1955
124. *LA LÍNEA SUTIL (The Thin Line)*, Edward Atiyah, 1955
125. *EL CÍRCULO SE ESTRECHA (The Narrowing Circle)*, Julian Symons, 1955
126. *SCOLOMBE MUERE (Scolombe Dies)*, L. A. G. Strong, 1955
127. *SIMIENDE PERVERSA (The Bad Seed)*, William March, 1955
128. *SOY UN FUGITIVO (I'm a Fugitive From a Georgia Chain Gang!)*, Robert Burns, 1955
129. *CLAVES PARA CRISTABEL (Clues for Christabel)*, Mary Fitt, 1955
130. *SUSURRO EN LA PENUMBRA (The Whisper in the Gloom)*, Nicholas Blake, 1955
131. *EL FALSO ROSTRO (False Face)*, Vera Caspary, 1955
132. *EL CASO MÁS DIFÍCIL (Per Hills Schwerster Fall)*, Richard Katz, 1956
133. *EL 31 DE FEBRERO (The 31st of February)*, Julian Symons, 1956
134. *LA MUJER SIN PASADO (La femme sans passé)*, Serge Groussard, 1956
135. *UN CRIMEN INGLÉS (An English murder)*, Cyril Hare, 1956
136. *EL SIETE DEL CALVARIO (The Case of the Seven of Calvary)*, Anthony Boucher, 1956
137. *EL OJO FUGITIVO (The Fugitive Eye)*, Charlotte Jay, 1956
138. *EL MUERTO INSEPULTO (Dead and not Buried)*, H. F. M. Prescott, 1956
139. *MI HIJO, EL ASESINO (My Son, the Murderer)*, Patrick Quentin, 1956
140. *EL BÍGAMO (The Man with Two Wives)*, Patrick Quentin, 1957
141. *EL RELOJ DE LA MUERTE (Death Watch)*, John Dickson Carr, 1957
142. *EL MUERTO EN LA COLA (The Man in the Queue)*, Josephine Tey, 1957
143. *EL CASO DE LA MOSCA DORADA (The Case of the Gilded Fly)*, Edmund Crispin, 1957
144. *TRASBORDO A BABILONIA (Change Here for Babylon)*, Nina Bawden, 1957
145. *LA MARAÑA (A Tangled Web)*, Nicholas Blake, 1958
146. *LA PUERTA DE LA MUERTE (Lying at Death's Door)*, Marten Cumberland, 1958
147. *EL HOMBRE EN LA RED (The Man in the Net)*, Patrick Quentin, 1958
148. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1958
149. *PATRICK BUTLER, POR LA DEFENSA (Patrick Butler for the Defence)*, John Dickson Carr, 1958
150. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1958
151. *CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS (Suspicious Circumstances)*, Patrick Quentin, 1959

152. *ASESINATO EN MI CALLE (Murder on My Street)*, Edwin Lanham, 1959
153. *TRAGEDIA EN LA JUSTICIA (Tragedy at Law)*, Cyril Hare, 1959
154. *LA COLUMNATA INTERMINABLE (The Endless Colonnade)*, Robert Harling, 1959
155. *VIOLENCIA (Violence)*, Cornell Woolrich, 1960
156. *LA SOMBRA DE LA CULPA (Shadow of Guilty)*, Patrick Quentin, 1960
157. *UN PUÑAL EN MI CORAZÓN (A Penknife in My Heart)*, Nicholas Blake, 1960
158. *FANTASÍA Y FUGA (Fantasy and Fugue)*, Roy Fuller, s.d., 1960
159. *EL CRUCERO DE LA VIUDA (The Widow's Cruise)*, Nicholas Blake, 1960
160. *Las PAREDES OYEN (The Listening Walls)*, Margaret Millar, 1960
161. *LA DAMA DEL LAGO (Lady in the Lake)*, Raymond Chandler, 1960
162. *MUERTE POR TRIPLICADO (Death in Triplicate)*, E. C. R. Lorac, 1960
163. *EL MONSTRUO DE OJOS VERDES (The Green-Eyed Monster)*, Patrick Quentin, 1961
164. *TRES MUJERES (Three Women)*, Wallace Reyburn, 1961
165. *EVVIE (Evvie)*, Vera Caspary, 1961
166. *LUGARES OSCUROS (The Dark Places)*, Alex Fraser, 1961
167. *ASESINATO A PEDIDO (Murder by Request)*, Beverley Nichols, 1961
168. *LA SENDA DEL CRIMEN (The Progress of a Crime)*, Julian Symons, 1962
169. *VUELTA A ESCENA (Return to the Scene)*, Patrick Quentin, 1962
170. *PESE AL TRUENO (In Spite of Thunder)*, John Dickson Carr, 1962
171. *EL GUSANO DE LA MUERTE (The Worm of Death)*, Nicholas Blake, 1963
172. *SEMEJANTE A UN ÁNGEL (How Like an Angel)*, Margaret Millar, 1963
173. *SANATORIO DE ALTURA*, Max Duplan (Eduardo Morera), 1963
174. *CLARO COMO EL AGUA (The Nose on My Face)*, Laurence Payne, 1963
175. *EL MARIDO (The Husband)*, Vera Caspary, 1963
176. *EL ARMA MORTAL (Deadly Weapon)*, Wade Miller, 1964
177. *LA ANGUSTIA DE MRS. SNOW (The Ordeal of Mrs. Snow)*, Patrick Quentin, 1964
178. *Y LUEGO EL MIEDO (And Then Came Fear)*, Marten Cumberland, 1964
179. *UN LOTO PARA MISS QUON (A Lotus for Miss Quon)*, James Hadley Chase, 1964
180. *NACIDA PARA VÍCTIMA (Born Victim)*, Hillary Waugh, 1964
181. *LA PARTE CULPABLE (Guilty Party)*, John Burke, 1964
182. *LA BURLA SINIESTRA (The Deadly Joker)*, Nicholas Blake, 1965
183. *¿HAY ALGO MEJOR QUE EL DINERO? (What's Better Than Money?)*, James Hadley Chase, 1965
184. *UN LADRÓN EN LA NOCHE (A Thief in the Night)*, Thomas Walsh, 1965
185. *UN ATAÚD DESDE HONG KONG (A Coffin From Hong Kong)*, James Hadley Chase, 1965
186. *APELACIÓN DE UN PRISIONERO (Prisoner's Plea)*, Hillary Waugh, 1966

187. *BESA AL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS (Kiss the Dark Angel)*, Maurice Moiseiwitsch, 1966
188. *EL ESCALOFRÍO (The Chill)*, Ross MacDonald, 1966
189. *PELIGRO EN LA CASA VECINA (Danger Next Door)*, Patrick Quentin, 1966
190. *ESCONDER A UN CANALLA (To Hide a Rogue)*, Thomas Walsh, 1966
191. *TRASATLÁNTICO "ASESINATO" (S.S. Murder)*, Patrick Quentin, 1966
192. *NO HAY ESCONDITE (No Hiding Place)*, Edwin Lanham, 1966
193. *EL ÁNGEL CAÍDO (Fallen Angel)*, Howard Fast, 1966
194. *FUEGO QUE QUEMA (Fire, Burn!)*, John Dickson Carr, 1966
195. *AL ACECHO DEL TIGRE (Waiting for a Tiger)*, Ben Healey, 1966
196. *EL ESQUELETO DE LA FAMILIA (Family Skeletons)*, Patrick Quentin, 1967
197. *LA TRISTE VARIEDAD (The Sad Variety)*, Nicholas Blake, 1967
198. *LOS RASTROS DE BRILLHART (The Traces of Brillhart)*, Herbert Brean, 1967
199. *UN INGENUO MÁS (Just Another Sucker)*, James Hadley Chase, 1967
200. *DINERO NEGRO (Black Money)*, Ross MacDonald, 1967
201. *LA JOVEN DESAPARECIDA (Girl on the Run)*, Hillary Waugh, 1967
202. *UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL (One Bright Summer Morning)*, James Hadley Chase, 1967
203. *UN FRAGMENTO DE MIEDO (A Fragment of Fear)*, John Bingham, 1967
204. *EL CODO DE SATANÁS (The House at Satan's Elbow)*, John Dickson Carr, 1967
205. *LA CAÍDA DE UN CANALLA (The Way the Cookie Crumbles)*, James Hadley Chase, 1967
206. *EL OTRO LADO DEL DÓLAR (The Far Side of the Dollar)*, Ross MacDonald, 1968
207. *CAÑONES Y MANTECA (Gun Before Butter)*, Nicholas Freeling, 1968
208. *LA MAÑANA DESPUÉS DE LA MUERTE (The Morning After Death)*, Nicholas Blake, 1968
209. *FRUTO PROHIBIDO (You Find Him - I'll Fix Him)*, James Hadley Chase, 1968
210. *PRESUNTAMENTE VIOLENTO (Believed Violent)*, James Hadley Chase, 1968
211. *LA HERIDA ÍNTIMA (The Private Wound)*, Nicholas Blake, 1968
212. *EL HOMBRE AUSENTE (The Missing Man)*, Hillary Waugh, 1969
213. *LA OREJA EN EL SUELO (An Ear to the Ground)*, James Hadley Chase, 1969
214. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1969
215. *30 MANHATTAN EAST (30 Manhattan East)*, Hillary Waugh, 1969
216. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1969
217. *EL ENEMIGO INSÓLITO (The Instant Enemy)*, Ross MacDonald, 1969
218. *OSCURIDAD EN LA LUNA (Dark of the Moon)*, John Dickson Carr, 1970
219. *EL FIN DE LA NOCHE (The End of the Night)*, John D. MacDonald, 1970

- !20. EL DERRUMBE (*The Breakdown*), John Boland, 1970
- !21. TRATO HECHO (*You Have Yourself a Deal*), James Hadley Chase, 1970
- !22. ¡TSING-BOUM! (*Tsing-Boum!*), Nicholas Freeling, 1970
- !23. CORRA CUANDO DIGA: ¡YA! (*Run When I Say Go*), Hillary Waugh, 1970
- !24. Y AHORA QUERIDA... (*Well Now - My Pretty*), James Hadley Chase, 1970
- !25. MUERTE Y CIRCUNSTANCIA (*Death and Circumstance*), Hillary Waugh, 1970
- !26. VENENO PURO (*Pure Poison*), Hillary Waugh, 1970
- !27. LA MIRADA DEL ADIÓS (*The Goodbye Look*), Ross MacDonald, 1970
- !28. LA ÚNICA MUJER EN EL JUEGO (*The Only Girl in the Game*), John D. MacDonald, 1970
- !29. BESA Y MATA (*Kiss and Kill*), Ellery Queen, 1971
- !30. ASESINATOS EN LA UNIVERSIDAD (*The Campus Murders*), Ellery Queen, 1971
- !31. EL OLOR DEL DINERO (*The Whiff of Money*), James Hadley Chase, 1971
- !32. PLAZO: AL AMANECER (*Deadline at Dawn*), William Irish (Cornell Woolrich), 1971
- !33. ZIGZAGS, Paul Andreota, 1971
- !34. LOS JUEVES DE LA SEÑORA JULIA (*I giovedì della signora Giulia*), Piero Chiara, 1971
- !35. LAS MUJERES SE DEDICAN AL CRIMEN (*A Lessons for Ladies*), Ben Healey, 1971
- !36. SÓLO MONSTRUOS (*Beyond This Point Are Monsters*), Margaret Millar, 1971
- !37. MEDIODÍA DE ESPECTROS (*The Ghosts' High Noon*), John Dickson Carr, 1971
- !38. ALGO EN EL AIRE (*Something In The Air*), John A. Graham, 1971
- !39. EL ÚLTIMO TIMBRE (*The Last Doorbell*), Joseph Harrington, 1971
- !40. UN AGUJERO EN LA CABEZA (*Like a Hole in the Head*), James Hadley Chase, 1971
- !41. CARA DESCUBIERTA (*The Naked Face*), Sidney Sheldon, 1972
- !42. NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS (*I Wouldn't Be in Your Shoes*), William Irish (Cornell Woolrich), 1972
- !43. EL ROBO DEL CEZANNE (*The Aldeburg Cézanne*), John A. Graham, 1972
- !44. COSTA BÁRBARA (*The Barbarous Coast*), Ross MacDonald, 1972
- !45. ACERTAR CON LA PREGUNTA (*Ask the Right Question*), Michael Z. Lewin, 1972
- !46. EL PULPO (*La pieuvre*), Paul Andreota, 1972
- !47. MANSIÓN DE MUERTE (*Deadly Hall*), John Dickson Carr, 1972
- !48. PELIGROSO SI ANDA SUELTO (*No Safe to be Free*), James Hadley Chase, 1972
- !49. EL FIN DE LA PERSECUCIÓN (*Run Down the World of Alan Brett*), Robert Garret, 1972
- !50. RETRATO TERMINADO (*Final Portrait*), Vera Caspary, 1972
- !51. LA DAMA FANTASMA (*Phantom Lady*), William Irish (Cornell Woolrich), 1973
- !52. SI DESEAS SEGUIR VIVIENDO (*Want to Stay Alive?*), James Hadley Chase, 1973

- !53. *¿QUIERES VER A TU MUJER OTRA VEZ? (If you want to see your wife again)*, John Craig, 1973
- !54. *EL TELÉFONO LLAMA (The Phone Calls)*, Lillian O'Donnell, 1973
- !55. *ACTO DE TERROR (Act of Fear)*, Michael Collins, 1973
- !56. *EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE (Man from Nowhere)*, Stanley Ellin, 1973
- !57. *LA ORGANIZACIÓN (The Organization)*, David Anthony, 1973
- !58. *EL CADÁVER DE UNA CHICA (The Body of a Girl)*, Michael Gilbert, 1973
- !59. *LA SOMBRA DEL TIGRE (Shadow of a Tiger)*, Michael Collins, 1973
- !60. *EL SÍNDROME FATAL (The Walter Syndrome)*, Richard Neely, 1973
- !61. *¡PÁNICO! (Panic)*, Bill Pronzini, 1973
- !62. *PEÓN DAMA, (Queen's Pawn)*, Victor Canning, 1973
- !63. *CITA EN LA OSCURIDAD (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1974
- !64. *TRAFICANTE DE NIEVE (The Snowman)*, Arthur Maling, 1973
- !65. *ESTÁS SOLO CUANDO ESTÁS MUERTO (You're Lonely When You're Dead)*, James Hadley Chase, 1974
- !66. *SANGRE A LA LUZ DE LA LUNA (Blood on a Harvest Moon)*, David Anthony, 1974
- !67. *SIN DINERO, A NINGUNA PARTE (You're Dead Without Money)*, James Hadley Chase, 1974
- !68. *LA AMANTE JAPONESA (The Japanese Mistress)*, Richard Neely, 1974
- !69. *NO USES ANILLO DE BODA (Don't Wear Your Wedding Ring)*, Lillian O'Donnell, 1974
- !70. *ACUÉSTALA SOBRE LOS LIRIOS (Lay Her Among The Lillies)*, James Hadley Chase, 1974
- !71. *EL HOMBRE XYY, (The XYY man)*, Kenneth Royce, 1974
- !72. *LA EFIGIE DERRETIDA (The Melting Man)*, Victor Canning, 1974
- !73. *LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (The Specialty of the House)*, Stanley Ellin, 1975
- !74. *LA ESTRANGULACIÓN (Stranglehold)*, Gregory Cromwell Knapp, 1975
- !75. *EL SUDOR DEL MIEDO (The Sweat of Fear)*, Robert C. Dennis, 1975
- !76. *ACUPUNTURA Y MUERTE (The Acupuncture Murders)*, Dwight Steward, 1975
- !77. *DING DONG (Dingdong)*, Arthur Maling, 1975
- !78. *CASTILLO DE NAIPES (House of Cards)*, Stanley Ellin, 1975
- !79. *EL LLANTO DE NÉMESIS*, Roger Ivnes (Roger Pla), 1975
- !80. *TÉ EN DOMINGO (Tea on Sunday)*, Lettice Cooper, 1975
- !81. *ASESINO EN LA LLUVIA (Killer in the Rain)*, Raymond Chandler, 1975
- !82. *LA CABEZA OLMECA (The Olmec Head)*, David Westheimer, 1976
- !83. *CRESTA ROJA (Firecrest)*, Victor Canning, 1976
- !84. *EL BUITRE PACIENTE (The Vulture is a Patient Bird)*, James Hadley Chase,

285. *EL GRITO SILENCIOSO (The Silent Scream)*, Michael Collins, 1976
286. *EL ORÁCULO ENVENENADO (The Poison Oracle)*, Peter Dickinson, 1976
287. *CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (You Never Know With Women)*, James Hadley Chase, 1976
288. *CIELO TRÁGICO (The Dreadful Lemon Sky)*, John D. MacDonald, 1976
289. *LUCHAR POR ALGO (Something Worth Fighting For)*, Reg Gadney, 1976
290. *HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (There's a Hippie on the Highway)*, James Hadley Chase, 1976
291. *CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (Five Roundabouts to Heaven)*, John Bingham, 1976
292. *LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (The Bride Wore Black)*, Cornell Woolrich, 1976
293. *LAMENTO TURQUESA (The Turquoise Lament)*, John D. MacDonald, 1976
294. *LA MUERTE DEL AÑO (This Year's Death)*, John Godey, 1977
295. *PRISIONERO EN LA NIEVE (Snowbound)*, Bill Pronzini, 1977
296. *GOLPE FINAL (Knock Down)*, Dick Francis, 1977
297. *TRAFICANTES DE NIÑOS (The Baby Merchants)*, Lillian O'Donnell, 1977
298. *SERENATA DEL ESTRANGULADOR (Strangler's Serenade)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1977
299. *UN AS EN LA MANGA (An Ace Up My Sleeve)*, James Hadley Chase, 1977
300. *LA DAMA DE MEDIANOCHE (The Midnight Lady and the Mourning Man)*, David Anthony, 1977
301. *CÁLCULO DE PROBABILIDADES (The Probability Factor)*, Walter Kempley, 1977
302. *LA MARCA DE KINGSFORD (The Kingsford Mark)*, Victor Canning, 1977
303. *DISQUE 577 (Dial 577 R-A-P-E)*, Lillian O'Donnell, 1977
304. *PECES SIN ESCONDITE (Goldfish Have No Hiding Place)*, James Hadley Chase, 1977
305. *NO ME APUNTES CON ESO (Don't Point That Thing at Me)*, Kyril Bonfiglioli, 1978
306. *OPERACIÓN LEÑADOR (The Woodcutter Operation)*, Kenneth Royce, 1978
307. *EL ESQUEMA RAINBIRD (The Rainbird Pattern)*, Victor Canning, 1978
308. *LA FORTALEZA (Stronghold)*, Stanley Ellin, 1978
309. *EN EL HAMPA (Spider Underground)*, Kenneth Royce, 1978
310. *LA HERMANA DE ALGUIEN (Somebody's Sister)*, Derek Marlowe, 1978
311. *TOC, TOC. ¿QUIÉN ES? (Knock, knock, Who's There?)*, James Hadley Chase, 1978
312. *LA MÁSCARA DEL RECUERDO (The Mask of Memory)*, Victor Canning, 1978
313. *PRÁCTICA DE TIRO (Target Practice)*, Nicholas Meyer, 1978
314. *SI USTED CREE ESTO... (Believe This, You'll Believe Anything)*, James Hadley Chase, 1978
315. *MIENTRAS EL AMOR DUERME (While Love Lay Sleeping)*, Richard Neely, 1979

316. *EL PAÍS DE JUDAS (Judas Country)*, Gavin Lyall, 1979
317. *MUÉRASE, POR FAVOR (Do Me A Favour - Drop Dead)*, James Hadley Chase, 1979
318. *LA HORA AZUL (The Blue Hour)*, John Godey, 1979
319. *EN EL MARCO (In the Frame)*, Dick Francis, 1979
320. *PREGUNTA POR MÍ, MAÑANA (Ask for Me Tomorrow)*, Margaret Millar, 1979
321. *FIGURA DE CERA (Waxwork)*, Peter Lovesey, 1979
322. *UNA NOVIA PARA HAMPTON HOUSE (A Bride for Hampton House)*, Hillary Waugh, 1979
323. *TRABAJO MORTAL (Leisure Dying)*, Lillian O'Donnell, 1979
324. *JUEGO DIABÓLICO (Schroeder's Game)*, Arthur Maling, 1979
325. *VIAJE A LUXEMBURGO (The Luxembourg Run)*, Stanley Ellin, 1979
326. *ASUNTO DE FAMILIA (A Family Affair)*, Rex Stout, 1980
327. *ZURICH / AZ 900, (Zurich / AZ 900)*, Martha Albrand, 1980
328. *POR ORDEN DE DESAPARICIÓN (In Order of Disappearance)*, Simon Brett, 1980
329. *CONSIDÉRATE MUERTO (Consider Yourself Dead)*, James Hadley Chase, 1980
330. *EL CABALLO DE TROYA (The Trojan Horse)*, Hammond Innes, 1980
331. *AMO Y MATO (I Love, I Kill)*, John Bingham, 1980
332. *TENGO LOS CUATRO ASES (I Hold the Four Aces)*, James Hadley Chase, 1980
333. *OLIMPIADA EN MOSCÚ (Trail Run)*, Dick Francis, 1980
334. *EL ASESINATO DE MRS. SHAW (The Murder of Miranda)*, Margaret Millar, 1980
335. *AL ESTILO HAMMETT (Hammett)*, Joe Gores, 1980
336. *UN LOCO EN MI PUERTA (Madman at My Door)*, Hillary Waugh, 1980
337. *LOS EJECUTORES (The Terminators)*, Donald Hamilton, 1980
338. *EL TOQUE DE SATÁN (Satan Touch)*, Kenneth Royce, 1981
339. *CRÍMENES IMPERFECTOS (Mes crimes imparfaits)*, Alain Demouzon, 1981
340. *EL NEGRO SENDERO DEL MIEDO (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1981
341. *DETRÁS, CON UN REVÓLVER (After You With the Pistol)*, Kyril Bonfiglioli, 1981
342. *LA ESTRELLA DESLUMBRANTE (Star Light, Star Bright)*, Stanley Ellin, 1981
343. *LA ESPECTADORA (The Watcher)*, Kay Nolte Smith, 1981
344. *RIESGO MORTAL (Risk)*, Dick Francis, 1981
345. *LA FOTO EN EL CADÁVER (Photo Finish)*, Ngaio Marsh, 1981
346. *NINGÚN ROSTRO EN EL ESPEJO (No Face in the Mirror)*, Hugh McLeave, 1981
347. *LA PRUEBA DECISIVA (Murder Mistery)*, Gene Thompson, 1981
348. *UN CADÁVER DE MÁS (One Corpse Too Many)*, Ellis Peters, 1981
349. *EL LARGO TÚNEL (Adieu, La Jolla)*, Alain Demouzon, 1981
350. *CAMBIO RÁPIDO (Quick Change)*, J. Cronley, 1982
351. *LOS ENVENENADORES (The Poisoners)*, Donald Hamilton, 1982

352. *HUELGA FRAGUADA (The Renshaw Strike)*, Ian Stuart, 1982
353. *VÍCTIMAS (Victims)*, B. M. Gill, 1982
354. *EL CASO DE LA MUERTE ENTRE LAS CUERDAS (Case with Ropes and Rings)*, Leo Bruce, 1982
355. *ASESINATO EN EL CLUB (Rubout at the Onyx)*, H. Paul Jeffers, 1982
356. *EL CASO PARA TRES DETECTIVES (Case for Three Detectives)*, Leo Bruce, 1982
357. *CONTRAGOLPE (Counterstroke)*, Andrew Garve, 1982
358. *Y SI VINIERA EL LOBO... (Wolf! Wolf!)*, Josephine Bell, 1982
359. *ROSTROS OCULTOS (Hidden Faces)*, Peter May, 1982
360. *TANTA SANGRE (So Much Blood)*, Simon Brett, 1982
361. *UN CASO PARA EL SARGENTO BEEF (Case for Sergeant Beef)*, Leo Bruce, 1982
362. *EL FALSO INSPECTOR DEW (The False Inspector Dew)*, Peter Lovesey, 1983
363. *LOS DESTRUCTORES (The Ravagers)*, Donald Hamilton, 1983
364. *CABEZA A CABEZA (Neck and Neck)*, Leo Bruce, 1983
365. *ENGAÑO (Dupe)*, Liza Cody, 1983
366. *LOS INTIMIDADORES (The Intimidators)*, Donald Hamilton, 1983
367. *SANGRE FRÍA*, Leo Bruce (novela anunciada para esta colección, pero finalmente publicada en la serie «Grandes maestros del suspenso» de Emecé)



NICHOLAS BLAKE (seudónimo de Cecil Day-Lewis, Ballintogher, 1904 - Hadley Wood, 1972). Poeta lírico de exquisito talento, crítico y novelista policíaco irlandés. Graduado en Oxford, publicó su primer libro de poemas, *Beechen Vigil*, en 1925. Tres años después apareció *Country Comets*, seguido de *Transitional Poem*, que le dio renombre y en el que trabajó con gran sutileza la articulación entre lo social y lo personal.

Notas

[1] *La bestia debe morir.* <<

[2] *Los toneles de la muerte.* <<

[3] *Cuestión de pruebas.* <<

[4] *¡Oh envoltura de la muerte!* <<

[5] *La cabeza del viajero*. Todos estos títulos han sido publicados en la colección EL SÉPTIMO CÍRCULO. <<

[6] El Registro hecho en Inglaterra por el rey Guillermo el Conquistador. (*N. de la T.*)

<<

[7] Pégale, I. (Isabel). (*N. de la T.*) <<

[8] Juego de cartas. (*N. de la T.*) <<

[9] Pégale, I. (Isabel). <<

[10] Palito de té. <<

[11] Del Regimiento de Caballería (6º de Dragones) que se formó por los defensores de Enniskillen, Irlanda, en 1689. (*N. de la T.*) <<

[12] En español en el original. <<

[13] El año va referido siempre a la fecha de la publicación de la obra en esta colección, no al año de su edición original (*N. del E. D.*). <<